



Poemas:
Michael Williams

Cántico de Kitiara

Kitiara, de todos los tiempos, éstos son
los que agitan la noche, la espera, el lamento.

Las nubes ensombrecen la ciudad mientras escribo,
congelando el pensamiento y la luz, haciendo que las calles
se suspendan entre el día y la negrura. He esperado
más allá de decisiones, más allá del corazón en penumbra,
para hablarte como ahora lo hago.

En la ausencia creciste
más hermosa, más ponzoñosa. Eras
esencia de orquídeas en la ondulante noche
en que la pasión, cual tiburón arrastrado por un río de sangre,
mata los cuatro sentidos, sólo el paladar preservando
para, doblado sobre sí mismo, hallar su propia savia
en una liviana herida, y yo, al igual que el tiburón, degusto
unas entrañas desgarradas en el largo túnel de mi garganta;
más, aun sabiéndolo, siento que la noche conserva su riqueza,
convertida en una manopla de deseos que me llevan a una paz
donde me confundo en un vano embrujo, y estrecho en mis brazos
la tiniebla consagrada por el placer.

Pero la luz,

la luz, Kitiara mía, cuando el sol
las lluviosas callejas ilumina y el aceite
de los empañados faroles reverbera en el agua por el astro azotada,
difuminando la claridad en mil arco iris... La luz que me levante
y, aunque vuelva la tormenta a enseñorearse,
pienso en Sturm, Laurana y los otros,
pero más que nadie en Sturm, que puede ver el sol
a través de la bruma y el manto de nubes. ¿Cómo abandonarlos?

Y así, en la sombra,
no tu sombra sino la agitada y gris penumbra,
ansioso de luz, ahuyento la tormenta.

El hombre eterno.

—¡Fíjate, Berem, aquí hay un camino. ¡Qué extraño! Tantas veces como hemos cazado en estos bosques y nunca lo habíamos visto antes.

—No es tan extraño. El fuego ha quemado los matorrales cercanos, eso es todo. Lo más probable es que se trate de una senda de animales.

—Sigámosla. Si es como tú dices, quizá encontremos un ciervo. Hemos estado cazando todo el día sin cobrar una sola pieza, y detesto volver a casa con las manos vacías.

Sin aguardar mi respuesta, ella se interna en la senda. Me encojo de hombros y voy tras sus pasos. Es agradable estar al aire libre en un día como éste, el primero caldeado después del gélido invierno. El tibio sol acaricia mi cuello y mi espalda. Además, es

fácil caminar por un bosque que ha sido asolado por el fuego. No hay trepadoras en las que enredarse, ni arbustos que deshilachen la ropa. Se divisa un relámpago, posiblemente el último vestigio de la postrera tormenta.

Pero avanzamos durante largo rato y empiezo, al fin, a agotarme. Ella se equivoca y yo también. No seguimos una senda animal sino un camino abierto por el hombre hace ya muchos años. No encontraremos piezas de caza, y el día concluirá como se ha iniciado. El fuego y luego el penoso invierno mataron a los animales o los ahuyentaron. Esta noche no cenaremos carne fresca. Seguimos caminando. El sol brilla alto en el cielo. Me siento cansado, hambriento. No hay rastro de criaturas vivas.

—Regresemos, hermana. No hay nada aquí...

Ella se detiene y suspira. Está acalorada, cansada y cunde en su ánimo el desaliento, puedo sentirlo. Además, su delgadez es extrema. Trabaja demasiado desempeñando tareas tanto de hombre como de mujer. Sale a cazar cuando debería permanecer en casa y recibir el homenaje de sus pretendientes. Creo que es hermosa y, aunque dicen que nos parecemos, quienes así lo afirman se equivocan. Lo que ocurre es que nos mantenemos más unidos que otros hermanos. Pero no podía ser de otro modo, nuestra vida ha sido tan dura...

—Supongo que tienes razón, Berem. No he visto señales de... Aguarda, hermano, y mira frente a ti. ¿Qué es aquello?

Veo un brillante resplandor, un enjambre de colores que bailan bajo el sol como si todas las joyas de Krynn se hubieran amontonado en un cesto.

—¡Quizá sean las puertas de arco iris! —exclama con los ojos desorbitados.

¡Qué pueril idea! Me río de su imaginación, pero echo a correr sin poder evitarlo. Es difícil darle alcance pues, aunque soy muy fuerte y corpulento, ella posee la agilidad de un ciervo.

Llegamos a un claro del bosque. Si el relámpago ha azotado esta espesura, aquí es donde debió infligir la herida. El terreno circundante aparece socarrado y yermo. Advierto que se erguía un edificio en el paraje por las columnas quebradas y en ruinas que surgen del ennegrecido suelo, como huesos que sobresalieran a través de la carne consumida. Un ambiente opresivo envuelve el lugar. Nada crece en él, ni han nacido nuevos brotes en muchas primaveras. Quiero alejarme, pero no puedo.

Ante mis ojos se despliega la escena más hermosa, más fantástica, que nunca concebí ni siquiera en sueños... Un fragmento de columna con incrustaciones de joyas. Nada sé de gemas, pero comprendo que poseen un valor superior al que cabe imaginar. Mi cuerpo entero se estremece cuando, acelerando el paso, me arrodillo junto a la chamuscada roca y la limpio del polvo acumulado.

Ella se arrodilla a mi lado.

—¡Berem, qué maravilla! ¿Habías visto antes algo parecido? Tan bellas alhajas en un sitio tan espantoso! —escudriña su entorno y la siento temblar—. Me pregunto qué

sustentarían estas columnas. Flota en el aire una extraña solemnidad, un halo sagrado... aunque también teñido de maldad. Debió ser un templo de antes del Cataclismo, un templo en honor de los dioses perversos. Berem, ¿qué haces?

He desenfundado mi cuchillo de caza para rebajar la piedra en tomo a una de las joyas, una rutilante gema verde tan grande como mi puño que despide rayos más deslumbradores que los del sol al traspasar las frescas hojas. La roca cede fácilmente bajo mi afilado acero.

—¡Detente, Berem! —me ordena con vehemencia—. ¡Estás cometiendo una profanación! Este lugar ha sido consagrado a un dios, lo presiento.

Palpo el frío cristal de la gema, pero parece arder con un verdoso fuego interior. Ignoro sus protestas.

—¡Vamos! Antes has afirmado que era la puerta del arco iris. Tienes razón, hemos hallado nuestra fortuna tal como reza la antigua leyenda. Si este templo se edificó en honor de los dioses, sin duda lo abandonaron hace años. Mira a tu alrededor, no hay más que escombros. Si hubieran querido preservarlo, lo habrían protegido de los elementos. A los dioses no les importará que me adueñe de algunas de estas joyas.

—¡Berem! —vibra el temor en su voz. Está asustada, pobre y necia muchacha. Empieza a irritarme. Casi he liberado la gema, puedo moverla en su engarce.

—Mira, Jasla —tiemblo de excitación, apenas consigo articular las palabras—, tras el incendio y el duro invierno, nos hemos quedado sin sustento. Estas joyas nos proporcionarán en el mercado de Gargath dinero suficiente para marcharnos de este lugar maldito. Nos trasladaremos a una ciudad, quizá a Palanthas. Siempre has deseado conocer las maravillas que encierra.

—¡No, Berem, te lo prohíbo! ¡Esto es un sacrilegio! Su tono se ha tornado más firme. ¡Nunca antes la había visto así! Por unos momentos titubeo, me retiro de la resquebrajada columna de piedra y su arco iris de joyas. También yo empiezo a percibir algo inquietante, maléfico, en el paraje. ¡Pero las gemas son tan hermosas! Contemplo ensimismado los fúlgidos destellos que irradian bajo la luz del sol. No hay aquí ningún dios dispuesto a reclamarlas, capaz de echarlas de menos incrustadas en esta vieja columna rota y a punto de desmoronarse.

Estiro el brazo para acabar de arrancarla de la piedra con mi cuchillo. Es tan intenso su verde cristal, brilla con tal vivacidad cuando los rayos solares se filtran a través de las nuevas hojas de los árboles...

—¡Berem, detente! Su mano me sujeta con fuerza, sus uñas se clavan en mi carne. Duele... Me enfurezco y, como suele ocurrir cuando se apodera de mí este sentimiento, se empaña mi vista y me invade una ola sofocante. El corazón me late en la cabeza hasta que mis ojos parecen saltar de sus cuencas.

—¡Déjame tranquilo! —ruge una voz... ¡La mía!

Le doy un empujón Ella cae.

Todo sucede despacio. Jasla cae para no volver a incorporarse. No era ésa mi intención, trato de atraparla... mas no consigo moverme. Se desploma contra la columna. Sangre, sangre...

—Jas —susurro, alzándola entre mis brazos.

No me contesta. La sangre cubre las joyas, que dejan de destellar. También sus ojos pierden su brillo. Se ha extinguido la luz...

De pronto se abre la tierra y brotan más columnas del socarrado y yermo suelo, alzándose en el aire en gráciles, espirales. La penumbra lo invade todo y siento un punzante dolor en mi pecho...

—¡Berem!

Maquesta se hallaba en la cubierta de proa, mirando iracunda a su timonel. —Berem, ya te he avisado que se acerca un huracán y quiero que se aseguren las escotillas de la nave. ¿Qué haces aquí, con la vista perdida en el océano? ¿Acaso haces prácticas para convertirte en un monumento? ¡Muévete, holgazán, no pago buenos salarios a las estatuas!

Berem se sobresaltó. Palideció su rostro, y tanto se encogió su cuerpo ante la irritación de Maquesta, que la capitana del Perechon tuvo la sensación de haber desatado su ira sobre un niño indefenso.

No es otra cosa —se recordó a sí misma con tristeza. Pese a tener cincuenta o sesenta años, pese a ser uno de los mejores timoneles con los que nunca había navegado, su mente no había superado la infancia.

—Lo lamento, Berem —se disculpó Maq con un suspiro No quería gritarte. Es culpa de la tormenta, me pone nerviosa. Vamos, no me mires de ese modo. ¡Cuánto desearía que pudieras hablar! Me gustaría saber qué pensamientos agitaban tu mente, si es que tales pensamientos existen. Pero no importa, cumple con tu deber y baja a cobijarte. Debes acostumbrarte a permanecer acostado en tu camastro durante unos días, hasta que se aleje el huracán.

Berem esbozó una sonrisa, tan sincera y cándida como la de un niño. Maquesta se la devolvió y meneó la cabeza, antes de dar media vuelta para cavilar sobre las medidas que debía tomar si deseaba preparar su amada nave frente al ciclón que se avecinaba. Vio por el rabillo del ojo cómo Berem bajaba torpemente la escalerilla, pero se olvidó de él cuando su primer oficial se acercó para informarle de que había encontrado a casi todos los miembros de la tripulación y que una tercera parte de ella estaba tan ebria que su ayuda sería inútil.

Berem se tendió en la hamaca que se hallaba en la cabina común del Perechon, y que se balanceó violentamente cuando los primeros vientos del huracán azotaron la nave. En ese instante la embarcación acababa de fondear en el puerto de Flotsam, en el Mar

Sangriento de Istar. Colocando sus manos, unas manos demasiado juveniles para un humano entrado en la cincuentena, debajo de su cabeza, el timonel alzó la mirada hacia el fanal que se mecía suspendido de las planchas de madera.

—¡Fíjate, Berem, aquí hay un camino! ¡Qué extraño! Tantas veces como hemos cazado en estos bosques y nunca lo habíamos visto antes.

—No es tan extraño. El fuego ha quemado los matorrales cercanos, eso es todo. Lo más probable es que se trate de una senda de animales.

—Sigámosla. Si es como tú dices, quizá encontremos un ciervo. Hemos estado cazando todo el día sin cobrar una sola pieza, y detesto volver a casa con las manos vacías. Sin aguardar mi respuesta, ella se interna en la senda. Me encojo de hombros y voy tras sus pasos. Es agradable estar al aire libre en un día como éste, el primero caldeado después del gélido invierno. El tibio sol acaricia mi cuello y mi espalda. Además, es fácil caminar por un bosque que ha sido asolado por el fuego. No hay trepadoras en las que enredarse, ni arbustos que deshilachen la ropa. Se divisa un relámpago, posiblemente el último vestigio de la postrera tormenta

Libro 6



Capítulo 1

Huida de la oscuridad a las tinieblas

El oficial del ejército de los Dragones descendió despacio la escalera del segundo piso de la posada «La Brisa Salada». Era pasada la medianoche y la mayoría de los huéspedes se habían acostado. El único sonido que podía escuchar era el fragor de las olas al romper contra las rocas de la Bahía Sangrienta.

Se detuvo en el rellano para lanzar una rápida y escrutadora mirada a la sala que se extendía a sus pies. Estaba ocupada únicamente por un draconiano, que yacía atravesado sobre una mesa y roncaba estrepitosamente en un ebrio estupor. Las alas del hombre-dragón vibraban con cada ronquido, mientras la mesa de madera crujía y se balanceaba bajo su peso.

Los labios del oficial se retorcieron en una amarga mueca, pero siguió descendiendo. Vestía la acerada armadura de escamas de dragón que imitaba la auténtica, la que lucían los Señores de los Dragones. Un yelmo cubría su cabeza y su rostro de modo tan hermético que resultaba difícil reconocer sus rasgos. Lo único visible bajo la sombra que proyectaba el casco era una barba parda que ponía de manifiesto su condición de humano.

Ya al pie de la escalera se detuvo de forma abrupta, al parecer perplejo ante la imagen que ofrecía el posadero aún despierto y bostezando sobre sus libros de cuentas. Tras saludarle con una leve inclinación de cabeza, se dispuso a abandonar el local sin pronunciar palabra, pero el hospedero formuló una pregunta que le impidió cumplir su propósito.

—¿Esperáis esta noche a la Señora?

El oficial hizo una pausa para girarse, aunque manteniendo el rostro apartado, y empezó a ajustarse un par de guantes. Reinaba un frío punzante en el aire pues la ciudad, de Flotsam se hallaba inmersa en una tempestad más violenta que nunca desde su asentamiento en la costa tres siglos atrás.

—¿Con este tiempo? —gruñó—. Me parece poco probable. Ni siquiera los reptiles voladores pueden surcar estos vientos huracanados.

—Cierto, la noche no invita a salir ni a hombres ni a bestias —asintió el posadero, antes de observarlo con expresión taimada y añadir—: ¿Qué asunto os lleva a merodear por las calles en plena tempestad?

—No creo que sea asunto tuyo lo que haga o deje de hacer —respondió el interpelado, lanzando una mirada poco amistosa al curioso hospedero.

—No os ofendáis, no pretendía molestaros —se apresuró a disculparse el tosco individuo, a la vez que alzaba los brazos para detener un esperado manotón—. Sólo quería saberlo por si la Señora del Dragón regresa y os echa de menos; de ese modo podría informarle de vuestro paradero.

—No será necesario. Le he dejado una nota... explicando, mi ausencia. Además, volveré antes de que amanezca. Necesito tomar el aire, eso es todo.

—¡No lo dudo! —exclamó el posadero con una pícaro sonrisa—. No habéis abandonado su alcoba durante tres días, o quizá debería decir durante tres noches. No os enfurezcáis conmigo —suplicó al ver que el rubor encendía los pómulos de su interlocutor debajo del yelmo—, admiro a un hombre que, como vos, ha logrado tenerla satisfecha durante tanto tiempo. ¿Dónde ha ido?

—La Señora del Dragón ha recibido órdenes de solucionar un problema surgido en el este, cerca de Solammia. Pero yo en tu lugar no indagaría tanto.

—¡No, no! —se excusó de nuevo el hospedero—. Por supuesto que no. En cualquier caso, os deseo un feliz paseo... ¿cómo os llamáis? Ella nos presentó, pero no oí bien vuestro nombre.

—Tanis —contestó el enigmático personaje con voz queda—. Tanis el semielfo. Buenas noches.

Con una seca inclinación de cabeza dio un último tirón de sus rígidos guantes y, arrojándose en su capa, abrió la puerta de la posada para internarse en la tormenta. El vendaval azotó la estancia con tal violencia que apagó las velas y esparció en remolinos los papeles del posadero. Durante un momento el oficial tuvo que luchar contra el batiente de la puerta, mientras el dueño del albergue lanzaba imprecaciones y trataba de recuperar sus zozobrantés libros de cuentas. Al fin logró cerrar de un brusco portazo devolviendo a la sala su paz, silencio, y acogedor ambiente.

El posadero le espía cuando pasó junto al ventanal con la cabeza gacha para protegerse del viento y la capa ondeando tras su espalda.

Había también otra figura que vigilaba al semielfo. En el mismo instante en que se cerró la puerta, el ebrio draconiano alzó la cabeza y exhibió sus refulgentes ojos reptilianos. Acto seguido se levantó de la mesa con pasos sigilosos, pero al mismo tiempo rápidos y certeros, se acercó a la ventana y la abrió, deslizándose sobre sus garras posteriores para

asomarse al exterior. Durante unos segundos permaneció a la espera, antes de abrir a su vez la puerta y desaparecer en la tormenta.

A través de la vidriera el posadero vio cómo el draconiano se alejaba en la misma dirección que el oficial del ejército de los Dragones. Estiró la cabeza para, siempre a través del cristal, escudriñar la noche. En el exterior reinaba una inquietante oscuridad, las altas farolas de hierro donde flameaban las antorchas untadas de brea se desdibujaban bajo los oscilantes chisporroteos castigados por el viento y la persistente lluvia. Sin embargo, el hospedero creyó distinguir cómo el hombre se adentraba en una calleja que conducía al centro de la ciudad portuaria y el draconiano, arrebujado en las sombras, le seguía a una distancia prudencial. Meneando la cabeza, el toscó individuo despertó al vigilante nocturno, que dormitaba en una silla detrás del mostrador.

—Tengo el presentimiento de que la Señora del Dragón volverá esta noche, con o sin tormenta —susurró al embotado siervo—. Despiértame si viene.

Con un estremecimiento dirigió una nueva mirada hacia la inclemente noche, perfilándose en su mente las imágenes del oficial que ahora recorría las calles desiertas de Flotsam y del draconiano que le acechaba amparado en la negrura.

—Pensándolo mejor, déjame dormir —rectificó. Aquella noche la tempestad había cerrado las puertas de la ciudad. Las tabernas, que solían permanecer abiertas hasta que los primeros albores del día se filtraban por sus empañadas ventanas, habían atrancado sus accesos para aislarse del viento. Las calles estaban vacías, nadie se aventuraba a exponerse a las fuertes ráfagas que podían derribar a un hombre y traspasar los ropajes más cálidos con su punzante helor.

Tanis caminaba deprisa, con la cabeza gacha, manteniéndose lo más cerca posible de los sombríos edificios que detenían la fuerza del huracán. Pronto su barba se ribeteó de escarcha, mientras el aguanieve clavaba dolorosos agujones en su rostro. El semielfo tiritaba sin cesar, maldiciendo el gélido contacto que establecía el frío metal de la armadura contra su piel. Volvía de vez en cuando la mirada para cerciorarse de que nadie se había tomado un inusitado interés en vigilar su partida del albergue, pero su visión era casi nula. La nieve y el agua se arremolinaban en torno a él con tal virulencia que apenas vislumbraba los contornos de los altos edificios que se erguían en la penumbra, así que menos aún podía atisbar a ninguna criatura. Pasado un rato, decidió que lo mejor sería concentrarse en encontrar su camino en la fantasmal ciudad; se sentía tan entumecido a causa del frío que dejó de preocuparle si le seguían.

Hacía pocos días que se hallaba en Flotsam, cuatro para ser exactos. Y la mayoría del tiempo lo había pasado con ella. Intentó apartar aquellos pensamientos de su mente mientras escudriñaba las enseñas callejeras a través de la lluvia. Sólo tenía una vaga noción de su ruta, de pronto la encontró. Tras avanzar a trompicones por las desoladas calles, resbalando en el hielo, casi rompió en sollozos de alivio cuando vio la enseña salvajemente azotada por el viento. No recordaba el nombre, pero lo reconoció al leerlo: «Los Muelles». Pensó que era un nombre estúpido para un albergue, mientras temblaba con tal agitación que apenas podía asir el picaporte. Al fin tiró de él y logró abrir, en el

mismo momento en que una violenta ráfaga envolvía su cuerpo para arrastrarle al interior. No sin esfuerzo, recobró el equilibrio y cerró la puerta.

No había vigilante nocturno en un lugar tan destartado pero, a la vez del humeante fuego que crepitaba en la sucia chimenea, vio una vela tumbada sobre el mostrador, destinada al parecer a los huéspedes que volvían a altas horas de la noche. Pasados los primeros segundos consiguió dar una cierta flexibilidad a sus entumecidos dedos, encendió la candela y subió la escalera iluminado por su tenue llama.

Si se hubiera vuelto para asomarse a la ventana, habría visto acurrucarse a una figura en un portal de la acera de enfrente. Pero no lo hizo porque su atención estaba fija en la escalera.

—¡Caramon!

El fornido guerrero se incorporó como impulsado por un resorte para aferrar su espada, antes incluso de girar la cabeza y lanzar una inquisitiva mirada a su hermano.

—He oído un ruido en el pasillo —susurró Raistlin—. El repiqueteo que produce una vaina al entrechocar con su armadura.

Caramon meneó la cabeza en un intento de despejar su dormida mente, y se apresuró a levantarse del lecho con la espada enarbolada. Avanzó entonces hacia la puerta con paso sigiloso, hasta que también él oyó el ruido que había estorbado el ligero sueño de su hermano. Un hombre cubierto con una armadura caminaba en silencio por el pasillo que jalonaba las habitaciones, y el resplandor de la vela con la que se alumbraba se dibujó con total nitidez en el quicio de la puerta. El tintineo se interrumpió justo delante de su alcoba.

Cerrando los dedos en tomo a su empuñadura, Caramon hizo una señal a su hermano y este último se apresuró a asentir y cobijarse en la penumbra. Su mirada estaba abstraída, sin duda preparaba un encantamiento. Los gemelos trabajan bien unidos, combinando eficazmente la magia y el acero para derrotar a sus enemigos.

La llama de la vela osciló con cierta violencia, y quedó patente que el misterioso personaje del pasillo se la cambiaba de mano a fin de liberar la de la espada. Estirando el brazo, Caramon descorrió despacio el pestillo de la puerta. Esperó unos segundos, pero no ocurrió nada. El desconocido titubeaba, preguntándose quizá si no se habría equivocado de estancia. No tardará en comprobarlo —pensó el corpulento hombretón.

El guerrero abrió con una brusca sacudida y, esquivando la recia hoja de madera, apresó a la oscura figura y la arrastró hasta el interior. Con toda la fuerza de sus robustos brazos, arrojó al suelo al individuo de la armadura.

Tanto le temblaban las manos que la vela cayó, extinguiéndose su llama en la fundida cera. Raistlin empezó a entonar un hechizo mágico, que debía atrapar a su víctima en una viscosa sustancia similar a una telaraña.

—¡Detente, Raistlin! —gritó el hombre derribado. Al reconocer la voz Caramon sujetó a su hermano, agitando todo su cuerpo para romper su concentración.

—¡Raist! ¡Es Tanis!

El mago se estremeció y salió de su trance, dejando caer sus brazos junto a los costados. Pero le asaltó un acceso de tos que le obligó a abrazar su pecho.

Caramon miró con ansiedad a su gemelo, quien le invitó; a alejarse con un gesto de la mano. Obediente, el guerrero desvió su atención hacia el semielfo y se agachó para ayudarlo a incorporarse.

—¡Tanis! —exclamó, al mismo tiempo que lo estrechaba; en un fuerte abrazo que casi lo dejó sin resuello—. ¿Dónde has estado? Nos tenías muy preocupados. ¡Por todos los dioses, te vas a congelar! Voy a azuzar el fuego. Raist —añadió volviéndose hacia su hermano—, ¿seguro que te encuentras bien?

—No te preocupes por mí —susurró el mago, que se había sentado en el lecho para tratar de recobrar el ritmo normal de su respiración. Sus ojos lanzaban áureos destellos a la luz de la fogata mientras observaba cómo el semielfo se acurrucaba agradecido junto a las llamas—. Deberías avisar a los otros.

—Ahora mismo.

—Te aconsejo que antes te vistas —comentó Raistlin con su habitual causticidad.

Encendido el rostro en un intenso rubor, Caramon se apresuró a ponerse unos calzones de cuero. Tras embutirse en ellos, deslizó una camisa por su cabeza y salió al pasillo, cerrando la puerta con suavidad. Tanis y Raistlin le oyeron golpear con los nudillos la puerta de la pareja de las Llanuras. Resonó en el aire la enfurecida voz de Riverwind, seguida por la precipitada explicación del guerrero.

Tanis miró a Raistlin por el rabillo del ojo y, al ver los relojes de arena que formaban sus pupilas fijas en él con expresión inquisidora, se volvió turbado hacia el fuego.

—¿Dónde has estado, semielfo? —preguntó el mago en un quedo Susurro.

—Fui capturado por un Señor del Dragón —respondió Tanis tragando saliva, antes de acabar de recitar la explicación que tenía preparada—. Me tomó por uno de sus oficiales y me ordenó que le escoltase hasta llegar junto a sus tropas, que están acampadas en los alrededores de la ciudad. Tuve que obedecerle, de lo contrario habría sospechado. Al fin esta noche he podido escabullirme.

—Interesante —farfulló Raistlin entre toses.

—¿Qué es interesante? —le interrogó Tanis con una penetrante mirada.

—Nunca antes te había oído mentir, semielfo. Encuentro esta situación fascinadora.

Tanis abrió la boca, pero antes de que acertase a replicar Caramon regresó seguido por Riverwind, Goldmoon y Tika, que bostezaba para alejar el sueño.

Goldmoon corrió hacia el recién llegado y se apresuró a abrazarlo.

—¡Amigo! —exclamó con voz entrecortada, sin dejar de estrechar su cuerpo—. Nos has tenido muy preocupados...

Riverwind estrechó la mano de Tanis, y la severa expresión de su rostro se ensanchó en una sonrisa. Tiró suavemente del brazo de su esposa y la apartó del semielfo, pero sólo para ocupar su lugar.

—¡Hermano! —vociferó en que-shu, el dialecto de los habitantes de las Llanuras, mientras le apretaba contra sí—. Temíamos que te hubieran capturado, que estuvieras muerto. No sabíamos...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tika con curiosidad, a la vez que también ella se acercaba para dar la bienvenida a Tanis.

El semielfo lanzó a Raistlin una mirada de soslayo, pero este último se había reclinado sobre su dura almohada y tenía los ojos fijos en el techo, indiferente al parecer a la conversación.

Tras aclarar a conciencia su garganta, sabedor de que el mago le escuchaba, Tanis repitió su historia. Los otros siguieron el relato con continuas muestras de interés y simpatía, formulando numerosas preguntas. ¿Quién era el Señor del Dragón? ¿Contaba con un ejército numeroso? ¿Dónde se había instalado? ¿Qué hacían los draconianos en Flotsam? ¿Acaso buscaban al grupo? ¿Cómo había escapado Tanis?

El semielfo contestó haciendo gala de una gran soltura. Al Señor del Dragón apenas lo había visto, ignoraba quién era. El ejército no era muy nutrido, y había acampado en las afueras de la ciudad. Los draconianos, en efecto, buscaban a alguien, pero no a ellos; perseguían a un nombre llamado Berem, o algo parecido.

Al mencionar este nombre Tanis clavó una fugaz mirada: en Caramon, pero el fornido guerrero no dio muestras de reconocerle y el semielfo suspiró aliviado. O bien recordaba al humano que había visto remendar el velamen del Perechon, o bien ignoraba su identidad. En cualquier caso, su actitud le tranquilizó.

Los otros asintieron, absorbidos por su relato. Tanis fue relajando su tensión, aunque Raistlin le inquietaba pero, no tenía que preocuparse pues poco importaba lo que el mago pudiera decir o pensar. Cualquiera de los compañeros creería antes en sus palabras que en las del enigmático hechicero, incluso si pretendía afirmar que el día era noche. Sin duda Raistlin lo sabía, y éste era el motivo por el que no intentó proyectar la sombra de la duda sobre la historia: que ahora narraba. De todos modos, el semielfo se sentía avergonzado. Temía que le formularan más preguntas que habían de enfangarle aún más en aquel interminable río de embustes, así que bostezó y gimió aparentando un agotamiento insuperable.

Goldmoon se levantó de inmediato, con gesto apesadumbrado.

—Discúlpalos, Tanis, hemos sido egoístas contigo —dijo dulcemente—. Te abruman el frío y el cansancio y nosotros te obligamos a hablar sin tregua. Debes dormir. Mañana tenemos que levantamos temprano para embarcar.

—¡No seas necia, Goldmoon! ¡No podremos zarpar en medio de semejante tormenta!
—le espetó Tanis.

Todos le miraron perplejos, incluso Raistlin se incorporó en su lecho. El reproche empañó los ojos de Goldmoon, a la vez que sus rasgos se endurecían como si quisieran recordarle que nadie debía hablarle en aquellos términos. Riverwind se acercó a ella con expresión turbada.

El silencio se hizo tenso, hasta que al fin Caramon se aclaró la garganta con un brusco carraspeo.

—Si no podemos irnos mañana, lo intentaremos al día siguiente —dijo en tono conciliador—. No te preocupes, Tanis, los draconianos no saldrán mientras dure el mal tiempo. Estamos a salvo.

—Lo sé, y lamento haber hablado así —farfulló No era mi intención ofenderte, Goldmoon. Los nervios me han jugado una mala pasada. Estoy tan agotado que no puedo pensar con claridad, será mejor que vaya a mi habitación y me acueste.

—El posadero se la ha alquilado a otro huésped —explicó Caramon, y se apresuró a añadir— Pero puedes dormir aquí, Tanis, te cedo mi cama.

—No, con el suelo me basta. —Evitando la mirada de Goldmoon, el semielfo empezó a desprenderse de su armadura de escamas con los ojos fijos en los torpes movimientos de sus manos.

—Que duermas bien, amigo —dijo ella con voz queda. Al captar la preocupación que delataban sus palabras, imaginó que intercambiaba compasivas miradas con Riverwind. El hombre de las Llanuras apoyó la mano en su hombro para darle una cálida palmada, y abandonaron ambos la estancia. También Tika se fue, cerrando la puerta tras desearle un feliz descanso.

—Deja que te ayude —se ofreció Caramon sabedor de que Tanis, poco familiarizado con las armaduras rígidas, tenía dificultad para desabrochar las intrincadas hebillas y correas—. ¿Quieres que vaya a buscarte comida? ¿Quizá un poco de ponche?

—No —respondió Tanis con un esfuerzo de voluntad, aunque satisfecho por liberarse al fin de su metálica prisión. Intentó no pensar que al cabo de unas horas tendría que vestir de nuevo aquel incómodo uniforme, y se limitó a añadir: —Lo único que necesito es dormir.

—Acepta por lo menos mi manta —insistió Caramon, viendo que el semielfo tiritaba.

Tanis asió agradecido la manta que el otro le tendía, aunque no acabó de discernir si temblaba a causa de la baja temperatura o de sus turbulentas emociones. Se acostó,

arropándose en su capa y en la gruesa pieza de lana, y cerró los ojos mientras trataba de respirar de un modo regular, pues sabía que Caramon, como una tierna nodriza, no se dormiría hasta asegurarse de que descansaba tranquilo. Un poco más tarde oyó cómo el guerrero se tendía en su lecho. La fogata se había reducido a tenues rescoldos, y la oscuridad invadió la estancia. Pronto Caramon empezó a roncar ruidosamente mientras, en la otra cama, se oía la persistente tos de Raistlin.

Cuando tuvo la total certeza de que ambos gemelos dormían Tanis estiró su arrebujado cuerpo y, tras colocar las manos debajo de su cabeza, permaneció despierto con la mirada perdida en la penumbra.

Casi había amanecido cuando la Señora del Dragón llegó a «La Brisa Salada». El vigilante se percató de inmediato de su iracundo humor, pues abrió la puerta con más violencia que los vientos tormentosos y lanzó una fulgurante mirada al local, como si su acogedor y caldeado ambiente le resultaran ofensivos. Parecía una prolongación del huracán que rugía en el exterior, siendo ella y no las intempestivas ráfagas la que hizo oscilar las llamas de las velas. y también fue ella quien envolvió la sala en la negrura.

El vigilante nocturno se apresuró a hincar la rodilla frente a tal aparición, pero los ojos de Kitiara no se dignaron mirarle, ya que estaban observando a un draconiano que permanecía sentado junto a una mesa y que le dio a entender, mediante un destello casi imperceptible en sus negras pupilas reptilianas, que algo iba mal.

Tras su espantosa máscara, los ojos de la Señora del Dragón se encogieron hasta convertirse en meras rendijas de las que emanaba una alarmante frialdad. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil en el dintel, ignorando el gélido viento que se filtraba en la posada y agitaba la capa en torno a su espalda.

—Subamos —dijo al fin, con brusquedad, al draconiano. La criatura asintió en silencio y la siguió, produciendo crujidos con sus garras en los listones de madera.

—¿Hay algo que...? —empezó a ofrecer el vigilante, pero se interrumpió a causa del estremecimiento que le causó la puerta al cerrarse de forma violenta.

—¡No! —rugió Kitiara. Apoyando la mano en la empuñadura de su espada, pasó junto al tembloroso hombrecillo sin mirarle y subió la escalera hacia sus habitaciones. El vigilante se hundió, conmocionado, en su silla.

La Señora del Dragón introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta para inspeccionar la estancia desde el umbral.

Estaba vacía.

El draconiano aguardaba a su espalda, tranquilo y callado. Enfurecida, Kitiara tiró violentamente de las sujeciones de su máscara y la arrancó de su rostro, antes de lanzarla sobre el lecho y ordenar sin volver la cabeza.

—Entra y cierra la puerta.

El draconiano obedeció, tratando de actuar con suavidad para no exasperarla aún más.

Kitiara no se molestó en mirar a la criatura, estaba demasiado ocupada contemplando la cama vacía. —De modo que se ha ido.

—Sí, Señora —respondió el draconiano con voz sibilante.

—¿Le has seguido, tal como te encargué?

—Por supuesto. —El soldado acompañó su susurro con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está? —Kitiara acarició su cabello moreno y crespo. Aún no se había girado hacia su interlocutor, así que éste no tenía idea de las emociones que albergaba... si en realidad era capaz de sentir.

—En una posada, Señora. Se encuentra en las afueras de la ciudad y se llama «Los Muelles».

—¿Con otra mujer? —Su voz delataba una tensión interior.

—No lo creo —el draconiano trató de disimular la sonrisa que afloraba a sus labios—. Al parecer tiene unos amigos hospedados en ese lugar. Se nos había informado de la presencia de forasteros en ese albergue, pero como no respondían a la descripción del Hombre de la Joya Verde no investigamos su identidad. .

—¿Hay alguien vigilándole?

—Sí, Señora. Se os comunicará de inmediato si él o algún otro abandona el edificio.

La Señora del Dragón guardó unos instantes de silencio, y al fin se volvió. Su expresión era fría y tranquila, aunque una gran palidez desfiguraba su rostro. El draconiano se dijo que eran muchos los factores que podían contribuir a esa pérdida de color en los pómulos: la penosa huida de la Torre del Sumo Sacerdote, donde se rumoreaba que había sufrido una terrible derrota, así como la inquietante aparición de la legendaria lanza Dragonlance y la de los Orbes de los Dragones. Además, había fracasado en su búsqueda del Hombre de la Joya Verde, que tanto interesaba a la Reina de la Oscuridad y que, al parecer, había sido visto en Flotsam. La Señora del Dragón, comentaban divertidos los draconianos, no estaba exenta de preocupaciones. ¿Por qué le inquietaba tanto un simple individuo? Tenía un sinfín de amantes, en su mayoría mucho más atractivos y más ansiosos de agradarle que aquel hosco semielfo. Bakarís, por ejemplo.

—Estoy satisfecha de ti —declaró, de pronto, Kitiara irrumpiendo en las cavilaciones del draconiano. A continuación se despojó de su armadura con su habitual impudicia y le hizo señal de alejarse, no sin añadir en una actitud muy propia de ella— Serás recompensado. Ahora, déjame sola.

El soldado hizo una ligera reverencia y abandonó la estancia con la cabeza gacha, aunque no ignorante de lo que sucedía. Antes de desaparecer vio que la Señora del Dragón lanzaba una furtiva mirada a un pergamino que yacía sobre la mesa, y que había

observado al entrar. Contenía unas frases escritas en los delicados caracteres elfos. En cuanto, cerró la puerta se oyó un estrépito metálico en la alcoba, producido por una pieza de armadura al ser arrojada con fuerza contra el muro.

Capítulo 2

Persecución

El viento se extinguió con la aparición del nuevo día. El ruido monótono que provocaba el agua al gotear desde los aleros resonaba en la dolorida cabeza de Tanis, haciendo que casi anhelara el regreso del desabrido huracán.

—Supongo que tendremos mar rizada —dijo Caramon reflexivo. Después de haber escuchado con sumo interés las historias marineras que les contara William, el posadero de «El Cerdo y el Silbido» en Port Balifor, el guerrero se consideraba un experto en cuestiones náuticas. Ninguno de los otros le replicaba, pues desconocían los secretos del océano, y sólo Raistlin lanzó a Caramon una mirada socarrona cuando éste, que había navegado en pequeños botes y en muy contadas ocasiones, empezó a hablar como un viejo lobo de mar.

—Quizá no deberíamos arriesgamos a zarpar —apuntó Tika.

—Debemos irnos hoy mismo —repuso Tanis con expresión sombría—. Aunque sea a nado, abandonaremos Flotsam.

Los compañeros intercambiaron fugaces miradas antes de centrar su atención en Tanis que, asomado a la ventana, no les vio enarcar las cejas ni encogerse de hombros pese a tener en todo momento conciencia de ser observado.

Estaban reunidos en la habitación de los hermanos. Faltaba aún una hora para que amaneciese, pero Tanis los despertó al oír que cesaba el salvaje aullido del viento.

El semielfo inhaló una bocanada de aire, antes de dar media vuelta para decir:

—Lo lamento. Sé que mis palabras os parecerán arbitrarias, pero existen peligros que no tengo tiempo de explicaros en este momento. Lo único que puedo aseguraros es que corremos un riesgo al que nunca en nuestras vidas hemos tenido que enfrentarnos.

Debemos abandonar la ciudad sin perder un instante —sintió que una nota histórica teñía su última frase, y optó por callar.

Se produjo un breve silencio, que interrumpió Caramon para decir con desazón:

—Por supuesto, Tanis, estamos de acuerdo.

—Nuestros hatillos están a punto —coreó Goldmoon—. Partiremos cuando tú quieras.

—En ese caso, vámonos —ordenó Tanis.

—Tengo que ir a recoger mis cosas —anunció Tika, un poco asustada.

—Hazlo, pero apresúrate —la urgió el semielfo.

—Te ayudaré —ofreció Caramon.

El fornido hombretón ataviado, como Tanis, con la armadura que habían robado a los oficiales del ejército de los Dragones, siguió a Tika hasta su habitación, quizá ansioso de disfrutar los últimos instantes de soledad con la muchacha. También Goldmoon y Riverwind corrieron en busca de sus pertenencias. Raistlin permaneció en la estancia, inmóvil como una estatua. Lo único que necesitaba, sus saquillos llenos de valiosos ingredientes mágicos, su Bastón de Mago y el Orbe, estaban embutidos en su indescriptible bolsa.

Tanis percibió la insistente mirada de Raistlin, y tuvo la sensación de que el mago podía traspasar la penumbra que anidaba en su alma con la enigmática luz de sus dorados ojos. Sin embargo, se obstinaba en callar. ¿Por qué? —se preguntaba enfurecido el semielfo—. Casi hubiera agradecido que Raistlin le interrogase, le acusara, pues de ese modo le daría la oportunidad de descargarse del peso de su conciencia al confesar la verdad... aunque no ignoraba las consecuencias de tal acción.

Pero Raistlin permanecía mudo, no emitiendo más sonido que el de su tos pertinaz.

Unos minutos más tarde, los otros regresaron a la estancia y Goldmoon declaró en tonos apagados:

—Estamos a tu entera disposición, Tanis.

Por unos instantes, Tanis fue incapaz de articular palabra. Se lo contaré —decidió—. Tragó saliva, se volvió hacia ellos y en sus caras vio confianza, una fe ciega en su honradez. Estaban dispuestos a seguirle sin titubeos y no podía fallarles, no podía traicionar aquella entrega incondicional.

Se había convertido en su único agarradero, de modo que lanzó un suspiro y se tragó las frases que casi habían aflorado a sus labios.

—De acuerdo —se limitó a farfullar, a la vez que echaba a andar en dirección hacia la puerta.

Maquesta Nar-Thon se despertó de su profundo sueño a causa de unos fuertes golpes en la puerta de su camarote. Acostumbraba a que interrumpieran su descanso a todas horas, se desmereó al instante y estiró el brazo para recoger sus botas.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Antes de recibir una respuesta se apresuró a ponerse en situación. Una mirada por el ojo de buey le reveló que el vendaval había cesado, pero por el balanceo de la nave comprendió que la mar estaba gruesa.

—Han llegado los pasajeros —anunció una voz que reconoció como la de su primer oficial.

Marineros de agua dulce —pensó desdeñosa, suspirando y quitándose la bota que había empezado a calzarse. En voz alta ordenó, mientras volvía a acostarse:

—Mandadlos a tierra. Hoy no navegaremos.

Al parecer se produjo un altercado en cubierta, pues oyó la voz encolerizada de su oficial seguida por otra que le respondía en el mismo tono. Maquesta se puso en pie, no sin una elevada dosis de esfuerzo. El segundo de a bordo, Bas Ohn-Koraf, era un minotauro, miembro de una raza que no se distinguía por su temperamento pacífico. Era muy fuerte y podía matar sin ser provocado. Esa fue una de las razones por las que se había hecho a la mar. En una nave como el Perechon nadie se molestaba en indagar sobre el pasado de sus compañeros.

Abriendo bruscamente la puerta de su camarote, Maq se dirigió con grandes zancadas al lugar donde atronaban las voces.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con el tono más severo que era capaz de asumir, a la vez que miraba de hito en hito a su subordinado y el rostro barbudo del que se le antojó un oficial del ejército de los Dragones. No obstante, pronto reconoció los ojos pardos y ligeramente almendrados del falso soldado, y clavó en él unos ojos llenos de frialdad.

—He dicho que hoy no navegaríamos, semielfo, y cuando yo...

—Maquesta —se apresuró a interrumpirla Tanis—, tengo que hablar contigo. —Quiso hacer a un lado al minotauro para aproximarse a ella, pero el musculoso individuo le sujetó con firmeza y le lanzó hacia atrás. A sus espaldas otro oficial del ejército de los Dragones rugió amenazador y dio un paso al frente. Los ojos del minotauro despedían fulgurantes destellos cuando, con gran destreza, extrajo una daga de la abigarrada banda que rodeaba su cinto.

La tripulación se congregó en cubierta, ansiosos sus miembros por ver pelear a los dos colosos.

—Caramon —dijo Tanis, extendiendo su mano en un intento de contener al guerrero.

—¡Koraf! —exclamó Maquesta con una iracunda mirada, destinada a recordar a su primer oficial que se enfrentaba a pasajeros de pago que no debían ser maltratados, al menos mientras se hallasen cerca de tierra.

El minotauro gruñó, pero su daga desapareció con la misma rapidez con que había salido a la luz. Un instante después dio media vuelta y se alejó un poco con ademán despreciativo entre los murmullos decepcionados pero aún alegres de la tripulación, que anticipaba una travesía interesante. Maquesta ayudó a Tanis a incorporarse, escrutándolo con la misma atención con la que habría observado a un hombre deseoso de enrolarse como tripulante de su nave. Al instante se percató de que el semielfo había cambiado desde la última vez que lo viera cuatro días atrás, cuando él y el hombretón que le protegía habían zanjado el precio de sus pasajes a bordo del Perechon.

Parece que haya atravesado el Abismo y luego regresado a tierra firme. Sin duda la atenaza algún problema grave —concluyó— y no seré yo quien se lo resuelva. No estoy dispuesta a arriesgar mi barco.

Sin embargo, tanto él como sus amigos habían pagado la mitad de la suma estipulada para el viaje, y Maq necesitaba el dinero. En los tiempos que corrían, a una bucanera le resultaba difícil competir con los Señores de los Dragones.

—Ven a mi camarote —le invitó la capitana con tono arisco, mostrándole el camino.

—Quédate junto a los otros, Caramon —ordenó Tanis a su compañero. El fornido humano asintió con la cabeza y lanzó una lóbrega mirada al minotauro mientras retrocedía para situarse al lado de sus amigos, que permanecían arracimados en silencio en torno a sus escasas pertenencias.

Tanis siguió a Maq hasta su cabina y se introdujo como pudo en el interior de la pequeña estancia, pues dos personas eran suficientes para abarrotarla por completo. El Perechon era una nave de firme construcción, diseñada para navegar a gran velocidad y realizar rápidas maniobras. Resultaba idónea para los menesteres de Maquesta, en los que era imprescindible entrar y salir diligentemente de los puertos a fin de descargar o recoger mercaderías que no siempre le pertenecían y más tarde entregarlas o bien hacerse con otras. En algunas ocasiones redondeaba sus ganancias sorprendiendo a los buques mercantes que zarpaban de Palanthas o Tarsis y apoderándose de sus cargamentos antes de que acertaran a comprender lo ocurrido. Era una experta en los abordajes, los saqueos y las huidas rápidas.

Era, asimismo, capaz de alcanzar en alta mar a las sólidas embarcaciones de los Señores de los Dragones, pero se había hecho el firme propósito de no atacarlas. La complicación radicaba en que en los últimos tiempos esas naves solían «escoltar» a las mercantes, de modo que Maquesta había perdido dinero en sus viajes más recientes. Este motivo y no otro la había impulsado a transportar pasajeros, algo que nunca habría hecho en circunstancias normales.

Tras desprenderse del yelmo, el semielfo se sentó frente a la mesa, o mejor dicho se derrumbó, porque no estaba acostumbrado al vaivén que las olas infligían a la nave. Maquesta permaneció de pie, equilibrándose sin esfuerzo.

—¿Puede saberse qué deseas? —preguntó entre bostezos—. Ya te he dicho que hoy no podemos zarpar. El mar está...

—Tenemos que hacerlo —la atajó Tanis.

—Mira —replicó la capitana recordándose ahora a sí misma que era un pasajero de pago para conservar la calma—, si tienes problemas no estoy dispuesta a que me utilices para resolverlos. No arriesgaré ni mi barco ni mi tripulación...

—No soy yo quien está en apuros, sino tú —replicó el semielfo paralizándola con los ojos.

—¿Yo? —repitió perpleja.

Tanis juntó las manos sobre la mesa y bajó la mirada. Las bruscas e incesantes sacudidas de la embarcación amarrada a su ancla, combinadas con el agotamiento de los últimos días, le producían náuseas. Al ver el tono verdoso que adquiría su tez oculta tras la barba, y los oscuros cercos que enmarcaban sus ausentes ojos, Maquesta pensó que había visto cadáveres de aspecto más saludable que el que presentaba el semielfo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó tensa.

—F-fui capturado por un Señor del Dragón ha-hace tres días —balbuceó Tanis en un susurro, sin apartar la vista de sus manos—. No, «capturado» no es la palabra exacta. Supuso que era uno de sus hombres a causa de este uniforme, y me ordenó que le acompañara a su campamento. Estuve con él t-tres jornadas completas, y d-descubrí algo. Sé por qué el Señor del Dragón y su ejército están registrando todo Flotsam. He averiguado qué o, mejor dicho, a quién buscan.

—¿De verdad? —le atajó Maquesta, sintiendo que el temor la invadía como una enfermedad contagiosa—. No creo que sea a ningún tripulante del Perechon.

—Te equivocas, persiguen al timonel. —al fin Tanis levantó la vista—. A Berem.

—¡A Berem! —exclamó Maquesta sin dar crédito a lo que oía—. ¿Por qué? Es un pobre mudo, ¡un retrasado! No niego su habilidad como piloto, pero eso es todo. ¿Qué puede haber hecho para provocar semejante despliegue de fuerzas contra él?

—Lo ignoro —confesó Tanis sin cesar de luchar contra sus náuseas—. No logré enterarme, ni estoy seguro de que ellos lo sepan tampoco. Pero han recibido órdenes de encontrarle a cualquier precio y llevarlo vivo a presencia de —cerró los ojos para evitar los efectos de los agitados fanales—, la Reina de la Oscuridad.

Las primeras luces del alba se proyectaron en rayos rojizos sobre la embravecida superficie del océano. Por un instante iluminaron la bruñida tez negra de Maquesta, y un ígneo resplandor brotó de los pendientes de oro que le colgaban hasta casi rozar sus hombros. Nerviosa por la revelación del semielfo, la capitana se mesó la densa mata de cabello azabache. De pronto se le hizo un nudo en la garganta y balbuceó a la vez que un estremecimiento recorría sus vísceras.

—Nos desharemos de él. Le dejaremos en tierra y contrataré a otro timonel.

—¡Escucha! —le urgió Tanis, agarrándola por el brazo para obligarla a mantener la calma—. Quizá ya sepan que está a bordo. Y, aunque no sea así, si le capturan no te librarás de su castigo. Una vez descubran que ha navegado en esta embarcación, y te aseguro que lo descubrirán pues utilizan métodos capaces de hacer hablar incluso a un mudo, os arrestarán a ti y a toda tu tripulación. Puedes imaginarte que si caes en sus manos estás perdida.

Soltó su brazo, no le restaban fuerzas para inmovilizarlo por más tiempo.

—Siempre han actuado del mismo modo —continuó tras una breve pausa—. Lo sé porque me lo contó el Señor del Dragón. Han destruido pueblos enteros, torturado y asesinado a sus habitantes. Cualquiera que haya mantenido relación alguna con ese hombre está sentenciado, pues temen que el mortífero secreto que guarda con tanto celo haya sido revelado y eso es algo que no van a permitir.

—No puedo creer que te refieras a Berem —dijo Maquesta sentándose y observando, aún incrédula, a Tanis.

—No han podido entrar en acción a causa de la tormenta —explicó el semielfo con voz apagada—, y además, el Señor del Dragón tuvo que ir a Solamnia para librar una batalla. Pero esa... ese individuo volverá hoy de su misión, y entonces...

No fue capaz de concluir. Hundió la cabeza entre sus manos en el mismo instante en que un temblor incontrolable agitaba su cuerpo.

Maquesta lo miró sumida en un mar de dudas. ¿Era cierta su historia, o la había fraguado su imaginación para inducirle a que le alejase de algún peligro? Al verle prostrado en una condición lamentable sobre la mesa, pronunció un reniego. Era un juez avisado, no le quedaba otro remedio si quería controlar a sus toscos tripulantes, y comprendió que el semielfo no mentía. Al menos, no del todo. Sospechaba que le había ocultado ciertos detalles pero el relato de Berem, por extraño que resultase, revestía visos de verosimilitud.

Pensó, incómoda, que todo aquello tenía sentido, y se maldijo a sí misma. Ella que presumía de su buen juicio, de su sapiencia, había permanecido ciega ante la enigmática figura de Berem. ¿Por qué? Sus labios se torcieron en una mueca burlona. Aquel hombre le gustaba, tenía que admitirlo. Era como un niño, cándido y alegre, y su peculiar carácter le había hecho pasar por alto su reticencia a desembarcar, su miedo a los extraños, su deseo de trabajar con piratas a pesar de haber renunciado siempre a los botines que capturaban. Se mantuvo unos momentos inmóviles, fundiéndose con el balanceo de su nave. Luego se asomó al exterior y contempló como el áureo reflejo del sol se borraba de la blanca espuma para desaparecer por completo, engullido por las densas nubes grisáceas. Sería peligroso salir a alta mar, pero si el viento soplabla en su dirección

—Prefiero hallarme en medio del océano —murmuró, más para sí misma que para el maltrecho Tanis—, antes que quedar atrapada en tierra como una rata.

Resuelta a ponerse en movimiento, Maq se levantó y se encaminó a la puerta. Pero oyó un gemido procedente de Tanis y, girando la cabeza, le miró compadecida.

—Vamos, semielfo —le susurró, no sin cierta amabilidad, mientras le rodeaba con sus brazos y le ayudaba a incorporarse—. Te sentirás mejor en cubierta, al aire libre. Además, debes explicar a tus compañeros que la nuestra no va a ser una placentera travesía por el océano. ¿Conoces el riesgo que todos corremos?

Tanis, apoyado en Maquesta, asintió con la cabeza antes de enfilear el oscilante pasillo inferior.

—No me lo has contado todo, de eso estoy segura —le susurró la capitana cuando, tras cerrar de un puntapié la puerta de su camarote, condujo a Tanis hasta la escalerilla que debía trepar para ascender a la cubierta principal. Sé que no es Berem la única criatura a quien busca el Señor del Dragón. Pero presiento que éste no es el primer temporal que capeas con tu grupo, y espero por el bien de todos que no se esfume vuestra suerte.

El Perechon inició su singladura por el embravecido mar. Navegando con pocas velas desplegadas, la embarcación parecía avanzar despacio pues tenía que luchar contra las olas para cubrir cada braza. Por fortuna el viento soplaba a su favor, en violentas ráfagas del suroeste que la empujaba rumbo al Mar Sangriento de Istar. Como los compañeros se dirigían a Kalaman, situada al noroeste de Flotsam y detrás del cabo de Nordmaar, apenas tenían que desviarse de la trayectoria que trazaban las corrientes aunque el navío debía describir una curva abierta. De todos modos, a Maquesta no le importaba permanecer alejada de tierra, en realidad era lo que pretendía.

Le anunció a Tanis que incluso existía la posibilidad de poner rumbo noreste y arribar a Mithras, lugar natal de los minotauros. Aunque algunas de estas criaturas luchaban en las filas de los ejércitos de los Dragones, en su mayoría no habían querido jurar lealtad a la Reina de la Oscuridad. Según Koraf los minotauros exigían el control absoluto de la zona oriental de Ansalon como recompensa por sus servicios, y esta jurisdicción había sido asignada a un nuevo Señor del Dragón, un goblin llamado Toede. A su raza no le agradaban ni los humanos ni los elfos, pero en este preciso momento tampoco se hallaban en buenas relaciones con los Señores de los Dragones de modo que Maq y su tripulación podían refugiarse en Mithras, donde estarían a salvo, al menos durante un tiempo.

A Tanis no le satisfacía esta demora, pero había dejado de ser dueño de su destino. Al asaltarle tal pensamiento, el semielfo lanzó una curiosa mirada al humano que se erguía en solitario en el centro del torbellino de sangre y llamas del Mar de Istar. Berem estaba en su puesto, gobernando la rueda con manos firmes y certeras mientras sus ojos, de vaga y despreocupada expresión, parecían perderse en el lejano horizonte.

Tanis centró su atención en el pectoral del timonel, ansioso por detectar un tenue fulgor verdoso. ¿Qué oscuro secreto latía en el pecho donde meses atrás, en Pax Tharkas, había descubierto la refulgente y esmeralda joya incrustada en la carne? ¿Por qué cientos de draconianos perdían el tiempo en buscar a un solo hombre cuando la guerra aún no había inclinado la balanza a su favor? ¿Cómo era posible que Kitiara hubiera

abandonado el mando de sus fuerzas en Solamnia para supervisar la búsqueda en Flotsam a causa de un simple rumor, según el cual el piloto había sido visto, en esta ciudad portuaria?

¡El es la Clave!. Tanis recordó, de pronto, las palabras de Kitiara. Si le capturamos, Krynn sucumbirá al poder de la Reina de la Oscuridad. No habrá en el país entero una fuerza capaz de derrotarnos.

Temblando y con el estómago revuelto, Tanis observó a aquel hombre con sobrecogimiento. ¡Berem parecía tan ajeno, tan por encima de todo! Era como si los problemas del mundo no lo afectasen en lo más mínimo. ¿Acaso estaba Maquesta en lo cierto al afirmar que era un retrasado? El semielfo lo dudaba. Recordaba a Berem tal como lo había visto durante aquellos breves segundos en medio de los horrores de Pax Tharkas. Evocó en su mente la expresión de su rostro cuando permitió que Eben, el traidor, le indicara el camino en un desesperado intento de fuga no se dibujaron en él las líneas del temor, la indiferencia o la abulia, Sino.. ¿cómo expresarlo? ¡Resignación, eso era lo que pareció manifestar! Se diría que conocía el destino que le aguardaba pero, a pesar de todo, había decidido seguir adelante. Cuando Berem y Eben llegaron a las puertas, cientos de toneladas de rocas se desprendieron del mecanismo que las bloqueaba, enterrándoles bajo peñascos que ni un dragón habría podido levantar. Dieron por sentado que ambos habían perecido. Sin embargo, sólo Eben desapareció sin dejar rastro. Unas semanas más tarde, durante la celebración de los esponsales de Goldmoon y Riverwind, Tanis y Sturm volvieron a ver a Berem... ¡vivo! Antes de que pudieran acercarse a él, el enigmático personaje se escabulló entre el gentío y nunca más tuvieron noticias de su paradero. Nunca más hasta que Tanis le encontrara hacía tres... no, cuatro días remendando una de las velas de la nave.

Berem mantenía el curso del Perechon con el rostro inundado de paz, mientras Tanis se acodaba en la barandilla para desfogar su náusea.

Maquesta no dijo nada a la tripulación acerca de la situación de Berem. Se limitó a explicar la brusca partida de su nave afirmando que había llegado a sus oídos que el Señor del Dragón estaba demasiado interesado en ella y juzgaba oportuno lanzarse a mar abierto. Nadie formuló preguntas incómodas, pues por un lado no profesaban un gran cariño a aquellos siniestros individuos y por otro habían permanecido en Flotsam el tiempo suficiente para perder todo su dinero.

Tampoco Tanis reveló a sus compañeros el motivo de su prisa. Todos conocían la historia del Hombre de la Joya Verde y, aunque eran demasiado educados —excepto Caramon— para manifestarlo, estaban convencidos de que Sturm y Tanis se habían excedido en sus brindis durante la boda. Así pues, no indagaron por qué motivo arriesgaban sus vidas en el embravecido océano, su fe en el cabecilla del grupo era absoluta.

Presas de incesantes mareos y de las violentas punzadas que le infligía su culpabilidad, Tanis merodeaba a trompicones por la cubierta sin dejar de contemplar el mar. Los poderes curativos de Goldmoon le habían ayudado a recobrar una pequeña parte de su integridad, aunque, al parecer, ni siquiera una sacerdotisa era capaz de aliviar el

torbellino de su estómago. En cuanto al infierno en el que se debatía su alma, estaba por encima del auxilio de nadie.

Se sentó al fin frente al océano, escudriñándolo en todo momento con el temor de otear el velamen de otro barco en el horizonte. Los otros, quizá porque no eran víctimas de tan intenso agotamiento, se mostraban indiferentes al desordenado vaivén que agitaba a la nave mientras cortaba el abundante oleaje. Lo único que les afectaba era la rociada de alguna que otra ola al romper contra el casco.

Incluso Raistlin, para asombro de su hermano, parecía tranquilo. El mago permanecía apartado de los otros, acurrucado bajo una vela que había aparejado uno de los marineros a fin de impedir que los pasajeros se empaparan más de lo inevitable. No estaba mareado, y apenas tosía. Se hallaba absorto en sus pensamientos, con un brillo en sus dorados ojos más intenso que el del sol matutino que luchaba por abrirse paso entre las amenazadoras nubes tormentosas.

Maquesta se encogió de hombros cuando Tanis mencionó su miedo a que hubieran emprendido su persecución. El Perechon era más veloz que las macizas naves de los Señores de los Dragones, y, además, habían logrado cruzar el puerto sin ser vistos más que por otros buques piratas como el suyo. En su hermandad nadie hacía preguntas.

El mar se fue calmando, alisado por la persistente brisa. Durante todo el día los densos nubarrones se fueron acumulando, para ser al fin evaporados por el refrescante viento. La noche se inició clara y estrellada, y Maquesta pudo izar más velas. La nave siguió deslizándose por la llana superficie hasta que, a la mañana siguiente, los compañeros se despertaron ante una de las más espantosas visiones de todo Krynn.

Estaban en el extremo del Mar Sangriento de Istar. El sol se mostraba como una enorme y dorada bola en el horizonte cuando el Perechon se internó en una superficie tan purpúrea como la capa que lucía el mago, como la sangre que se vertía por sus labios siempre que tosía.

—Quien le impuso su nombre estuvo muy acertado —comentó Tanis a Riverwind mientras, desde la cubierta, contemplaban las aguas rojizas y lóbregas. Su radio de observación era corto, una perpetua atmósfera de tormenta permanecía suspendida bajo la bóveda celeste y envolvía el mar en una cortina de tonalidades plomizas.

—Nunca quise creerlo —dijo el bárbaro solemnemente, meneando la cabeza—. Oí a William hablar de él, y no hice apenas caso de sus relatos sobre dragones marinos que engullían a los barcos y mujeres con colas de pez en lugar de piernas. Pero esto... —El hombre de las Llanuras enmudeció para lanzar furtivas e inquietas miradas a las aguas de color sangre.

—¿Supones que es cierto que nos hallamos frente a la sangre derramada por quienes murieron en Istar cuando la, montaña ígnea destruyó el templo del Príncipe de los Sacerdotes —preguntó Goldmoon en un susurro, acercándose a su esposito.

—¡Eso es una necedad! —intervino Maquesta, que había atravesado la cubierta para reunirse con ellos. Sus ojos no descansaban, en un intento de asegurarse de que sacaba en todo instante el mejor partido posible a su nave y sus tripulantes.

—¿Habéis escuchado las historias de William, ese hombre de cara porcina? —continuó sin poder contener la risa—. Le gusta asustar a los habitantes de tierra adentro. El agua debe su color al terreno del fondo, que se mueve con las constantes mareas. Recordad que no navegamos sobre arena como en el resto del océano. En un tiempo pasado ocupaba este paraje la capital de un próspero reino, y la región adyacente. Cuando cayó la montaña de fuego, abrió una brecha en el suelo y éste fue invadido por el océano, que creó un nuevo mar. Ahora las riquezas de Istar yacen bajo las olas.

Maquesta se asomó a la barandilla con ojos soñadores, como si pudiera penetrar las revueltas aguas para ver los fabulosos tesoros de la ciudad perdida. Lanzó un anhelante suspiro y Goldmoon observó su morena tez con aversión, llenos sus ojos de la tristeza y del terror que le inspiraban la destrucción y pérdida de tantas vidas.

—No puedo creer que las mareas agiten constantemente la tierra —declaró Riverwind frunciendo el ceño—. Ni tampoco las olas y las corrientes pueden ser las causantes pues éstas no habrían impedido que el terreno acabase por asentarse.

—Cierto, bárbaro —admitió Maquesta alzando una mirada de admiración hacia el alto y atractivo habitante de las Llanuras—. No os he explicado el fenómeno porque tengo entendido que ninguno de vosotros es navegante. Pero vuestro pueblo, si no me equivoco, está formado por granjeros y por consiguiente conocéis la textura de la tierra. Si hundes la mano en el agua, palparás sus, aún, recios granos. En realidad lo que provoca todo este movimiento es, según afirman, un remolino situado en el centro del Mar Sangriento, dotado de una fuerza insólita y capaz de arrastrar cualquier masa en sus violentas ondas. ¿Quién sabe? Quizá se trate de otra de las imaginativas historias de William. Debo confesar que nunca lo he visto, ni tampoco las personas que han viajado conmigo; y os aseguro que he surcado estos mares desde que era una niña, pues aprendí el oficio de mi padre. De todos modos, nadie ha cometido la imprudencia de internarse en la tempestad que veis suspendida sobre el corazón de este mar.

—¿Cómo llegaremos a Mithras? —gruñó Tanis—. Si tus cartas de navegación son correctas, está al otro lado del Mar Sangriento.

—Arribaremos a Mithras poniendo rumbo sur, si alguien nos persigue. De lo contrario bordearemos el extremo occidental del océano y seguiremos sin abandonar la costa hacia el norte, por el cabo Nordmaar. No te preocupes, semielfo —añadió Maq agitando la mano en un ademán exagerado—. Al menos podrás contar que has visto el Mar Sangriento, una de las maravillas del Krynn.

Cuando se disponía a alejarse, Maquesta fue llamada por el vigía.

—¡He avistado una nave por el oeste!

Al instante Maquesta y Koraf extrajeron sus catalejos y examinaron el horizonte de poniente. Los compañeros, por su parte, intercambiaron miradas inquietas y se agruparon. Incluso Raistlin abandonó su rincón bajo la protectora vela y cruzó la cubierta, sin cesar de escudriñar el punto indicado con sus dorados ojos.

—¿Ves algún velamen? —susurró la capitana al minotauro.

—No —contestó el interpelado con su tosca versión de la lengua común—. No es una nave, quizá sólo una nube. Pero avanza muy deprisa, más que cualquier tormenta que haya oteado nunca.

No acertaban a distinguir sino unas manchas oscuras perfiladas en lontananza, manchas que crecían bajo sus atentas miradas.

De pronto Tanis sintió un punzante dolor en sus entrañas, como si le hubieran traspasado con una espada. Tan agudo y auténtico era su sufrimiento que quedó sin resuello y tuvo que agarrarse a Caramon para no caer desplomado. Los demás lo contemplaron preocupados, mientras el guerrero le rodeaba con su poderoso brazo en un intento de sostenerlo.

Tanis sabía quiénes se aproximaban.

Y también conocía a su cabecilla

Capítulo 3

La creciente oscuridad

—Un grupo de dragones alados —dijo Raistlin, plantándose junto a su hermano—. Creo haber contado cinco.

—¡Dragones! —exclamó Maquesta con voz ahogada. Se aferró a la barandilla con manos temblorosas, pero pronto se repuso y dio media vuelta para ordenar—: ¡A toda vela!

Los marineros fijaron la vista en el poniente, atenazadas sus mentes por los horrores que sin duda se avecinaban. Maquesta tuvo que repetir su orden, esta vez gritando con todas sus fuerzas, si bien lo único que la inquietaba era la suerte de su amado barco. La serenidad y firmeza de su actitud lograron vencer los primeros y aún vagos temores de sus marineros. Instintivamente unos pocos se pusieron en movimiento para obedecerla, y los demás siguieron por inercia. Koraf contribuyó con su látigo, que hacía restallar contra la piel de quienes no actuaban con la celeridad debida. Al cabo de unos

momentos, todas las velas ondeaban en sus mástiles. Los cabos crujían de un modo siniestro, mientras que los aparejos entonaban una triste melodía.

—¡Flanquea la tormenta sin adentrarse en ella! —instruyó Maquesta a Berem. El timonel asintió despacio, pero la abstraída expresión de su rostro hacía difícil adivinar si la había oído.

Al parecer sí se había enterado, pues el Perechon se acercó a la perpetua tempestad que envolvía el Mar Sangriento jalonando la blanca espuma de las olas y aprovechando el viento brumoso de la borrasca.

La maniobra era temeraria, y Maq lo sabía. Si una sola verga se torcía, se quebraba un cabo o se rasgaba una vela, quedarían indefensos. Pero había que correr ese riesgo.

—Es inútil—comentó Raistlin con frialdad—. Nunca dejaremos atrás a los dragones, fijaos cuán raudos acortan la distancia. Te han seguido, semielfo —añadió volviéndose hacia Tanis—. Te mantuvieron vigilado desde que abandonaste el campamento, o bien —su voz se tornó sibilante— los has guiado hasta aquí.

—¡No! ¡Lo juro! —protestó Tanis.

¡El draconiano ebrio! Cerró los ojos, sumido en la desesperación y maldiciéndose a sí mismo. Por supuesto Kit hizo que le espieran, no iba a confiar más en él que en los otros hombres que compartían su lecho. Se había comportado como un necio engreído al creer que significaba algo especial para aquella mujer y al suponer que le amaba. Kitiara no quería a nadie, era incapaz de semejante emoción.

—¡Me han seguido, no cabe duda! —exclamó con los dientes apretados—. Debéis confiar en mí. Quizá haya sido un estúpido, pero no un traidor. No imaginé que fueran tras mis pasos en la tormenta.

—Tranquilízate Tanis, te creemos —declaró Goldmoon acercándose a él, mientras lanzaba a Raistlin una enfurecida mirada de soslayo.

El mago no despegó los labios, que se retorcieron en una mueca burlona. Tanis evitaba sus ojos, y prefirió concentrarse en los dragones que se dibujaban ya con total nitidez. Todos a bordo podían ver sus enormes alas extendidas, las largas colas agitándose en el viento, las afiladas garras que mantenían abiertas bajo sus descomunales cuerpos azulados.

—Uno transporta a un jinete —informó Maquesta desalentada, sin apartar el ojo del catalejo—. Un jinete que oculta su rostro tras una máscara astada.

—Un Señor del Dragón —confirmó Caramon sin necesidad, pues todos sabían qué significaba aquella descripción. El fornido guerrero dirigió a Tanis una mirada sombría—. Será mejor que nos expliques qué está ocurriendo, semielfo. Si ese Señor del Dragón creyó que eras uno de los oficiales a sus órdenes, ¿por qué se tomó la molestia de hacerte espiar y seguirte hasta aquí?

Tanis empezó a hablar, pero sofocó sus quebradas palabras un rugido agónico, inarticulado, un rugido en el que se entremezclaban el terror y la ira de un modo tan sobrenatural que todos los presentes alejaron a los dragones de su pensamiento. Provenía el extraño alarido del timón de la nave, y los compañeros se volvieron hacia él con las armas desenvainadas. Los miembros de la tripulación interrumpieron su enloquecido faenar, a la vez que Koraf se quedaba inmóvil, contraída su faz animal en una mueca de asombro en medio de aquellos rugidos que sonaban a cada instante más desgarrados.

Sólo Maq mantuvo la calma, y empezó a cruzar la cubierta acercándose al piloto.

—Berem —le llamó, adentrándose en la mente de aquel hombre merced a la afinidad de sus sentimientos. Lo que leyó le produjo terror y, aunque saltó sobre él, llegó demasiado tarde.

Con una expresión de incontrolable pánico dibujada en el rostro, Berem se sumió en el silencio y contempló a los ya próximos dragones. De pronto volvió a rugir, manifestando esta vez su miedo con un aullido que heló la sangre de todos los presentes, incluso del minotauro. Por encima de su cabeza las velas ondeaban al viento y los aparejos se extendían rígidos. La embarcación, navegando con toda la celeridad que era capaz de asumir, parecía saltar sobre las olas y dejaba tras de sí una estela de alba espuma. Sin embargo, los dragones ganaban terreno.

Cuando Maquesta casi le había dado alcance, el timonel agitó la cabeza como un animal herido e hizo girar la rueda.

—¡No, Berem! —gritó la capitana.

El brusco movimiento del piloto hizo que la embarcación virase, con tal velocidad que casi volcó. El palo de mesana se partió en dos a causa de la presión del viento, de tal modo que los aparejos, obenques, velas y hombres se desmoronaron sobre la cubierta o cayeron al Mar Sangriento.

Asiendo a Maq por el brazo, Koraf logró apartarla de la maltrecha verga. Caramon estrechó a Raistlin contra su cuerpo, arrojándose sobre la cubierta y protegiendo así el frágil cuerpo del mago con el suyo en el instante en que la maraña de cabos sueltos y madera astillada se estrellaba a escasa distancia. Los marineros, mientras, se desplomaban o bien se asestaban fuertes golpes contra las mamparas. Todos podían oír cómo la carga salía despedida en la bodega, pero nadie tenía tiempo de bajar a amarrarla de nuevo. Los compañeros se sujetaban a los cabos o a cualquier objeto al que podían aferrarse, afianzándose en un desesperado intento de salvar sus vidas, pese a presentir que Berem acabaría por hundir la nave. Las velas se batían como las alas de un ave moribunda, a la vez que se aflojaban los nudos y la nave zozobraba hacia un inminente final.

Pero el diestro piloto, aunque aparentemente enloquecido por el pánico, seguía siendo un experto navegante. En una reacción instintiva sostenía la rueda con firmeza cuando la veía a punto de girar libre y mortífera y, despacio, condujo de nuevo el barco hacia el viento con el mismo cuidado con que una madre acunaría a su hijo enfermo. El

Perechon acabó por enderezarse y, al sentir la caricia de la brisa, se hincharon las velas muertas hasta hallar un nuevo rumbo.

Fue en ese momento cuando todos pensaron que hundirse' en el mar habría sido una muerte más rápida y fácil que la que ahora les aguardaba, pues un grisáceo manto de agitada bruma envolvió la nave en una densa penumbra.

—¡Se ha vuelto loco! Nos lleva irremediamente hacia la tempestad del Mar Sangriento —constató Maquesta con una voz quebrada, apenas audible, mientras luchaba para recuperar el equilibrio. Koraf empezó a avanzar hacia Berem, retorcido su rostro en una mueca agresiva y con una cabilla de maniobras en la mano.

—¡No, Koraf! —ordenó Maquesta sin resuello, agarrándolo para detenerlo—. Quizá Berem tenga razón y ésta sea nuestra única oportunidad de salvarnos. Los dragones no osarán seguirnos hacia el corazón de la tempestad. Berem nos ha metido en este embrollo, y no tenemos otro timonel capaz de sacarnos de él. Si logra mantenerse en el borde del remolino...

Un inesperado relámpago rasgó la plomiza cortina y la niebla se partió, revelando una ominosa escena. Un cúmulo de negras nubes se agitaba en el rugiente viento, y un rayo verdoso hendió el firmamento impregnando el aire del olor acre del azufre. Las rojizas aguas se rizaron en peligrosos vaivenes, lanzando chorros burbujeantes como los espumarajos de un epiléptico. Durante unos momentos nadie acertó a moverse, no podían sino contemplar el espectáculo sintiendo su propia insignificancia frente a las desencadenadas fuerzas de la naturaleza. El viento azotaba sus rostros y la nave se balanceaba en violentos bandazos, arrastrada por el mástil roto. Se desató de pronto un aguacero, entremezclado con piedras de granizo que repiqueteaban sin cesar sobre la entarimada cubierta, en el mismo instante en que la grisácea cortina volvía a cernirse sobre ellos.

Por orden de Maquesta algunos marineros se encaramaron a los obenques para arriar las velas restantes, mientras otro grupo se esforzaba en apartar la verga partida que se agitaba si ningún control. Acometieron esta tarea con hachas, que utilizaron para cortar los cabos y lograr así que el palo cayera a las sanguinolentas aguas. Libre al fin del peso muerto que la arrastraba, la nave se enderezó de nuevo. Aunque el viento continuaba zarandeándola, el Perechon parecía capaz de vencer a la tormenta incluso con un mástil menos.

El riesgo inmediato había hecho que los tripulantes se olvidasen de los dragones. Ahora que su vida prometía prolongarse unos minutos, los compañeros alzaron sus cabezas para escudriñar el aire a través de la brumosa lluvia.

—¿Creéis que los hemos confundido? —preguntó Caramon, quien sangraba por un ancho tajo abierto en su testa. Sus empañados ojos delataban el dolor que le infligía su herida, pero aún estaba más preocupado por su hermano. Raistlin se bamboleaba a su lado, ileso, pero presa de un virulento ataque de tos que apenas le permitía sostenerse en pie.

Tanis movió la cabeza en actitud sombría. Tras dar un rápido vistazo a su alrededor para cerciorarse de que todos estaban bien, les hizo señal de acercarse. Uno por uno, los

compañeros avanzaron a trompicones bajo la lluvia, aferrándose a los cabos que encontraban a su paso hasta congregarse en torno al semielfo. Ninguno de ellos conseguía apartar la mirada de las alturas.

Al principio no vieron nada, incluso resultaba difícil distinguir la proa de la nave a través de la lluvia y del revuelto mar. Los marineros se apresuraron a cantar victoria, convencidos de que habían perdido de vista a las bestias.

Pero Tanis, con la mirada fija en el oeste, sabía que sólo la muerte detendría a la Señora del Dragón en su empeño. Inevitablemente los vítores de los tripulantes se trocaron por gritos de terror cuando la cabeza de un Dragón Azul se asomó, de pronto, entre los nubarrones, con la boca abierta para exhibir sus amenazadores colmillos y sus flamígeros ojos resplandecientes de odio.

El Dragón voló hasta ellos, extendidas las alas pese a la fuerza de los vientos, la lluvia y el granizo. Un Señor del Dragón se erguía sobre su azulado lomo, y Tanis vio apesadumbrado que no portaba armas. No las necesitaba para capturar a Berem y hacer que su cabalgadura destruyera al resto. El semielfo inclinó la cabeza, atenazado por el presentimiento de lo que se avecinaba y por la amarga punzada de la culpabilidad.

Sin embargo, no tardó en alzar de nuevo la vista al pensar que existía una posibilidad. Quizá ella no reconocería a Berem, y se resistiría a aniquilar a los otros por miedo a lastimarlo. Giró la cabeza hacia el timonel, pero su momentánea esperanza se disipó casi antes de nacer. Se diría que los dioses se habían confabulado contra ellos.

El viento había abierto la camisa de Berem. A través de la cortina que formaba la lluvia el semielfo distinguió la piedra verde incrustada en el pecho de aquel extraño humano; irradiaba destellos más brillantes que los del relámpago, cual un terrible faro que orientase a los buques en la tormenta. Berem no se había percatado, ni siquiera parecía ver al Dragón. Sus ojos acechaban la tempestad mientras conducía la nave hacia el centro del Mar Sangriento de Istar.

Sólo dos de los presentes percibieron la refulgente gema. Todos los demás estaban pendientes de la fiera, atrapados en un hipnótico trance que les impedía apartar la mirada de la enorme criatura azul que les sobrevolaba. Tanis estudiaba la joya que tanto lo había sorprendido meses atrás, y también la Señora del Dragón la había visto. Sus ojos, camuflados por la máscara metálica, estaban prendidos de los verdes destellos, aunque, pasado el primer momento de atracción, la insaciable mujer desvió el rostro hacia el semielfo que permanecía inmóvil en la azotada cubierta.

Una repentina ráfaga de viento sacudió al Dragón Azul, obligándolo a virar ligeramente, pero la mirada de la Señora del Dragón no sufrió ni el más leve parpadeo. Tanis vio un espantoso futuro en aquellos ojos castaños: el Dragón se lanzaría en picado sobre ellos y atraparía a Berem en sus garras, mientras su dueña se regocijaría en su victoria durante unos instantes agónicos para luego ordenarle que los destruyera a todos...

Tanis vio esta escena con la misma claridad con que había leído la pasión en el rostro de la mujer unos días antes, cuando la estrechaba en sus brazos.

Sin apartar los ojos de él, la Señora del Dragón alzó su enguantada mano. Quizá era una señal de ataque dirigida a su animal, quizá una despedida destinada a Tanis. Nunca lo sabría, pues en aquel momento una voz desgarrada se elevó por encima del rugido de la tormenta con un poder indescriptible.

—¡Kitiara! —exclamó Raistlin. Liberándose de Caramon, el mago emprendió carrera hacia el Dragón sin cesar de resbalar sobre la empapada cubierta y con la túnica roja agitada en violentos remolinos por el creciente viento. Una ráfaga arrancó de forma súbita la capucha de su cabeza y la lluvia empezó a chorrear resplandeciente por su metálica tez, haciendo que sus ojos como relojes de arena lanzasen áureos destellos a través de la oscuridad de la tormenta.

La Señora del Dragón aferró su montura por la erizada crin que jalonaba su cuello azulado, obligándola a detenerse con tal brusquedad que Skie lanzó un grito de protesta. El cuerpo de la mujer adquirió una extraña rigidez, y sus ojos casi se salieron de sus órbitas al contemplar al frágil hermanastro que había criado desde la infancia. Su mirada se desvió hacia Caramon en el instante en que el guerrero se situaba junto a su gemelo.

—¿Kitiara? —susurró Caramon con un hilo de voz, lívido su rostro al observar al Dragón que permanecía suspendido sobre ellos desafiando al temporal.

La Señora del Dragón giró de nuevo su enmascarada cabeza hacia Tanis, antes de posar la mirada en Berem. El semielfo contuvo el resuello, viendo cómo el torbellino de su alma se reflejaba en aquellos ojos oscuros.

Para alcanzar a Berem tendría que matar al hermano menor que había aprendido cuanto sabía sobre las artes marciales de su propia mano. Tendría que matar a su frágil gemelo... y también al hombre que amó en un tiempo remoto. Tanis advirtió que su mirada recuperaba su habitual frialdad, y movió la cabeza, sumido en la desesperanza. No importaba, mataría a sus hermanastros y le mataría a él. En aquel momento recordó sus palabras: Captura a Berem y tendremos todo Krynn a nuestros pies. La Reina Oscura nos recompensará con dones que nunca acertaríamos ni siquiera a soñar.

Kitiara señaló a Berem con el índice y aflojó las invisibles riendas del Dragón. Con un cruel graznido Skie se aprestó a realizar su rapiña, pero el instante de vacilación de Kitiara resultó desastroso. Haciendo un esfuerzo para ignorarla, el timonel había virado la nave hacia el seno mismo de la tormenta entre los amenazadores aullidos del viento, que azotaba el velamen. Las olas rompían contra la cubierta, la lluvia los traspasaba convertida en punzantes agujas y el granizo empezó a acumularse en la cubierta, cubriéndola de una capa de escarcha.

De pronto el Dragón sufrió un revés al ser atrapado por una corriente de viento, y luego por otra. Batía sus alas en frenéticos movimientos mientras las ráfagas lo zarandeaban a su antojo y el granizo tamborileaba sobre su cabeza, amenazando con perforar sus correosos miembros. Sólo la suprema voluntad de su jinete impedía a Skie huir de la peligrosa borrasca y elevar el vuelo hacia la seguridad de un cielo despejado.

Tanis vio que Kitiara hacía un enfurecido gesto en dirección a Berem, respondido por el valiente ahínco del animal en su lucha para acercarse al piloto.

Una nueva ráfaga de viento irrumpió en la escena, esta vez castigando a la nave en el momento en que una ola se estrellaba contra el casco. El agua se vertió en la cubierta como una cascada festoneada de blanca espuma, que alzó a los hombres por el aire para lanzarlos en un revuelto amasijo sobre el resbaladizo suelo. La embarcación zozobraba y cada uno se aferraba a lo que podía, cabos o redes, en un desesperado intento de no salir despedido por la borda.

Berem luchaba con el timón, que parecía haber cobrado vida y escapado al control de sus diestras manos. Mientras las velas se rasgaban por la mitad, los hombres desaparecían en el Mar Sangriento entre gritos aterrorizados. Al fin el barco se fue enderezando, aunque la madera crujía cada vez con más fuerza. Tanis se apresuró a alzar la vista.

El Dragón y Kitiara se habían desvanecido.

Libre al fin de su miedo, Maquesta entró en acción, decidida a salvar su maltrecha nave. Lanzando una retahíla de órdenes, echó a correr y tropezó contra Tika.

—¡A la bodega, marinos de agua dulce! —exclamó enfurecida con una voz de trueno que se impuso a la tormenta—. ¡Tanis, llévate a tus amigos y nos os interferáis en nuestro trabajo! Si lo prefieres, puedes utilizar mi camarote.

Aún aturdido, el semielfo asintió y condujo a sus compañeros al interior en una acción casi instintiva, pues se hallaba inmerso en un absurdo sueño presidido por una agitada oscuridad.

La mirada hechizada de Caramon traspasó su pecho cuando el fornido guerrero pasó junto a él tambaleándose y sujetando a su hermano. Los dorados ojos de Raistlin le envolvieron en llamas que quemaron su alma. Todos fueron desfilando, para penetrar a trompicones en la diminuta cabina que se agitaba y les zarandeaba como a marionetas.

Tanis aguardó hasta que los compañeros se hubieron introducido en el camarote y se apoyó en la puerta incapaz de dar media vuelta, incapaz de hacerles frente. Había visto la sombría expresión de Caramon y el exultante destello que despedían los ojos de Raistlin. Había oído sollozar a Goldmoon. Pero sabía que no podía evitarlo, de modo que se giró lentamente. Riverwind se erguía junto a su esposa, con el rostro contraído en sórdidas meditaciones mientras trataba de afianzar su mano en el techo. Tika se mordisqueaba el labio, en un vano afán por contener las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Tanis permaneció junto a la puerta, contemplando a sus amigos sin pronunciar palabra. No se oía sino el murmullo de la tempestad y de las olas que rompían contra la cubierta, para derramarse en un persistente goteo sobre sus cabezas. Estaban todos empapados, presas del frío y de los violentos temblores causados por el miedo, el dolor y la sorpresa.

—Lo lamento —balbuceó al fin Tanis, lamiéndose los salados labios. Tenía la garganta tan reseca que apenas podía hablar—. Pensaba contároslo todo...

—Ahora ya sabemos dónde estuviste esos cuatro días —le interrumpió Caramon sin alzar la voz—. Con nuestra hermana, ¡la Señora del Dragón!

Tanis hundió la cabeza contra el pecho. La nave avanzaba a sacudidas bajo sus pies y le arrojó hacia el escritorio de Maquesta claveteado en el suelo. Se agarró al mueble hasta que cesó de balancearse y recobró, de nuevo, el equilibrio para enfrentarse a ellos. El semielfo había soportado el dolor en innumerables ocasiones, el dolor que infligen los prejuicios, las derrotas, los cuchillos, las flechas y las espadas; pero no se sentía capaz de resistir éste que ahora le atenazaba. La acusación de traidor que se reflejaba en todos aquellos pares de ojos penetraba en sus entrañas.

—Os suplico que me creáis...

¡Qué estupidez acabo de decir! ¿Por qué habían de creerme? No he hecho sino mentir desde mi regreso —pensó con un salvaje desgarró.

—Comprendo —empezó de nuevo—, que no tenéis motivos para confiar en mí, pero al menos escuchadme. Estaba paseando por Flotsam cuando fui atacado por un elfo. Al verme así ataviado —señaló su armadura— pensó que era un oficial del ejército de los Dragones. Kitiara me salvó la vida y me reconoció, deduciendo al instante que me había enrolado en sus filas. ¿Qué podía decirle? Me llevó —Tanis tragó saliva y se enjugó el empapado rostro— a la posada y... —no logró continuar.

—Y permaneciste cuatro días con sus noches entre los amorosos brazos de una Señora del Dragón— concluyó Caramon con tono iracundo al mismo tiempo que, equilibrándose, extendía un dedo como si de un arma se tratase—. Y, claro, después de tan arduas jornadas, necesitabas descansar. Sólo entonces te acordaste de nosotros y llamaste a nuestra puerta para asegurarte de que te esperábamos. ¡Y así era, como el hatajo de imbéciles confiados que somos!

—¡De acuerdo, estuve con Kitiara! —lo atajó Tanis trocando su pesadumbre por una furia incontrolable—. ¡La amaba! No espero que ninguno de vosotros lo entienda. ¡Pero no os he traicionado, lo juro por los dioses! Cuando partió hacia Solamnia se me ofreció la oportunidad de escapar, y así lo hice. Me siguió un draconiano, al parecer por orden de Kit. Quizá me haya comportado como un necio, ¡pero no soy un traidor!

—¡Bah! —exclamó Raistlin con desdén.

—¡Escúchame, mago! Si os hubiera traicionado, ¿por qué había de quedar perpleja al ver a sus hermanos? Si delaté vuestro paradero, ¿por qué no envió a una patrulla de draconianos a la posada para prenderos? ¿Por qué no lo hice yo mismo? Tuve una ocasión perfecta, y también hubiera podido ordenar la captura de Berem. Es a él a quien quieren, es a él al que buscaban en Flotsam. Sabían que viajaba a bordo de esta nave y Kitiara me ofreció el gobierno de Krynn si le proporcionaba a ese hombre, tan importante es. Me bastaba con conducir a Kitiara hasta él y la Reina Oscura me habría recompensado con gran magnanimidad.

—No intentarás hacernos creer que no consideraste esa posibilidad —acusó Raistlin, sibilino.

Tanis abrió la boca para replicar, pero guardó silencio. Sabía que su culpa se dibujaba en su rostro de forma tan ostensible como la barba que ningún elfo auténtico luciría, y se cubrió el rostro con las manos en un intento de ocultarlo.

—La quería —confesó con voz entrecortada—. Durante todos estos años me he negado a admitir su deslealtad. Y, aun sabiéndolo, no pude luchar contra mí mismo. Tú amas —dirigió una mirada a Riverwind—, y también tú —ahora sus ojos se clavaron en Caramon. La nave volvió a encabritarse, y Tanis se agarró a uno de los cantos del escritorio al sentir que el suelo se desplazaba bajo sus pies—. ¿Qué habrías hecho vosotros? ¡Durante cinco años ha presidido todos mis sueños! —calló, sumiéndose en el silencio general. El rostro de Caramon revelaba una actitud reflexiva insólita en él, mientras Riverwind contemplaba a Goldmoon—. Cuando se fue —prosiguió el semielfo con triste acento—, permanecí en su lecho y me odié por mi debilidad. Quizá vosotros me detestéis ahora, pero nunca abominaréis y despreciaréis tanto como yo mismo el abyecto acto que he cometido. Pensé en Laurana y...

Tanis enmudeció y levantó la cabeza. Mientras hablaba había percibido el cambio que se estaba operando en la trayectoria de la nave. Los demás también se habían dado cuenta y lanzaron una inquieta mirada a su alrededor. No se necesitaba ser un experto marino para advertir que ya no daban violentos bandazos. Ahora avanzaban con suavidad, en un movimiento que se les antojó aún más ominoso por lo antinatural. Antes de que nadie acertara a preguntarse su significado, un golpe en la puerta casi resquebrajó los maltratados listones.

—¡Maquesta dice que subáis! —exclamó Koraf sin cesar de aporrear la madera.

Tanis estudió brevemente a sus amigos. El rostro de Riverwind exhibía una expresión sombría y, aunque sus ojos se cruzaron con los del semielfo, no despedían ningún atisbo de luz. El hombre de las Llanuras siempre había desconfiado de las criaturas que no eran humanas, sólo los múltiples peligros que habían afrontado juntos le habían inducido a quererle como a un hermano. ¿Se había destruido su afecto en un instante? Tanis le miró con firmeza pero Riverwind bajó la vista y, sin pronunciar una palabra, echó a andar. No obstante se detuvo al pasar junto a él para susurrarle, contemplando cómo Goldmoon se levantaba:

—Tienes razón, amigo. Yo sé lo que es amar. —Dio entonces media vuelta y desapareció por la escalerilla.

Goldmoon lanzó una silenciosa mirada de soslayo a Tanis mientras se disponía a seguir a su esposo, y el semielfo leyó en sus ojos piedad y comprensión. Deseaba que los otros compartiesen su indulgencia.

Caramon titubeó, y al fin se alejó sin mirarle ni despegar los labios. Raistlin, en cambio, volvió la cabeza y prendió sus dorados ojos en el rostro del semielfo sin dejar de observarle al caminar. ¿Asomaba un destello de júbilo en aquella áurea mirada? Objeto de la pertinaz desconfianza de los compañeros, quizá se alegraba de hallar un hermano en la ignominia. El semielfo no acertaba a adivinar sus pensamientos.

Cuando le tocó el turno a Tika, se acercó a él y le dio una suave palmada en el hombro. También sabía qué era amar.

Tanis permaneció unos momentos solo en el camarote, perdido en su propia oscuridad. Desechando sus sentimientos, subió a cubierta tras los otros y al instante se percató de

lo ocurrido. Todas las miradas confluían en un flanco de la nave, y en los rostros se reflejaba una indecible angustia. Maquesta caminaba como un león enjaulado, meneando la cabeza y renegando en su idioma.

Al oír que Tanis se aproximaba, la capitana alzó el rostro y exclamó con un centelleo de odio en sus negros ojos:

—¡Tú y ese timonel, condenado por los dioses, nos habéis destruido!

Las palabras de Maquesta se le antojaron al semielfo una redundancia, una repetición de las frases que resonaban en su mente. Incluso se preguntó si era ella quien había hablado o por el contrario se había escuchado a sí mismo.

—Estamos atrapados en el remolino —afirmó Maq

Capítulo 4

«Mi hermano...».

El Perechon se deslizaba sobre la cresta de agua con tanta ligereza como un ave surca el cielo. Pero era un ave con las alas cortadas, que la arremolinada corriente de un ciclón arrastraba sin remedio hacia una oscuridad teñida de sangre.

La terrible fuerza alisaba la superficie hasta hacerla parecer un cristal pintado. Un hueco y eterno rugido surgía de las negras profundidades e incluso las tormentosas nubes trazaban interminables círculos a su alrededor, como si toda la naturaleza estuviera aprisionada en el remolino, sujeta a una inminente destrucción.

Tanis se aferró a la barandilla con las manos doloridas a causa de la tensión. Contemplaba el torbellino sin miedo, sin angustia, tan sólo atenazado por un extraño entumecimiento. Ya nada importaba, la muerte se le antojaba rápida y acogedora.

Todos cuantos viajaban a bordo de aquel barco predestinado guardaban silencio, incapaces de abstraerse de los horrores que presentían. Se hallaban a cierta distancia del centro del remolino pues éste tenía varias millas de diámetro. Las aguas fluían veloces pero tranquilas, mientras a su alrededor el viento ululaba y la lluvia azotaba sus rostros.

Pero no importaba, habían cesado de advertirlo. Lo único que veían, con los ojos desorbitados, era que pronto serían absorbidos por la amenazadora negrura.

Tan espantosa visión logró despertar a Berem de su perenne letargo. Pasado el primer impacto, Maquesta empezó a emitir enloquecidas órdenes que los hombres obedecían aturdidos, si bien todos sus esfuerzos resultaron vanos. Las velas enjarciadas contra el viento se desgarraron una tras otra y los cabos que antes las sujetaban lanzaron a los hombres al agua entre alaridos de pánico. Berem no conseguía virar el rumbo ni liberar la nave de las acuosas garras del océano. Koraf contribuyó con su fuerza a gobernar el timón, pero era como tratar de impedir que el mundo siguiera girando.

Berem abandonó y, con los hombros laxos, se sumió en la contemplación de las arremolinadas profundidades sin hacer caso de Maquesta ni del minotauro. Tanis leyó en su rostro una inexplicable serenidad, la misma que recordaba haber observado en Pax Tharkas cuando se dejó llevar de la mano de Eben hacia la mortífera cascada de granito: la verde joya de su pecho refulgía con una luz fantasmal en la que se reflejaba el tono sanguinolento del agua. Tanis sintió que una mano poderosa se cerraba sobre su hombro, sacándolo de su espantado estupor.

—¡Tanis! ¿Dónde está Raistlin?

El semielfo dio media vuelta, y durante unos segundos miró a Caramon sin reconocerle. Al fin susurró, con una mezcla de amargura e indiferencia

—¿Qué importancia tiene? Déjale, al menos, elegir el lugar donde quiere morir.

—¡Tanis! —Caramon lo zarandó para obligarle a recuperar la cordura—. ¡Tanis, escucha! Recuerda su magia y el Orbe de los Dragones, quizá pueda ayudarnos...

—¡Por los dioses! ¡Caramon, tienes razón! —reaccionó al fin el semielfo.

Lanzó una rápida mirada a su alrededor, pero no vio rastro del mago y un escalofrío recorrió sus vísceras. Raistlin era capaz de ayudarles o de protegerse sólo a sí mismo. Aunque vagamente, Tanis evocó las palabras de Alhana, la princesa elfa, cuando les reveló que los Orbes habían sido dotados de un alto sentido de auto conservación por los hechiceros que los crearon.

—¡Busquémosle abajo! —exclamó Tanis dando un salto hacia la escotilla, seguido por las contundentes pisadas de Caramon.

—¿Qué ocurre? —preguntó Riverwind desde la barandilla.

—Raistlin. El Orbe de los Dragones —explicó escuetamente el semielfo—. No vengas. Deja que lo intentemos Caramon y yo. Quédate aquí, con los otros.

—¡Caramon! —gritó Tika, y se dispuso a alcanzarles. Pero Riverwind se apresuró a detenerla, de modo que la muchacha tuvo que conformarse con lanzar una anhelante mirada al guerrero y permanecer silenciosa, apoyada en la barandilla.

Caramon ni siquiera se percató, ocupado como estaba en tomar la delantera a Tanis y atravesar la escotilla a sorprendente velocidad teniendo en cuenta el tamaño de su cuerpo. Al bajar a trompicones la escalera que conducía al camarote de Maquesta, el semielfo vio que la puerta estaba abierta y se mecía sobre sus goznes al ritmo que marcaba la nave. Irrumpió en la estancia mas, de pronto, se detuvo en el mismo dintel, como si se hubiera tropezado contra un muro.

Raistlin se hallaba en el centro de la estrecha cabina. Había encendido una vela en un fanal adosado a las mamparas, cuya llama hacía brillar su rostro como una máscara metálica y sus ojos con un fuego de tintes áureos. Sostenía en sus manos el Orbe de los Dragones, el premio cobrado en Silvanesti. Tanis advirtió que había crecido, asemejándose ahora a una pelota infantil con millares de colores arremolinados en su interior. Mareado, apartó la vista.

Frente a Raistlin se erguía Caramon, con el rostro tan lívido como el semielfo lo había visto en el sueño de Silvanesti, cuando el cadáver del guerrero yacía a sus pies.

El mago tosió, apretándose el pecho con una mano. Tanis hizo ademán de acercarse, pero le detuvo la penetrante mirada del enigmático hechicero.

—¡Mantente alejado de mí! —le ordenó entre esputos que teñían sus labios de sangre.

—¿Qué haces?

—¡Huir de una muerte segura, semielfo! —respondió emitiendo una risa desabrida, una risa que Tanis sólo había oído dos veces en el curso de su aventura—. ¿Qué iba a hacer si no?

—¿Cómo? —siguió indagando. Sintió que una oleada de terror se apoderaba de su mente al escudriñar los áureos ojos de Raistlin y distinguir en ellos en reflejo de la turbulenta luz del Orbe.

—Utilizando mi magia y la de este objeto encantado. Es muy sencillo, aunque quizá escape a tu escasa inteligencia. Sé que poseo el don de aprovechar la energía de mi materia corpórea y de mi espíritu fundidos en uno solo. Me transformaré en energía pura o en luz, si te resulta más fácil representártelo de ese modo. Podré entonces viajar a través de la bóveda celeste como los rayos del sol, volviendo a este mundo físico cuándo y dónde quiera.

Tanis meneó la cabeza. Raistlin tenía razón, no acertaba a comprender el fenómeno que acababa de describirle. Sin embargo, renacieron sus esperanzas.

—¿Puede el Orbe hacer eso para salvamos? —inquirió.

—Es probable, pero no seguro —respondió el mago en un acceso de tos—. En cualquier caso, no correré ese riesgo. Sé que yo puedo escapar y, en cuanto a los otros, no me preocupan. Tú los has llevado a las fauces de una sangrienta muerte, semielfo, y a ti te corresponde rescatarles.

La ira reemplazó al temor en el ánimo de Tanis.

—Al menos tu hermano... —empezó a decir.

—Nadie —le atajó encogiéndose los ojos—. Retrocede. Una furia demente y desesperada conmovió la mente de Tanis. Tenía que hacer entrar en razón a Raistlin, a cualquier precio. Debían utilizar toda aquella extraña magia y salvarse así de la destrucción. Tanis poseía los suficientes conocimientos arcanos para comprender que el mago no se atrevía a invocar un hechizo, pues necesitaba toda su fuerza si pretendía controlar el Orbe de los Dragones. Dio un paso al frente, y al instante vio un centelleo argénteo en la mano del hechicero. Había surgido de la nada una pequeña daga de plata, oculta tras su muñeca y sujeta por una correa de cuero de hábil diseño. El semielfo intercambió con Raistlin una mirada en la que ambos medían su poder.

—De acuerdo —dijo al fin Tanis, respirando hondo—. Estás dispuesto a matarme sin pensarlo dos veces. Pero no lastimarás a tu hermano. ¡Caramon, impide que realice sus propósitos!

El guerrero avanzó hacia su gemelo, que enarboló la daga de plata en actitud amenazadora.

—No lo hagas —advirtió con voz queda—. No te acerques.

Caramon titubeó.

—¡Adelante, Caramon! —ordenó Tanis investido de una gran firmeza—. No te hará daño.

—Cuéntaselo, hermano —susurró Raistlin sin apartar los ojos del guerrero. Los relojes de arena de sus pupilas se dilataron, a la vez que su dorada luz oscilaba como un ominoso presagio—. Cuéntale a Tanis lo que soy capaz de hacer. Lo recuerdas muy bien, y también yo. La imagen se aviva en nuestra mente cada vez que cruzamos una mirada, ¿no es cierto?

—¿De qué habla? —intentó averiguar Tanis que apenas había escuchado las palabras de Raistlin porque estaba pensando en cómo podría distraerle y saltar sobre él...

—Las Torres de la Alta Hechicería —farfulló Caramon palideciendo—. Pero se nos prohibió revelarlo. Par-Salian dijo...

—Eso no importa ahora —le interrumpió el mago con voz desgarrada—. No hay nada que pueda hacerme Par-Salian. Una vez posea lo que me fue prometido, ni siquiera el gran Maestro tendrá poder para enfrentarse a mí. Pero ése no es asunto tuyo.

También Raistlin respiró hondo, antes de empezar a hablar con la mirada prendida de su gemelo. Sin prestarle atención Tanis se fue acercando, consciente tan sólo de un agudo palpito en su garganta. Un movimiento rápido y el frágil mago caería... De pronto el semielfo se sintió atrapado por la voz de Raistlin, obligado a detenerse y escuchar como si las ondas sonoras hubieran tejido a su alrededor una invisible telaraña.

—La última Prueba en la Torre de Alta Hechicería, Tanis, tenía por objeto enfrentarme conmigo mismo. Y fracasé. Le maté, Tanis, maté a mi propio hermano —su voz sonaba serena—, o al menos a la criatura que le suplantaba —el mago se encogió de hombros, y prosiguió—. En realidad se trataba de una ilusión creada para mostrarme los más ocultos recovecos de mi odio y mis celos. Pretendían de ese modo purgar mi alma de sus tinieblas, si bien lo único que aprendí fue que no sabía controlarme. De todas formas, como aquello no formaba parte de la auténtica Prueba, mi fracaso no contó en mi contra... salvo para una persona.

—¡Vi cómo me mataba! —exclamó Caramon desfigurado por el horror—. Hicieron que contemplara la escena para que le comprendiera mejor—. El hombretón hundió el rostro entre las manos, mientras un estremecimiento convulsionaba su cuerpo—. ¡Y a fe mía que lo comprendo! —sollozó—. Comprendí entonces y siempre lo lamentaré. No te vayas sin mí, Raist. Eres débil, ¡me necesitas!

—Ya no, Caramon —repuso el mago entre suspiros—. En este viaje de nada has de servirme!

Tanis les observaba a ambos contraído por el pavor. No podía creerlo, ni siquiera de Raistlin.

—¡Caramon, deténle! —insistió ásperamente.

—No le ordenes que se me acerque, Tanis —le advirtió el hechicero con voz suave, como si leyera los pensamientos del semielfo—. Te aseguro que soy capaz de hacerlo. Lo que he anhelado toda mi vida se encuentra a mi alcance, y no permitiré que nadie me impida conseguirlo. Fíjate en el rostro de Caramon. ¡El también lo sabe! Le maté una vez, puedo hacerlo de nuevo. Adiós, hermano.

El mago sujetó con ambas manos el Orbe de los Dragones y lo alzó hacia la luz de la llameante vela. Los colores se arremolinaban en su interior, emitiendo flamígeros destellos. Una poderosa aureola rodeó la figura de Raistlin.

Luchando para desechar su miedo, Tanis tensó el cuerpo en un último y desesperado intento de detener a Raistlin. Pero no logró moverse. Oyó cómo el hechicero entonaba unas extrañas palabras, en el instante mismo en que aquella refulgente y abrumadora luz asumía un intenso brillo que pareció traspasar su cerebro. Se cubrió los ojos con la mano pero el resplandor le abrasaba la carne y agostaba su mente, causándole un dolor insoportable. Tropezó contra el dintel de la puerta, y un agónico grito de Caramon resonó a su lado antes de que el cuerpo de su fornido amigo se desplomara con un ruido sordo.

Sobrevino el silencio, sumiéndose el camarote en la penumbra. Sin poder contener un escalofrío, Tanis abrió los ojos. Al principio no veía más que el espectro de una gigantesca bola roja grabada en su imaginación, pero poco a poco sus ojos se acostumbraron a la gélida oscuridad. La ardiente cera goteaba por la candela para formar en el entarimado suelo de la cabina un albo charco cerca del lugar donde yacía Caramon, frío e inmóvil. El guerrero tenía la mirada perdida en el vacío.

Raistlin había desaparecido.

Tika Waylan se hallaba en la cubierta del Perechon contemplando el sanguinolento mar y tratando de reprimir el llanto que afloraba a sus ojos. Debes ser valiente —se decía a sí misma una y otra vez—. Has aprendido a luchar con valor en el combate. Caramon así lo afirma. Ahora no puedes flaquear, al menos morirás junto a él. No debe verte llorar.

Pero los últimos cuatro días les habían puesto a todos los nervios a flor de piel. Temerosos de ser descubiertos por los draconianos que habían invadido Flotsam, los compañeros habían permanecido ocultos en aquella mugrienta posada. La extraña desaparición de Tanis les había dejado aterrorizados e indefensos, incapaces de indagar siquiera sobre su paradero. Durante unas interminables jornadas se habían visto obligados a cobijarse en sus habitaciones, donde Tika mantenía un estrecho contacto con Caramon. La fuerte atracción que les unía se había convertido en una auténtica tortura, pues no podían manifestarla. Ella deseaba rodear con sus brazos al enorme guerrero, sentir su musculoso cuerpo apretado contra el suyo.

Sabía que Caramon compartía sus anhelos. En ocasiones la miraba con tal ternura reflejada en los ojos, que sentía un impulso irrefrenable de acurrucarse a su lado para recibir el influjo del amor que, no le cabía la menor duda, anidaba en el corazón de aquel hombre de tosca apariencia.

No podría ser mientras Raistlin merodease en torno a su hermano gemelo, aferrándose a él cual una frágil sombra. La muchacha se repetía incesantemente las palabras que pronunciara Caramon antes de llegar a Flotsam:

Debo consagrarme por entero a mi hermano. En la Torre de la Alta Hechicería me vaticinaron que su fuerza contribuiría a la salvación del mundo. Yo soy su fuerza, por lo menos la física. Me necesita. Mi deber me llama junto a él y, hasta que cambie esa situación, no puedo comprometerme contigo. Mereces a alguien que te ponga en primer lugar, Tika, de modo que te dejo libre para que puedas encontrar a ese otro hombre.

Pero ella no quería a otro hombre, y este mero pensamiento desató sus contenidas lágrimas. Se apresuró a dar media vuelta para ocultarse de Goldmoon y Riverwind, convencida de que interpretarían sus sollozos como una expresión de miedo. Y no era así, el temor a la muerte era un sentimiento que había vencido tiempo atrás. Lo que le causaba pavor era morir sola.

¿Qué estarán haciendo? —se preguntó inquieta, secándose los ojos con el dorso de la mano. El barco se acercaba a aquel espantoso ojo negro y Caramon no volvía. Decidió ir en su busca, con la aprobación de Tanis o sin ella.

En aquel preciso instante vio salir al semielfo por la escotilla, arrastrando y sosteniendo a Caramon. Una fugaz mirada al lívido rostro del guerrero hizo que el corazón de Tika cesara de latir.

Intentó gritar, pero no logró articular palabra. No obstante, al oír sus ahogadas voces Goldmoon y Riverwind giraron sobre sí mismos y olvidaron por un momento el

terrorífico remolino. Viendo que Tanis se bamboleaba bajo su carga, el hombre de las Llanuras corrió a ayudarlo. Caramon caminaba como sumido en un ebrio estupor, con los ojos vidriosos y ciegos. Riverwind le agarró cuando las piernas del semielfo se derrumbaban.

—Estoy bien —susurró Tanis en respuesta a la preocupada pregunta de Riverwind—. Goldmoon, Caramon necesita tu ayuda.

—¿Qué ha ocurrido, Tanis? —El temor había devuelto a Tika el don del habla—. ¿Dónde está Raistlin? ¿Acaso ha...? —se interrumpió al contemplar los ojos del semielfo, que delataban el horror producido por lo que acababa de presenciar en la cabina.

—Raistlin se ha ido —se limitó a responder.

—¿Dónde? —inquirió de nuevo la muchacha, volviendo una anhelante mirada atrás como si esperase descubrir su cuerpo en el rojizo torbellino de las aguas.

—Nos mintió —declaró Tanis mientras ayudaba a Riverwind a tender a Caramon sobre un rollo de gruesa cuerda. El fornido guerrero no dijo nada, no parecía verles ni a ellos ni a su entorno; su mirada se perdía en el agitado viento que trazaba círculos en torno al remolino—. ¿Recordáis cuánto insistió en que fuéramos a Palanthas para aprender a utilizar el Orbe de los Dragones? Pues ya sabe cómo hacerlo, y nos ha abandonado. Quizá esté en Palanthas, aunque en realidad poco importa.

El semielfo se alejó de forma abrupta en pos de la barandilla.

Goldmoon extendió sus suaves manos sobre el hombretón, murmurando su nombre con voz tan queda que los otros no la oyeron a causa de las enfurecidas ráfagas. No obstante, al sentir su contacto, Caramon se estremeció y empezó a temblar violentamente. Tika se arrodilló junto a él, estrechando su manaza entre las suyas. Con la mirada aún absorta, el guerrero rompió a llorar en silencio y unos gruesos lagrimones se deslizaron por sus pómulos tras escapar de sus desorbitados ojos. Las pupilas de Goldmoon brillaban con su propio llanto, que, sin embargo, no le impidió seguir acariciando la frente del postrado compañero mientras pronunciaba su nombre como una madre llama al hijo extraviado.

Riverwind, contraído el rostro a causa de la ira, se reunió con Tanis.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con tono sombrío.

—Raistlin dijo que... no puedo hablar de ello. ¡Ahora no! El semielfo meneó la cabeza, presa de un incontenible temblor. Se apoyó en la barandilla para, sin cesar de contemplar las turbulentas aguas, proferir unos reniegos en lengua elfa —idioma que casi nunca utilizaba— mientras se sujetaba la cabeza con las manos.

Entristecido por el precario estado de su compañero, Riverwind trató de reconfortarle rodeando con su brazo sus hundidos hombros.

—Así que al fin ha ocurrido —comentó el hombre de las Llanuras—. Como preconizaba nuestro sueño, el mago ha abandonado a su hermano a una muerte segura.

—Y también como anunciaba el sueño, os he fallado —apostilló el semielfo con voz entrecortada—. ¿Qué he hecho? ¡Todo ha sido culpa mía! Yo os he arrastrado a tan cruel destino.

—Amigo mío —dijo Riverwind conmovido por el sufrimiento de Tanis—, no debemos cuestionar los designios de los dioses...

—¡Malditos sean! —vociferó Tanis en un repentino ataque de ira y, alzando la cabeza para observar a su amigo, descargó un puñetazo sobre la barandilla—. ¡Ha sido mi elección la que nos ha condenado a todos! Durante las noches en que yacíamos juntos, estrechados en un amoroso abrazo, a menudo me repetía lo fácil que sería quedarme a su lado para siempre. ¡No puedo hacerle reproches a Raistlin! A fin de cuentas, él y yo nos parecemos. Ambos hemos sido destruidos por una pasión destructiva.

—No has sido destruido, Tanis —le corrigió Riverwind y, apretando los hombros del semielfo con sus poderosas manos, le obligó a girarse hacia él con aquella firme actitud que le caracterizaba—. Tú no sucumbiste a tu pasión como el mago. De haberlo hecho, no habrías dejado a Kitiara. La abandonaste, Tanis.

—Sí, huí como un simple ladrón —replicó Tanis con amargura—. Debí enfrentarme a ella, debí decirle la verdad sobre mí mismo. Me habría matado, y ahora vosotros estaríais a salvo. Tú y los otros compañeros habrías escapado. ¡Cuánto más fácil hubiera sido mi muerte! Pero me faltó valor, acarreándoos con mi cobardía esta terrible desgracia —añadió a la vez que se liberaba de Riverwind—. No sólo he decepcionado a mi propia alma, sino también a vosotros que sufrís las consecuencias de mis actos.

Examinó la cubierta. Berem permanecía tras el timón, aferrando la inútil rueda con aquella extraña expresión resignada. Maquesta luchaba aún por salvar su nave, sin cesar de impartir órdenes a través del ululante viento y el profundo rugido que brotaba del seno del remolino. Pero sus tripulantes, paralizados por el pánico, no obedecían. Unos lloraban, otros lanzaban imprecaciones y la mayoría contemplaban en una muda fascinación la gigantesca espiral que les arrastraba inexorablemente hacia la vasta oscuridad del sangriento océano. Tanis sintió que la mano de Riverwind tocaba su hombro. Casi enfurecido intentó desembarazarse, pero el hombre de las Llanuras se mostró inquebrantable.

—Tanis, hermano, elegiste avanzar por esta senda cuando, en «El Último Hogar», corríste en defensa de Goldmoon. En aquella ocasión mi orgullo me indujo a rechazar tu ayuda, y de haberlo permitido ahora ambos estaríamos muertos. No nos volviste la espalda en la hora de la necesidad, y gracias a ti propagamos por el mundo la fe en los antiguos dioses. Trajimos la curación, aportamos la esperanza. ¿Recuerdas lo que nos dijo el Señor del Bosque?: «No lamentamos la pérdida de aquéllos que mueren alcanzando su destino». Nosotros, amigo mío, hemos cumplido el nuestro. ¿Quién sabe cuántas vidas hemos salvado? ¿Quién sabe si la esperanza que hemos hecho renacer conducirá a la victoria? Al parecer, para nosotros la batalla ha concluido. Así sea. Depongamos las armas para que vengan otros a recogerlas y continuar la lucha.

—Tus palabras son hermosas, habitante de las Llanuras —le espetó Tanis—, pero dime con sinceridad si puedes pensar en la muerte sin sentir amargura. Tienes numerosos motivos para vivir: Goldmoon, los hijos que aún no habéis engendrado...

Un súbito espasmo de dolor cruzó el rostro de Riverwind. Desvió la cabeza para ocultarlo pero Tanis, que le observaba de cerca, advirtió su contracción y, de pronto, se hizo la luz en su mente. ¡También estaba destruyendo a su progenie ya concebida! El semielfo cerró los ojos, presa de un hondo desaliento.

—Goldmoon y yo decidimos no contártelo, ya tenías demasiadas preocupaciones —Riverwind suspiró—. Nuestro vástago habría nacido en otoño —balbuceó—, la época en que las hojas de los vallenwoods se tiñen de rojo y ocre como lo estaban cuando mi prometida y yo llegamos a Solace armados con la Vara de Cristal Azul. Aquel día Sturm Brightblade, el caballero, nos encontró y nos condujo a «El Último Hogar»...

Tanis rompió a llorar, con unos punzantes sollozos que atravesaban su cuerpo como cuchillos. Riverwind le rodeó con sus brazos y le sujetó con fuerza.

—Sabemos que los vallenwoods están muertos —continuó en un susurro—. Sólo habríamos podido mostrar al hijo que esperamos tocones quemados y putrefactos. Ahora el niño verá los árboles tal como los dioses los concibieron, en un reino donde la vida se prolonga hasta la eternidad. No desesperes, amigo, hermano. Has devuelto al pueblo el conocimiento de los dioses; ahora debes conservar la fe.

Tanis apartó suavemente a Riverwind, no podía enfrentarse a la mirada de aquel hombre. Al contemplar su propia alma, la vio retorcerse como los torturados árboles de Silvanesti. ¿Fe? La había perdido. ¿Qué significaban los dioses para él? Era él quien había tomado las decisiones, quien había menospreciado los dones más valiosos de la vida, su patria elfa, el amor de Laurana. A punto había estado de dar también al traste con la amistad. Sólo la incorruptible lealtad de Riverwind, una lealtad que había entregado equivocadamente, impedía al hombre de las Llanuras reprocharle su infame acto.

El suicidio está prohibido a los elfos, que lo consideran una blasfemia por estimar la vida como el más precioso de todos los bienes. Pero Tanis espiaba el mar sanguinolento con vehemente anhelo.

Rezó para que la muerte sobreviniera con la mayor rapidez posible. Que estas aguas teñidas de sangre se cierren sobre mi cabeza y me oculten en sus profundidades insondables. Y, si los dioses existen, si ahora me escuchan, sólo les suplico que mi ignominia no llegue nunca a oídos de Laurana. He causado ya demasiado sufrimiento.

Mientras su alma elevaba esta plegaria, que esperaba fuese la última que pronunciara en Krynn, una sombra más oscura que las tormentosas nubes cayó sobre su conciencia. Oyó los gritos de Riverwind seguidos por un alarido de Goldmoon, pero sus voces se perdieron en el rugido del agua cuando la nave empezó a zambullirse en las entrañas del remolino. Aturdido, Tanis alzó los ojos para ver los flamígeros ojos de un Dragón Azul brillando a través de los densos nubarrones. Sobre su lomo se erguía la figura de Kitiara.

Reticentes a la idea de tener que abandonar el trofeo que había de aportarles una gloriosa victoria, Kit y Skie se abrieron camino en la tempestad y ahora el Dragón, con sus amenazadoras garras extendidas, se lanzaba en picado sobre Berem. Se diría que los pies del timonel estaban claveteados en la cubierta. En un estado de letárgica indefensión, contemplaba a su feroz agresor.

En una reacción instintiva, Tanis atravesó la agitada cubierta en el instante en que las aguas se arremolinaban en torno a él y golpeó a Berem en el estómago. El piloto salió despedido hacia atrás, confundiendo con la ola que en aquel momento rompía sobre sus cabezas. Tanis halló un agarradero; no sabía qué era, pero logró aferrarse a él antes que el suelo se deslizara bajo sus pies. La nave volvió a enderezarse y, cuando el semielfo levantó de nuevo la vista, Berem había desaparecido. El Dragón bramaba iracundo a escasa distancia.

Ahora era Kitiara quien elevaba poderosos gritos que se imponían a la tempestad, señalando al semielfo. La fiera mirada de Skie se centró en él. Izando los brazos como si de ese modo pudiera evitar la embestida del Dragón, Tanis contempló cómo el animal libraba una enloquecida lucha para controlar su vuelo en el continuo azote del viento.

Quiero vivir. Vivir para olvidar estos horrores —pensó sin proponérselo el semielfo cuando las garras del Dragón se cernían sobre él.

Durante unos breves segundos se sintió suspendido en el aire mientras, al fondo, se desvanecía el mundo. Sólo era consciente de las salvajes sacudidas de su cabeza, de sus incoherentes alaridos. El Dragón y las aguas lo atacaron al unísono. No veía más que sangre...

Tika se acurrucó junto a Caramon, soslayado el temor a la muerte por la preocupación que el guerrero le causaba. Pero él no se percataba de su presencia. Sus ojos seguían absortos en el espacio, derramando lagrimones que chorreaban por sus pómulos mientras, con los puños cerrados, repetía dos palabras en una muda e inagotable letanía: «Mi hermano», «mi hermano...».

Con una lentitud agónica, de pesadilla, la nave se equilibró sobre el extremo del remolino como si incluso la madera que lo componía titubeara a causa del pánico. Maquesta se unió a su frágil cascarón en su última batalla por la vida, prestándole su propia fuerza interior, tratando de alterar las leyes de la naturaleza mediante su voluntad. Pero fue inútil. Con un estremecimiento sobrecogedor, el Perechon se deslizó por el ojo del ominoso torbellino. Los listones crujieron, cayeron los mástiles y los hombres fueron despedidos entre alaridos de la resbaladiza cubierta cuando la sanguinolenta oscuridad succionó la nave hacia las profundidades de sus abiertas fauces.

Sólo aquellas dos palabras quedaron suspendidas en el aire, como una bendición.

«Mi hermano...».

Capítulo 5

El cronista y el mago

Astinus de Palanthas estaba sentado en su estudio, guiando con su mano una pluma que hacía correr con trazos firmes y regulares. La clara escritura se leía sin dificultad incluso a cierta distancia. Astinus llenaba un pergamino de prisa, deteniéndose apenas para reflexionar. Al verle daba la impresión de que sus pensamientos volaban de su cabeza a la pluma y de allí se vertían sobre el papel, tan veloz era su ritmo. Sólo se interrumpía cuando hundía su punta en el tintero, pero también este movimiento se había convertido en algo tan automático como poner un punto en la «i» o una tilde en la «ñ».

La puerta se abrió con un crujido, pero Astinus no alzó la cabeza. No solía ser molestado cuando se hallaba inmerso en su trabajo. El historiador podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en que eso había sucedido. Una de ellas fue durante el Cataclismo. Recordó que aquel hecho había roto su concentración, obligándole a verter unas gotas de tinta que habían arruinado una página. Se abrió pues la puerta y una sombra oscureció su escritorio. Pero no se oyó ningún sonido, pese a que el cuerpo que proyectaba aquella sombra tomó aliento como si se dispusiera a hablar. Osciló el negro contorno, reflejando la turbación del intruso por la crasa ofensa cometida.

Es Bertrem, anotó Astinus, como anotaba todo cuando ocurría en su afán de almacenar cualquier información en los compartimentos de su mente para utilizarla en el futuro.

En el día de hoy, Hora Postvigilia cayendo hacia el 29, Bertrem ha entrado en mi estudio.

La pluma prosiguió su irrefrenable avance sobre el pergamino. Al llegar al final de una página, Astinus la elevó suavemente y la depositó sobre otras similares que yacían apiladas en el extremo de su escritorio. Más tarde, cuando se retirase a descansar una vez concluida su tarea, los Estetas penetrarían en el estudio con la misma devoción con que un clérigo oraría en un templo y recogerían los rollos extendidos para transportarlos a la gran biblioteca. Ya en esta estancia los diferentes frutos de su firme puño serían ordenados, clasificados y archivados en los gigantescos volúmenes titulados Crónicas, la Historia de Krynn, obra todos ellos de Astinus de Palanthas.

—Maestro —dijo Bertrem con voz temblorosa. En el día de hoy, Hora Postvigilia cayendo hacia el 30, Bertrem ha hablado —escribió Astinus en el texto.

—Lamento molestaros, Maestro —continuó Bertrem casi en un susurro—, pero hay un joven moribundo en vuestro umbral.

En el día de hoy, Hora de Reposo subiendo hacia el 29, un joven ha muerto en nuestro umbral.

—Entérate de su nombre —ordenó el cronista sin levantar la vista ni detenerse en su labor—, para que pueda registrarlo. Asegúrate de la ortografía y averigua también su procedencia y su edad, si no es demasiado tarde.

—Conozco su nombre, Maestro. Se llama Raistlin, y viene de la ciudad de Solace, en la región de Abanasinia.

En el día de hoy, Hora de Reposo subiendo hacia el 28, ha muerto Raistlin de Solace.

De pronto Astinus dejó de escribir y alzó la cabeza.

—¿Raistlin de Solace?

—Sí, Maestro —confirmó Bertrem, inclinándose en una reverencia. Era la primera vez que Astinus le miraba a los ojos, pese a que había formado parte de la Orden de los Estetas que vivía en la gran biblioteca desde hacía varias décadas—. ¿Le conocéis, Maestro? Ha solicitado permiso para veros, por eso me he tomado la libertad de interrumpiros.

—Raistlin. Una gota de tinta se derramó sobre el papel— ¿Dónde está?

—En la escalera, Maestro, donde le encontramos. Pensamos que quizá podría ayudarle una de esas criaturas que, según el rumor, tienen el don de la curación y adoran a la diosa Mishakal.

El historiador contempló la negra mancha con fastidio, y se apresuró a esparcir sobre el pergamino un puñado de fina arena para secarla antes de que emborronase las páginas que luego depositaría sobre ella. Bajando de nuevo la mirada, Astinus reanudó su trabajo.

—Ningún ser dotado con poderes curativos es capaz de sanar la enfermedad que le aqueja —comentó el historiador con una voz que parecía provenir de los albores de Tiempo—. Pero entrad su maltrecho cuerpo y acomodadlo en una habitación.

—¡Introducirlo en la biblioteca! —exclamó Bertrem perplejo—. Maestro, nunca han sido admitidos aquí más que los miembros de nuestra Orden...

—Le veré, si tengo tiempo, cuando concluya mi jornada —continuó Astinus como si no hubiera oído las palabras del Esteta—. Si todavía vive.

La pluma surcó del papel con su proverbial celeridad.

—Sí, Maestro —farfulló Bertrem y, dando media vuelta, abandonó la estancia.

Tras cerrar la puerta del estudio el Esteta atravesó a toda prisa los fríos y silenciosos pasillos marmóreos de la antigua biblioteca, desorbitados sus ojos por la sorpresa. Su gruesa y pesada túnica barría el suelo a su paso mientras su rapada cabeza brillaba con el sudor de la carrera, poco acostumbrada a realizar tan extenuantes esfuerzos. Sus compañeros de Orden le observaron atónitos cuando irrumpió en la entrada de la biblioteca. Una rápida mirada a través de la cristalera de la puerta le reveló que el cuerpo del joven seguía tendido en la escalera.

—He recibido órdenes de llevarle al interior —anunció Bertrem a los otros—. Astinus verá al mago esta noche, si todavía vive.

Los Estetas, mudos de asombro, se observaron unos a otros. Todos se preguntaban qué auguraba semejante acontecimiento.

«Me estoy muriendo».

El reconocimiento de este hecho le llenaba de amargura. Acostado en un lecho en el interior de la fría y blanca celda que le habían asignado los Estetas, Raistlin maldijo la fragilidad de su cuerpo, maldijo las Pruebas que lo habían menoscabado, y maldijo a los dioses que le habían infligido tal castigo. Lanzó imprecaciones hasta que se le agotaron las palabras y se sintió tan exhausto que no podía ni siquiera pensar, para luego inmovilizarse bajo las blancas sábanas de lino que se le antojaban mortajas mientras sentía como el corazón se agitaba en su pecho cual una ave enjaulada.

Por segunda vez en su vida, Raistlin estaba solo y asustado. Sólo en una ocasión vivió en el aislamiento: en los tres atormentadores días durante los cuales se prolongó su Prueba en la Torre de la Alta Hechicería. ¿Había estado solo entonces? No lo creía así, aunque sus recuerdos eran borrosos. La voz, aquella voz que le hablaba en determinados momentos y que no logró identificar pese a saber ...Siempre había relacionado la voz con la Torre. Le había ayudado en aquellas jornadas de angustia, y también más tarde. Gracias a ella había sobrevivido a su dura experiencia.

Pero sabía que ahora no sobreviviría. La transformación mágica que había sufrido debilitó demasiado su frágil organismo. Había vencido, pero ¡a qué precio!

Los Estetas le encontraron arrebuñado en su túnica roja vomitando sangre sobre la escalinata. Había logrado pronunciar el nombre de Astinus y el suyo propio cuando se lo preguntaron, para al instante perder el conocimiento. Al despertar estaba en aquella gélida y angosta celda conventual, y no tardó en comprender su condición de moribundo. Le había exigido a su cuerpo más de lo que podía dar. El Orbe de los Dragones le habría salvado, pero no poseía fuerza suficiente para invocar su magia. Las frases que debía pronunciar a fin de avivar su encantamiento se habían evaporado de su recuerdo.

De todos modos estoy demasiado débil para controlar su tremendo poder —comprendió—. Si adivinara tan sólo, que he perdido mi fuerza me devoraría.

Se le ofrecía una única alternativa: los libros de la gran biblioteca. El Orbe de los Dragones le había prometido que aquellos volúmenes encerraban los secretos de los antiguos hechiceros, magos poderosos sin parangón en el nuevo mundo de Krynn. Quizá hallaría los medios para alargar su vida. ¡Tenía que hablar con Astinus! Era imprescindible que el historiador le concediera el acceso a la gran biblioteca, tal como había vociferado frente a los complacientes Estetas. Pero ellos se habían limitado a asentir en silencio.

—Astinus te recibirá —le anunciaron al fin— esta tarde, si tiene tiempo.

¡Si tiene tiempo! —se repetía Raistlin presa de una incontrolable ira—. ¡Era él quien no lo tenía! Sentía como la arena de su vida se escabullía entre sus dedos y, por mucho que intentara detenerla, sabía que no lo conseguiría.

Contemplándole con inmensa compasión, impotentes para ayudarlo, los Estetas le sirvieron comida. Pero Raistlin no podía engullir ni siquiera las amargas hierbas medicinales que aliviaban su tos. Enfurecido, expulsó de su lado a aquellos necios y se recostó sobre su dura almohada para observar el desplazamiento de la luz solar por la celda. Haciendo un denodado esfuerzo que le permitiera retener la vida, el mago se exhortó a descansar a sabiendas de que su ira febril acabaría de consumirlo. Su pensamiento voló entonces hacia su hermano.

Tras cerrar sus agotados párpados, Raistlin imaginó a Caramon sentado junto a él. Casi podía sentir sus brazos en tomo a su talle, levantándole para que respirara con más facilidad. Incluso olía los familiares efluvios del hombretón, mezcla de sudor, acero y piel curtida. Caramon le cuidaría, impediría su muerte...

No. Caramon está muerto. Todos han muerto, hatajo de idiotas. Debo apoyarme en mis propias fuerzas —pensó Raistlin en una inquietante ensoñación. Advirtió en ese instante que estaba a punto de desmayarse y luchó desesperadamente con la vehemencia que adopta el vencido. Haciendo un supremo esfuerzo, introdujo la mano en uno de los bolsillos de su túnica. Sus dedos acariciaron el Orbe de los Dragones, reducido ahora al tamaño de una canica, unos segundos antes de sumirse en la penumbra.

Le despertaron unos ecos de voces y la sensación de que había alguien con él en la celda. Tras librar una ardua batalla para abrirse paso entre las densas capas de oscuridad, Raistlin asomó a la superficie de su conciencia y abrió los ojos.

Había caído la tarde. La luz rojiza de Lunitari se filtraba a través de la ventana, formando una ondulante mancha de sangre en el muro. Una vela ardía junto al lecho y, bajo su luz, vio dos hombres inclinados sobre él. Reconoció al más próximo como el Esteta que le había descubierto. Pero ¿quién era el otro? Su rostro se le antojaba familiar.

—Ya despierta, Maestro —anunció el Esteta.

—Eso parece —corroboró, imperturbable, el interpelado.

Se acercó al joven mago para examinar su rostro y esbozó una sonrisa de asentimiento, como si hubiera llegado alguien a quien aguardaba desde hacía tiempo. Su expresión era lo bastante peculiar para no pasar desapercibida ni a Raistlin ni al Esteta.

—Soy Astinus —se presentó—. Y tú eres Raistlin de Solace.

—En efecto —acertó a responder el mago formando las palabras con sus labios más que pronunciándolas. Al alzar la mirada hacia el cronista su ira renació, pues no pudo por menos que recordar el comentario insensible que había hecho al ser informado de su presencia: Le veré, si tengo tiempo. Cuando posó los ojos en los de aquel hombre, un frío paralizador recorrió sus venas. Nunca antes había visto un semblante tan indiferente, tan desprovisto de emociones y pasiones humanas. Ni siquiera el tiempo se había atrevido a surcarlo.

Casi sin resuello, el mago se incorporó ayudado por el Esteta para observar mejor a Astinus.

Al advertir la reacción de Raistlin, el cronista comentó:

—Me miras de un modo extraño, joven hechicero. ¿Qué ven esos relojes de arena que tienes por ojos?

—Veo a un hombre... inmortal. —Raistlin sólo lograba hablar entre dolorosos jadeos.

—Por supuesto. ¿Qué esperabas? —bromeó el Esteta, acomodando con suavidad al moribundo contra la almohada de su lecho—. El Maestro estaba aquí para atestiguar el nacimiento del primer habitante de Krynn, y seguirá en su puesto hasta haber dejado constancia del fin del último. Así nos lo enseña Gilean, dios del Gran Libro.

—¿Es eso cierto? —susurró Raistlin.

—Mi historia personal no tiene la menor importancia comparada con el devenir del mundo —respondió Astinus encogiéndose de hombros—. Y ahora habla, Raistlin de Solace. ¿Qué quieres de mí? Estoy pasando por alto información que llenaría volúmenes enteros mientras pierdo el tiempo en esta fútil cháchara.

—Quiero pedirte... suplicarte un favor. —Las palabras parecían ser arrancadas de las entrañas del mago, pues brotaban entre esputos sanguinolentos—. Mi vida se mide por horas. Permite que la pase sumido en el estudio... en la gran biblioteca.

Bertrem chasqueó la lengua contra el paladar, perplejo ante semejante osadía. Lanzando una temerosa mirada a Astinus, el Esteta esperó la severa negativa que, estaba seguro, haría que la frágil piel del joven se desprendiera a tiras de sus huesos. Transcurrieron unos inacabables minutos de silencio, roto tan sólo por la fatigosa respiración de Raistlin. El rostro de Astinus permaneció imperturbable cuando declaró con su habitual frialdad:

—Haz lo que desees.

Ignorando la atónita expresión de Bertrem, Astinus dio media vuelta y empezó a alejarse en pos de la puerta.

—Aguarda —exclamó Raistlin en un esfuerzo sobrehumano. Su áspero ruego hizo que el cronista se detuviera para que el mago, extendiendo una trémula mano, añadiese—: Me has preguntado qué veía al mirarte, y ahora quiero que respondas tú a esa misma pregunta. He percibido la expresión de tu rostro cuando te has inclinado sobre mí. ¡Me has reconocido! Sabes quién soy, y necesito que me lo reveles. ¿Qué ves en mis ojos?

Astinus giró la cabeza y exhibió una faz tan gélida, anodina e inmovible como el mármol.

—Has afirmado ver a un hombre inmortal —dijo el historiador con voz queda y, tras un instante de vacilación, se encogió de hombros y concluyó—: Yo veo a un moribundo. Pronunciadas estas palabras, volvió a girarse y abandonó la estancia.

«Se da por supuesto que tú, que sostienes este Libro en tus manos, has superado con éxito las Pruebas en una de las Torres de la Alta Hechicería y que has demostrado tu habilidad para ejercer control sobre un Orbe de los Dragones u otro Artefacto Mágico reconocido (véase Apéndice C), además de haber invocado con probada capacidad los Hechizos aprendidos.. ».

—Sí, sí —farfulló Raistlin descifrando apresuradamente las runas que se desplazaban como arañas por la página. Tras leer con impaciencia la lista de encantamientos, llegó al fin a la conclusión.

«Cumplidas estas exigencias con plena satisfacción de tus maestros, sometemos a tu estudio este Libro de Hechicería. Así, poseedor de la Clave, desvelarás nuestros Misterios».

Con un inarticulado grito de cólera, Raistlin apartó a un lado el volumen encuadernado en azul cobalto y surcado de runas argenteas. Su mano temblaba cuando la alargó en pos del siguiente libro de idénticas características que yacía en la enorme pila formada por él mismo. Un acceso de tos le obligó a detenerse y, al luchar con denuedo para recobrar el aliento, temió no poder seguir adelante el dolor se hacía insufrible, hasta tal punto que en ocasiones deseaba hundirse en el olvido y atajar así la tortura, con la que tenía que convivir un día tras otro. Débil y mareado, reclinó la cabeza sobre el escritorio para que reposara entre sus brazos. Descanso, dulce e indoloro descanso. Se dibujó en su mente la imagen de Caramon erguido en la vida de ultratumba, aguardando a su enteco hermano. Raistlin vio la mirada triste y leal de su gemelo, sintió su compasión. El mago lanzó un jadeante suspiro que le dio fuerzas para, incorporarse.

Encontrarme con Caramon! Estoy empezando a perder la cabeza. ¡Qué absurdo! —se mofó de si mismo. Humedeciendo con agua sus labios teñidos de sangre, el mago asió el siguiente libro de hechizos encuadernado también en azul cobalto y lo atrajo hacia su persona. Sus runas plateadas destellaron bajo la luz de las velas y vio que su cubierta, gélida al tacto, era idéntica a la de todos los otros ejemplares que se hallaban amontonados a su alrededor. También era igual a la del tomo arcano que ya obraba en

su poder, el libro que se sabía de memoria y que perteneciera al mejor hechicero de todos los tiempos: Fistandantilus.

Sin poder contener el temblor de sus manos, Raistlin abrió la cubierta. Sus febriles ojos devoraron la página donde figuraban las consabidas exigencias: tan sólo los magos, que habían alcanzado un alto grado en la Orden estaban dotados de la experiencia y control necesarios para estudiar los encantamientos contenidos en su interior. Aquéllos que intentaran leerlos sin poseer estos conocimientos no verían sino indescifrables garabatos.

El debilitado mago respondía a todas las condiciones requeridas. Sin duda era el único hechicero de Túnica Roja e incluso Blanca de Krynn, con la posible excepción de Par-Salian. No obstante, al estudiar la escritura encerrada en el volumen no vio más que un confuso amasijo de símbolos.

«Así, poseedor de la Clave, desvelarás nuestros Misterios». Raistlin emitió un alarido, un desgarrado lamento que fue interrumpido por un débil sollozo. Presa de la ira y la frustración se arrojó sobre la mesa, esparciendo los libros por el suelo, antes de lacerar el aire con sus manos y gritar de nuevo. La magia, que su fragilidad le había impedido invocar, surgió ahora envuelta en cólera.

Los Estetas, que en aquel momento pasaban junto a la puerta de la gran biblioteca, intercambiaron miradas de desconcierto al oír tan espantosas voces. Percibieron entonces otro ruido, una crepitación sucedida por un fragor de trueno. Se detuvieron, alarmados, sin osar moverse hasta que uno más resuelto accionó el picaporte. Fue inútil, Raistlin había cerrado con pestillo. Otro señaló el suelo y todos retrocedieron cuando vislumbraron una fantasmagórica luz que centelleaba a través del dintel. Surgió de la biblioteca un intenso olor a azufre, que sólo dispersó una ráfaga de viento que pareció partir la puerta en dos, dada la fuerza con la que zarandeó. De nuevo oyeron los Estetas aquel alarido de furia, y se alejaron de forma precipitada por el marmóreo corredor en busca de Astinus.

Astinus acudió presto a la llamada de angustia de los Estetas, para encontrar la puerta de la gran biblioteca atrancada mediante la magia. No le sorprendió esta circunstancia y, lanzando un suspiro de resignación, extrajo un opúsculo del bolsillo de su túnica, se sentó en una silla y empezó a hacer anotaciones con su ágil y clara escritura. Los demás se arracimaron a su alrededor, espantados por los extraños sonidos que surgían de la cerrada estancia.

La inexplicable tormenta seguía atronando, presta a socavar los cimientos de la biblioteca. La luz destellaba en el contorno de la puerta con tal frecuencia que podría haber sido de día en la sala en lugar de ser la más negra hora nocturna. El ululante aullido de un vendaval se confundía con los vociferantes gritos del mago, orlados por una retahíla de golpes secos pero contundentes, así como por los crujidos de fajos enteros de papel que parecían arremolinarse en una tempestad sin nombre. Las lenguas de fuego lamían la crepitante madera de la puerta.

—¡Maestro! —exclamó aterrorizado uno de los Estetas, señalando las llamas—. ¡Está destruyendo los libros!

Astinus meneó la cabeza, mas no cejó en su tarea. Sobrevino, de pronto, el silencio, al mismo tiempo que la luz, que se escapaba a través del quicio, se extinguía como engullida por la oscuridad. Los Estetas se acercaron a la puerta en actitud vacilante, aplicando el oído. Ningún ruido brotaba del interior de la biblioteca, salvo un quedo murmullo. Bertrem colocó la mano en el picaporte, que cedió a su ligera presión.

—Maestro, la puerta se abre —anunció.

Astinus se levantó y ordenó a los Estetas:

—Volved a vuestros estudios, no hay nada que podáis hacer aquí.

Con una muda inclinación de cabeza los monjes lanzaron a la aún oculta estancia una última e inquieta mirada, y desaparecieron por el resonante pasillo dejando solo al cronista. Éste aguardó unos instantes hasta asegurarse de que se habían ido, y abrió la puerta de la gran biblioteca.

Los plateados y rojizos rayos lunares se vertían por los ventanucos, sin acertar a iluminar las ordenadas estanterías que contenían millares de libros encuadernados ni los nichos abiertos en los muros donde se apilaban valiosos pergaminos. Su brillo se concentraba en una mesa, cuya superficie yacía enterrada bajo un montículo de papeles. Una agotada vela ardía en el centro de la tabla, junto a un volumen azul cobalto que recibía en sus páginas de color marfil el influjo de las lunas. Otros tomos similares se hallaban esparcidos por el suelo.

Astinus frunció el ceño al estudiar su entorno. Unas franjas negras festoneaban los muros, mientras que el olor a azufre y fuego conservaba aún toda su intensidad en los fragmentos de papel que revoloteaban por el aire, cayendo cual hojas muertas en una tormenta otoñal sobre un cuerpo postrado e inmóvil.

Una vez hubo entrado en la estancia, el cronista cerró la puerta con pestillo antes de acercarse a la inerte figura sorteando los pergaminos que yacían diseminados por todos los rincones. Nada dijo, ni tampoco se encorvó para ayudar al joven mago. Se detuvo junto a él y le contempló en actitud reflexiva.

A pesar de su cautela, la túnica de Astinus rozó la metálica mano que Raistlin tenía extendida. Al sentir su contacto el mago levantó la cabeza, y contempló al cronista con los ojos empañados por la oscura sombra de la muerte.

—¿No has encontrado lo que buscabas? —preguntó Astinus, clavando en su maltrecho oponente una fría mirada.

—¡La Clave! —exclamó Raistlin entreabriendo sus blanquecinos labios manchados de sangre—. Se ha perdido en el tiempo. ¡Necios! —Cerró su ganchuda mano, avivada tan sólo por el fuego de la ira—. ¡Era tan sencilla que todo el mundo la conocía, y nadie se molestó en registrarla! La Clave que necesito... ¡perdida!

—Al parecer ha concluido tu viaje, mi viejo amigo —declaró Astinus sin compasión Raistlin despedía por sus ojos dorados un febril destello cuando preguntó:

—¿Quién soy? ¡Sé que me conoces!

—Eso ahora carece ya de importancia —repuso el cronista y, dando media vuelta, se dispuso a abandonar la biblioteca.

Resonó un penetrante alarido tras él, en el mismo instante, en que una mano le agarraba por la túnica y le obligaba a detenerse.

—No me vuelvas la espalda como se la has vuelto al mundo —le recriminó Raistlin.

—Volver la espalda al mundo —repitió el historiador con lentitud, inclinando la cabeza para enfrentarse al mago—. ¡Volver la espalda al mundo! —Raras eran las ocasiones en que alguna emoción traspasaba la helada superficie de la voz de Astinus, pero en aquel momento la cólera fustigó la plácida calma de su espíritu como una piedra lanzada a las aguas dormidas.

—¿Volver yo la espalda al mundo? —las palabras del cronista se difundieron por la biblioteca con un fragor tan poderoso como el que antes emanara del trueno—. ¡Yo soy el mundo, como bien sabes! ¡He nacido innumerables veces, y he afrontado otras tantas muertes! Cada lágrima derramada ha sido un torrente brotado de mis ojos. Cada gota de sangre que ha manchado la tierra ha secado mis venas. Cada agonía, cada dicha sentidas han sido compartidas por mi alma, han formado parte de mí.

»Me siento con la mano apoyada en la trayectoria del tiempo, la trayectoria que creaste para mí, viejo amigo, y viajo a los confines de este mundo para perpetuar su historia. He cometido las más abyectas felonías, he hecho los más nobles sacrificios. Soy humano, elfo y ogro. En mí se confunden y disocian lo masculino y lo femenino. He engendrado hijos, los mismos que después he matado. Te vi como eras, y veo ahora en qué te has convertido. Si parezco frío e insensible es porque no existe otro medio para sobrevivir sin perder la cordura. Vierto mi pasión en mis escritos. Quienes leen mis libros saben qué significa haber vivido en todo minuto, en todo cuerpo, que haya recorrido el mundo.

Raistlin soltó los ropajes del historiador y se desplomó sobre el suelo, víctima de una debilidad que se acrecentaba por momentos. Únicamente podía aferrarse a las palabras a Astinus, pese a sentir la fría garra de la muerte cerrada en torno a su corazón. Debo vivir un instante más. Lunitari, concédeme ese fugaz segundo —suplicaba al espíritu de la luna de la que los magos de Túnica Roja extraían su poder. Sabía que estaba a punto de pronunciarse una frase, una frase capaz de salvarle. Tenía que resistir.

Los ojos de Astinus centellearon al mirar al moribundo. Las palabras que le había espetado habían permanecido ocultas en sus entrañas durante tantos siglos que había perdido la cuenta.

—En el último día, el perfecto —añadió el cronista con voz trémula—, se reunirán los tres dioses: Paladine, el Radiante, Takhisis, la Reina de la Oscuridad y Gilean, Señor, de la Neutralidad. Cada uno sostendrá en su mano la Clave del Conocimiento, y la depositará junto a las otras dos sobre el gran Altar donde también se hallarán mis libros, donde se narra la historia de cada uno de los seres que han poblado Krynn a través del tiempo. Será entonces cuando, al fin, el mundo estará completo.

Astinus se interrumpió consternado, consciente de lo que había dicho, de lo que había hecho. Pero los ojos de Raistlin ya no le veían. Habíanse dilatado los relojes de arena de sus pupilas, y los tonos áureos que los rodeaban refulgían como llamas.

—¡La Clave! —susurró el mago exultante—. ¡La he hallado, la conozco!

Tan débil que apenas podía moverse, Raistlin introdujo la mano en la inefable bolsa que pendía de su cinto y sacó a la luz el empequeñecido Orbe de los Dragones. Sosteniendo el mágico objeto en su mano, el hechicero lo contempló con unos ojos que perdían viveza a cada instante.

—Sé quién eres —farfulló Raistlin con el entrecortado acento de un moribundo—. Ahora te conozco y te suplico que acudas en mi ayuda, como hiciste en la Torre y en Silvanesti. Nuestro trato ha sido zanjado. ¡Sálvame y también tú te salvarás! El mago se derrumbó. Su cabeza poblada de largos mechones argénteos quedó apoyada en el suelo cuando entornó los párpados, privando a sus ojos de su malhadada visión. La mano que sujetaba Orbe adquirió una inerte flaccidez pero no así los dedos, que continuaron aferrados al enigmático objeto con una fuerza superior a la muerte.

Convertido en poco más que un amasijo de huesos cubiertos por una túnica de tintes sanguinolentos, Raistlin yacía inmóvil entre los papeles aún amontonados en la hechizada biblioteca.

Astinus observó el enjuto cuerpo durante unos momentos, bañado como estaba en la deslumbrante y purpúrea luz de las dos lunas. Abandonó acto seguido la silenciosa estancia, inclinada la cabeza y cuidando de atrancar la puerta con manos inseguras.

De nuevo en su estudio, el historiador permaneció largas horas sentado con la mirada absorta en la negrura.

Capítulo 6

Palanthas

—¡Insisto en que era Raistlin!

—Y yo insisto en que si vuelves a contarme una sola de tus historias sobre elefantes lanudos, anillos transportadores o plantas que viven en el aire enroscaré este Jupak en torno a tu cuello —le espetó Flint encolerizado.

—Tus amenazas no impiden que fuera Raistlin a quien vi —replicó Tasslehoff, aunque con un hilo de voz, mientras caminaba por las anchas y resplandecientes avenidas de la bella ciudad de Palanthas.

El kender sabía por experiencia hasta qué punto podía jugar con la paciencia del enano, y el margen que daba Flint a la irritación era muy escaso en los últimos días.

—Y no vayas a molestar a Laurana con tus absurdas patrañas —advirtió Flint, adivinando las intenciones de Tas—. Ya tiene suficientes problemas.

—Pero...

El enano se detuvo y lanzó una sombría mirada al kender bajo la visera que proyectaban sus frondosas y encanecidas cejas.

—¿Lo prometes?

—De acuerdo —se resignó el interpelado.

No le habría costado hacerlo de no tener la total certeza de que había visto a Raistlin. Flint y él pasaban junto a la escalinata de la gran biblioteca de Palanthas cuando su penetrante mirada se posó en un grupo de monjes que se habían arracimado en torno a una figura postrada. Aprovechando que Flint se detuvo unos instantes para admirar un delicado relieve de factura enanil que decoraba el friso de un edificio cercano, el kender se apresuró a subir los primeros peldaños resuelto a averiguar qué sucedía. Espió perplejo, cómo un hombre idéntico a Raistlin, con su misma tez metálica de dorados destellos y una túnica roja, era transportado sin conocimiento al interior de la biblioteca. Pero en el tiempo que tardó en volver junto a Flint, agarrarle por el brazo y tirar de él hasta el pórtico del edificio, el grupo desapareció. El excitado kender trepó los peldaños de dos en dos y aporreó la puerta, exigiendo ser admitido. Sin embargo, el Esteta que acudió a su llamada pareció aterrorizarse tanto ante la idea de que un kender entrase en la gran biblioteca que el enano, escandalizado, le llevó hasta la calle a empujones sin dar oportunidad a que el monje abriera la boca. Dado que las promesas eran un concepto nebuloso para un kender, Tas meditó sobre la posibilidad de revelar a Laurana su descubrimiento, mas cuando pensó en el semblante, que había presentado en los últimos tiempos la muchacha elfa, demacrado y contraído a causa del sufrimiento, la preocupación y la falta de sueño, el bondadoso kender decidió que Flint tenía razón. Si se trataba de Raistlin lo más probable era que se hallara en la ciudad para resolver asuntos secretos y no acogiera su espontánea iniciativa con muy buenos ojos. No obstante...

Lanzando un suspiro el kender reanudó la marcha, propinando puntapiés a los objetos con los que se tropezaba y contemplando la urbe una vez más. Palanthas bien merecía una visita detallada, incluso en la Era del Poder había sido ensalzada por su belleza y gracia. No existía en todo Krynn ninguna otra ciudad que pudiera compararsele, al

menos para una mentalidad humana. Construida en un diseño circular como el de una rueda, su centro era, literalmente, un cubo. Todos los edificios oficiales se hallaban distribuidos en torno a la plaza, realizados con escalinatas y columnas que resultaban sobrecogedoras por su grandiosidad y elegancia. De la circunferencia central una serie de espaciosas avenidas partían en las direcciones de los ocho puntos de la brújula. Pavimentadas con piedras de perfecto ajuste, obra, por supuesto, de los enanos, y flanqueadas por árboles cuyas hojas conservaban sus áureos tintes a lo largo de todo el año, estas avenidas conducían al puerto en la parte norte y a las siete puertas de la Muralla de la Ciudad Vieja.

Incluso estas puertas eran obras maestras de arquitectura, guardada cada una de ellas por minaretes gemelos que se alzaban hasta alturas superiores a los trescientos pies. La muralla, por su parte, estaba labrada en intrincados diseños en los que se representaba la historia de Palanthas durante la Era de los Sueños. Pasado el muro se desplegaba la ciudad nueva. Ésta estaba concebida de tal modo que constituía una prolongación del modelo original, ya que partía de la antigua según un idéntico patrón circular y con las mismas avenidas flanqueadas por hileras de árboles. No obstante, en un detalle se rompía la simetría: ninguna muralla cercaba la zona nueva. Los habitantes eran adversos a las particiones que rompían el plano original, y no se alzaban nuevos edificios en ninguna de las dos mitades sin antes consultar las leyes de la armonía, tanto en el interior como en las zonas más apartadas del centro. La silueta de Palanthas sobre el horizonte crepuscular ofrecía una imagen tan embrujadora como la ciudad misma... con una excepción.

Interrumpió las cavilaciones de Tas una palmada en la espalda. Era Flint quien tan toscamente lo devolvía a la realidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó el kender, plantándose frente al enano.

—Me gustaría saber dónde estamos —apuntó Flint con voz desabrida, poniendo los brazos en jarras.

—Estamos... —Tas examinó su entorno—. Veamos, creo que nos encontramos... pero quizá me equivoque —clavó en Flint una gélida mirada—. ¿Cómo has permitido que nos perdiéramos?

—No me acuses a mí, tú eres el guía. Eres tú quien lee los mapas, tú el kender que conoce esta ciudad como la palma de su mano.

—Pero ahora estaba pensando —declaró Tas en actitud jactanciosa.

—¿En qué, mi filosófico amigo?

—En graves cuestiones que no entenderías.

—¡No me digas! Pero será mejor que lo dejemos —gruñó el hombrecillo mientras procedía a escudriñar la calle en ambos sentidos. No le gustaba el cariz que tomaba su aventura.

—Todo esto es muy extraño —anunció Tas con tono alegre, parafraseando las meditaciones del enano—. La calle que hemos enfilado parece hallarse vacía, en abierto contraste con las otras avenidas de Palanthas —mientras hablaba, contempló con cierto desasosiego las hileras de silenciosos edificios—. Me pregunto...

—No —interrumpió Flint—. Me niego rotundamente. Volveremos por donde hemos venido.

—¡Oh, vamos! —protestó Tas sin cesar de adentrarse en la desierta calzada—. Sólo unos metros para reconocer el terreno. Recuerda que Laurana nos recomendó examinarlo todo, inspeccionar las forn... forte... ¿como diablos se llaman?

—Fortificaciones —corrigió Flint, siguiendo al kender con paso reticente—. Pero aquí no las hay botarate. ¡Estamos en el centro de la ciudad! Laurana se refería a las murallas que la rodean.

—No he visto ningún muro delimitando Palanthas —dijo Tas con aire triunfante—. En cualquier caso, no en la parte nueva. Además, si esto es el centro no me explico por qué está desierto. Creo que deberíamos averiguarlo.

Flint lanzó un resoplido. Las palabras del kender empezaban a tener sentido, circunstancia que hizo que el enano menease la cabeza mientras se preguntaba si no serían víctimas de un espejismo causado por el exceso de sol.

Anduvieron en silencio durante varios minutos, penetrando en el corazón de la ciudad. A un lado, a escasas manzanas, se elevaba la mansión palaciega del Señor de Palanthas. Podían ver con total nitidez sus monumentales torreones, y sin embargo frente a ellos el panorama parecía velado por una indefinible penumbra.

Tas se asomó por las ventanas y por las puertas de todos cuantos edificios flanquearon. Cuando al fin llegaron al extremo de la travesía el kender habló, presa de una cierta desazón:

—Flint, me temo que todas las casas están vacías

—Abandonadas —corrigió el enano en tonos apagados. Había cerrado los dedos en torno al astil de su hacha, y dio un respingo al oír la aguda voz de su compañero.

—Este lugar me produce una sensación extraña —confeso el kender, arrimándose a Flint—. Pero no te preocupes, no estoy asustado.

—¡Yo sí! ¡Salgamos de aquí! Tas alzó la vista para estudiar los edificios que se erguían a ambos lados. Estaban todos ellos bien conservados. Aparentemente los habitantes de Palanthas se sentían tan orgullosos de su ciudad que incluso gastaban su dinero en remozar las moradas que a nadie cobijaban. Se hallaban entre comercios y viviendas de todo tipo, poseedores de una estructura impecable. Incluso las calles estaban libres de papeles e inmundicias... pero desiertas. El kender pensó que la que ahora visitaban fue en un tiempo una zona próspera, en pleno corazón de la urbe. ¿Por qué había dejado de serlo? ¿Por qué se habían ido sus pobladores? Le asaltó una incontenible sensación de

temor, y no eran muchos los parajes en Krynn capaces de provocar tan singular inquietud en un miembro de su raza.

—¡Ni siquiera hay ratas! —susurró Flint, antes de agarrar a Tas por el brazo y tirar de él—. Ya hemos visto bastante.

—No seas cobarde —le reprendió el kender. Se liberó entonces de la mano que pretendía arrastrarle y, luchando por deshacerse también de la incómoda sensación que le atenazaba, irguió sus pequeños hombros y echó a andar de nuevo por la empedrada acera. No había recorrido tres pies cuando advirtió que estaba solo de modo que, exasperado, volvió la cabeza. El enano permanecía inmóvil donde le había dejado, observándole con destellos de cólera.

—Sólo quiero ir hasta la arboleda que se dibuja en la esquina —arguyó—. Fíjate, no es más que un grupo de robles sin ninguna particularidad. Quizá se trate de un parque donde podamos almorzar.

—¡No me gusta este lugar! —insistió Flint testarudo—. Me recuerda al Bosque Oscuro, aquella espesura donde Raistlin habló con los espectros.

—Aquí no hay más espectro que tú —replicó Tas irritado, resuelto a ignorar el hecho de que él había evocado la misma imagen en su memoria—. Estamos en pleno día, en el centro de una ciudad. ¡Vamos, por Reorx!

—¿Por qué hace tanto frío?

—Porque aún no ha concluido el invierno —respondió el kender elevando la voz. Pero, de pronto, enmudeció, cuando los ecos de sus palabras resonaron de un modo fantasmagórico en las silenciosas calles—. ¿Vienes o no? —acertó al fin a susurrar.

Flint tragó saliva, emitió un gruñido, aferró su hacha de guerra y empezó a avanzar en pos del kender, aunque sin dejar de lanzar furtivas miradas a los edificios como si de un momento a otro fuese a saltar sobre él una aparición demoníaca.

—No es cierto eso que has dicho del invierno —masculló—. Sólo aquí lo es.

—Tardará varias semanas en llegar la primavera —repuso Tas, satisfecho por haber encontrado un tema de discusión que borrara de su mente los fenómenos que se obraban en su estómago, tales como la formación de nudos y otras molestias similares.

Pero Flint no se prestó al altercado, un mal síntoma en él. En silencio y con el mayor sigilo posible, ambos se deslizaron sobre los adoquines hasta alcanzar el final de la calle, donde los edificios daban paso a la arboleda de forma abrupta. Como Tas había sugerido, se trataba de un robledal corriente si bien aquellos especímenes eran los más altos que habían visto tanto el kender como el enano en el curso de sus minuciosas exploraciones por Krynn.

Al acercarse, los dos amigos notaron que se intensificaba su gélida y extraña sensación hasta convertirse en un frío antinatural, más paralizador que el que habían experimentado incluso en el glaciar del Muro de Hielo. ¿A qué se debía un descenso tan

brusco de la temperatura? El sol brillaba en un cielo sin nubes, y sin embargo sus dedos se entumecían por momentos. Flint no pudo sostener por más tiempo el hacha y tuvo que colocarla de nuevo en su soporte con manos rígidas y temblorosas, mientras intentaba en vano refrenar el rechinar de sus dientes, y tiritaba violentamente al perder la sensibilidad en sus puntiagudas orejas.

—S-salgamos de aquí —balbuceó el enano a través de sus labios amoratados.

—Estamos bajo la s-sombra de un edificio —Tas casi se mordió la lengua—. Cuando nos dé el sol en el rostro nos calentaremos.

—No hay fuego en Krynn capaz de caldear este ambiente —le espetó Flint agresivo pateando el suelo para avivar la circulación de su sangre.

—U-unos pasos más —se obstinó Tas sin cesar de moverse, pese a que se entrechocaban sus rodillas. Sin embargo, avanzaba en solitario. Al volver la cabeza comprobó que el enano estaba paralizado, con la frente inclinada y un intenso temblor en su barba.

Debo retroceder —pensó el kender, pero no pudo hacerlo. Su proverbial curiosidad, que contribuía más que ningún otro factor a la extinción de su raza, le impulsaba a seguir adelante.

Llegó por fin a la linde del robledal y, en ese instante, casi se detuvo el pálpito de su corazón. Los kenders suelen ser inmunes al miedo, por eso sólo uno de ellos podía llegar tan lejos. Pero incluso Tas se sintió ahora presa del más absurdo pánico que había experimentado en toda su vida, y comprendió que el causante de tal sentimiento se ocultaba en aquel bosque de vetustos robles,

Son árboles normales —se repetía sin cesar, balbuceando hasta las palabras que no pronunciaba en voz alta—. He conversado con espectros en el Bosque Oscuro, me he enfrentado a tres o cuatro dragones y he roto uno de sus Orbes... sólo es un robledal corriente... he estado prisionero en el castillo de un mago, he visto a un diablo de los Abismos... es un robledal como tantos otros.

Despacio, dándose ánimos, Tas se abría camino entre los robles. Sin embargo, no fue lejos, ni siquiera traspasó la hilera que formaba el perímetro exterior del bosquecillo. Ahora veía lo que anidaba en sus entrañas.

Tasslehoff tragó saliva, dio media vuelta y emprendió una veloz carrera.

Al ver que el kender retrocedía a grandes zancadas hacia él, Flint supo que todo había terminado. Alguna criatura espantosa iba a irrumpir entre los árboles de un momento a otro, de modo que giró sobre sí mismo. Tan precipitado fue su acto, que tropezó contra su propio pie y cayó de bruces al suelo. Por fortuna Tas le había dado alcance y acertó a agarrarle por el cinto para incorporarle antes de seguir huyendo despavorido calle abajo, ahora seguido de cerca por el enano que sentía su vida pendiente de un hilo. Casi podía oír gigantescas pisadas sobre el empedrado, cada vez más cerca. No osó volverse a mirar, pero las visiones de un sanguinario monstruo se multiplicaron en su cerebro a un

ritmo tan vertiginoso que creyó que su corazón no tardaría en estallar. Al fin llegaron al otro extremo de la calle.

El ambiente se caldeó bajo los benignos rayos del sol. Oyeron de nuevo las voces de las personas reales en las frecuentadas calles adyacentes. Flint se detuvo exhausto, jadeante, para lanzar una temerosa mirada al lugar que acababan de abandonar. ¡Cuál no sería su sorpresa al comprobar que estaba vacío!

—¿Qué es lo que has visto? —logró preguntar cuando se normalizaron sus latidos.

—U-una torre —balbuceó Tas entre sonoros resoplidos. Su rostro estaba pálido como la muerte.

Flint abrió los ojos de par en par.

—¿Una torre? —repitió, perplejo—. ¿Hemos huido de una simple torre? ¡Pensar que casi pierdo la vida en el empeño! Supongo —frunció su velludo ceño en actitud de alarma que no nos habrá perseguido una mole de piedra

—No —admitió Tas—. Se erguía inmóvil, majestuosa. Pero era lo más aterrador que he visto nunca —concluyó al fin, aún temblando.

—Sin duda se trata de la Torre de la Alta Hechicería—dijo el Señor de Palanthas a Laurana aquella tarde, sentados en la sala de cartografía del bello palacio, que se alzaba en una colina desde donde se divisaba una espléndida panorámica de la ciudad—. No me extraña que tu pequeño amigo fuera dominado por el pánico. Lo que me sorprende es que fuera capaz de llegar hasta la linde del Robledal de Shoikan.

—Es un kender—le recordó Laurana con una sonrisa.

—Sí, por supuesto, eso explica su temeridad. Y ahora que hablamos del tema, se me ocurre una idea que nunca había considerado: contratar kenders para trabajar en las inmediaciones de la Torre. Tenemos que pagar precios astronómicos cuando, una vez al año, intentamos persuadir a los hombres para que entren en los edificios cercanos a fin de evitar su deterioro. Pero —el Señor pareció desalentarse— dudo que los habitantes acepten complacidos la presencia de un número nutrido de kenders en nuestras calles. Amothus, Señor de Palanthas, recorrió el pulido suelo de mármol de la sala de cartografía con las manos unidas tras el manto que denotaba su elevado rango. Laurana empezó a caminar a su lado, tratando de no pisar el repulgo del largo y vaporoso vestido que los palanthianos habían insistido en que luciera. Se habían mostrado encantadores al ofrecérselo como obsequio, de modo que no pudo rehusar. Además, sabía que les horrorizaba ver a una Princesa de Qualinesti deambular por su ciudad ataviada con una cota de malla manchada de sangre y ajada por las mil batallas que había librado. No le dieron opción, no podía permitirse ofender a aquéllos cuya ayuda tanto necesitaba. Sin embargo, se sentía desnuda, frágil e indefensa sin la espada colgada del cinto y un entramado de acero rodeando su cuerpo.

Sabía muy bien que eran los generales del ejército de Palanthas —mandatarios provisionales de los Caballeros de Solamnia— y los otros nobles —miembros del Senado— quienes, en realidad, la hacían sentirse más frágil e indefensa. Todos ellos le recordaban con sólo mirarla que no era más que una mujer jugando a los soldados, al menos según su criterio. De acuerdo, había actuado bien, había luchado en su batalla particular y había vencido. Ahora no le restaba sino volver a la cocina...

—¿Qué es la Torre de la Alta Hechicería? —preguntó la muchacha de forma abrupta. Tras una semana de negociaciones con el Señor de Palanthas había aprendido que, pese a ser un hombre inteligente, sus pensamientos tendían a perderse en regiones inexploradas y necesitaba que le recordasen continuamente el tema principal que se estuviera tratando.

—¡Ah, sí! Si lo deseas, puedes verla desde esta ventana —anunció el dignatario, aunque con cierta reticencia.

—Me gustaría —aceptó Laurana.

Encogiéndose de hombros, Amothus desvió el curso de sus pasos y condujo a la joven hasta una ventana en la que ella no había reparado, por estar oculta tras gruesos cortinajes.

Los que adornaban las otras ventanas estaban descorridos ya través de ellas se podía observar una apabullante visión de la ciudad en cualquier dirección que se mirara.

—Sí, ésa es la razón por la que los mantengo echados —dijo el Señor lanzando un suspiro, como si hubiera leído la curiosidad en sus ojos—. Y te aseguro que es una lástima, porque según las antiguas crónicas desde aquí se revelaba una de las más magníficas panorámicas de la ciudad. Sin embargo, entonces la Torre no estaba maldita...

El digno caballero apartó a un lado las cortinas, con mano trémula y el pesar reflejado en su rostro. Sobrecogida al descubrir la emoción que la embargaba, Laurana se asomó... y se quedó sin aliento. El sol se ocultaba tras las nevadas montañas, tiñendo el cielo de rojo y púrpura. Los vibrantes colores del incipiente crepúsculo reverberaban sobre los albos edificios de Palanthas al capturar su luz el raro y translúcido mármol, que con tanta profusión adornaba sus fachadas. Laurana nunca había imaginado que semejante belleza pudiera existir en el mundo de los humanos, rivalizando con su amada Qualinesti.

Pronto atrajo su mirada un espacio umbrío en la perlífera y radiante perspectiva, creado por una solitaria Torre que se elevaba hacia el cielo. Tan alta era que, aunque el palacio se hallaba construido en una colina, su cúspide apenas estaba por debajo de la ventana desde donde ahora la contemplaba. Toda ella de mármol negro, se destacaba en nítido contraste con el niveo mármol de las casas adyacentes. Pensó que, acaso en un tiempo remoto, varios minaretes debieron conferir especial realce a su superficie, mas ahora sus cuerpos aparecían mutilados y en total abandono. Unas oscuras ventanas, semejantes a cuencas oculares vacías, miraban amenazadoras al mundo. Rodeaba la mole una valla, también negra, y Laurana vio que algo revoloteaba en su cancela. Creyó al principio que se trataba de un pájaro inmenso atrapado entre sus rejas, pues se le antojó un ser vivo,

pero, cuando se disponía a atraer la atención del Señor de Palanthas sobre la criatura, éste corrió los cortinajes con un escalofrío.

—Lo lamento —se disculpó—. No puedo soportarlo. Y pensar que hemos convivido con ella durante siglos...

—A mí no me parece tan terrible —le interrumpió Laurana con firmeza, evocando en su imaginación la figura de la Torre y la ciudad que la rodeaba—. Esta Torre confiere carácter al lugar. Es una urbe muy hermosa, pero en ocasiones su belleza es tan perfecta, tan fría, que deja uno de advertirla —mientras hablaba la muchacha se asomó a las otras ventanas, y se sintió tan embrujada como en el momento de su llegada a la monumental Palanthas—. Después de ver esa... esa oscura mácula, su magnificencia destaca en mi mente con nuevo vigor. No sé si me comprendes...

Quedaba patente por la atónita expresión de su rostro; que el dignatario no comprendía ni una palabra. Laurana suspiró, si bien no pudo reprimir una mirada de soslayo a aquellos cortinajes que ejercían sobre ella una extraña fascinación.

—¿Cómo llegó a convertirse en una Torre maldita? —preguntó en lugar de explicarse.

—Fue durante... pero aquí viene alguien que te contará esa historia mucho mejor que yo —se interrumpió Amothus, al comprobar aliviado que la puerta se abría—. Si he de serte franco, no es un relato que me entusiasme repetir.

—Astinus, de la biblioteca de Palanthas —anunció el heraldo, aunque era evidente que Amothus ya sabía de quién se trataba.

Con gran perplejidad por parte de Laurana todos los presentes se levantaron en actitud respetuosa, incluso los grandes generales y nobles.

¿Tanta ceremonia por un bibliotecario? —se preguntó incrédula la joven. Mas aún fue mayor su asombro cuando el Señor de Palanthas y todos sus caballeros se inclinaron en una profunda reverencia al entrar el cronista. También ella bajó la cabeza por pura cortesía, pues como miembro de la familia real de Qualinesti no debía saludar con tal sumisión a ningún habitante de Krynns salvo a su padre, el Orador de los Soles. Sin embargo, cuando se enderezó y estudió a aquel hombre misterioso, comprendió de pronto, que lo más adecuado era recibirle con gesto humilde.

La naturalidad e indiferencia de Astinus la convencieron, sin lugar a dudas, de que no perdería su desenvoltura ni en presencia de toda la realeza de Krynns ni de todo el firmamento. Parecía un hombre de mediana edad, si bien le rodeaba un aura atemporal. Se diría que su rostro había sido cincelado en el mármol de Palanthas y, al principio, Laurana sintió aversión ante la desapasionada calidad que caracterizaba tanto sus rasgos como su andar. Mas, de pronto, advirtió que sus oscuros ojos ardían con el fuego interior de un millar de almas.

—Llegas tarde, Astinus —dijo Amothus en tono festivo, aunque respetuoso.

La joven observó que el Señor de Palanthas y sus generales permanecieron de pie hasta que el historiador hubo tomado asiento, una actitud que incluso los Caballeros de

Solamnia imitaron. Casi abrumada por un insólito sobrecogimiento, se hundió en su silla en tomo a la enorme mesa redonda cubierta de mapas que ocupaba el centro de la gran sala.

—Tenía asuntos importantes que atender —respondió Astinus con una voz que parecía provenir de un pozo sin fondo.

—Me han informado de que has sido perturbado por un extraño evento. —El Señor de Palanthas se sonrojó incómodo—. Acepta mis disculpas, ignoro cómo pudieron encontrar a un hombre en semejante estado en la escalinata de tu biblioteca. Si nos lo hubieras comunicado habríamos retirado su cuerpo sin necesidad de armar tanto revuelo.

—No me ha causado ninguna molestia —repuso Astinus, lanzando una mirada de soslayo a Laurana—. El asunto se ha tratado como merecía, y ahora ya está resuelto.

—Pero ¿qué me dices de los despojos? —preguntó Amothus con un leve balbuceo—. Comprendo lo penoso que ha de resultarte, pero existen ciertas medidas sanitarias promulgadas por el Senado y quiero estar seguro de que todo se ha llevado del modo más conveniente.

—Quizá sea mejor que os deje —declaró fríamente Laurana, e hizo ademán de incorporarse—. Volveré cuando haya concluido esta conversación.

—¿Cómo? ¿Deseas irte cuando hace sólo unos minutos que estás aquí? —El Señor de Palanthas la observó a través de una extraña nebulosa.

—Creo que nuestra charla ha incomodado a la princesa elfa —comentó Astinus—. Su raza, como sin duda recordaréis, profesa una gran veneración a la vida. La muerte no se discute entre ellos de una manera tan cruda.

—¡Oh, por todos los dioses! —Amothus se ruborizó y se apresuró a levantarse para tomar su mano—. Te ruego que nos disculpes, querida. Mi negligencia ha sido abominable. Siéntate de nuevo, te lo suplico. Sirve un poco de vino a la Princesa —ordenó a un criado, que al instante llenó la copa de Laurana.

—Cuando yo he entrado hablabais de las Torres de la Alta Hechicería. ¿Qué sabes de ellas? —interrogó Astinus a la muchacha. A la vez que sus ojos la traspasaban hasta penetrar en su alma.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Laurana al sentir tan punzante mirada, de modo que sorbió un trago en un intento de tranquilizarse.

—Lo cierto —tartamudeó, arrepentida por haber mencionado el tema —es que preferiría que abordáramos el asunto que nos ha reunido. Estoy segura de que los generales desean volver cuanto antes junto a sus tropas y yo...

—¿Qué sabes de las Torres? —repitió Astinus.

—N-no mucho —balbuceó Laurana, asaltada por la súbita sensación de que había vuelto a la escuela y debía enfrentarse a su maestro Tenía un amigo, es decir, un conocido que se sometió a las Pruebas en la Torre de Wayreth, pero...

—Supongo que te refieres a Raistlin de Solace —la atajó, imperturbable, el historiador.

—¡En efecto! —respondió Laurana con sobresalto—. ¿Cómo...?

—Soy cronista, joven Princesa. Saberlo forma parte de mi trabajo. y ahora voy a contarte la historia de la Torre de Palanthas, no sin antes advertirte que no debes considerarlo una pérdida de tiempo... porque su historia, Lauranthalasa, está estrechamente ligada a tu destino —ignorando su ahogada exclamación de asombro, hizo un gesto imperativo a uno de los generales—. Abre esa cortina, está obstruyendo una de las más bellas panorámicas de la ciudad como, según creo, apuntaba la Princesa antes de mi llegada. Esta es pues la historia de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas.

»Debo iniciar mi relato aludiendo a las llamadas Batallas Perdidas. Durante la Era del Poder, cuando el Príncipe de los Sacerdotes de Istar empezó a sobresaltarse ante las sombras, bautizó sus temores con un nombre concreto: ¡magos! Le espantaban tanto ellos como sus vastos poderes. No les comprendía y, por consiguiente, se convirtieron en una amenaza.

»Fue fácil alzar al populacho contra los magos. Aunque respetados por todos, nunca inspiraron excesiva confianza, en primer lugar porque admitieron entre sus filas a representantes de los tres poderes del universo: los Túnicas Blancas del Bien, los Túnicas Rojas de la Neutralidad y los Túnicas Negras del Mal. A diferencia del Príncipe de los Sacerdotes, ellos supieron ver que el mundo sólo conservaba su equilibrio merced a la existencia de las tres Órdenes y que perturbarlo era abrir la puerta a la destrucción.

»El pueblo se reveló pues contra los magos. Las cinco Torres de la Alta Hechicería fueron, por supuesto, sus primeros objetivos, ya que era en su seno donde se hallaba concentrado el poder de la Orden y también era en estas Torres donde los jóvenes aspirantes pasaban las Pruebas, o al menos aquéllos que osaban intentarlo. Has de saber que las distintas fases que las configuraban eran arduas o, lo que es peor, arriesgadas. El fracaso sólo podía entrañar un resultado: ¡la muerte!

—¿La muerte? —repitió Laurana incrédula—. En ese caso Raistlin...

—Puso en juego su vida para someterse a la Prueba, y casi pagó tan alto precio. Sin embargo, eso ahora no viene al caso. Debido a la severa, o cabría decir mortífera, penalización que se imponía a quienes fracasaban empezaron a propagarse ciertos rumores sobre las Torres de la Alta Hechicería. En vano intentaron los magos explicar que no eran sino centros docentes donde los candidatos arriesgaban su vida de manera voluntaria, así como lugares donde guardaban sus libros de encantamientos, sus pergaminos y sus instrumentos arcanos. Nadie les creyó. Se divulgaron entre las gentes historias de negros rituales y sacrificios, alimentados por el Príncipe de los Sacerdotes y sus clérigos para satisfacer sus propios propósitos.

»Llegó al fin el día de la rebelión y, por segunda vez en la historia de la Orden, los Túnicas se reunieron. La primera vez habían creado los Orbes de los Dragones que contenían las esencias del bien y del mal, vinculadas por la neutralidad. Luego cada uno siguió su camino hasta que, aliados por una misma amenaza, se congregaron de nuevo para proteger su mundo. Los magos optaron por destruir dos de las Torres antes que permitir que la muchedumbre las invadiera y se entremetiera en asuntos que escapaban a su entendimiento. La demolición de estas dos Torres produjo sendas hecatombes en las regiones vecinas y asustó al Príncipe de los Sacerdotes, pues quedaba una en Istar y otra en Palanthas. La tercera, situada en el Bosque de Wayreth, no inquietaba a nadie por hallarse alejada de cualquier núcleo urbano.

Decidió entonces el Príncipe de los Sacerdotes proponer un trato a los magos, en un acceso de aparente magnanimidad. Si abandonaban las dos Torres que aún quedaban en pie, les permitiría retirarse en paz, así como trasladar sus documentos e ingenios a la Torre de Alta Hechicería de Wayreth. Aunque a regañadientes, su ofrecimiento fue aceptado.

—¿Por qué no lucharon los magos? —interrumpió Laurana—. He visto a Raistlin y a Fizban cuando se enfadan, y no quiero imaginar qué serían capaces de hacer unos hechiceros realmente poderosos.

—Cierto, pero hay algo que no has considerado. Tu joven amigo Raistlin quedaba exhausto siempre que invocaba sus hechizos, aunque sólo fueran encantamientos menores. Y, además, cuando se utiliza uno se borra de la memoria para siempre a menos que se revise el libro y se estudie de nuevo. A los magos del más alto nivel les ocurre lo mismo. Es así como los dioses nos protegen de criaturas que, de otro modo, llegarían a ser demasiado poderosas y aspirarían incluso a la divinidad. Los magos necesitan dormir, hallar ocasiones para concentrarse, pasar sus días en continuo estudio. ¿Cómo podían resistir a un asedio masivo? Y, por otra parte, no deseaban destruir a su propio pueblo.

»Todas estas razones les impulsaron a acceder a los deseos del Príncipe de los Sacerdotes. Incluso los vestidos con la Túnica Negra, indiferentes al populacho, comprendieron que acabarían por ser derrotados y quizá se perdería la magia para un mundo futuro. Así que se retiraron de la Torre de la Alta Hechicería de Istar, y poco después el Príncipe decidió ocuparla. Acto seguido le llegó el Turno a esta mole que ves frente a ti, la de Palanthas. Pero la historia de esta Torre está preñada de horrores.

Astinus, que había relatado aquellos sucesos con una voz monótona, desprovista de emoción, asumió, de pronto, una actitud solemne y acaso ominosa.

—Recuerdo bien aquel día —prosiguió más para sí mismo que para su callada audiencia—. Los magos me trajeron sus libros y pergaminos para que los custodiase en la biblioteca, ya que tenían más documentos de los que podían trasladar a la Torre de Wayreth. Sabían que yo los guardaría como un tesoro. Muchos de los libros de hechizos eran antiguos e ilegibles, pues habían sido protegidos con encantamientos especiales cuya Clave se había perdido. La Clave...

Astinus enmudeció, absorto en sus reflexiones. Pero pasados unos minutos suspiró, como para desechar negros pensamientos, y continuó.

—Los habitantes de Palanthas se congregaron en torno a la Torre cuando el sumo dignatario de la Orden, el Mago de la Túnica Blanca, cerró sus delicadas puertas de oro con una llave de plata. El Señor de Palanthas le contemplaba sin poder contener su ansiedad, y todos sabían que pretendía mudarse a sus estancias como había hecho su predecesor, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Sus ojos escudriñaban la Torre animados por la irrefrenable ambición de descubrir las maravillas, tanto benévolas como perversas, que según los rumores encerraba.

—De todos los insignes edificios de Palanthas —murmuró Amothus—, la Torre de la Alta Hechicería era el más espléndido. Ahora, sin embargo...

—¿Qué ocurrió? —preguntó Laurana sintiendo un creciente frío a medida que la noche se enseñoreaba de la sala, y deseosa de que alguien ordenara a los sirvientes encender las velas.

—El Mago extendió la mano para entregar la llave de plata al Señor de la ciudad cuando, de pronto, un hechicero de Túnica Negra apareció en una de las ventanas de los pisos superiores —continuó Astinus con voz cavernosa y triste—. Todos enmudecieron presas del pánico, y él proclamó en medio del silencio: «Estas puertas permanecerán cerradas, y las estancias que guardan vacías, hasta el día en que llegue el Amo del Pasado y del Presente investido de un nuevo poder». El perverso mago se lanzó entonces al aire, cayendo sobre la verja, y en el instante en que las púas de oro y plata traspasaron sus vestiduras sumió a la Torre en una maldición. Su sangre formó un charco en el suelo, a la vez que las metálicas puertas se retorcieron y se tomaban negras. La refulgente mole alba y rojiza también se ensombreció hasta asumir un gris ceniciento, antes de que sus negros minaretes se desmoronasen. El Señor de Palanthas se apresuró a huir con el gentío y, en el día de hoy, no hay nadie que haya osado acercarse aún a la Torre de Palanthas. Ni siquiera los kendens —Astinus esbozó una leve sonrisa— que a nada temen en este mundo. Tan poderosa es la maldición que mantiene alejados a todos los mortales...

—Hasta que regrese el Amo del Pasado y el Presente —repitió Laurana.

—¡Aquel hombre estaba loco! —exclamó despreciativo lord Amothus—. Ningún hombre posee el dominio del tiempo, a menos que tú, Astinus, tengas ese don.

—¡En absoluto! —protestó el cronista con un tono tan cavernoso que todos le miraron sorprendidos—. Yo recuerdo el pasado y registro el presente, pero no pretendo ejercer control sobre ellos.

—Eso corrobora mi opinión sobre aquel pobre demente —declaró el Señor encogiéndose de hombros—. y ahora estamos obligados a soportar una visión tan ofensiva como la Torre porque nadie accede a vivir en su proximidad ni a acercarse lo bastante para derruirla.

—Creo que destruirla sería una injusticia —replicó Laurana con tono amable, al mismo tiempo que contemplaba la Torre a través de la ventana—. Pertenece a este lugar.

—En efecto, joven Princesa —apostilló Astinus sin cesar de taladrarla con sus penetrantes ojos.

Las sombras de la noche fueron acumulándose mientras, hablaba el cronista. Pronto la Torre quedó envuelta en penumbra, en una negrura que aún destacaba más por oposición a las luces que se encendían paulatinamente en el resto de la ciudad. Parecía que Palanthas quería rivalizar con el fulgor de las estrellas, si bien Laurana no pudo evitar el pensar que aquel redondo espacio de tinieblas siempre estaría presente en el ánimo de todos.

—¡Cuán triste y trágico! —susurró la Princesa, sintiéndose forzada a hablar porque Astinus no dejaba de escudriñarla—. Y ese contorno oscuro que he visto revolotear, atrapado en la verja... —se interrumpió, asaltada por un súbito temor.

—Loco de atar —insistió Amothus en lóbrega actitud—. Suponemos que son los restos del cuerpo del mago suicida, pero nadie se ha acercado lo suficiente como para comprobarlo.

Laurana se estremeció. Sujetándose con las manos su dolorida cabeza, comprendió que el siniestro relato que acaba de oír invadiría sus sueños durante muchas noches y deseó no haberle prestado atención. ¡Estrechamente ligado a su destino! Enfurecida, desechó tal pensamiento. Al fin y al cabo no importaba, no tenía tiempo para estas cavilaciones. Su destino ya se auguraba bastante sombrío sin necesidad de agregarle el aditamento de una historia surgida del mundo de las pesadillas. Astinus, que parecía haber leído sus reflexiones, se levantó de manera abrupta y ordenó que encendieran más luces.

—El pasado se ha perdido —apuntó con frialdad, prendida su mirada de Laurana. Tu futuro te pertenece. Y tenemos mucho trabajo que completar antes de que amanezca.

Capítulo 7

Al mando de los caballeros de Solamnia

—En primer lugar deseo leer un comunicado del Comandante Gunthar, que recibí hace escasas horas.

El Señor de Palanthas extrajo un pergamino de los pliegues de sus vestiduras de lana, finamente tejidas, y lo desplegó sobre la mesa para alisarlo. Apartó entonces la cabeza, enfocando su vista a una cierta distancia, en un intento de descifrarlo.

Laurana, convencida de que se trataba de la respuesta a un mensaje suyo que había instado a Amothus para que lo enviara dos días antes, se mordisqueó el labio con impaciencia.

—Está algo rasgado —se disculpó el Señor de Palanthas—. Los grifos que tan amablemente nos han facilitado los caballeros elfos —distinguió con una inclinación de cabeza a Laurana, quien respondió a la diferencia refrenando el impulso de arrancarle el documento de las manos— no han aprendido a transportar estos pergaminos sin arrugarlos y romperlos. ¡Ah, ahora lo entiendo!

«Del Comandante Gunthar a Amothus, Señor de Palanthas. Saludos».

Es un hombre encantador —comentó, levantando la mirada—. Estuvo aquí el año pasado durante las Fiestas de Primavera que, por cierto, se celebrarán dentro de tres semanas, querida. Quizá quieras honrarnos con tu asistencia.

—Será un placer, si todavía estamos vivos para entonces —dijo Laurana mientras se retorció las manos bajo la mesa en un esfuerzo para conservar la calma.

Amothus pestañeó, antes de esbozar una indulgente sonrisa.

—Sí, claro. Nos amenazan los ejércitos de los Dragones. Permitidme que continúe leyendo.

«Me llena de pesar la pérdida de nuestros caballeros, aunque siempre nos queda el consuelo de pensar que murieron victoriosos, luchando contra el terrible mal que ensombrece nuestras tierras y aún me afecta de un modo más personal la noticia del fallecimiento de tres de nuestros mejores y más devotos paladines: Derek Crownguard, Caballero de la Rosa, Alfred Markenin, Caballero de la Espada y Sturm Brightblade, Caballero de la Corona».

—Amothus se volvió hacia Laurana para decirle: —Brightblade. Tengo entendido que era uno de tus más allegados amigos.

—Sí, lo era —balbuceó Laurana, inclinando el rostro sobre el pecho para permitir que su dorada melena ocultara la angustia que reflejaban sus ojos. No había transcurrido mucho tiempo desde el día en que enterraron a Sturm en la Cámara de Paladine, bajo las ruinas de la Torre del Sumo Sacerdote. El dolor aún no había cicatrizado.

—Continúa leyendo, Amothus —ordenó Astinus secamente—. No puedo permanecer tantas horas apartado de mis quehaceres.

—Tienes razón —se excusó el interpelado con un intenso rubor en las mejillas, y se aprestó a proseguir su lectura.

«Esta tragedia coloca a los caballeros en insólitas circunstancias. En primer lugar, si no me equivoco la Orden queda al mando de los Caballeros de la Corona, los de inferior categoría. Significa esto que, aunque todos han realizado las pruebas y ganado sus escudos, son jóvenes e inexpertos. Para la mayoría, aquélla fue su primera batalla. También quedamos sin mandatarios adecuados pues, según la Medida, debe haber un representante de cada una de las tres Órdenes de Caballeros entre los dirigentes de las tropas».

Laurana oyó un débil tintineo de armaduras y espadas procedente de los caballeros, que se agitaban incómodos en sus asientos. Eran todos ellos líderes provisionales hasta que se solventara la cuestión del mando. Cerrando los ojos, la muchacha suspiró. Por favor, Gunthar —rogó para sus adentros—, elige con prudencia. Son demasiados los que han muerto a causa de las maniobras políticas. ¡Pon fin a semejante injusticia!

«Por lo tanto nombro, para que asuma el cargo de Comandante en funciones de los Caballeros de Solamnia, a Lauranthalasa de la casa real de Qualinesti».

—El Señor de Palanthas hizo una pausa como si dudase de haber leído correctamente a la vez que Laurana, invadida por un incrédulo sobresalto, abría los ojos de par en par. Sin embargo, su asombro no era mayor que el de los otros presentes Amothus relejó en silencio las últimas líneas del pergamino pero, al oír el gruñido de impaciencia de Astinus, siguió adelante.

«Ella es en la actualidad la persona más experimentada en el campo de batalla y la única que sabe utilizar las lanzas Dragonlance. Confirмо la validez de este documento con mi sello. Gunthar Uth Wistan, Gran Señor de los Caballeros de Solamnia».

Amothus levantó la mirada, la clavó en Laurana y dijo: Felicitaciones, querida, o quizá debería decir general.

La muchacha estaba rígida como una estatua, aunque por un momento creyó que una incontenible cólera la empujaría a abandonar la sala. Horrendas visiones se dibujaban ante sus ojos: el cuerpo decapitado del Comandante Alfred, el infortunado Derek muriendo en un acceso de locura, los ojos sin vida y llenos de paz de Sturm, los cadáveres de los caballeros que habían muerto en la Torre expuestos en hilera... y ahora era ella quien ostentaba el mando, una muchacha elfa de la casa real que aún no había alcanzado la edad requerida —según las leyes de su raza— para desprenderse de la tutela paterna. Era poco más que aquella jovencita de vida regalada que se había fugado del hogar para perseguir a su amor de la infancia, Tanis el Semielfo. Sin embargo, la niña consentida había cambiado. El miedo, el sufrimiento, grandes pérdidas y pesares la habían obligado a crecer hasta convertirse, en ciertos aspectos, en una adulta mayor, incluso, que su progenitor.

Al volver la cabeza vio que los caballeros Markham y Patrick intercambiaban significativas miradas. De todos los Caballeros de la Corona, eran ellos los que contaban con los historiales más completos. Sabía que ambos se habían comportado como valientes soldados y honorables caballeros, que habían luchado con incomparable ahínco en la Torre del Sumo Sacerdote. ¿Por qué no había elegido Gunthar a uno de aquellos aguerridos nobles, tal como ella misma le había recomendado?

El caballero se incorporó con sombría expresión.

—No puedo aceptarlo —declaró en un susurro—. La Princesa Laurana es un bravo guerrero, no lo niego, pero nunca ha dirigido a un ejército en el campo de batalla.

—¿Lo has hecho tú, joven caballero? —preguntó imperturbable Astinus.

—No —admitió Patrick—. Pero mi caso es distinto. Ella es una muj...

—¡Oh, vamos, Patrick! —le amonestó Markham entre sonoras carcajadas. Era un joven de carácter despreocupado y alegre, que ofrecía un curioso contraste con su siempre grave compañero—. El hecho de tener pelo en el pecho no te convierte en un general. Relájate y piensa que se trata de una decisión política. Gunthar sabe mover sus piezas.

Laurana enrojeció, a sabiendas de que estaba en lo cierto. Sería una adalid segura hasta que Gunthar reorganizara la Orden y pudiera afianzarse como su caudillo.

—¡Pero no existe ningún precedente! —siguió arguyendo Patrick, aunque evitando los ojos de Laurana—. Estoy seguro de que la Medida prohíbe a las mujeres formar parte de la Orden de los Caballeros.

—Te equivocas —lo atajó Astinus—. Además, sí existe un precedente. En la Tercera Guerra de los Dragones se aceptó a una mujer en vuestras filas tras la muerte de su padre y sus hermanos. Ascendió al rango de Caballero de la Espada: y falleció en la lucha cubierta de honores, siendo su pérdida motivo de duelo entre los suyos.

Nadie abrió la boca. Amothus parecía muy turbado. Astinus observaba con su habitual frialdad a Patrick, mientras su compañero jugaba con su copa y lanzaba esporádicas pero amables miradas a Laurana. Tras librar una breve batalla en su interior, que se delataba en su contraído rostro, el caballero Patrick tomó de nuevo asiento.

Markham alzó la copa y propuso un brindis:

—Por nuestro Comandante.

Laurana no respondió. Estaba al mando, pero ¿de qué?, se preguntó con amargura. De los maltrechos Caballeros de Solamnia sobrevivientes que habían sido enviados a Palanthas en unas naves en las que habían embarcado centenares de ellos para ser diezmados hasta no sobrepasar la cincuentena. Habían obtenido una victoria, mas ¿a qué precio? Un Orbe de los Dragones destruido, la Torre del Sumo Sacerdote en ruinas...

—Sí, Laurana —declaró Astinus recogiendo el hilo de sus pensamientos—. Te han encomendado la tarea de recomponer los fragmentos.

La muchacha alzó la vista con sobresalto, asustada incluso frente a aquella extraña criatura que leía en su mente como si fuera de cristal

—Yo no deseaba esto —murmuró entre sus labios insensibilizados.

—No creo que ninguno de nosotros haya rezado para que se desencadene una guerra — comentó Astinus con acento cáustico—. Pero la guerra ha estallado, y ahora debes hacer cuanto esté en tu mano si quieres ganarla. —Se puso en pie y al instante el Señor de Palanthas, los generales y los Caballeros le imitaron en actitud respetuosa.

Laurana permaneció sentada, con la mirada fija en sus manos. Sentía los penetrantes ojos de Astinus clavados en ella, pero rehusó el enfrentamiento.

—¿Debes irte ya, Astinus? —preguntó con tristeza Amothus.

—Así es. Me aguardan mis estudios, los he abandonado durante más rato del que puedo permitirme. Os queda mucho trabajo por hacer, en su mayor parte de cariz mundano y por lo tanto aburrido. No me necesitáis, tenéis un caudillo —al pronunciar esta última frase hizo un gesto con la mano extendida.

—¿Cómo? —exclamó Laurana, espiando su ademán por el rabillo del ojo. Ahora sí le miró, aunque pronto desvió su vista hacia el Señor de Palanthas—. ¡No podéis hacerlo! ¡Tan sólo estoy al mando de los Caballeros!

—Lo que te convierte en Comandante de los ejércitos de la ciudad de Palanthas, si así lo decidimos —le recordó el Señor—. Y si Astinus te recomienda...

—No podría hacerlo —se apresuró a interrumpirle el cronista—. No está en mis prerrogativas recomendar a nadie, pues yo no moldeo la historia.

Enmudeció de forma abrupta, y Laurana se sorprendió al ver que desaparecía la máscara de su rostro revelando pesadumbre e incluso dolor—. O, mejor dicho, me he propuesto no manipularla bajo ninguna circunstancia.

—Claro que, a veces, incluso yo cometo fallos —suspiró para recuperar la compostura y cubrirse de nuevo con su impenetrable expresión—. He cumplido mi cometido: darte a conocer una parte del pasado que puede o no ayudarte en el futuro.

Dio media vuelta para irse.

—¡Aguarda! —exclamó Laurana a la vez que se ponía en pie. Hizo ademán de avanzar hacia él, pero flaqueó cuando los fríos ojos de Astinus se clavaron en los suyos levantando entre ambos un invisible muro de roca—. ¿Ves todo cuanto ocurre en el mismo momento en el que está sucediendo?

—En efecto.

—En ese caso podrías decirnos dónde están los ejércitos de los Dragones, qué hacen...

—Lo sabéis tan bien como yo —respondió el cronista desdeñoso, y volvió a girarse.

Laurana examinó su entorno, y vio que el dignatario y los generales la observaban divertidos. Sabía que estaba actuando de nuevo como una niña consentida, pero necesitaba respuestas. Astinus se hallaba cerca de la puerta, que los sirvientes acababan de abrir para franquearle el paso. Tras lanzar una desafiante mirada a los otros se alejó

de la mesa y atravesó el pulido suelo de mármol, de forma tan precipitada que tropezó con el repulgo de su vestido. El historiador, al oírla, se detuvo en el dintel.

—Deseo hacerte dos preguntas —susurró la joven, ya junto a él.

—Sí —respondió él, penetrando sus verdes ojos—. Una brota de tu mente y la otra de tu corazón. Formula la primera.

—¿Existe todavía algún Orbe de los Dragones?

Astinus guardó silencio durante un instante, y una vez más Laurana vislumbró una sombra de dolor en sus ojos acompañada por un súbito envejecimiento de sus atemporales rasgos.

—Sí —declaró al fin—. Me está permitido revelarte que existe uno, pero está fuera de tus posibilidades utilizarlo o hallarle siquiera. Descarta esa idea.

—Sé que lo guardaba Tanis —insistió Laurana—. ¿Significan tus palabras que lo ha perdido? ¿Dónde... —titubeó e antes de exponer la pregunta que le dictaba el corazón— ¿dónde está él ahora?

—Desecha también eso de tus pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —Laurana se paralizó al oír su gélido tono.

—No preconizo el futuro, sólo veo el presente en el instante en que se convierte en pasado. Así ha sido desde el origen de los tiempos. He asistido a amores que, por su voluntad de sacrificio, han traído al mundo nuevas esperanzas. He presenciado cómo fracasaban amores que trataban de vencer el orgullo y la ambición de poder. El mundo se ha ensombrecido a causa de esta derrota, que, sin embargo, se ha desvanecido como la nubecilla que cubre al sol. y también he sido testigo de amores que se perdían en las tinieblas, amores mal comprendidos y peor entregados porque quien creía sentirlos no conocía su propio corazón.

—Hablas mediante enigmas —le recriminó Laurana.

—¿Eso crees? —preguntó Astinus a su vez—. Adiós, Lauranthalasa. Mi consejo es éste: concéntrate en cumplir tu deber.

El cronista hizo una leve reverencia y abandonó la estancia.

Laurana le siguió con la mirada, sin cesar de repetirse sus palabras: «Amores que se perdían en las tinieblas». ¿Era un enigma como había afirmado, o conocía la respuesta y se negaba a aceptarla? Era esto último lo que había insinuado Astinus.

«Dejé a Tanis en Flotsam para ocuparse de todo durante mi ausencia». Kitiara había pronunciado esta frase. Kitiara, la Señora del Dragón; Kitiara, la mujer de raza humana que había conquistado el amor de Tanis.

De pronto desapareció el dolor que atenazaba el corazón de Laurana, la zozobra que la había agitado desde que oyó las palabras de Kitiara, para dar paso a un gélido y negro vacío como el producido por las constelaciones que faltaban en el cielo nocturno. «Amores que se perdían en las tinieblas». Tanis se había perdido, era eso lo que Astinus intentaba decirle. «Concéntrate en cumplir tu deber». Así lo haría, no le quedaba nada más que mereciera su atención.

Volviendo sobre sus pasos para enfrentarse al Señor de Palanthas y sus generales, Laurana irguió la cabeza y al hacerlo su dorado cabello refulgió bajo la luz de las velas.

—Asumiré el mando de los ejércitos —declaró con una voz casi tan fría como la oscuridad que había invadido su alma.

—¡He aquí una sólida pared de piedra! —afirmó Flint satisfecho, pateando las almenas de la Muralla de la Ciudad Vieja—. No me cabe la menor duda de que la construyeron los enanos. Fíjate con cuánta precisión han sido tallados los bloques para que encajen sin necesidad de argamasa. ¡Y no hay dos iguales!

—Fascinante —comentó Tasslehoff sin poder reprimir un bostezo—. ¿Construyeron también los enanos la Torre que...?

—¡No me la recuerdes! —lo atajó el hombrecillo—. Ni tampoco fueron los enanos quienes edificaron las Torres de la Alta Hechicería. Los mismos magos se encargaron de tal tarea, y tengo entendido que las crearon a partir de las entrañas de la tierra y que izaron las piedras del suelo valiéndose de sus virtudes arcanas.

—¡Maravilloso! —Aquel relato había tenido el don de despertar al kender—. ¡Cuánto me habría gustado estar allí! ¿Cómo...?

—No es nada —prosiguió el enano en voz alta mientras clavaba en su compañero una fulgurante mirada— comparado con el trabajo de los albañiles de mi pueblo, que pasaron siglos perfeccionándose en el oficio. Observa bien esta roca, la textura de las marcas del cincel...

—Ahí viene Laurana —dijo Tas, aliviado por poder abandonar la lección de arquitectura enanil.

Flint dejó de escudriñar la roca para contemplar a la muchacha, quien se acercaba a ellos por un oscuro pasillo que desembocaba en las almenas. Vestía de nuevo la cota de malla que luciera en la Torre del Sumo Sacerdote, pero habían limpiado la sangre del peto decorado en oro y tejido de nuevo las hebras metálicas. Su largo cabello de color miel sobresalía bajo el yelmo emplumado, ondeando en la luz de Solinari al ritmo de su pausado andar, que interrumpía para admirar el horizonte de levante donde las montañas se dibujaban como sombras oscuras contra el estrellado cielo. También el resplandor de la luna acariciaba su rostro, y Flint no pudo reprimir un suspiro.

—Ha cambiado —dijo a Tasslehoff con voz queda— y los elfos no suelen alterarse por nada. ¿Recuerdas cuando la conocimos en Qualinesti? Fue en otoño, hace tan sólo seis meses. Sin embargo, se diría que han transcurrido años.

—Todavía no se ha repuesto de la muerte de Sturm. Ha pasado muy poco tiempo desde tan triste suceso —comentó Tas con una expresión grave y melancólica en su rostro habitualmente pícaro.

—No es ése el único motivo —el enano movió la cabeza—. Su actual estado se debe también al encuentro que tuvo con Kitiara en el muro de la Torre del Sumo Sacerdote. Sin duda le dijo algo que la perturbó. ¡Maldita sea! —imprecó agresivo—. Nunca confié en ella, ni siquiera en los viejos tiempos. No me sorprendió en absoluto verla ataviada con el uniforme de los Señores de los Dragones, y daría una montaña de monedas de cobre por saber qué fue lo que le comunicó a Laurana para apagar su luz interior. Parecía un fantasma cuando la bajamos del muro una vez se hubo marchado Kitiara a lomos de su Dragón Azul. Apostaría mi barba a que guarda alguna relación con Tanis.

—Aún no puedo creer que Kitiara se haya convertido en una Señora del Dragón. Siempre fue —Tas se interrumpió para buscar la palabra adecuada— una muchacha divertida.

—¿Divertida? —repitió Flint frunciendo el ceño—. Quizá, pero también fría y egoísta. Debo reconocer, sin embargo, que sabía ser encantadora cuando se lo proponía —su voz se convirtió en un susurro, pues Laurana se había acercado lo bastante para oírles—. Tanis nunca aceptó la realidad, se empeñó en que algo valioso se ocultaba bajo la tosca apariencia de Kitiara. Estaba convencido de ser el único que la conocía, de que se cubría con un duro caparazón para proteger sus tiernos sentimientos. ¡Tenía tanto corazón como estas piedras!

—¿Qué noticias nos traes, Laurana? —preguntó el kender con tono alegre cuando la elfa se detuvo frente a ellos.

La muchacha sonrió a sus amigos pero, como bien decía Flint, la suya no era ya la sonrisa inocente y feliz de la joven que solía pasear bajo los álamos de Qualinesti. Ahora emanaba de sus labios la mortecina luz del sol en el frío cielo invernal. Aún alumbraba pero era incapaz de calentar, quizá porque se había extinguido la llama de sus ojos.

—Me han nombrado Comandante de los ejércitos —anunció a boca de jarro.

—Felici... —empezó a decir Tas, pero murió su voz al encontrarse con el parapeto de su rostro.

—No hay razón para felicitar me —declaró Laurana con amargura—. ¿A quién voy a dirigir? A un puñado de caballeros atrincherados en un baluarte en ruinas que se yergue a varias millas de distancia en las Montañas Vingard, y a un millar de hombres que defienden la muralla de esta ciudad —cerró su enguantado puño sin apartar la vista del cielo, que empezaba a revestirse de los primeros albos del nuevo día—. Deberíamos estar allí en este momento, mientras el ejército de los Dragones está aún diseminado y tratando de reagruparse. ¡Les derrotaríamos fácilmente! Pero no, no osamos adentrarnos

en las Llanuras ni siquiera con las lanzas Dragonlance. ¿De qué nos sirven contra un enemigo que vuela? Si tuviéramos un Orbe...

Guardó silencio, antes de respirar hondo y proseguir:

—No merece la pena pensar en ello. Aquí nos quedaremos, en las almenas de Palanthas, para esperar la muerte.

—Vamos, Laurana —la amonestó Flint tras aclararse la garganta— no creo que la situación sea tan desesperada. Una sólida muralla rodea a esta ciudad, con mil hombres dispuestos a luchar en todo su perímetro. Los gnomos custodian el puerto con sus catapultas, los caballeros se hallan apostados en el único paso franqueable de las Montañas: Vingaard, donde hemos enviado refuerzos, tenemos las Dragonlance... sólo unas pocas, de acuerdo, pero Gunthar nos ha comunicado que hay más en camino. ¿De verdad opinas que no podemos atacar a esos reptiles voladores? Se lo pensarán dos veces antes de aventurarse a traspasar la muralla, aunque sea por el aire...

—No es suficiente, Flint —le interrumpió Laurana—. Podemos contener el avance de las tropas rivales durante una semana o dos, quizá durante todo un mes. Pero ¿qué ocurrirá luego? ¿Qué será de nosotros cuando se hayan apoderado de las tierras adyacentes? La única opción que nos restará entonces será reunirnos en pequeños reductos seguros. Pronto nuestro mundo consistirá en una ristra de diminutas islas luminosas rodeadas por vastos océanos de oscuridad, que nos acabarán invadiendo hasta los últimos reductos.

Laurana apoyó la cabeza en su mano, reclinándose en la pared.

—¿Cuántas horas hace que no duermes? —preguntó Flint en actitud severa.

—No lo sé —respondió la muchacha. Mis períodos de sueño y de vela parecen entremezclarse. Pero la mitad del tiempo caminando como una sonámbula, y la otra mitad durmiendo con plena conciencia de la realidad.

—Descansa ahora —le ordeno el enano con aquella voz que a Tas le recordaba la de su abuelo—. Nosotros te seguiremos, nuestra guardia ha terminado.

—No puedo —repuso Laurana frotándose los ojos. La primera idea de dormir le había hecho comprender cuán exhausta se sentía—. He venido a informaros que, según noticias recientes, los dragones han sido vistos sobrevolando la ciudad de Kalamán en dirección oeste.

—En ese caso vienen hacia aquí —comentó Tas tras visualizar un mapa en su mente.

—¿Quién ha traído esas noticias? —preguntó receloso el enano.

—Los grifos. No hagas muecas —rió la muchacha a Flint, aunque sonrió frente a su expresión de incredulidad—. Los grifos nos han proporcionado una gran ayuda. Aunque los elfos no prestaran en esta guerra más servicio que el de cedernos a sus animales, ya habrían hecho mucho por la causa.

—Los grifos son torpes y estúpidos —afirmó Flint—. No confío más en ellos que en un kender. Además —prosiguió, ignorando la mirada fulgurante de Tas— no tiene sentido lo que nos cuentas. Los Señores de los Dragones no lanzarían al ataque a sus animales sin el respaldo de los ejércitos.

—Quizá no estén tan desorganizados como creemos. —Laurana suspiró agotada—. O quizá mandan a los dragones tan sólo para hacer todos los estragos posibles, tales como desmoralizar a los habitantes o arrasar la región. Lo ignoro, pero veo que ha corrido la voz de su próxima venida.

Flint lanzó una mirada a su alrededor. Los centinelas que ya habían recibido el relevo permanecían en sus puestos, contemplando las montañas cuyos níveos picos asumían unas delicadas tonalidades rosáceas en el incipiente amanecer. Hablaban quedamente con quienes acudían junto a ellos, tras ser alertados con la alarmante nueva.

—Me lo temía —susurró Laurana—. ¡No tardará en cundir el pánico! Advertí a Amothus que guardara silencio, pero la discreción no es una de las mejores virtudes de los palanthianos. Fijaos, ¿qué os decía?

Al bajar la vista desde su atalaya los amigos comprobaron que las calles comenzaban a atestarse de personas que salían de sus casas a medio vestir, aún soñolientas y asustadas. Mientras observaba como corrían de un edificio a otro, la muchacha imaginó en qué términos debían divulgarse los rumores. Se mordió el labio, y sus ojos centellearon de ira.

—¡Ahora tendré que ordenar a mis hombres que abandonen la muralla para obligar a la población a encerrarse en sus hogares! No puedo permitir que estén en las calles cuando ataquen los dragones. ¡Vosotros, seguidme! —exclamó al mismo tiempo que hacía una señal a un grupo de soldados cercanos y se alejaba a toda prisa. Flint y Tas la vieron desaparecer por la escalera, en dirección al palacio, y al poco rato varias patrullas armadas ocuparon las calles e intentaron reagrupar a los habitantes, tanto para conducirles a sus casas como para sofocar la oleada de pánico.

—¡No parece que consigan su propósito! —gruñó Flint. En efecto, la muchedumbre era más numerosa a cada minuto que pasaba.

Tas, erguido sobre un bloque de piedra desde el que se divisaba un panorama más amplio que entre las almenas, meneó la cabeza.

—No importa —dijo desalentado—. Mira, Flint...

El enano se apresuró a encaramarse a la roca, situándose al lado de su compañero. Algunos hombres gritaban, mientras señalaban el horizonte con el dedo extendido y las armas enarboladas. Aquí y allá, las dentadas puntas plateadas de varias Dragonlance refulgían bajo las antorchas.

—¿Cuántos son? —preguntó Flint entrecerrando los ojos.

—Diez —respondió despacio Tas—. Dos formaciones, y son unos dragones enormes, quizá rojos como los que vimos en Tarsis. No distingo su color en la tenue luz, pero es

evidente que transportan jinetes. Quizá un Señor del Dragón, acaso Kitiara. Espero tener la oportunidad de hablarle esta vez —añadió, asaltado por un súbito pensamiento Debe ser interesante la vida de un Señor del Dragón...

Sus palabras se confundieron con el repicar de campanas que atronaba en todas las torres de la ciudad. El gentío que invadía las calles alzaba la mirada hacia los muros, donde los soldados proferían incesantes exclamaciones. A sus pies, en la lejanía, Tas vio salir a Laurana del palacio seguida por Amothus y dos de sus generales, adivinando por la postura de sus hombros que la muchacha estaba furiosa. Señaló las campanas, evidentemente para ordenar que las silenciaran, pero era demasiado tarde. Los habitantes de Palanthas estaban aterrorizados, y los inexpertos, y también espantados, soldados no lograban impedir el desenfreno. Se alzaron en el aire desgarrados alaridos, lamentos y voces de mando que trajeron a la mente de Tas tristes recuerdos de Tarsis. Presentía que centenares de personas morirían aplastadas en la barahúnda, y que las casas arderían sin remisión. El kender se volvió despacio.

—Creo que no deseo hablar con Kitiara —rectificó, frotándose los ojos con las manos para ver mejor el imparable avance de los dragones—. No quiero saber cómo se siente un Señor del Dragón, porque deben llevar una existencia triste y oscura... Espera un momento...

Clavó su mirada en el horizonte, hacia el este, sin acertar a creer lo que veían sus ojos. Estiró su cuerpo y a punto estuvo de despeñarse por el parapeto.

—¡Flint! —exclamó agitando los brazos.

—¿Qué ocurre? —le espetó el enano pero, por fortuna, le prestó la atención necesaria para salvarle. Agarrándolo por el cinto de sus calzones azules, izó al excitado kender con una brusca y oportuna sacudida.

—¡Igual que en Pax Tharkas! —farfulló Tas de un modo casi incoherente, una vez recuperado el equilibrio—. Igual que en la tumba de Huma. ¡Están aquí, tal como preconizó Fizban! ¡Han venido!

—¿Quién ha venido? —¿De qué hablas? —rugió Flint exasperado.

Tras dar unos incontrolados saltos que hicieron rebotar sus bolsas, Tas dio media vuelta y se alejó a la carrera sin contestar al enano, que lanzaba chispas de cólera por todos sus poros mientras preguntaba una y otra vez:

—¿Quién ha venido, cabeza de chorlito?

—¡Laurana! —gritó Tas, con una voz tan aguda que rasgó el fresco aire de la mañana como una trompeta desafinada—. ¡Laurana, han venido! ¡Están aquí! ¡Se han cumplido los augurios de Fizban! ¡Laurana!

Maldiciendo al kender entre dientes, Flint volvió de nuevo la mirada hacia el este. Tras escudriñar brevemente su entorno, el enano deslizó su mano en el interior de un bolsillo de su jubón y extrajo un par de anteojos que se caló en la nariz, no sin antes cerciorarse una vez más de que nadie le observaba.

Ahora pudo distinguir lo que no había sido más que una neblina de luz rosada rota por las puntiagudas masas de la cadena montañosa. Dio un hondo, tembloroso suspiro, incapaz de contener las lágrimas que empañaban su vista. Con gestos precipitados se quitó los anteojos, los guardó en su estuche e introdujo éste en su bolsillo. Pero aquellos cristales reveladores le habían permitido ver cómo el alba iluminaba las alas de los dragones con una luz rosácea, sí, pero que reflejaba destellos argénteos...

—Deponed vuestras armas, muchachos —ordenó Flint a los hombres que estaban cerca suyo mientras secaba sus ojos con uno de los pañuelos del kender—. ¡Alabado sea Reorx!

Ahora tenemos una oportunidad, una nueva esperanza..

Capítulo 8

El juramento de los dragones

Cuando los Dragones Plateados se posaron sobre el suelo en los alrededores de la gran ciudad de Palanthas, sus alas llenaron el cielo matutino de un brillo cegador. Los habitantes se apiñaron en las murallas para contemplar con cierto desasosiego a aquellas magníficas criaturas.

Al principio se sintieron tan aterrorizados frente a los enormes animales que decidieron tratar de ahuyentarles, pese a que Laurana se apresuró a afirmar que no eran dañinos. Fue necesaria la intervención de Astinus, que abandonó su biblioteca para asegurar a Amothus con su habitual frialdad que aquellos dragones no les lastimarían. Los habitantes de Palanthas, al oír esta nueva, depusieron las armas aunque no sin mostrar cierta reticencia.

De todos modos, Laurana sabía muy bien que la inquieta muchedumbre habría creído a Astinus aunque éste les dijera que el sol saldría a medianoche. Era en él, y no en los dragones, en quien confiaban.

Hasta que la Princesa elfa no atravesó personalmente las puertas de la ciudad para lanzarse en los brazos de uno de los jinetes de los plateados reptiles, los arracimados espectadores no empezaron a pensar que aquella increíble fábula podía contener un fondo de verdad.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién nos ha enviado a los dragones? ¿Por qué han venido a Palanthas tan imponentes animales?

Entre empellones y codazos, el gentío se asomó al fortificado muro formulando preguntas y escuchando erróneas respuestas. Mientras, en el valle, los dragones agitaban despacio sus alas para mantener activa la circulación de su sangre en la gélida mañana. Cuando Laurana abrazó al desconocido otra figura desmontó de su cabalgadura, una mujer cuyo cabello despedía reflejos tan argénteos como las alas de los dragones. La princesa elfa también la estrechó contra su pecho antes de que, con gran asombro por parte de los palanthianos, Astinus condujera a los tres personajes hasta su biblioteca, donde fueron admitidos sin oposición por los Estetas. Las descomunales puertas se cerraron tras ellos.

Reinó el desconcierto en las calles, que fueron invadidas por un interminable zumbido de susurros mientras los que permanecían apostados en la muralla lanzaban desconfiadas miradas a los dragones que permanecían erguidos ante las puertas de la ciudad. Las campanas repicaron una vez más, anunciando una asamblea general convocada por Amothus. Los innumerables curiosos corrieron hasta la plaza que se extendía frente al palacio del Señor de la Ciudad, quien salió a un balcón resuelto a desvelar sus incógnitas.

—Nuestros visitantes son los Dragones Plateados —declaró—, seres bondadosos que se han unido a nosotros contra los dragones perversos tal como se narra en la leyenda de Huma. Han sido traídos a nuestra ciudad por...

Todo cuanto el dignatario intentó explicar a continuación se difuminó en el júbilo masivo. Nuevo tañido de campanas, esta vez para celebrar el acontecimiento. El populacho inundó las calles con sus vítores, cantos y danzas, armando un revuelo tal que, tras un vano esfuerzo para restablecer el orden, el Señor se limitó a proclamar día de fiesta en la ciudad y regresar a su palacio.

Extracto del volumen Crónicas, la Historia de Krynn, tal como fue registrado por Astinus de Palanthas, y que tiene por título: «El Juramento de los Dragones».

En el instante en que yo, Astinus, escribo estas líneas, contemplo el semblante de Gilthanas, Señor de los elfos e hijo menor de Solostaran, Orador de los Soles y máximo caudillo de Qualinesti. El rostro de Gilthanas es muy semejante al de su hermana

Laurana, no sólo por las facciones familiares. Ambos poseen los delicados rasgos y la cualidad atemporal de los elfos, mas hay algo que les distingue de otros miembros de su raza. En la faz de los dos se advierte una expresión de pesar que nunca se había observado antes en los elfos de Krynn aunque, desgraciadamente, antes de que concluya esta guerra, serán muchos los que asuman similar aire de tristeza. De todos modos, quizá no resulte negativo pues significará que, al fin, los elfos han aprendido que forman parte de nuestro universo en lugar de hallarse por encima de los avatares que lo aquejan.

A un lado de Gilthanas esta su hermana, y al otro una de las mujeres más hermosas que me ha sido dado ver en Krynn. Parece una muchacha elfa. Pero no engaña a mis ojos con sus artes mágicas; sé que no ha nacido de ninguna mujer, ni elfa ni de ninguna otra raza. Es una hembra de Dragón Plateado, hermana de aquella a la que tanto amó Huma, Caballero de Solamnia. Ha querido su destino que también ella se enamore de un mortal, al igual que su hermana. Pero ese mortal, Gilthanas, a diferencia de Huma, no acepta su sino. Se entrecruzan sus miradas y, en lugar de amor, leo en el elfo una ira abrasadora que emponzoña las almas de ambos.

Habla Silvara, la mujer dragón, con su voz dulce y musical. La luz de mi candela ilumina su bella melena argéntea y sus ojos de un misterioso azul cobalto:

—Después de otorgar a Theros Ironfeld el poder de forjar de nuevo la lanza Dragonlance en el corazón del Monumento del Dragón Plateado —me comunica Silvara—, pasé largo tiempo con los compañeros hasta que llevaron la templada arma ante el Consejo de la Piedra Blanca. Antes de que partieran les mostré el Monumento y también las pinturas de la Guerra de los Dragones donde aparecían los portadores del bien —Dragones Plateados, Dorados y Broncíneos— en pugna con los representantes del mal.

—¿Dónde está tu pueblo? —me preguntaron los compañeros—. ¿Dónde se ocultan los dragones benignos? ¿Por qué no nos ayudan en esta hora de necesidad?

—Eludí responderles todo el tiempo que me fue posible...

Silvara, enmudece y mira a Gilthanas con el corazón en sus ojos. El no responde a su llamada, y fija la vista en el suelo. Lanzando un suspiro, Silvara reanuda su relato.

—Al final no puede seguir resistiendo a sus presiones, y les hablé del juramento.

»Cuando Takhisis, la Reina de la Oscuridad, y sus perversas bestias fueron desterradas, los dragones benignos abandonaron el país para mantener el equilibrio entre el bien y el mal. Nacidos de la sustancia del mundo, regresaron a él y se sumieron en un sueño que ningún tiempo sabría medir. Podríamos haber permanecido dormidos en este orbe de irrealidad, pero sobrevino el Cataclismo y Takhisis halló el modo de volver a la existencia.

»Había planeado concienzudamente su regreso, si el destino le concedía esta ocasión, y estaba preparada. Antes de que Paladine advirtiera sus designios, despertó a los Dragones del Mal y les ordenó que se deslizaran hasta los lugares más profundos y

secretos para robar los huevos de sus oponentes, que dormían ajenos a lo que avecinaba...

»Los dragones perversos llevaron los huevos de sus hermanos de sangre a la ciudad de Sanction, donde se estaban formando los ejércitos. Allí, en los volcanes conocidos con el nombre de «Señores de la Muerte», fueron ocultadas las crías de los portadores del bien.

»Grande fue el dolor de los dragones bondadosos cuando Paladine los despertó de su sueño y descubrieron lo ocurrido. Fueron prestos en busca de Takhisis para averiguar qué precio habían de pagar para recuperar a sus hijos aún por nacer. Este precio era terrible. Takhisis exigió un juramento, en el que los desposeídos se comprometían a no participar en la guerra que se disponía a desatar sobre Krynn. Eran ellos quienes habían contribuido a derrotarla en la última liza, y quería asegurarse de que esta vez no se entrometerían.

Silvara me lanza una mirada suplicante, como si yo fuera su juez. Meneo la cabeza con firme ademán, indicándole que me guardaría mucho de juzgarles. No soy sino un cronista imparcial. Parece relajarse, y prosigue:

—¿Qué podíamos hacer? Takhisis amenazó con matar a nuestros hijos dormidos en sus huevos a menos que jurásemos. Paladine no podía ayudarnos, la elección era nuestra...

Silvara inclina la cabeza sobre el pecho, y su melena le cubre el rostro. Aunque no acierto a verla, oigo el torrente de lágrimas que sofocan sus apenas audibles palabras.

—Juramos.

Resulta ostensible que no puede continuar. Tras observarla unos instantes, Gilthanas se aclara la garganta y empieza a hablar con voz ronca.

—Yo o, mejor dicho, Theros, mi hermana y yo, logramos persuadir a Silvara de que no podían atenerse a ese juramento. Le hicimos comprender que tenía que existir algún medio para rescatar los huevos de los dragones benignos, quizá un reducido grupo de hombres lograra sustraerlos. Aunque no del todo convencida y tras largos parlamentos, Silvara accedió a llevarme hasta Sanction para estudiar por mí mismo las posibilidades de mi plan.

»Nuestro viaje fue largo y difícil. Quizá algún día pueda relatar los peligros que afrontamos, pero no es éste el momento pues me siento cansado y además no disponemos de tiempo. Los ejércitos de los Dragones están reorganizándose y quizá les hallemos desprevenidos si atacamos enseguida. Observo que Laurana arde de impaciencia, ansiosa por perseguirles incluso mientras hablamos, de modo que procuraré abreviar.

Así pues, Gilthanas prosigue su relato de nuevo.

—Silvara, bajo su forma elfa tal como ahora la veis...

No sabría describir la amargura que delata su voz. Pero debo escuchar su historia sin perder detalle.

»Fuimos capturados en las cercanías de Sanction, convirtiéndonos en prisioneros del Señor del Dragón conocido como Ariakas.

Gilthanas cierra el puño, palidece su rostro de ira y temor.

—Verminaard no era nadie, nadie en absoluto, comparado con Ariakas. ¡Es inmenso el poder de esa diabólica criatura! Y, además, es tan inteligente como cruel, ya que es su estrategia la que guía a los ejércitos de los Dragones y la que les ha proporcionado una victoria tras otra.

»El sufrimiento que soportamos en sus manos fue inenarrable. No creo que pueda nunca explicar todo lo que nos hicieron.

El joven Príncipe elfo tiembla con violencia. Silvara estira la mano para reconfortarle, pero él la rechaza y reemprende su historia.

—Al fin, con ayuda, logramos escapar. Estábamos en la misma Sanction, una horrenda ciudad construida en el valle que formaban los volcanes. Los Señores de la Muerte cercan todo su perímetro, corrompiendo el aire con su pestilente humo. Las casas son nuevas y modernas, pero en sus piedras se adivinan las huellas de la sangre derramada por tantos esclavos que se sacrificaron para alzarlas. En las laderas de las ígneas montañas hay un templo dedicado a Takhisis, la Reina Oscura, y en sus entrañas se guardan los huevos de los dragones robados. Fue a ese templo hacia donde nos encaminamos Silvara y yo.

»¿Cómo puedo describir el templo salvo diciendo que es un mundo de llamas y tinieblas? Altas columnas, talladas en la roca ardiente, se pierden de vista en las sulfurosas cavernas. Por sendas secretas, conocidas tan sólo por los sacerdotes de Takhisis, descendimos a profundidades abismales. Os preguntaréis quién nos ayudó, mas no puedo revelaros su identidad sin riesgo de su vida. Únicamente añadiré que algún dios invisible velaba por nosotros.

Silvara interrumpe para farfullar «Paladine», pero Gilthanas la conmina al silencio con un despectivo gesto.

—Llegamos a las cámaras más profundas. De momento todo salía a la perfección, de modo que perfilé mi plan. Poco importa cuál, pero pensé en la forma de rescatar las crías aún en embrión. Atravesamos una cueva tras otra y por fin contemplamos los resplandecientes huevos, teñidos de plata, oro y bronce que destellaban a la luz del fuego.

De pronto El Señor de los elfos hace una pausa. Su semblante, más pálido que la muerte, adquiere una nueva lividez todavía más blanquecina. Temiendo un desmayo, ordeno a uno de los Estetas que le sirva vino. Un simple sorbo le basta para recomponerse y seguir hablando, pero advierto en su absorta mirada que recuerda el horror de lo que presencié. En cuanto a Silvara, escribiré sobre ella en el momento oportuno.

Oigamos a Gilthanas.

—Los huevos no eran tales sino solamente sus cáscaras, rotas, resquebrajadas. Silvara emitió un grito de cólera, y me asaltó el miedo de ser descubiertos. Ninguno de nosotros sabía qué auguraba aquel espectáculo, pero ambos sentimos un helor en nuestras venas que ni siquiera el calor del volcán pudo disipar.

Nueva pausa de Gilthanas, apostillada por los ahogados sollozos de Silvara. Ella mira y, por vez primera, leo amor y compasión en sus ojos.

—Llevalda de aquí —ruega el elfo a uno de los Estetas—. Necesita descansar.

El interpelado obedece, conduciéndola gentilmente al exterior. Gilthanas humedece sus labios resecos y quebrados, antes de tomar de nuevo la palabra.

—Lo que ocurrió después me obsesionará incluso más allá de la muerte. Sueño con ello cada noche, y aunque no consigo dormir profundamente me despierto de mi ensimismamiento gritando.

»Silvara y yo estábamos en la cueva en la que encontramos los huevos rotos, contemplándolos asombrados cuando oímos unos cánticos procedentes del pasillo iluminado por las llamas.

»—¡Son palabras mágicas! —exclamó Silvara.

»Nos acercamos a las voces con el mayor sigilo posible, ambos asustados pero atraídos por una inexplicable fascinación. Avanzamos y avanzamos, hasta que vimos...

Entorna los párpados y sofoca un sollozo. Laurana apoya la mano en su brazo, impregnados sus ojos de una muda compasión que devuelve el control a Gilthanas.

—En el interior de la caverna de la que provenían los cánticos había un altar consagrado a Takhisis. Lo que podía representar la figura tallada en la roca es algo que no logré discernir, pues estaba tan cubierta de sangre verde y negro cieno que parecía una espantosa excrecencia del muro. En torno al altar vimos unas criaturas siniestras, oscuros sacerdotes de Takhisis y magos vestidos con la Túnica Negra. Silvara y yo presenciábamos sobrecogidos cómo uno de aquellos individuos exhibía ante los otros un brillante huevo dorado y lo depositaba sobre la hedionda ara, antes de que todos aquellos seres conocedores de negras artes arcanas unieran las manos y entonaran un canto. Las palabras que pronunciaban ardían en nuestras mentes y Silvara y yo nos abrazamos, temerosos de que nos hiciera enloquecer la perversidad que sentíamos aunque no la comprendiésemos.

»Unos segundos después el dorado huevo de dragón empezó a oscurecerse. Bajo nuestra atenta mirada, su cáscara asumió unas horribles tonalidades verdes que no tardaron en tomarse negras. Silvara no podía contener sus temblores.

»El ennegrecido huevo que yacía sobre el altar se abrió, y una larva surgió de su cáscara. Constituía una visión fantasmagórica, deleznable, que despertó en mí el

impulso de echar a correr. Pero Silvara, comprendiendo el significado de aquel macabro rito, rehusó alejarse. Vimos juntos cómo la larva rasgaba su piel cubierta de lógamo para que de su cuerpo brotasen las abyectas formas de... draconianos».

Acompaña a su revelación un sofocado jadeo, y Gilthanas hunde la cabeza entre las manos. No puede proseguir. Laurana lo rodea con sus brazos en un intento de tranquilizarle, y él se aferra a su hermana. Al fin recobra el aliento, aunque las palabras salen trémulas de sus labios.

—Casi nos descubrieron, de modo que nos apresuramos a escapar de Sanction, de nuevo con ayuda y, más muertos que vivos, recorrimos caminos desconocidos para los elfos y humanos en pos del antiguo reducto de los Dragones del Bien.

Gilthanas suspira, y al fin la paz ilumina su rostro contraído.

—Comparado con los horrores que habíamos sufrido, aquello fue como un dulce reposo tras una noche de febriles pesadillas. Resultaba difícil imaginar, entre la belleza que nos rodeaba, que lo que habíamos visto fuera real. Quizá por eso, cuando Silvara contó a los dragones lo que estaban haciendo con sus huevos, nadie quiso creerla, al menos al principio, e incluso hubo quien la acusó de inventario para asegurarse su auxilio. Por fortuna en el fondo de sus corazones todos sabían que no mentía, y al fin admitieron que habían sido engañados y que en consecuencia no debían respetar el juramento.

»Los dragones benignos han venido a ayudarnos. Vuelan por todos los rincones del país ofreciendo su concurso a quien pueda necesitarlo. También han regresado al Monumento del Dragón Plateado para contribuir en la forja de las lanzas Dragonlance con el mismo afán con que hace muchos años se pusieron al servicio de Huma. En su viaje transportan las mayores lanzas que pueden montarse en sus lomos, tal como las vimos en las pinturas, y nos permiten cabalgar sobre ellos para batallar y desafiar en el aire a los Señores de los Dragones».

Gilthanas añade algunos detalles poco importantes que no es necesario anotar en mi escrito. Concluida su historia, Laurana se lo lleva a la biblioteca para acompañarle al palacio, donde Silvara y él podrán descansar unas horas. Temo que pasará mucho tiempo antes de que se disipe su horror, si es que logran desecharlo por completo. Al igual que ha sucedido con tantas bellas situaciones de nuestro mundo, es posible que su amor se derrumbe bajo el peso de la oscuridad que extiende sus hediondas alas sobre Krynn.

Así concluye el relato de Astinus de Palanthas sobre el Juramento de los Dragones. Una nota a pie de página afirma que otros pormenores del viaje de Gilthanas y Silvara a Sanction, sus aventuras en esta ciudad y la trágica historia de su amor fueron registrados por Astinus en fecha posterior y se hallarán en sucesivos volúmenes de sus Crónicas.

Laurana trasnochaba, pues tenía que dictar órdenes para la mañana siguiente. Sólo había transcurrido un día desde la llegada de Gilthanas y los Dragones Plateados, pero sus planes destinados a acosar al enemigo empezaban a tomar cuerpo. Dentro de escasas

jornadas conduciría sus escuadras de dragones a la batalla con jinetes portadores de las nuevas lanzas Dragonlance.

Esperaba en primer lugar conquistar el alcázar de Vingaard, para liberar a los prisioneros y esclavos allí confinados. Luego proseguiría el avance hacia el sur y el este, precedida por los ejércitos de los Dragones, a fin de atraparlos entre el martillo de sus tropas y el yunque de las Montañas Dargaard que separaban Solamnia de Estwilde. Si conseguía recuperar Kalaman y su puerto, cortaría las líneas de abastecimiento que necesitaba el enemigo para sobrevivir en aquella parte del continente.

Tan concentrada estaba Laurana fraguando sus planes que ignoró la apremiante voz de alerta del guardián que custodiaba su puerta y la respuesta que recibió. Alguien entró en la estancia pero, convencida de que se trataba de uno de sus servidores, no levantó la vista de su trabajo hasta haber ultimado los detalles.

Sólo cuando el recién llegado se tomó la libertad de sentarse en una silla frente a ella alzó Laurana los ojos con sobresalto.

—¡Oh! —exclamó ruborizándose—. Discúlpame, Gilthanas. Estaba tan absorta en mis estudios que te tomé por un... bien, no importa. ¿Cómo te sientes? Me tenías preocupada.

—Estoy mucho mejor, hermana —respondió el elfo con cierta hosquedad—. Lo cierto es que estaba más cansado de lo que yo mismo imaginaba, no había dormido apenas desde el episodio de Sanction.

Enmudeció, procediendo a contemplar los mapas que la muchacha había extendido sobre la mesa mientras, con aire ausente, asía una pluma muy afilada y acariciaba con sus dedos su volátil cuerpo.

—¿Qué ocurre, Gilthanas? —preguntó inquieta la Princesa elfa.

Él la miró y esbozó una triste sonrisa antes de contestar:

—Me conoces demasiado bien. Nunca pude ocultarte nada, ni siquiera cuando éramos niños...

—¿Se trata de nuestro padre? —inquirió Laurana, más alarmada a cada instante—. ¿Te has enterado de algo...?

—No, nada sé de nuestro pueblo salvo lo que ya te he contado, que se han aliado con los humanos y trabajan juntos para expulsar a los ejércitos de los Dragones de las islas Ergoth y de Sancrist.

—Alhana fue la causante de todo —musitó la joven—, ella se convenció de que no podían permanecer apartados del mundo. Incluso persuadió a Porthios...

—¿Debo asumir que esa persuasión ha llegado más lejos? —indagó Gilthanas sin mirar a su hermana, al mismo tiempo que empezaba a agujerear el pergamino con la punta de la pluma.

—Se ha hablado de matrimonio —confesó ella despacio—. Si se celebra esa alianza estoy seguro que será la típica boda de conveniencia, para mantener unido a nuestro pueblo. No imagino que el amor tenga cabida en el corazón de Porthios, ni siquiera por una mujer tan hermosa como Alhana. En cuanto a ella...

—Sus sentimientos quedaron enterrados con Sturm en la Torre del Sumo Sacerdote —concluyó con un suspiro Gilthanas.

—¿Cómo lo sabes? —Laurana escudriñó, atónita, sus ojos.

—Les vi juntos en Tarsis —explicó el joven—, y me bastó con contemplar sus rostros. También conocía la existencia de la Joya Estrella pero, como resultaba ostensible que él quería mantenerlo en secreto, no le traicioné. Era un hombre excelente —añadió con voz amable—; me enorgullezco de haberle conocido, algo que nunca pensé poder decir de un humano.

Laurana tragó saliva, secándose las lágrimas que empezaban a deslizarse por sus pómulos.

—Sí —susurró como en un lamento—, pero no es ése el motivo de tu visita.

—En efecto —confesó él—, aunque quizá guarde alguna relación —durante unos minutos guardó silencio, sin decidirse a hablar. Al fin respiró hondo y prosiguió—: Laurana, sucedió algo en Sanction que no revelé a Astinus ni contaré a nadie si tú no lo deseas...

—¿Por qué entonces debo saberlo yo? —La muchacha palideció. Con mano temblorosa, depositó la pluma sobre la mesa.

Gilthanas fingió no haberle oído y continuó su relato sin apartar la mirada del mapa.

—Antes de escapar de Sanction tuvimos que pasar de nuevo por el palacio de Ariakas. No puedo explicarte la razón porque de hacerlo traicionaría a nuestro salvador, que , todavía corre peligro tratando de ayudar a cuantos cautivos necesitan de su concurso.

»La noche que pasamos allí ocultos, aguardando el momento propicio para la fuga, oímos una conversación entre Ariakas y un Señor del Dragón aunque debería decir Señora, pues se trataba de una mujer —ahora levantó la vista— de una humana llamada Kitiara.

Laurana no despegó los labios. Su rostro había adquirido la lividez de la muerte, y también sus ojos habían perdido el color bajo la luz de las candelas.

Gilthanas suspiró de nuevo, y se inclinó para apoyar su mano sobre la de la joven. La piel de ésta estaba tan fría como la de un cadáver, y entonces él comprendió que sabía de antemano lo que se disponía a revelar.

—Recordé que antes de abandonar Qualinesti me revelaste que aquella humana era la elegida del corazón de Tanis el Semielfo, y hermana, además, de Caramon y Raistlin.

La reconocí gracias a lo que había oído decir de ella a estos dispares gemelos, si bien lo hubiera hecho de todos modos a causa del parecido que guarda con el mago. El tema central de su conversación era Tanis, Laurana.

Calló unos instantes, preguntándose si debía seguir adelante. La muchacha permanecía inmóvil, convertido su semblante en una máscara de hielo.

—Perdóname por el dolor que voy a causarte, hermana, pero tienes que saberlo — declaró al fin Gilthanas—. Kitiara bromeaba con Ariakas sobre el semielfo y dijo —se sonrojó—, dijo... No puedo repetirte sus palabras, pero te aseguro que son amantes. Su descripción no pudo ser más gráfica. Solicitó autorización de Ariakas para elevar a Tanis al rango de general del ejército de los Dragones, a cambio de una información que había prometido confiarle sobre un tal Hombre de la Joya Verde...

—Detente —ordenó Laurana con un hilo de voz.

—Lo siento de veras —el Príncipe elfo estrujó su mano con un inmenso pesar dibujado en el rostro—. Sé cuánto le quieres, y ahora comprendo muy bien lo que significa amar de ese modo —cerró los ojos e inclinó la cabeza—. Comprendo qué es ver tu amor traicionado.

—Márchate, Gilthanas —susurró ella. Dándole unas tiernas palmadas en la mano para expresarle su compasión, el joven se levantó y abandonó la estancia en silencio

Tras cerrarse la puerta Laurana permaneció unos momentos inmóvil y, apretando firmemente los labios, recuperó su abandonada pluma y reanudó su trabajo en el punto en que lo había dejado al entrar su hermano.

Capítulo 9

Victoria

Deja que te ayude a subir —ofreció Tas.

—Creo que... ¡no, espera! —gritó Flint.

Pero era demasiado tarde. El enérgico kender ya había agarrado la bota del enano y, al izarle, le arrojó de cabeza contra el musculoso cuerpo del joven Dragón Broncíneo. Agitando las manos a la desesperada, Flint logró sujetarse al arnés que ceñía el cuello del animal y quedar suspendido, mecido en su desequilibrio como un saco atado a un gancho.

—¿Puede saberse qué haces dando vueltas de ese modo? —preguntó Tas, alzando la vista—. No es momento para juegos. Yo te empujaré...

—¡No, suelta! —rugió el enano al tiempo que propinaba un puntapié a la mano de Tasslehoff—. ¡Te ordeno que te apartes!

—Muy, bien, monta tú solo si quieres —respondió dolido Tas, y retrocedió.

Resoplando y con el rostro encarnado, Flint se dejó caer al suelo.

—Me encaramaré al dragón cuando llegue el momento ¡sin tu ayuda! —vociferó con una mirada furibunda.

—Será mejor que te apresures —replicó el kender con frialdad—. Todos los demás están ya sobre las sillas.

El enano observó unos instantes al enorme Dragón Broncíneo y, testarudo cruzó los brazos sobre el pecho.

—Debo pensar bien la jugada.

—¡Vamos, Flint! Lo único que haces es perder tiempo, ¡Y yo quiero volar! ¡Termina de una vez! —le imprecó—. Claro que siempre puedo partir en solitario...

—¡No harás tal cosa! —replicó el enano enfurecido—. Ahora que al fin la guerra parece haber dado un giro favorable, no se puede mandar a la batalla a un kender montado en un dragón. Sería una hecatombe, tan desastrosa como si entregásemos al enemigo las llaves de la ciudad. Laurana dijo que sólo te permitiría volar si lo hacías en mi compañía...

—¡Entonces monta! Temo que cuando lleguemos haya terminado la guerra. Seré abuelo antes de que decidas moverte.

—¿Abuelo tú? —se burló Flint estudiando de nuevo al corpulento animal, que parecía mirarle con expresión hostil... o al menos, así lo imaginó—. El día en que tú seas abuelo me arrancaré la barba.

Khirsah, el Dragón, los observaba a ambos con divertida impaciencia. Joven e impulsivo —aunque la edad se contaba de un modo harto peculiar en Krynn—, el animal estaba de acuerdo con el kender en que había llegado la hora de volar, la hora de luchar. Había sido uno de los primeros en acudir a la llamada hecha a todos los

dragones de oro y plata, de bronce y de cobre. El fuego de la batalla ardía con virulencia en sus entrañas.

A pesar de su juventud, Khirsah profesaba un gran respeto a los ancianos del mundo. Sobrepasaba ampliamente en años al enano, y, sin embargo, lo veía como una criatura de larga y fructífera vida, como uno de aquellos mayores a los que reverenciaba. Sea como fuere, en aquel instante pensó que si no hacía algo al respecto se cumpliría la predicción del kender y no llegaría a tiempo para intervenir en la pugna.

—Discúlpame, respetable señor —dijo con un suspiro, cuidando de utilizar los términos adecuados—. ¿Hay algún modo en que pueda prestarte mi auxilio?

Sobresaltado, Flint dio media vuelta para comprobar quién le dirigía tan corteses palabras. El Dragón inclinó entonces su descomunal cabeza e insistió, esta vez en lengua enanil:

—Honorable y respetado señor... Flint retrocedió, tan anonadado que tropezó contra Tasslehoff y le arrastró al suelo en un revoltijo de cuerpos.

El Dragón Broncíneo estiró su cabeza y, asiendo con suavidad los ropajes de ambos entre sus impresionantes colmillos, los incorporó como si fueran cachorros de gato recién nacidos.

—N-no sé —balbuceó Flint, sin poder evitar el rubor ante la manera en que le había abordado el animal. Se sentía tan incómodo como complacido—. Podrías... o quizá no —recuperó su dignidad, estaba decidido a no delatar su sobrecogimiento—. Puedes imaginar que no es nuevo para mí volar a lomos de un dragón. Lo que ocurre es que, verás, lo que sucede es que...

—¡Nunca antes habías cabalgado sobre estas criaturas! —desmintió Tas encolerizado—. y además... ¡ay! —Flint había dado un puñetazo en las costillas de su compañero.

—Últimamente he tenido asuntos más importantes en que pensar, debo admitirlo, y necesito un poco de tiempo para acostumbrarme.

—Por supuesto, señor —dijo Khirsah sin un asomo de sonrisa—. ¿Puedo llamarte Flint?

—Puedes —accedió condescendiente.

—Me llamo Tasslehoff Burrfoot —se presentó el kender, estirando su pequeña mano—. Flint nunca viaja sin mí. Oh, me temo que no tienes un miembro adecuado para estrechar el mío. No importa. ¿Cuál es tu nombre?

—Para los mortales mi apelativo es Ígneo Resplandor —anunció el Dragón con una nueva reverencia—. Y ahora, respetable Flint, ¿podrías ordenar a tu escudero kender ...?

—¡Escudero! —repitió Tas ofendido. Pero el animal lo ignoró.

—Te ruego que hagas montar a tu escudero, y yo le ayudaré a ajustar la silla y la lanza.

Flint se acarició pensativo la barba antes de dirigirse al atónito y boquiabierto Tas con un gesto grandilocuente:

—Vamos, escudero, haz lo que se te ha dicho.

—Y-yo... nosotros... —tartamudeó el kender. Pero no terminó la frase que se disponía a pronunciar, porque el Dragón ya le había alzado en el aire. Con los dientes apretados contra su zamarra, Khirsah lo mantuvo en suspenso y al fin le depositó sobre la silla que tenía atada a su bronceo cuerpo. Tan encantado estaba Tas por hallarse a lomos del dragón que guardó silencio, respondiendo así al propósito del animal.

—Y ahora, Tasslehoff Burrfoot, escúchame atentamente —le instó Ígneo Resplandor—. Intentabas izar a tu señor desde detrás, cuando la posición correcta es la que has adoptado ahora. La montura metálica de la lanza debe estar delante y a la derecha del jinete, bien apalancada frente a las articulaciones de mi ala y por encima de mi hombro. ¿Has comprendido?

—¡Sí! —exclamó Tas muy excitado.

—El escudo que ves en el suelo os protegerá del aliento de los dragones enemigos, o al menos de la mayor parte...

—¡No puedo creerlo! —protestó el enano, cruzando de nuevo los brazos en terca actitud—. ¿Qué significa «la mayor parte»? ¿Y cómo voy a arreglármelas para volar y sostener al mismo tiempo una lanza y un escudo, por no mencionar el hecho de que este maldito artefacto es más grande que el kender y yo juntos?

—Creía que eras un consumado jinete de dragones, respetable Flint —se burló Tas.

El rostro del enano se encendió de ira. Empezó a lanzar improperios, pero Khirsah lo interrumpió con su hábil diplomacia.

—Es probable que el honorable Flint no esté acostumbrado a este nuevo modelo, escudero Burrfoot. La pelta se encaja en la lanza, y ésta a su vez debe introducirse en el agujero diseñado para recibirla. De ese modo el arma descansa sobre la silla y se desliza de un lado a otro según convenga. Cuando os ataquen, no tenéis más que atrincheraros tras ella.

—¡Pásame el escudo, honorable Flint! —ordenó, más que solicitó, el kender.

Gruñendo, el enano se acercó al lugar donde yacía el enorme pertrecho. Aunque con cierta dificultad a causa de su peso, logró levantarlo del suelo e izarlo por el costado del Dragón para, con ayuda del animal, entregárselo al kender que no tardó en ajustarlo siguiendo las indicaciones de su bronceo amigo. Le tocaba ahora el turno a la lanza Dragonlance. También con esfuerzo, Flint la arrastró hasta los pies de su compañero y le tendió la punta. Tas la agarró y, después de perder casi el equilibrio y salir despedido de su montura, la introdujo en el agujero del escudo. Cuando el eje quedó bien insertado, la lanza se equilibró y empezó a mecerse con ligereza y facilidad guiada por la diminuta mano del kender.

—¡Es fantástico! —exclamó Tas mientras seguía experimentando—. ¡Golpe seco y cae un dragón! ¡Revés, y otro derribado! —Incluso se puso en pie sobre el lomo del animal, tan bien afianzado como el arma misma—. ¡Vamos, Flint, apresúrate! Los cabecillas vuelven para dar la orden de partir. ¡Veo a Laurana a la grupa de un gigantesco Dragón Plateado con rumbo hacia nosotros! Está pasando revista a las filas, y no tardará ni un minuto en dar la señal. Deprisa Flint— Tas empezó a dar saltos de excitación.

—En primer lugar, respetable señor —le instruyó Khirsah— debes cubrirte con la chaqueta acolchada. Eso es, perfecto. Ensarta la tira de nuevo en la hebilla. No, ésta no, la que... ahora has acertado.

—Te pareces a un mamut lanudo que vi una vez—se mofó el kender al contemplar su abultada figura—. ¿Te he contado alguna vez la historia?

—¡Los diablos te confundan! —rugió el enano casi incapaz de andar, embutido como estaba en aquella prenda forrada de piel—. No es momento para escuchar uno de tus ridículos relatos. —E, incrustando la punta de su nariz en el hocico del Dragón, exclamó—: ¡Muy bien, animal, explícame ahora cómo monto! ¡Y no te atrevas a rozarme siquiera con uno de tus colmillos!

—Por supuesto que no, señor —dijo Khirsah en una actitud de hondo respeto. Inclinando la cabeza, el Dragón extendió una de sus alas de bronce sobre el suelo.

—Eso ya me gusta más —declaró el hombrecillo antes de lanzar una mirada satisfecha al atónito kender, atusándose la barba con gesto engreído. Empezó a caminar muy erguido por el ala de Ígneo Resplandor para ocupar su lugar, ensoberbecido, en la parte delantera de la silla, y se abrochó la correa que debía mantenerle afianzado en su montura.

—¡Ya han dado la señal! —vociferó Tas a la vez que se apresuraba a acomodarse detrás de su compañero. Espoleando con los talones los flancos del Dragón, añadió—: ¡Levanta el vuelo!

—No tengas tanta prisa —le amonestó el enano, que todavía no había terminado de verificar los movimientos de la Dragonlance—. ¿Cómo he de conducirte?

—Indícame la dirección que quieras tomar tirando de las riendas —explicó Khirsah aunque sin apartar la mirada de la Comandante, atento a la señal que en realidad aún no había sido dada.

—Comprendo —asintió Flint, estirando la mano hacia abajo—. Después de todo, soy yo quien ostenta el mando. ¡La señal! Vamos, elévate.

—A tus órdenes, señor. —Khirsah se lanzó al aire, desplegando sus alas para aprovechar las corrientes que flotaban frente a la colina desde donde habían despegado.

—¡Había olvidado las riendas! —gritó Flint mientras trataba de asirlas antes de que cayeran fuera de su alcance.

Khirsah sonrió para sus adentros y siguió su curso.

Los Dragones del Bien y los caballeros que los cabalgaban se hallaban congregados sobre los ondulantes cerros que se erguían al este de las Montañas Vingaard. En aquel paraje los gélidos vientos invernales habían dado paso a las cálidas brisas del norte, fundiendo la escarcha del suelo. Los ricos aromas desprendidos por los renovados brotes perfumaban el aire donde los dragones evolucionaban formando amplios arcos para ocupar sus puestos en la formación.

El panorama que desde allí se divisaba era como para cortar el aliento. Tasslehoff sabía que lo recordaría siempre, quizá incluso más allá del final de los tiempos. Decenas de alas bronceas, argéneas y cobrizas centelleaban bajo la luz matutina, y también las grandes lanzas Dragonlance, montadas sobre las sillas, despedían destellos iluminadas por el sol. Las armaduras de los caballeros brillaban intensamente, mientras la bandera en la que figuraba el martín pescador con su hilo de oro ondeaba resplandeciente al viento, ofreciendo un bello contraste con el azul del cielo.

Las últimas semanas habían estado marcadas por el triunfo. Quizá, tal como afirmaba Flint, la marea de la guerra fluía al fin en su dirección.

El Áureo General, como las tropas llamaban a Laurana, había creado un ejército a partir de la nada. Los habitantes de Palanthas, contagiados de su entusiasmo, se habían unido a la causa. Se ganó también el respeto de los Caballeros de Solamnia merced a sus osadas ideas y a sus acciones tan firmes como decisivas. Así pues, las fuerzas de tierra abandonaron la ciudad, arrojándose como un alud sobre el llano para obligar a las desorganizadas tropas de la Señora del Dragón, conocida como la Dama Oscura, a levantar el vuelo en medio de una oleada de pánico.

Ahora, con múltiples victorias a sus espaldas y el enemigo huyendo de su poderosa acometida, todos veían el triunfo definitivo como algo inapelable.

Pero Laurana era demasiado prudente para ceñirse los laureles. Todavía tenían que enfrentarse a los dragones de la Reina de la Oscuridad. Dónde estaban y por qué no habían intervenido en la liza era algo que ni ella ni sus oficiales habían acertado a imaginar. Día tras día mantenía a los caballeros y sus monturas en estado de alerta, prestos para el ataque.

Había llegado el momento tan esperado. Avistaron a los dragones, escuadrillas de tintes azulados y rojos que, según, los informes recibidos, se dirigían al oeste a fin de detener a la insolente general y su insignificante ejército.

Convertidos en una cadena de plata y bronce los Dragones de Whitestone, como solían ser denominados, surcaban la llanura de Solamnia. Aunque todos los caballeros que los montaban habían aprendido a volar durante el tiempo que sus ocupaciones les permitían —salvo el enano, que se negó rotundamente— aquel mundo de bajas y etéreas nubes, les resultaba desconocido y extraño todavía.

Los estandartes se agitaban incontrolables, a causa del viento huracanado y los soldados de a pie, que avanzaban bajo su mirada, no eran sino hileras de hormigas en la hierba. Para algunos de los caballeros volar constituía una experiencia emocionante, mas otros la consideraban una dura prueba que exigía todo cuanto valor poseían.

Siempre al frente de las tropas, guiándolas como un vivo ejemplo de arrojo, volaba Laurana a la grupa del colosal dragón argénteo que su hermano había trasladado desde las Islas de los Dragones. Ni el mismo sol lucía más dorado que el cabello que se arremolinaba en torno a su yelmo; Se había convertido a los ojos de todos en un símbolo tan sagrado como la Dragonlance, tan enjuta y delicada, tan bella y mortífera. La habrían seguido sin titubear hasta las puertas del Abismo.

Al estirar la cabeza por encima del hombro de Flint, Tasslehoff vio a Laurana en cabeza de la formación. Aunque no se rezagaba en ningún momento, volvía a menudo la vista para comprobar que nadie desfallecía ni se desorientaba. También inclinaba el cuerpo hacia adelante a fin de conferenciar con su plateada montura, tan segura de sí misma que Tas decidió relajarse y disfrutar de la cabalgada. Aquella era sin lugar a dudas la más inolvidable de cuantas aventuras había vivido. Las lágrimas trazaban en su rostro surcos desviados por el viento, delatando su inconmensurable júbilo.

Ahora el kender, tan aficionado a los mapas, podía contemplar el más perfecto de todos.

Se extendía a sus pies los ríos y los árboles, los montes y los valles, las ciudades y las granjas tan detalladamente que ni la más minuciosa maqueta hubiera conseguido reproducirlos. Deseó más que nada en el mundo capturar tal visión para siempre en su memoria.

Comprendió que con el tiempo un recuerdo podía distorsionarse, de manera que debía hallar un medio para perpetuar lo que ahora se grababa en su retina. Dicho y hecho aunque las palabras no traspasaron los límites de su pensamiento. Aferrándose con las rodillas a la silla, el kender soltó a Flint y empezó a rebuscar en sus bolsas. Extrajo al fin un pergamino, lo apoyó con firmeza en la espalda del enano y procedió a emborronarlo con un carboncillo.

—¡Deja ya de moverte! —ordenó a su compañero, que aún se afanaba en asir las riendas.

—¿Puede saberse qué haces, criatura impertinente? —protestó el enano, golpeando a Tas como si fuera una avispa que no pudiera quitarse de encima.

—¡Dibujo un mapa! —respondió Tas en un súbito trance—. ¡Un mapa perfecto! Seré famoso. ¡Mira, allí están nuestras tropas como un ejército de insectos! ¡El alcázar de Vingard acaba de entrar en mi campo visual! Estate quieto, o me harás errar el trazo.

Flint emitió un gruñido y abandonó sus intentos de recuperar las riendas o liberarse de la presión del kender tras decidir que lo mejor sería concentrarse en no perder el control del Dragón ni del desayuno en su revuelto estómago. Había cometido el error de bajar la mirada, y ahora se obstinaba en mantener la vista al frente con el cuerpo a un tiempo rígido y tembloroso. El penacho de plumas de grifo que adornaba su yelmo le azotaba salvajemente el rostro en el vendaval. Los pájaros planeaban en el cielo debajo de él.

Ambos factores contribuyeron a hacerle tomar la inapelable resolución de incluir a los dragones en aquella lista encabezada por las embarcaciones y los caballos, en la que figuraba cuanto debía evitarse a cualquier precio.

—¡Fíjate! —exclamó Tas muy excitado—, allí están los ejércitos enemigos! ¡Se despliega ante mí una batalla y puedo verla en perspectiva! —El kender dobló el cuerpo para espiar lo que sucedía unos metros más abajo. Incluso creía oír, entre las rugientes ráfagas, los tintineos metálicos de las armaduras y los clamores—. ¿No podríamos acercarnos un poco... ¿no, mi mapaaaa!

Con una imprevisible rapidez, Khirsah había trazado un bucle para lanzarse en picado. La fuerza de esta maniobra arrancó el pergamino de las manos de Tas, que vio desesperado cómo revoloteaba ligero cual una hoja en otoño.

Flint vociferaba con el índice extendido. Aunque Tas trataba de no perderse detalle, en aquel momento atravesaron una densa nube y no acertaba a ver ni la punta de su nariz. Tan repentinamente como había entrado en él, Khirsah , emergió del banco de nubes y el panorama se aclaró por completo.

—¡Es increíble! —gritó el kender sobrecogido. Debajo de ellos, acosando a las tropas pedestres, volaban varias filas de dragones. Sus correosas alas de tonalidades rojas y azules ondeaban como banderas del mal al arrojarse sobre los indefensos ejércitos del Áureo General.

Tasslehoff distinguía desde su atalaya a aquellas sólidas líneas de guerreros que se rompían a causa del pánico. Pero no había lugar donde huir, donde ocultarse en el herbáceo llano. Tas comprendió que era éste el motivo por el que habían esperado las huestes enemigas, y la visión del fuego, que surgía de sus bocas como hálitos calcinantes para abrasar a las desprotegidas tropas, le llenó de desazón.

—¡Tenemos que detenerles!

Tan deprisa se volteó Khirsah que Tas a punto estuvo de tragarse la lengua. El cielo parecía elevarse sobre su flanco, y por un instante el kender experimentó la extraña sensación de estar cayendo hacia arriba. Más por instinto que por razonamiento, se agarró al cinto de Flint al recordar que también él debería haberse ajustado las correas como su compañero. Ahora ya no había tiempo, se ataría la próxima vez.

¡Si había una próxima vez!

El viento rugía a su alrededor, mientras la tierra daba vertiginosas vueltas al compás de la espiral que trazaba el Dragón en su descenso. A los kenders les entusiasmaban las nuevas experiencias, y sin duda ésta era una de las más excitantes... pero Tas deseó que la tierra no se alzara a su encuentro a semejante velocidad.

—¡No he querido decir que tuviéramos que detenerles ahora mismo! —rectificó, dirigiéndose a Flint. Al levantar —¿o quizá la bajó?— la mirada, vio otros dragones a escasa distancia, aunque el panorama se le antojó borroso y no sabía en qué posición se hallaban respecto a ellos. Volaban ora por encima, ora a sus pies, y unos segundos más tarde detrás. ¡Se habían puesto al frente, en solitario! ¿Qué pretendía Flint?

—¡Aminora la marcha, esto es una locura! —ordenó al enano—. ¡Te has adelantado a todos los compañeros, incluso a Laurana!

Nada le habría gustado más a Flint que obedecer al kender. La última pirueta había puesto las riendas a su alcance y ahora tiraba de ellas con todas sus fuerzas, sin cesar de repetir «¡So, animal!» que, de no engañarle su memoria era la señal más usada para frenar a los caballos. Sin embargo, su fórmula no surtía efecto con el Dragón.

No fue reconfortante para él comprobar que no era el único que tropezaba con dificultades en el manejo de su montura. Detrás de él, la delicada línea de plata y bronce se deshacía como guiada por una voz de mando silenciosa que hubiera ordenado a los animales agruparse en cuadrillas de dos o tres. Los caballeros manipulaban las riendas a la desesperada, en un vano intento de devolver a los dragones a sus ordenadas hileras. Pero los animales no atendían a estos impulsos: el cielo era su reino. Luchar en el aire era diferente de hacerlo en tierra firme, y debían mostrar a sus jinetes el modo de batirse a la grupa de unas criaturas que nada tenían que ver con los caballos.

Describiendo un grácil círculo, Khirsah se lanzó en picado contra una nube. Al verse envuelto en la densa bruma, Tas perdió de nuevo el sentido de la orientación hasta que el soleado cielo volvió a estallar frente a él, en el instante en que el Dragón abandonaba el cirro. Ahora sabía dónde estaban las alturas y el suelo, y este último se acercaba a un ritmo inquietante.

Flint emitió uno de sus rugidos, que obligó a Tas a alzar la mirada para advertir que se dirigían hacia un grupo de Dragones Azules. Tan concentrados estaban en perseguir a unos aterrorizados soldados pedestres, que no se percataron de su avance.

—¡La lanza! —vociferó Tas. Flint forcejeaba con el arma, pero no tuvo tiempo de ajustarla ni de afianzarla debidamente en su hombro. De todos modos, tampoco importaba. Aprovechando que los Dragones Azules aún no los habían descubierto Khirsah surcó otra nube y, al deslizarse de nuevo a cielo abierto, los sorprendió por la espalda. Como una llama broncínea el joven Dragón se arrojó sobre el grupo enemigo dirigiéndose hacia su cabecilla, un enorme animal cuyo jinete se cubría con un yelmo de tonos también azulados. Embistiendo raudos y sigilosos, Khirsah clavó en el cuerpo de su oponente sus cuatro garras mortíferamente afiladas.

La fuerza del impacto desplazó a Flint hacia adelante; Tas aterrizó sobre su amigo, aplastándolo. El enano trató de incorporarse, pero el kender lo atenazaba con un brazo mientras con la mano libre golpeaba su yelmo y alentaba al Dragón.

—¡Has estado fantástico! ¡Atácale de nuevo! —lo azuzaba, presa de una gran agitación y sin cesar de aporrear la cabeza del pobre Flint.

Tras emitir unas ininteligibles imprecaciones en su lengua, Flint se desembarazó del incómodo abrazo de Tas. En ese preciso instante Khirsah se remontó en el aire, refugiándose en un banco de nubes antes de que la Escuadra Azul reaccionase a su inesperada arremetida.

Khirsah aguardó unos momentos, quizá para dar ocasión a sus zarandeados jinetes a recobrar la compostura. Flint se apresuró a sentarse en su lugar, Tas le rodeó la cintura con ambos brazos. Pensó el kender que su compañero tenía la tez cenicienta y exhibía en su rostro una expresión preocupada, pero también debía reconocer que aquella experiencia escapaba a los límites de lo normal. Antes de que acertara a preguntarle si se encontraba bien, Khirsah salió una vez más de su escudo de nubes.

Los Dragones Azules estaban debajo, con el cabecilla situado en el centro del grupo suspendido sobre sus descomunales alas. Estaba levemente herido y desconcertado; la sangre manaba por sus cuartos traseros, allí donde las garras de Khirsah habían rasgado su dura y escamosa piel. Tanto el animal como su jinete de yelmo azulado escudriñaban el cielo en busca de su atacante. De pronto el hombre extendió el índice.

Arriesgándose a volver la vista hacia atrás, Tas contempló un espléndido panorama que le dejó sin resuello. El bronce y la plata centellearon bajo el sol cuando los Dragones de Whitestone surgieron de un cirro cercano y descendieron vociferantes sobre la Escuadra Azul. Se rompió el círculo enemigo, pues los gigantescos animales se apresuraron a cobrar altura para evitar que sus perseguidores los embistieran por la espalda. Los enfrentamientos se sucedían y entremezclaban en medio de un fragor indescriptible. Brotaron llamas cegadoras y chisporroteantes en el instante en que un gran Dragón Broncíneo, que se debatía a la derecha del kender, emitía un grito de dolor y se desplomaba en el aire con la cabeza ardiendo. Tas vio que su jinete luchaba denodadamente para asir las riendas, abierta su boca en un alarido inaudible a causa de la velocidad con que él y su cabalgadura se zambullían hacia el suelo.

Contempló el kender cómo la tierra se acercaba también a ellos y se preguntó qué se debía sentir al estrellarse contra la hierba. Pero no duraron mucho sus cavilaciones, ya que Khirsah le despertó con un atronador rugido.

El cabecilla azul descubrió al joven Dragón, no pudiendo sustraerse a su resonante desafío. Ignoró entonces a los otros animales que batallaban a su alrededor, para emprender el vuelo en pos del broncíneo enemigo que le citaba en un duelo a muerte.

—¡Ha llegado tu turno, enano! ¡Equilibra la lanza! —ordenó Khirsah a la vez que batía sus enormes alas para ganar altura, con la intención de facilitar sus propias maniobras; y también de dar opción su jinete para que se preparara.

—Yo me ocuparé de las riendas —ofreció Tas.

El kender no estaba seguro de haber sido oído por su compañero. El rostro de Flint presentaba una extraña rigidez, y sus movimientos eran lentos y mecánicos. Presa de una incontenible impaciencia, Tas no podía sino aferrar las riendas y observar las evoluciones de los cenicientos dedos del enano para fijar la empuñadura de la lanza debajo de su hombro y empuñarla tal como había aprendido. El insondable hombrecillo alzó la vista al frente, vació su rostro de expresión.

Khirsah continuó elevándose, antes de equilibrarse y dar así oportunidad a Tas de examinar su entorno y preguntarse dónde estaba el enemigo. En efecto, había perdido de vista al Dragón Azul y a su jinete. Ígneo Resplandor dio entonces un poderoso salto, que cortó al kender la respiración. Allí mismo estaba su rival, delante de ellos.

Vio que la azulada criatura abría su espantosa boca surcada de colmillos y, recordando las llamas cegadoras se arrebujó detrás del escudo. Como Flint permaneciera con la espalda rígida y la mirada perdida más allá de su arma protectora, fija en el dragón que les atacaba, el kender soltó el brazo de su cinto y le tiró de la barba para obligarle a ocultar la testa.

Un resplandor tan intenso como el del relámpago estalló a su alrededor, seguido por un fragor de trueno que casi dejó si conocimiento al kender y al enano. Khirsah lanzó un alarido de dolor, pero se mantuvo firme en su curso.

Ambos dragones se embistieron al unísono, y la Dragonlance apuntó al cuerpo de su víctima. Por un instante Tas no vio sino destellos rojizos y azulados, mientras el mundo daba vueltas vertiginosas. En una ocasión sus ojos se clavaron de manera siniestra, más no logró discernir la escena. Refulgían las garras de los contendientes, y resultaba difícil distinguir los alaridos de Khirsah de los gritos de su oponente. Las alas se batían confusas en el aire, a la vez que la hierba trazaba espirales más y más rápidas a medida que todo el grupo se precipitaba hacia el suelo.

¿Por qué no suelta Ígneo Resplandor al Dragón Azul? —pensó Tas en pleno delirio. De pronto, comprendió la causa: ¡Se habían enmarañado!

La Dragonlance había errado en su diana y, al rebotar contra la ósea juntura del ala rival, se había incrustado en su hombro, hallándose ahora alojada bajo coriácea piel. El herido se debatía a la desesperada para liberarse pero Khirsah, dominado por la furia del combate, lo laceró con sus garras delanteras e hincó sus afilados colmillos en su carne.

Enzarzados en tan cruenta lid, los dragones habían olvidado por completo a sus jinetes. También Tas se sentía demasiado aturdido para observar al oficial de yelmo azulado hasta que, al alzar la mirada sin saber dónde posarla, atrajo su atención aquel ser que se agarraba obstinado a su silla a escasos pies de distancia.

Una vez más se confundieron el cielo y la tierra cuando los dragones trazaron un círculo completo en el aire, aunque el súbito torbellino no impidió a Tas advertir que el yelmo azul se desprendía de la cabeza de su portador, dejando al descubierto su rubio cabello. Los ojos del individuo, libres ahora de su máscara, se mostraron fríos y brillantes, sin asomo de temor. Su penetrante mirada traspasó al desconcertado Tasslehoff.

Ese rostro me resulta familiar —pensó el kender con una sensación de distanciamiento como si todo aquello le estuviera ocurriendo a otro ser bajo su atenta observación. ¿Dónde podía haberlo visto con anterioridad? La imagen de Sturm se dibujó en su mente.

El oficial se desembarazó del arnés y se irguió sobre los estribos. Su brazo derecho colgaba laxo junto a su cadera, pero había estirado la otra mano. De pronto el kender comprendió. Sabía perfectamente lo que se disponía a hacer su oponente, como si se hubiera dirigido a él para revelarle sus planes.

—¡Flint! —exclamó con vehemencia—. ¡Suelta la lanza ahora mismo!

Pero el enano sostenía el arma en sus inflexibles manos, perdida la mirada en el horizonte insondable. Los dragones luchaban, mordían y hundían sus garras suspendidos en el espacio, retorciéndose el azul a fin de liberarse de la lanza y zafarse así del despiadado ataque de su enemigo. Tas oyó cómo el jinete rival pronunciaba unas palabras, y al instante su animal cesó de debatirse para adoptar una actitud alerta. Con sorprendente agilidad, el oficial saltó de una grupa a otra y rodeo el cuello de Khirsah con uno de sus brazos mientras trataba de equilibrarse. Sin apenas esfuerzo el misterioso personaje se incorporó y sujetó con sus poderosas piernas la agitada testuz de Ígneo Resplandor.

El Dragón, sin embargo, hizo caso omiso del humano. Todos sus pensamientos estaban centrados en su más directo contrincante.

El oficial lanzó una fugaz mirada a los dos compañeros y comprendió que ninguno representaba una amenaza, atados como estaban a la silla... o, al menos, las tirantes correas así lo daban a entender. Desenvainó entonces su espadón e, inclinando el cuerpo hacia adelante, empezó a cercenar los arneses del Dragón Broncíneo en el lugar donde se cruzaban sobre su pecho, cerca de sus colosales alas.

—¡Flint! —suplicó Tas—. ¡Suelta la lanza! ¡Mira! —El kender zarandeó al impertérrito enano—. ¡Si ese individuo corta las correas la silla se desprenderá, arrastrando el arma y también a nosotros! Flint volvió despacio la cabeza, despertando al fin. Con una lentitud que a Tas se le antojó agónica, su temblorosa mano empezó a manipular el mecanismo que había de liberar la lanza y deshacer el mortífero abrazo de los dragones. ¿Llegaría a tiempo? Tas vio que la espada traspasaba el aire, casi al mismo tiempo que una de las correas del arnés se alejaba en un ominoso revoloteo. Era demasiado tarde para pensar o fraguar planes. Mientras Flint seguía forcejeando con el complicado artefacto, Tas se levantó como pudo y ciñó las riendas a su talle para, sujetándose al borde de la silla, rodear al enano hasta colocarse delante de él. Estiró entonces el cuerpo sobre el cuello del Dragón y, tras enmarañar sus piernas en la ósea crin, se arrastró resuelto a abalanzarse sobre el oficial.

El enemigo no prestaba atención a aquel par de jinetes que imaginaba atrapados en sus correas. Tan absorto estaba en su trabajo —el arnés no tenía ya apenas sujeción— que nunca supo qué le había golpeado.

Fue el cuerpo de Tasslehoff lo que descargó su peso sobre el oficial, al lanzarse contra su espalda. Sobresaltado y retorciéndose en un descontrolado afán para mantener el equilibrio, el atacado dejó caer la espada y se aferró con todas sus fuerzas a la testuz del Dragón Broncíneo. Entre gritos de furia intentó dar la vuelta, pues quería saber a toda costa quién lo había agredido. Pero, de pronto, la más negra noche nubló sus ojos, cuando unos pequeños brazos rodearon su cabeza y ensombrecieron el mundo. Aquella momentánea ceguera lo obligó a prescindir de su agarradero en el cuello del animal, empecinado como estaba en liberarse de lo que le pareció una criatura dotada de tres pares de manos y piernas, todas ellas aplastándole con incomparable tenacidad. Pero, al notar que empezaba a deslizar por el cuerpo del Dragón, se afianzó de nuevo a la crin.

—¡Flint, suelta la lanza! ¡Flint...! —Tas ya no sabía lo que decía. El suelo se elevaba a su encuentro, ahora que los debilitados dragones se desplomaban sin remisión. En su

cabeza estallaron resplandores de luz blanca mientras permanecía aferrado al oficial, que no cejaba en sus forcejeos.

Resonó, de pronto, un gran estampido metálico. La lanza se soltó, y los combatientes quedaron libres.

Desplegando sus alas, Khirsah interrumpió su rauda caída y recobró el equilibrio. El cielo y la tierra asumieron una vez más sus posiciones correctas, un hecho que provocó las lágrimas de Tas.

«No me he dejado asustar», se repetía el kender entre sollozos, pero nunca nada le había parecido tan hermoso como el cielo azul... de nuevo en el lugar que le asignara la naturaleza.

—¿Estás bien, Ígneo Resplandor? —preguntó el kender. El bronceíneo ser asintió, no le quedaban fuerzas para hablar.

—Tengo un prisionero —declaró, el aún confundido Tasslehoff, tomando conciencia de lo que había hecho. Soltó despacio al vencido, que meneó la cabeza entre mareado y asfixiado, antes de añadir—: No creo que pretendas escapar en estas circunstancias.

Liberada su presa, el kender culebreó por la crin en pos de los hombros del Dragón. Vio que el oficial alzaba la mirada hacia el cielo y apretaba los puños de rabia al contemplar cómo sus animales perdían terreno frente a Laurana y su ejército. Observó de un modo muy especial a la Princesa elfa, y en aquel instante Tas recordó dónde se había topado con aquel hombre en el pasado.

—Será mejor que nos devuelvas a tierra firme —ordenó el kender a Khirsah, recobrando el resuello y agitando las manos—. ¡Rápido, es urgente!

El Dragón arqueó la cabeza para mirar a sus jinetes, y Tas comprobó que tenía un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo. Presentaba hondas quemaduras en uno de los lados de su bronceínea testa, y la sangre chorreaba por su maltrecho hocico. El kender escudriñó la zona adyacente en busca del enemigo azul, pero había desaparecido sin dejar rastro.

Al posar la vista en el oficial, Tasslehoff se sintió como un héroe. Ahora comprendía la magnitud de su acción.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó lleno de júbilo, dirigiéndose a Flint—. ¡Hemos vencido a un dragón y yo he apresado a su jinete con la única ayuda de mis manos!

El enano asintió despacio, mientras el kender contemplaba cómo el suelo se aproximaba y pensaba que nunca le había parecido tan maravillosamente terrenal como en este momento.

Cuando Khirsah aterrizó, los soldados de a pie se congregaron en torno a ellos entre vítores y exclamaciones de júbilo. Unos cuantos se llevaron al cautivo quien, antes de

alejarse, lanzo una penetrante mirada a su aprehensor. Aunque su ominosa expresión causó cierta zozobra al kender, no tardó en olvidarla para ocuparse de su compañero.

El enano se hallaba desplomado sobre la silla; con el rostro cansado y envejecido. Sus labios se habían teñido de matices violáceos.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Sin embargo, veo que te sujetas el pecho con las manos. ¿Estás herido?

—No.

—Entonces, ¿a qué viene esa postura?

—Supongo que no me dejarás tranquilo hasta que te responda —gruñó Flint—. Pues bien, la causante de mi precario estado es esa maldita lanza, aunque también le diría cuatro palabras al inventor de la chaqueta. ¡No me cabe la menor duda de que su grado de necesidad sólo puede ser comparado con el tuyo! El mango de la Dragonlance se ha incrustado en mi clavícula, y supongo que las magulladuras recibidas me dolerán durante más de una semana. Por otra parte, esa historia que has forjado en torno a tu captura es una burda patraña. ¡Ha sido un auténtico milagro que no os precipitarais ambos en el vacío! Y si te interesa mi opinión, lo has prendido por accidente. Para terminar mi discurso voy a hacerte una advertencia: ¡No volveré a montar a la grupa de uno de esos gigantescos animales en todo lo que me resta de vida!

Flint cerró la boca como si quisiera morder el aire, a la vez que clavaba en el kender una mirada tan fulminante que este último se apresuró a alejarse. Sabía que cuando el enano se dejaba dominar por el mal humor lo más prudente era apartarse de él hasta que se templaran sus ánimos. Después de comer se sentiría mejor.

Aquella noche, cuando Tasslehoff se arrebujó en el flanco de Khirsah para descansar cómodamente bajo su protección, recordó, de pronto, que algo no encajaba en la iracunda parrafada de Flint.

El enano había cubierto con sus brazos la parte izquierda de su pecho, según él a fin de aliviar el dolor producido por la lanza... ¡que permaneció a su derecha durante todo el combate!

LIBRO 7



Capítulo 1

La fiesta de primavera

Cuando despuntó el día, con una luz rosácea y dorada iluminando la tierra, los ciudadanos de Kalamán fueron despertados por un tañido de campanas. Los niños saltaron del lecho para invadir las habitaciones de sus padres y pedirles que se levantaran, a fin de gozar juntos de aquella jornada tan especial. Aunque algunos gruñeron y fingieron cubrirse los rostros con el embozo en su mayoría se desmerearon sonrientes, no menos entusiasmados que sus hijos.

Era aquél un día memorable en la historia de Kalamán. No sólo se celebraba la anual Fiesta de Primavera, sino que también se festejaba la victoria de los ejércitos de los Caballeros de Solamnia. Sus tropas, acampadas en los llanos que rodeaban la amurallada ciudad, harían su entrada triunfal en la urbe a mediodía, guiadas por su general, una Princesa elfa, que se había convertido en una figura legendaria.

Al asomarse el sol por detrás de los muros, el cielo que cubría Kalamán se llenó del humo de las fogatas donde se guisaban los succulentos manjares y, pronto, los aromas del chisporroteante jamón, de los panecillos recién horneados, del tocino frito y de los exóticos cafés expulsaron de los cálidos lechos incluso a los más perezosos. De todos modos se habrían despertado pues casi de inmediato los alborozados niños atestaron las calles. Se relajó la disciplina para el mejor disfrute de la Fiesta de Primavera; tras un largo invierno de confinamiento en las casas, los pequeños podían al fin campar por sus respetos durante el día. Por la noche se multiplicarían las cabezas magulladas, las rodillas surcadas de arañazos y los dolores de vientre a causa del exceso de golosinas ingeridas, pero todos recordarían el evento como algo glorioso.

A media mañana la fiesta se hallaba en pleno apogeo. Los buhoneros cantaban las excelencias de sus variopintos artículos, exhibidos en puestecillos de vivos colores, mientras los ingenuos perdían sus ahorros en juegos de azar, los osos danzantes evolucionaban en las calles y los ilusionistas arrancaban gritos de admiración tanto a los jóvenes como a los viejos.

A mediodía estalló un nuevo repicar de campanas, y, al instante, se despejaron las avenidas. Los ciudadanos se apiñaron en las aceras cuando se abrieron solemnemente las puertas para dar paso a los Caballeros de Solamnia en su regio desfile.

Un murmullo expectante flotó entre la muchedumbre. Las miradas confluyeron en el centro de la calzada y, a codazos unos y estirando la cabeza los más altos, todos se dispusieron a ver a los caballeros y muy especialmente a la elfa de la que tantas historias se habían narrado en los últimos tiempos. Cabalgaba sola, en primera fila, a la grupa de un caballo blanco de pura raza. El gentío, ansioso por ovacionar a su heroína, enmudeció, de pronto, a causa del sobrecogimiento que les producía la belleza y actitud majestuosa de aquella mujer. Ataviada con una refulgente armadura de plata enriquecida mediante una primorosa filigrana de oro, Laurana condujo a su corcel hacía el interior del burgo. Una delegación infantil había ensayado a conciencia para alfombrar el suelo de flores al paso del general, pero la chiquillería estaba tan maravillada frente a la estampa que ofrecía la hermosa elfa en su centelleante armadura que aferraron sus multicolores ramilletes y no arrojaron ni uno solo.

Detrás de la doncella de áureos cabellos avanzaban dos personajes que obligaron a no pocos espectadores a lanzar gritos de sorpresa, un kender y un enano, montados juntos a lomos de una vieja jaca provista de un cuerpo tan ancho como un barril. El kender parecía pasarlo bien vociferando y saludando a la gente con exageradas gesticulaciones. Pero el enano, a horcadas tras su espalda, lo agarraba por el cinto como si le fuera en ello la vida, tan inseguro que se diría que un simple estornudo lo arrojaría por los aires.

Seguía a esta curiosa pareja un jinete elfo, tan semejante en sus rasgos a la doncella que nadie necesitaba del susurro de su vecino para comprender que eran hermanos. A su lado cabalgaba otra muchacha también elfa con una extraña melena argétea y los ojos de un azul intenso, que parecía sentirse incómoda entre la muchedumbre. Desfilaban a escasa distancia los Caballeros de Solamnia, unos setenta y cinco hombres fornidos, resplandecientes en sus bruñidas armaduras. El gentío comenzó a gritar a su llegada, a la vez que ondeaba banderas al viento.

Algunos de los caballeros intercambiaron sombrías miradas al sentirse así agasajados, pensando que si hubieran entrado en Kalaman un mes antes habrían recibido una acogida muy distinta. Pero ahora eran héroes; tres siglos de odio, hostilidad y falsas acusaciones habían sido barridos de las mentes de aquellas gentes, que vitoreaban a quienes les habían salvado de los horrores infligidos por los ejércitos de los Dragones.

Marchaban tras los caballeros varios millares de soldados pedestres y, cerrando la comitiva para deleite de los ciudadanos, atravesaron el cielo numerosos dragones. No eran las temidas escuadras de animales rojos y azules que habían hecho cundir el pánico durante la estación invernal, sino criaturas de cuerpos dorados, argéteos y bronceos que eclipsaron al sol con sus fúlgidas alas al trazar círculos y piruetas en ordenada formación. Se erguían sobre sus sillas varios jinetes, y las hojas dentadas de las Dragonlance despedían cegadores destellos en la luz matutina.

Concluido el desfile, los ciudadanos se congregaron para oír las palabras que en honor de los héroes pronunció el máximo mandatario del lugar. Laurana se ruborizó cuando este último afirmó que ella era la única responsable del hallazgo de las Dragonlance, del regreso de los Dragones del Bien y de las formidables victorias de su ejército. Trató de

desmentir tales asertos señalando a su hermano y a los Caballeros de Solamnia, pero las ovaciones del gentío ahogaron su voz. Miró Laurana en actitud impotente a Michael, representante del Gran Señor Gunthar Uth Wistan, que había llegado poco antes desde Sancrist. Michael se limitó a sonreír y exclamar por encima del griterío:

—Deja que aclamen a su héroe, o debería decir heroína. Se lo merecen. Han vivido todo el invierno atenazados por el pánico, aguardando el día en que los dragones perversos aparecerían en el horizonte para destruirles. Sin embargo ahora contemplan a una bella joven, surgida de la leyenda, que viene a salvarles.

—¡Pero eso no es cierto! —protestó Laurana, acercándose a Michael para que pudiera oírla. Sus brazos estaban llenos de rosas de invierno, cuya fragancia resultaba sofocante pero no osó ofender a nadie y prefirió conservarlas—. Yo no he surgido de ninguna fábula, sino del fuego, la oscuridad y la sangre. Ponerme al mando de las tropas fue una estratagema política de Gunthar, ambos los sabemos. Además, si mi hermano y Silvara no hubieran arriesgado sus vidas para devolvernos a los Dragones del Bien desfilaríamos por estas calles encadenados por los ejércitos de la Reina Oscura.

—¡Bah! Lo que a ellos favorece también es bueno para nosotros —susurró Michael, mirando de soslayo a la Princesa elfa mientras respondía a los vítores de la multitud—. Hace unas semanas ni siquiera habríamos podido mendigar al Señor de la Ciudad un mendrugo de pan seco y ahora, gracias a ti, Áureo General, ha aceptado albergar a los soldados en la urbe, suministrarlos alimentos y caballos y en definitiva darnos cuanto necesitemos. Los jóvenes pelean por enrolarse en nuestras filas, que se incrementarán en más de mil contingentes antes de que partamos hacia Dargaard. Y has elevado la moral de nuestros combatientes. Recuerda en qué estado se hallaban los caballeros de la Torre del Sumo Sacerdote, y observa el cambio que se ha obrado en su actitud.

En efecto, les vi divididos en facciones rivales, sumidos en el deshonor, porfiando y confabulándose unos contra otros. Fue preciso que muriera un hombre noble y valiente para que volvieran a unirse —pensó Laurana con tristeza.

La muchacha cerró los ojos. La barahúnda, el aroma de las rosas —que evocaban en su memoria la imagen de Sturm—, el agotamiento de la batalla y el calor que emanaba del sol primaveral se entremezclaron para aplastarla en una ola sofocante. Tan intenso era su mareo que temió desmayarse, si bien esta idea se le antojó divertida. ¿Qué impresión causaría a los presentes que el Áureo General se desmoronase como una flor marchita?

De pronto rodeó su talle un fuerte brazo.

—Resiste, Laurana —dijo Gilthanas sosteniéndola. Silvara estaba a su otro lado y recogió las rosas, a punto de desprenderse de su debilitado pecho. La Princesa elfa sacó fuerzas de flaqueza y, tras emitir un suspiro, abrió los ojos para dedicar una sonrisa al Señor de la Ciudad, que concluía en aquel instante su segundo discurso entre atronadores aplausos. Estoy atrapada —pensó Laurana. Tendría que permanecer en su puesto el resto de la tarde repartiendo sonrisas y saludos, soportando encendidas arengas en las que ensalzarían su heroísmo una y otra vez, cuando lo que en realidad deseaba era acostarse en una alcoba fresca y umbría para descansar al menos durante unas horas. Todo aquello era una mentira, una vergonzosa patraña. ¡Si supieran la verdad quienes ahora la admiraban! ¿Por qué no se levantaba y confesaba que estaba tan asustada en las

interminables batallas que tan sólo recordaba los detalles en sus pesadillas? ¿Por qué no les decía que era un simple comodín de los Caballeros de Solamnia, y que el auténtico motivo de su presencia allí era que, como una niña consentida, había huido un día del hogar paterno para perseguir a un semielfo que ni siquiera la amaba? ¿Cuál sería la reacción de los ciudadanos ante tales confesiones?

—Y ahora —la voz del Señor de Kalamán resonó en la enfervorizada batahola—, es para mí un honor y un gran privilegio presentaros a la mujer que ha cambiado el rumbo de esta guerra, que ha puesto en fuga a los Dragones del Mal obligándoles a abandonar las llanuras para salvar sus vidas, que con ayuda de sus tropas ha capturado al perverso Bakarís, Comandante de los ejércitos de los Dragones, y que inscribirá su nombre junto al de Huma como uno de los más bravíos guerreros de Krynn. Dentro de una semana cabalgará hacia el alcázar de Dargaard para exigir la rendición de la mandataria enemiga conocida por el sobrenombre de la «Dama Oscura»...

Las aclamaciones del gentío ahogaron su voz. Hizo una pausa, acompañada de un ademán grandilocuente, antes de estirar la mano hacia atrás y arrastrar a Laurana junto a sí.

—¡Lauranthalasa, de la casa real de Qualinesti! —anunció.

Tan ensordecedor era el griterío que pareció reverberar contra los altos muros de piedra. Laurana contempló aquel mar de bocas abiertas y ondeantes banderolas, y comprendió apesadumbrada que no era el relato de su miedo lo que la muchedumbre quería oír. Ya tienen bastante con el suyo —se dijo—. Nada quieren saber de muerte y negrura. Esperan historias de amor, de esperanza y de Dragones Plateados. Como todos nosotros.

Respirando hondo Laurana se volvió hacia Silvara para, una vez recuperadas las flores, alzarlas en el aire e iniciar su discurso frente a la jubilosa audiencia. Tasslehoff Burrfoot disfrutaba de lo lindo. No le había resultado difícil eludir la vigilante mirada de Flint y deslizarse de la plataforma en la que le habían ordenado permanecer con los otros dignatarios. Mezclado con el gentío, podía, al fin, explorar de nuevo aquella interesante ciudad. Tiempo atrás había visitado Kalamán con sus padres y guardaba entrañables recuerdos de su mercado al aire libre, del puerto donde se hallaban ancladas numerosas naves de blanco velamen y en definitiva de las múltiples maravillas que encerraba el lugar.

Deambuló ocioso entre la festiva muchedumbre, espíandolo todo con sus curiosos ojos sin cesar de embutir objetos en sus bolas. ¡Qué descuidados eran los habitantes de Kalamán! Los saquillos de dinero habían adquirido en este burgo la extraña costumbre de caer de los cintos de las personas en las palmas abiertas de Tas. Tantos anillos y bagatelas fascinantes descubrió que imaginó que la calzada estaba cubierta de joyas en lugar de adoquines.

El kender se sintió transportado al reino mismo de la felicidad cuando se tropezó con un puesto de cartografía cuyo dueño, para colmo de dichas, había ido a contemplar el desfile. Estaban sus compuertas atrancadas con candado, y un gran rótulo donde se leía la palabra «Cerrado» se balanceaba colgado de un gancho.

Qué lástima, pero estoy seguro de que a su propietario no le importará que inspeccione sus mapas —pensó. Estirando la mano, manipuló la pieza metálica con su proverbial destreza y esbozó una sonrisa. Unos pequeños tirones y se abriría sin oponer resistencia—. No debe preocuparle mucho mantener a raya a los curiosos cuando pone un candado tan frágil. Sólo me asomaré al interior para copiar algunos documentos y actualizar así mi colección —se dijo a sí mismo.

De pronto Tas sintió la presión de una mano en su hombro. Indignado de que alguien osara importunarlo en un momento como aquél, el kender dio media vuelta para enfrentarse a una extraña figura que se le antojó vagamente familiar. Vestía una gruesa túnica cubierta por una no más liviana capa, pese a que el día primaveral no hacía sino caldearse a medida que avanzaba. Incluso tenía las manos envueltas en retazos de tela que parecían vendas. Vaya, un clérigo — pensó, molesto y preocupado.

—Os pido disculpas —susurró Tas al individuo que le mantenía sujeto—. No pretendo ser grosero, pero...

—¿Burrfoot? —interrumpió el clérigo con una gélida voz que delataba cierto problema de pronunciación—. ¿El kender que lucha junto al Áureo General?

—En efecto —respondió Tas, halagado al saberse reconocido. Ese soy yo. Hace ya tiempo que cabalgo en las filas de Laura... es decir, del Áureo General. Veamos, creo que todo empezó el pasado otoño. Sí, la conocimos en Qualinesti poco después de escapar de los carromatos de los goblins, y esto último sucedió algo más tarde de que matáramos a un Dragón Negro en Xak Tsaroth. ¡Ah, qué bella historia! —había olvidado por completo los mapas—. Estábamos en aquella antiquísima ciudad que se había hundido en una caverna y se hallaba atestada de enanos gully. Nos guiaba una enana llamada Bupu, que había sido hechizada por Raistlin...

—¡Silencio! —le atajó el clérigo a la vez que su vendada mano iba del hombro de Tasslehoff al cuello de su camisa y, aferrándolo con gran habilidad, lo retorció en una súbita sacudida que izó al kender por los aires.

Aunque las criaturas de esta raza suelen ser inmunes al miedo, Tas juzgó su imposibilidad de respirar como una sensación de lo más incómoda.

—Escúchame atentamente —ordenó el individuo con voz siseante, zarandeando al asombrado kender como haría un lobo a laavecilla apresada para romperle el cuello—. Eso está mejor, quédate quieto y te dolerá menos. Tengo un mensaje para el Áureo General —su voz era queda pero letal—. Está aquí. —Tas notó que una mano áspera embutía algo en el bolsillo de su zamarra—. Asegúrate de entregárselo esta misma noche, cuando se encuentre sola. ¿Has comprendido?

Asfixiado como estaba Tas no pudo despegar los labios ni tan siquiera asentir, pero parpadeó dos veces. La encapuchada cabeza se inclinó, dejó caer al kender y se alejó rauda y sigilosa por una calle.

Mientras se esforzaba por recuperar el resuello el turbado Tasslehoff contempló a la figura que caminaba con rumbo desconocido, ondeando al viento los pliegues de su capa. Palpó entonces el pergamino que el desconocido había introducido en su bolsillo,

al mismo tiempo que la silbante voz evocaba desagradables recuerdos en su mente: la emboscada en el camino de Solace, criaturas encapuchadas con aspecto de clérigos... ¡pero no lo eran! Tas se estremecía. ¡Un draconiano aquí, en Kalamán! Meneando la cabeza, el kender se volvió de nuevo hacia el puesto de cartografía. Pero se había disipado el placer que sintiera antes de aquel encuentro, ni siquiera se animó cuando se liberó el candado en su pequeña mano.

—¡Eh, tú! —ordenó una voz—. ¡Abandona ahora mismo este lugar!

Un hombre corría hacia él, resoplando y con el rostro enrojecido. Probablemente se trataba del cartógrafo.

—¡No era necesario precipitarse! —dijo el kender sosegado—. Eres muy amable de acudir a abrirme, pero puedo hacerlo yo mismo.

—¡Abrirte! —rugió el otro, presa de un iracundo temblor en la mandíbula—. ¡Ladronzuelo! Suerte que he llegado a tiempo...

—Gracias de todos modos— Tas depositó el candado en la palma del hombre y se alejó, eludiendo con ademán distraído el furibundo esfuerzo del cartógrafo para apresarle.

—Debo irme, no me encuentro bien. Por cierto, ¿sabías que se ha roto tu candado? No sirve para nada. Ten más cuidado de ahora en adelante, nunca se sabe quién puede husmear en tu puesto. No, no me des las gracias. Ahora no tengo tiempo. Adiós.

Tasslehoff siguió caminando, mientras resonaban a su espalda gritos de «¡Al ladrón! ¡Atrapadle!» Apareció en escena un guardián ciudadano, que al cruzarse con él lo obligó a penetrar en una carnicería para evitar que lo atropellara. El kender meneó la cabeza en un gesto desaprobatorio frente a la corrupción del mundo, y examinó su entorno con las esperanzas de atisbar al culpable. No vio a nadie interesante, de modo que reanudó la marcha no sin preguntarse indignado cómo se las había arreglado Flint para perderle de nuevo.

Laurana cerró la puerta, dio vuelta a la llave y se apoyó aliviada en la gruesa hoja de madera gozando de la paz, el silencio y la acogedora soledad de su dormitorio. Tras arrojar la llave sobre la mesa caminó cansina hacia el lecho, sin tomar la precaución de encender una vela. Los rayos de la argéntea luna se filtraban por la vidriera cromada de la larga y angosta ventana.

Abajo, en las estancias inferiores del castillo, se oían todavía las alegres voces de la fiesta que había abandonado. Era casi medianoche, y había pasado horas tratando de escapar. Al fin Michael intervino en su favor, aludiendo al agotamiento que le causarían las numerosas batallas libradas induciendo a los nobles de la ciudad de Kalamán que la dejaran retirarse.

Le dolía la cabeza por la viciada atmósfera, el intenso aroma de los perfumes y el exceso de vino. Comprendió que no debería haber bebido tanto pues dos copas de

alcohol solían bastar para marearla y, además, ni siquiera le gustaba. Pero la migraña era más fácil de soportar que el mal que atenazaba su corazón.

Se desmoronó sobre la cama y pensó aturdida en levantarse para cerrar los postigos, pero el brillo de la luna se le antojó reconfortante. Laurana detestaba acostarse en la oscuridad, donde creía ver criaturas que la acechaban entre las sombras dispuestas a arrojarse sobre ella. Debo desnudarme —se dijo—, el vestido se arrugará y me lo han prestado.

Alguien llamó a la puerta. Laurana se incorporó con sobresalto, despertando de su momentáneo sopor, pero al reconocer su alcoba lanzó un suspiro y volvió a cerrar los ojos. Sin duda sus visitantes creerían que dormía y se alejarían sin molestarla.

Los nudillos volvieron a aporrear la madera, esta vez con más insistencia.

—Laurana.

—Lo que tengas que comunicarme puede esperar hasta mañana, Tas —respondió, tratando de no delatar su enojo.

—Es importante, Laurana —se obstinó el kender—. Me acompaña Flint.

Se oyó un forcejeo al otro lado de la puerta.

—¡Vamos, díselo!

—¡Ni hablar! Es asunto tuyo y...

—Pero aquel individuo me aseguró que era de la máxima Urgencia que...

—De acuerdo, enseguida os atiendo —se resignó Laurana y, abandonando el lecho a regañadientes, tanteó la mesa en busca de la llave, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta en par en par.

—¡Hola, Laurana! —le saludó jovialmente Tas a la vez que entraba en la estancia—. ¡Nos han obsequiado con una espléndida bienvenida! Nunca antes había probado el pavo asado...

—¿Qué sucede, Tas? —le interrumpió la muchacha con un suspiro, cerrando la puerta a su espalda.

Al ver su rostro pálido y contraído Flint pellizcó al kender en el brazo. Dedicando al enano una mirada llena de reproche Tas revolvió el interior del bolsillo de su lanuda zamarra y extrajo un pergamino, anudado mediante una cinta azul.

—U-un clérigo, o al menos eso aparentaba s-ser, me ordenó que te entregara esto —balbuceó Tasslehoff.

—¿Eso es todo? —preguntó Laurana impaciente, arrancando el rollo de la mano del kender—. Sin duda se trata de otra proposición de matrimonio, he recibido una veintena

en la última semana y me abstengo de mencionar las invitaciones a entrevistas más singulares.

—¡Oh, no! —protestó Tas, ahora con voz grave—. No es nada de eso, Laurana. En realidad quien te envía este mensaje es... —se interrumpió.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió ella clavando en el kender una mirada penetrante.

—Verás, le di un vistazo antes de... —admitió avergonzado. Pero pronto recuperó la confianza y añadió—: Sólo lo hice porque no quería importunarte con una visita sin importancia.

Flint no pudo contener un resoplido.

—Gracias —dijo la joven y, mientras desplegaba el pergamino, se acercó a la ventana donde la luz lunar bastaría para permitirle su lectura.

—Será mejor que te dejemos sola —propuso Flint en actitud ceñuda, empujando al reticente kender hacia la puerta.

—¡No, aguardad! —suplicó Laurana con un hilo de voz. Flint se apresuró a volverse al sentir el desmayo de la muchacha.

—¿Estás bien? —preguntó, corriendo en su ayuda en el instante mismo en que se desplomaba sobre una silla—. ¡Tas, ve en busca de Silvara!

—No, no traigáis a nadie. Enseguida me repondré. ¿Conocéis su contenido? —Al hablar tendió la mano para entregarles el inquietante mensaje.

—Intenté comunicárselo a Flint —respondió Tasslehoff dolido—, pero se negó a escucharme.

Con trémulo gesto, Laurana agitó el pergamino frente al enano. Este último lo asió y lo leyó en voz alta.

—Tanis el Semielfo recibió una herida en la batalla del alcázar de Vingaard. Aunque en un principio creyó que era leve, ha empeorado tanto que ni siquiera los magos de Túnica Negra pueden socorrerle. Ordené su traslado al alcázar de Dargaard, donde me será más fácil cuidar de él. Tanis conoce la gravedad de su estado y solicita hallarse a tu lado cuando muera, para poder explicarte lo sucedido y descansar en paz.

»Quiero proponerte lo siguiente: Tienes prisionero a uno de mis oficiales, Bakarís, que fue capturado cerca de las Montañas Vingaard. Estoy dispuesta a realizar un intercambio entre Tanis el Semielfo y este fiel servidor de mi ejército. La operación se llevará a cabo mañana al amanecer, en una arboleda situada detrás de la muralla de la ciudad. Espero que acudas con Bakarís, y si desconfías de mis intenciones pueden también acompañarte los amigos de Tanis, Flint Fireforge y Tasslehoff Burrfoot. ¡Pero nadie más! El portador de esta nota aguarda junto a la puerta con instrucciones de

recogerme a la salida del sol. Si no advierte nada sospechoso en tu actitud, te escoltará hasta el lugar donde se encuentra el semielfo. De lo contrario nunca verás Tanis vivo

»Te hago este ofrecimiento porque somos dos mujeres que se comprenden mutuamente.

»Kitiara».

Se produjo un tenso silencio, que rompió Flint al emitir un receloso suspiro mientras enrollaba de nuevo el pergamino.

—¿Cómo puedes mantener la calma? —exclamó Laurana exasperada, arrancando la misiva de la mano del hombrecillo—. Y tú —sus ojos se clavaron ahora en Tasslehoff—, ¿por qué no me informaste de inmediato? ¿Cuánto tiempo hace que conoces estas nuevas? Leíste que él se moría, y te quedaste tan... tan...

La muchacha hundió el rostro entre sus palmas abiertas. Tas la contempló boquiabierto y, pasado el primer instante de desconcierto, decidió hablar.

—Laurana, no creerás de verdad que Tanis... La Princesa elfa levantó la cabeza y miró de hito en hito a los dos compañeros, con una extraña nebulosa empañando sus oscuros ojos.

—No creéis ni una sola palabra de lo que hay escrito en este papel, ¿me equivoco? —preguntó dubitativa.

—No, no te equivocas —confesó Flint.

—No —corroboró el kender—. ¡Es una estratagema! Me lo dio un draconiano y, además, Kitiara es ahora una Señora del Dragón. ¿Qué haría Tanis en semejante compañía?

Laurana apartó abruptamente el rostro. Tasslehoff calló y lanzó una mirada de soslayo a Flint, cuyo rostro parecía haber envejecido de forma súbita.

—Empiezo a comprender —declaró el enano sin delatar sus sentimientos—. Te vimos hablar con Kitiara en el muro de la Torre del Sumo Sacerdote. No sólo discutíais sobre la muerte de Sturm, ¿verdad?

Laurana asintió sin despegar los labios, fijos sus ojos en las manos que reposaban en su regazo.

—No quise revelároslo —murmuró con una voz apenas audible—, no perdía la esperanza de que... Kitiara dijo que había dejado a Tanis en un lugar llamado Flotsam para ocuparse de todo durante su ausencia.

—¡Embustera! —se apresuró a imprecar Tas.

—No —la joven Princesa meneó la cabeza—. Tiene razón cuando afirma que somos dos mujeres que se comprenden mutuamente. No mintió, lo sé muy bien. En la Torre mencionó el sueño. ¿Lo recordáis? —añadió alzando el rostro.

Flint asintió turbado, mientras Tasslehoff cruzaba las piernas y volvía a separarlas en actitud nerviosa.

—Sólo Tanis podía haberle relatado aquel sueño que todos compartimos —prosiguió Laurana, venciendo el nudo que se había formado en su garganta—. En aquella imagen onírica se me aparecieron juntos, del mismo modo que presentí la muerte de Sturm. Todas las predicciones se hacen realidad...

—No estoy de acuerdo —la interrumpió Flint, aferrándose a los hechos tangibles como se asiría un náufrago a un listón de madera—. Tú misma dijiste que habías presenciado tu muerte en el sueño, poco después de la de Sturm, y sin embargo estás viva. Ni tampoco fue despedazado el cuerpo del caballero.

—Es evidente que yo no he sucumbido como preconizaba tu sueño —agregó Tas—. He forzado numerosas cerraduras, o por lo menos unas cuantas, y ninguna de ellas estaba envenenada. Además, Laurana, Tanis nunca...

Flint lanzó a Tasslehoff una muda advertencia, y este último se sumió en el silencio.

—Sí, lo haría. Ambos lo sabéis. La ama. —Tras una breve pausa, la muchacha declaró—. Acudiré a esa cita y entregaré a Bakaris.

Flint suspiró. Presentía esta reacción.

—No te precipites en tu juicio.

— Flint —le atajó ella—. Si Tanis recibiera un mensaje comunicándole que estabas a punto de morir, ¿cómo crees que actuaría?

—Ésa no es la cuestión —farfulló el interpelado.

—Si tuviera que penetrar en los Abismos y luchar contra mil dragones, no dudaría en enfrentarse a ellos para ayudarte...

—Quizá no lo haría —respondió Flint con cierta brusquedad—. No si fuera el general de un ejército, si tuviera responsabilidades o dependieran de él cientos de seres vivos. Sabría que podía contar con mi comprensión.

Tan imperturbable, fría y pura se tomó la expresión de Laurana que su rostro parecía esculpido en mármol.

—Nunca solicité esas responsabilidades, no las deseaba. Fingiremos que Bakaris ha escapado...

—¡No cedas, Laurana! —le suplicó Tas—. El fue el oficial que devolvió los mutilados cuerpos de Derek y del Comandante Alfred cuando estábamos en la Torre del Sumo

Sacerdote, el oficial a quien heriste en el brazo con la flecha. ¡Te odia, Laurana! Observé cómo te miraba el día en que le capturamos.

Flint frunció el entrecejo.

—Los nobles y tu hermano siguen abajo. Discutiremos el mejor modo de llevar este asunto...

—No pienso discutir nada —lo atajó una vez más la resuelta joven, alzando el mentón con un ademán imperativo que el enano conocía bien—. Yo soy el general y tomaré mis propias decisiones.

—Deberías buscar el consejo de alguien...

Laurana contempló al hombrecillo entre amarga y divertida.

—¿De quién? ¿De Gilthanas quizá? ¿Qué iba a decirle? ¿Que Kitiara y yo queremos intercambiar amantes? No, no revelaré el secreto a ningún mortal. A fin de cuentas, ¿qué harían los caballeros con Bakaris? Ejecutarle según el ritual de sus ancestros. Me deben algo por cuanto he hecho, y me tomaré a ese oficial como recompensa.

—Laurana —Flint intentaba desesperadamente traspasar aquella gélida máscara—, existe un protocolo que debe respetarse en el intercambio de prisioneros. Tienes razón, eres el general, ¡pero no estoy seguro de que hayas comprendido la importancia de tu cargo! Viviste en la corte de tu padre el tiempo suficiente para... —acababa de cometer un grave error. Lo supo en el momento en que la frase brotó de sus labios, y gruñó para sus adentros.

—¡Ya no estoy allí! —exclamó, enfurecida, Laurana—. ¡Y en cuanto al protocolo, por lo que a mí concierne puede tragárselo el Abismo!

Poniéndose en pie fijó en Flint una indiferente mirada, como si acabaran de presentárselo. En aquel instante el enano la recordó tal como la había visto en Qualinesti la noche en que había abandonado su hogar para seguir a Tanis movida por un pueril enamoramiento.

—Gracias por traerme el mensaje, pero tengo mucho que hacer antes de que amanezca. Si profesáis algún afecto a Tanis, os ruego que volváis a vuestras habitaciones y no comentéis con nadie cuanto hemos hablado.

Tasslehoff consultó a Flint con los ojos, sinceramente alarmado. Ruborizándose, el enano se apresuró a limar asperezas como mejor pudo.

—Te ruego, Laurana, que no tomes a mal mis palabras. Si tu decisión es irrevocable, puedes contar con mi ayuda. Me he comportado como un abuelo gruñón y maniático, pero sólo porque me preocupo por ti aunque seas nuestro general. Deberías dejar que te acompañe, tal como sugiere la nota...

—¡Y yo también! —vociferó Tas indignado. Flint le clavó una furibunda mirada, que pasó inadvertida a la muchacha. La expresión de Laurana se dulcificó al decir:

—Lamento mi rudeza y agradezco vuestro ofrecimiento. Sin embargo, creo que es preferible que vaya sola.

—No —se obstinó Flint—. Quiero a Tanis tanto como tú. Si existe la posibilidad de que esté muriendo... —se ahogó su voz y tuvo que hacer una pausa para enjugarse las lágrimas antes de tragar saliva y continuar deseando hallarme a su lado.

—Ése es también mi anhelo —farfulló el kender, ya apaciguado.

—De acuerdo —Laurana sonrió con tristeza—. No puedo reprochároslo, y sé que él se alegrará de veros.

Parecía estar totalmente convencida de su próximo encuentro con Tanis, así lo leyó el enano en sus ojos. Sin embargo, hizo un último esfuerzo.

—¿Y si es una trampa, una emboscada? La expresión de Laurana volvió a congelarse. Sus ojos se encogieron en rendijas fulgurantes, y la sugerencia de Flint se perdió en su crespa barba. Miró a Tas, quien meneó la cabeza.

El anciano hombrecillo emitió un hondo suspiro.

Capítulo 2

El precio del fracaso

—¡Ahí está, señor! —dijo el dragón, un enorme monstruo rojo de refulgentes ojos negros y una envergadura de alas tan dilatada como las sombras de la noche—. El alcázar de Dargaard. Esperad, podréis verlo con total claridad a la luz de la luna... cuando salgamos del banco de nubes.

—Lo veo —respondió una voz cavernosa. El dragón, al oír la punzante ira que festoneaba las palabras del hombre, inició su rauda descenso trazando interminables espirales mientras tanteaba las corrientes de aire entre las montañas. El animal espizó con cierto nerviosismo la fortaleza rodeada por las rocosas brechas de las aserradas

montañas, en busca de un lugar donde pudiera posarse suavemente. Nada bueno podía sacarse de zarandear a Ariakas.

En el extremo septentrional de las Montañas Dargaard se erguía su destino: el alcázar del mismo nombre, tan oscuro y ominoso como propagara la leyenda. En un tiempo, cuando el mundo era aún joven, el alcázar de Dargaard había engalanado los altos picos de los cerros, alzándose sus claros muros sobre el peñasco con una grácil belleza sólo comparable a los pétalos de una rosa abiertos al rocío. Pero ahora, pensó apesadumbrado Ariakas, la flor se había agostado. El Señor del Dragón no era un hombre poético, ni tampoco se dejaba influir por las imágenes que ofrecía la naturaleza vista desde el aire. Sin embargo, el castillo desmoronado, ennegrecido por el fuego, que se divisaba sobre la roca se asemejaba tanto a una rosa marchita en un socarrado arbusto que no pudo por menos que contemplar su desolado contorno. Las lóbregas celosías que se extendían entre las ruinosas torres ya no formaban el cuerpo de la flor, sino que más bien se asemejaban a la red del insecto cuya ponzoña la había matado.

El enorme Dragón Rojo trazó un último círculo. El muro sur, que rodeaba el patio, se había desplomado un millar de pies por el precipicio durante el Cataclismo, dejando paso franco a las puertas del alcázar. Lanzando un hondo suspiro de alivio el animal oteó el liso suelo de baldosas únicamente surcado por ocasiones hendiduras en la piedra y, en consecuencia, idóneo para un perfecto aterrizaje. Incluso los dragones, que apenas conocían el temor en el mundo de Krynn, preferían evitar la ira de Ariakas.

En el patio se desplegó una febril actividad, que recordaba a la de un hormiguero turbado por la repentina proximidad de una avispa. Los draconianos vociferaban y apuntaban hacia el cielo, mientras el capitán de la guardia nocturna corría entre las almenas sin cesar de asomarse al interior de la plaza. y tenían buenas razones para tal desasosiego. Una escuadra de Dragones Rojos estaba aterrizando en el patio, uno de ellos montado por un oficial cubierto en la inequívoca armadura de su rango. El capitán observó inquieto cómo el jinete saltaba de la silla antes de que se detuviera su cabalgadura. El dragón agitó furiosamente las alas para no golpear al oficial, levantando una nube de polvo a su alrededor que se confundió con la que también provocó el hombre en la iluminada noche, al atravesar con ademán resuelto el espacio que le separaba de la puerta. El eco de sus pisadas resonó en las piedras como un tañido de muerte.

Cuando imprimió esta imagen en su mente, el capitán ahogó una exclamación; había reconocido al oficial. Dando media vuelta, con tanta premura que casi tropezó con un draconiano, recorrió la fortaleza sin cesar de lanzar imprecaciones contra éste en busca de Garibanus, comandante en funciones.

Ariakas descargó su acerado puño sobre la puerta principal del alcázar con un golpe atronador que alzó un remolino de astillas. Los draconianos corrieron a abrir y retrocedieron con abyecto servilismo cuando el Señor del Dragón irrumpió en el interior acompañado por una ráfaga de aire frío que apagó las velas e hizo oscilar las llamas de las antorchas.

Lanzando una fugaz mirada tras la brillante máscara de su yelmo, Ariakas vio un amplio vestíbulo circular cubierto por un vasto techo abovedado. Dos gigantescas escalinatas de trazo curvado se alzaban a ambos lados de la entrada, y conducían hasta un balcón que

circundaba la planta superior. Al examinar su entorno sin reparar apenas en los viles draconianos, Ariakas vio aparecer a Garibanus por una puerta próxima a la parte superior de la escalera, abotonando sus calzones a la vez que se embutía una camisa por la cabeza. El capitán de la guardia permanecía tembloroso a su lado y señalaba con el índice al Señor del Dragón.

No le resultó difícil a Ariakas adivinar de qué compañía disfrutaba unos momentos antes el comandante en funciones. Aparentemente reemplazaba al perdido Bakaris en más de una faceta.

¡De modo que es ahí donde está ella! —exclamó para sus adentros, sin poder reprimir un gesto de satisfacción. Atravesó acto seguido el vestíbulo y emprendió el ascenso de la escalera, saltando los peldaños de dos en dos mientras los draconianos se apartaban como ratas asustadas. El capitán de la guardia desapareció, y Garibanus sólo cobró la bastante compostura para dirigirse a Ariakas cuando éste había salvado la mitad de la escalera.

—S-señor —balbuceó, introduciendo el repulgo de la camisa bajo el cinto de sus calzones antes de bajar presuroso a su encuentro—. V-vuestra visita es un honor inesperado.

—No creo que inesperado sea la palabra —respondió el mandatario con una voz que sonaba extrañamente metálica en las profundidades de su yelmo.

—Quizá no —dijo Garibanus esbozando una débil sonrisa.

Ariakas continuó el ascenso, fija la mirada en una de las puertas del piso. Comprendiendo el destino inmediato de su señor, Garibanus se interpuso en su camino.

—Señoría —dijo en tono de disculpa—, Kitiara se está vistiendo. No tar...

Sin despegar los labios, sin ni siquiera hacer una pausa en su resuelta marcha, Ariakas cerró su enguantada mano Y propinó un severo golpe al comandante en la caja torácica. Se produjo un sonido silbante similar al de un fuelle al expulsar el aire, sucedido por un estrépito de huesos quebrados y un seco crujido cuando la fuerza de la embestida arrojó el cuerpo del soldado contra el muro que jalonaba la escalera, situado a diez yardas de distancia. El maltrecho individuo se deslizó en silencio hasta el inicio de la escalera, el Señor del Dragón no lo advirtió. Sin volver la vista atrás culminó el ascenso, prendidos los ojos de la puerta que había llamado su atención.

Ariakas, comandante en jefe de los ejércitos de los Dragones e informador personal de la Reina de la Oscuridad era un hombre brillante, poseedor de un singular talento en los asuntos militares. Casi había obtenido el mando del continente de Ansalon y en privado empezaba a hacerse llamar «Emperador». Su reina estaba muy complacida con sus servicios, prodigándole obsequios y magnas recompensas.

Pero ahora sentía que su bello sueño de grandeza se escurría entre sus dedos como el humo de las fogatas otoñales. Le habían comunicado que sus tropas huían en desbandada de las llanuras de Solamnia abandonando la plaza de Palanthas, retirándose del alcázar de Vingard y desbaratando sus planes de sitiar Kalamán. Los elfos se

habían aliado con las fuerzas de los humanos en las Islas Ergoth. Los Enanos de las Montañas habían surgido de su sede subterránea en Thorbardin y, si los informes no mentían, se habían asociado a sus antiguos enemigos, los Enanos de las Colinas, y a un grupo de refugiados en un intento de ahuyentar de Abanasinia a los ejércitos de los Dragones. Silvanesti había recobrado la libertad, un Señor del Dragón había perdido la vida en el Muro de Hielo y, a juzgar por los rumores, los abyectos enanos gully gobernaban Pax Tharkas.

Mientras evocaba en su memoria tales eventos Ariakas encendió su ánimo hasta convertirse en una furia viviente. Pocos sobrevivían al enojo de este personaje, pero nadie lo había hecho a su furia.

El estratega heredó su elevado rango de su padre, que había sido un hechicero de reconocido ascendiente sobre la Reina de la Oscuridad. Pese a contar tan sólo cuarenta años, Ariakas ostentaba su cargo desde hacía casi veinte pues su progenitor había tenido una muerte precoz a manos de su propio hijo. En su más tierna infancia el ahora alto dignatario había visto cómo su padre asesinaba brutalmente a su madre, quien había tratado de huir con su retoño antes de que se convirtiera en un ser cruel y pervertido como su esposo.

Aunque siempre trató a su padre con aparente respeto, Ariakas no olvidó el espantoso fin de la mujer que le diese la vida. Estudió con ahínco, despertando en su vigilante predecesor un desmedido orgullo. Muchos se preguntaron si tan exaltada emoción le abandonó cuando sintió las primeras punzadas del cuchillo que clavó en su cuerpo aquel muchacho de diecinueve años para vengar su vil homicidio, con los ojos fijos, sin embargo, en el asiento honorífico que su padre ocupaba en la corte de la Reina de la Oscuridad.

Tan ominoso suceso no supuso una gran tragedia para ésta, quien no tardó en descubrir que el joven Ariakas era idóneo para reponer la pérdida de su servidor favorito. No sentía una gran inclinación hacia los usos clericales, pero sus dotes de mago le valieron el ingreso en la Orden de la Túnica Negra y las recomendaciones de los brujos perversos que le educaron. Aunque superó las terribles Pruebas en las Torres de la Alta Hechicería, las artes arcanas no figuraban entre sus aficiones. Rara vez las practicaba, y nunca vistió los ropajes que denotaban su autoridad como conocedor de los más esotéricos ritos.

La auténtica pasión de Ariakas era la guerra. Fue él quien concibió la estrategia que permitiría a los Señores de los Dragones y sus ejércitos subyugar casi en su totalidad el continente de Ansalon. Fue él quien consiguió que apenas se tropezaran con resistencia, pues había propugnado la necesidad de actuar con rapidez para aniquilar a los divididos humanos, elfos y enanos antes de que pudieran unirse. En el próximo verano, y de acuerdo con sus previsiones, Ariakas debía gobernar Ansalon sin oposición por parte de amigos ni rivales. Los Señores de los Dragones que imponían su voluntad en otros continentes de Krynn le profesaban una envidia manifiesta... y también cierto temor. Sabían que aquella criatura ambiciosa no se conformaría con un solo reino, y lo cierto era que había puesto los ojos en el oeste, en la ribera opuesta del Mar de Serrion.

Pero el imprevisto giro de la guerra no preconizaba ahora sino el desastre.

Al posar la mano en el picaporte del dormitorio de Kitiara, Ariakas halló la puerta atrancada. Pronunció con entero aplomo una palabra en el lenguaje de la magia y la madera estalló por los aires, en una lluvia de chispas luminosas y llamas azules que le franquearon el acceso a la alcoba con la mano cerrada sobre la empuñadura de su espada.

Kit estaba tendida en el lecho. En cuanto vio a Ariakas se levantó, a la vez que cubría su contorneado cuerpo con una bata de tonalidades argénteas. Pese a su iracundo humor, el mandatario no pudo por menos que admirar a aquella mujer que, entre sus numerosos oficiales, se había ganado su confianza más que ningún otro. Aunque su llegada la había cogido desprevenida, y sabía que su vida corría serio peligro por haberse dejado derrotar, se enfrentó a él con serenidad. Ningún destello de miedo iluminaba sus oscuros ojos, ningún susurro escapó de sus labios.

Su actitud sólo sirvió para enfurecer aún más a Ariakas, al recordarle la decepción que le había causado. Se desprendió sin pronunciar palabra de su yelmo y lo arrojó al otro lado de la estancia donde se estrelló contra una cómoda de madera labrada astillándola como si fuera de vidrio.

Cuando contempló el desnudo rostro de Ariakas, Kitiara perdió momentáneamente el control y se acurrucó en la cama sin cesar de estrujar con nerviosismo las cintas de su bata.

Pocos eran los que podían mirar el semblante de Ariakas sin amedrentarse. Era la suya una faz desprovista de toda emoción humana, e incluso su ira se manifestaba tan sólo en una ligera vibración del músculo que recorría su mandíbula. Su larga melena negra ondeaba en torno a sus lívidos rasgos, mientras que la barba de un día asumía matices azulados en su lisa piel. Y, en cuanto a sus negros ojos, eran gélidos como un lago cubierto de hielo.

Ariakas se plantó de un salto en uno de los lados del lecho y, rasgando los cortinajes que lo envolvían, estiró la mano y agarró el cabello corto y crespo de la joven para, acto seguido, arrastrarla fuera de las sábanas y lanzarla contra el pétreo suelo.

Kitiara cayó con violencia, emitiendo una queda exclamación de dolor. Pero se recobró enseguida, y empezaba a incorporarse en actitud felina cuando la voz de su oponente la paralizó.

—Ponte de rodillas, Kitiara —dijo. Despacio y con deliberación, desenvainó su refulgente espada mientras hablaba—. Ponte de rodillas e inclina la cabeza, como los condenados en el patíbulo. Porque yo soy tu verdugo, Kitiara. Así pagan su fracaso los oficiales asignados a mi mando.

La muchacha adoptó la postura indicada, pero alzó la mirada hacia él. Al advertir cómo ardía en sus ojos la llama del odio, Ariakas agradeció el contacto de su arma. Una vez más se sentía obligado a admirarla; incluso en presencia de un fin inminente no asomaba el temor en sus facciones. Éstas sólo reflejaban el desafío de su alma.

Enarboló su acero, pero no descargó el golpe mortal. Unos gélidos dedos aprisionaron la muñeca con que lo sostenía.

—Creo que antes deberías escuchar la explicación del reo —declaró una voz cavernosa.

Ariakas era un hombre fuerte. Podía arrojar una lanza con suficiente ímpetu como para que atravesara de parte a parte el cuerpo de un caballo, o romper el cuello de cualquier adversario mediante un simple giro de su mano. Sin embargo, no logró deshacerse de la fría garra que estrujaba su muñeca. Al fin, con un grito agónico, dejó caer la espada, que se estrelló estrepitosamente contra el suelo.

Todavía turbada, Kitiara se incorporó y ordenó a su esbirro con un gesto inequívoco que soltara a Ariakas. El dignatario dio media vuelta, al mismo tiempo que alzaba el brazo para invocar la magia que había de reducir a cenizas a su osado agresor.

De pronto se detuvo. Perdido el resuello, retrocedió y el hechizo que se disponía a formular se desvaneció de su mente.

Se erguía frente a él una criatura de su misma estatura, ataviada con una armadura tan antigua que evocaba la época ya remota del Cataclismo. Caracterizaba aquel metálico uniforme a los Caballeros de Solamnia y en su pectoral se perfilaba el símbolo de la Orden de la Rosa, apenas visible a causa de los estragos del tiempo. La figura que lo portaba no se cubría con ningún yelmo, ni presentaba arma alguna. Sin embargo Ariakas, al contemplarla, dio un nuevo paso atrás. No se hallaba frente a un ser vivo.

El rostro de aquel ser era translúcido, se podía ver a través de su contorno el muro del fondo de la estancia. Una pálida luz oscilaba en sus cavernosos ojos, que miraban hacia la lejanía como si también pudieran traspasar el opaco cuerpo de su oponente.

—¡Un Caballero de la Muerte! —susurró sobrecogido el mandatario.

Se acarició la maltrecha muñeca, insensibilizada por el helor que le transmitiera aquel morador de reinos privados del calor de la carne viviente. Más asustado de lo que osaba admitir, Ariakas se agachó para recoger su espada mientras farfullaba un encantamiento para desvirtuar los efectos de tan mortífero contacto. Cuando volvió a incorporarse lanzó una mirada de reproche a Kitiara, quien le observaba con una maliciosa sonrisa.

—¿Esta criatura está a tu servicio? —preguntó ásperamente.

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo para prestarnos ayuda recíproca —respondió ella encogiéndose de hombros.

Ariakas la contempló con recelosa admiración y, dirigiendo al Caballero de la Muerte una mirada de soslayo, envainó su acero.

—¿Suele frecuentar tu dormitorio? —siguió inquiriendo.

Ahora su muñeca era presa de un punzante dolor...

—Va y viene a su antojo —contestó Kitiara. Recogió en actitud despreocupada los pliegues de su bata en torno a su cuerpo, al parecer más para protegerse del fresco aire primaveral que en una reacción pudorosa y, con un escalofrío, se pasó la mano por su rizado cabello y añadió—: A fin de cuentas, éste es su castillo.

Ariakas guardó silencio, perdida en lontananza su mirada a la vez que su mente rememoraba antiguas leyendas.

—¡Soth! —exclamó, de pronto, volviéndose hacia la sombría figura—. El Caballero de la Rosa Negra.

El aludido hizo una leve reverencia en señal de asentimiento.

—Había olvidado la vieja historia del alcázar de Dargaard —susurró Ariakas sin apartar sus ahora reflexivos ojos de Kitiara—. Posees más temple del que nunca te concedí, señora, si te has atrevido a fijar tu residencia en un lugar maldito. Según la leyenda, el caballero Soth dirige una tropa de guerreros espectrales...

—Una fuerza muy eficaz en la batalla —le interrumpió la joven con un bostezo y, acercándose a una mesa situada junto a la chimenea, levantó una jarra de cristal tallado—. Su mero roce —prosiguió sonriente— puede hacer que... pero sin duda conoces sus efectos sobre quienes desconocen las artes mágicas necesarias para defenderse contra él. ¿Un poco de vino?

—¿Dónde están las elfas oscuras, los espíritus femeninos que siempre le siguen? —inquirió Ariakas observando de nuevo la faz translúcida del caballero.

—En algún lugar del castillo. —Kit volvió a estremecerse y, llenando una copa, se la tendió—. Lo más probable es que no tardes en oírlas. Como sin duda imaginas, Soth nunca duerme y sus damas le ayudan a pasar las largas veladas. —Por un instante la muchacha palideció, y se llevó a los labios la copa que ofreciera a su huésped. Pero la posó en la mesa sin sorber su contenido, presa su mano de un ligero temblor—. No resulta agradable —sentenció, antes de cambiar de tema—. ¿Qué has hecho con Garibanus?

Sin pensar siquiera en refrescar su reseca garganta con el tino, Ariakas contestó en ademán displicente:

—Lo dejé en la escalera.

—¿Muerto? —indagó Kitiara, al mismo tiempo que vertía el rojizo líquido de la jarra en una copa vacía para de nuevo obsequiar al Señor del Dragón.

—Quizá. Se interpuso en mi camino. ¿Acaso te importa?

—Su compañía era... entretenida —confesó Kitiara—. Ha ocupado el lugar de Bakaris en varios aspectos.

—¡Ah, sí! Bakaris — Ariakas engulló al fin el recio mosto—. Tengo entendido que tu primer oficial fue capturado como un necio cuando tus tropas se dieron a la fuga.

—Tú lo has dicho, era un necio —respondió lacónica Kitiara—. Se obstinó en montar a lomos de un dragón pese a estar aún tullido.

—Conozco la historia. ¿Qué le ocurrió en el brazo?

—La mujer elfa le clavó una de sus flechas en la Torre del Sumo Sacerdote. Cometió un error, y ha pagado por él. Le había retirado del mando, nombrándole miembro de mi guardia personal, pero insistió en redimirse.

—No parece lamentar su pérdida —apuntó el dignatario ti observando la actitud de la muchacha. Su bata, anudada sólo en el cuello, apenas ocultaba su cimbreante cuerpo.

—No, Garibanus es un espléndido sustituto —admitió Kit—. Espero que no le hayas matado, será un auténtico fastidio tener que buscar a otro para que viaje a Kalamán mañana.

—¿Qué vas a hacer en Kalamán, prepararte para una rendición incondicional frente a la mujer elfa y los caballeros? —preguntó con amargura Ariakas, despertando de nuevo. Su ira bajo los efectos del vino.

—No —contestó Kitiara, antes de sentarse en una silla rente al irritado oficial y clavarle una fría mirada—. Me preparo para aceptar su rendición.

—¡Ja! —se mofó Ariakas—. No son imbéciles. Creen estar ganando, y no se equivocan. —Enrojeció su rostro cuando levantó la jarra y la vació en su copa—. Debes la vida a tu Caballero de la Muerte, Kitiara, pero sólo por esta noche. No siempre estará junto a ti como un fiel paladín.

—Mis planes están obteniendo mejores resultados de lo que nunca imaginé —afirmó con voz queda la interpelada sin dejarse desconcertar por la furibunda mirada de Ariakas—. Si te he engañado a ti, mi señor, no me cabe la menor duda de que también el enemigo ha caído en la trampa.

—¿Puedo saber de qué modo me has engañado? —inquirió él en una actitud tan serena como mortífera—. ¿Pretendes insinuar que no estás perdiendo la batalla en todos los frentes, que no serás pronto expulsada de Solamnia? ¿Quieres hacerme creer que las lanzas Dragonlance y los Dragones del Bien no nos han infligido una ignominiosa derrota? —Elevaba su voz a cada palabra que pronunciaba.

—¡Así es! —lo espetó Kitiara, encendidos sus ojos en un inefable fuego. Estirando el cuerpo sobre la mesa, la muchacha agarró la mano de Ariakas en el instante en que éste se disponía a levantar la copa—. En cuanto a los dragones bondadosos, mis espías me han asegurado que su regreso se debe a la intervención de un Príncipe elfo y de un reptil plateado. Al parecer lograron introducirse en el templo de Sanction y descubrieron lo que allí se hacía con sus huevos. ¿De quién fue la culpa? ¿Cómo pudieron burlar la vigilancia? La custodia de ese lugar era tu responsabilidad...

Furioso, Ariakas liberó su mano de la firme garra de Kitiara. Arrojó entonces la copa de vino contra una pared de la estancia y se puso en pie para enfrentarse a tal acusación.

—¡Por los dioses, has ido demasiado lejos! —vociferó, quedando casi sin aliento.

—No adoptes conmigo tan absurda postura —le advirtió Kit y, levantándose a su vez, atravesó la habitación—. Sígueme al gabinete de guerra y te explicaré mis planes.

Ariakas contempló el mapa de la zona septentrional de Ansalon, y admitió:

—Podría funcionar.

—Funcionará —recalcó Kitiara, bostezando y desperezándose en lánguido ademán—. Mis tropas han huido de las huestes enemigas como conejos asustados. Peor para ellos si los caballeros no han sido lo bastante astutos para advertir que siempre se dirigen hacia el sur, ni para preguntarse por qué mis fuerzas parecían fundirse y desvanecerse en el aire. Mientras hablamos, mis ejércitos se están concentrando en un protegido valle que se encuentra detrás de estas montañas. Dentro de una semana un contingente de varios millares de guerreros marchará sobre Kalamán. La pérdida de su Áureo General destruirá su moral, y la ciudad capitulará sin ofrecer la más mínima resistencia. Desde allí recuperaré la tierra que creen habernos arrebatado. Concédeme el mando de las tropas que ahora guía ese inútil de Toede, envíame las ciudadelas voladoras que te he pedido, y todos en Solamnia quedarán convencidos de haber sido arrasados por un nuevo Cataclismo.

—Pero la mujer elfa.

—No debemos preocuparnos por ella, caerá en la trampa —le aseguró Kitiara.

—Me temo que ése es el punto flaco de tu estrategia —declaró Ariakas meneando la cabeza—. ¿Qué me dices del semielfo? ¿Puedes garantizarme que no interferirá?

—Lo que él pueda hacer carece ahora de importancia. Es la mujer quien cuenta, y está enamorada.—La Señora del Dragón se encogió de hombros—. Borra esa mueca de tu rostro, Ariakas, lo que afirmo es la pura verdad. Laurana confía demasiado en mí y muy poco en Tanis el Semielfo. Así sucede siempre cuando alguien quiere a otro, el ser amado es el que nos aparece como el menos fiable; fue una suerte que Bakaris cayera en sus manos.

Al percibir una leve alteración en su voz el dignatario lanzó una penetrante mirada a su oponente, pero ésta había apartado el semblante y lo mantenía oculto. Al instante comprendió que no se sentía tan segura como aparentaba, y supo que le había mentado. ¡El semielfo! ¿Por qué no quería hablar de él? ¿Dónde estaba aquel individuo? Ariakas había oído hablar de él, aunque nunca le había visto. Especuló sobre la posibilidad de presionarla en ese punto, mas pronto cambió de opinión. Era mejor guardar para sí el conocimiento de que le ocultaba algo, pues de este modo ejercería cierto poder frente a tan peligrosa mujer. Dejaría que se relajase en su supuesta complacencia.

—¿Qué harás con la elfa? —preguntó con un fingido bostezo para respaldar su indiferencia. Sabía que ella esperaba tal reacción por su parte, de todos era conocida la pasión que profesaba por las doncellas rubias y delicadas.

—Lo lamento, amigo mío —dijo Kitiara enarcando las cejas y espiándole con gesto socarrón—, pero Su Alteza Oscura ha exigido que se le entregue la dama. Quizá te la ceda cuando haya terminado con ella.

Ariakas se estremeció antes de comentar despreciativamente:

—¡Bah! Entonces no me servirá para nada. Dásela a Soth, tu secuaz. Si mis recuerdos son exactos, solían gustarle las mujeres elfas.

—En efecto —susurró Kit. De pronto sus ojos se encogieron en meras rendijas, a la vez que alzaba la mano—. Escucha —añadió con un hilo de voz.

Ariakas guardó silencio. Al principio no oyó nada, pero de modo gradual penetró en sus tímpanos un extraño sonido. Era un hondo lamento, como si un centenar de mujeres se hubieran reunido para llorar a sus muertos. Los ecos quejumbrosos aumentaron, rasgando la quietud de la noche.

El Señor del Dragón se sobresaltó al percibir el temblor de sus manos. Alzó la vista hacia Kitiara, percatándose de la palidez que asomaba debajo de su tez curtida. Tenía los ojos muy abiertos pero cuando se sintió observaba los entornó y, tras tragar saliva, humedeció sus resecaos labios.

—Terrible, ¿verdad? —farfulló con voz entrecortada.

—Me enfrenté a muchos horrores en las Torres de la Alta Hechicería, mas eran menudencias comparados con esto. ¿Qué significan tan pavorosos murmullos? —preguntó el mandatario.

—Sígueme —le invitó Kit poniéndose en pie—. Si tienes el temple necesario, te mostraré la escena.

Abandonaron juntos el gabinete de guerra y Kitiara guió al Señor del Dragón por los sinuosos corredores del castillo hasta alcanzar de nuevo su dormitorio. Una vez situados en la galería que jalonaba el espacioso vestíbulo del techo abovedado, Kit advirtió a su acompañante:

—Intenta permanecer en la sombra.

Ariakas pensó que no era precisa tal recomendación mientras continuaba su sigiloso avance por el pasillo abierto. Asomándose a la barandilla de la galería el férreo dignatario se sobrecogió ante la espantosa visión que se reveló a sus ojos y, sudoroso, se retiró con toda la rapidez que pudo hacia la penumbra de la alcoba de Kitiara.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó cuando la muchacha entró tras él y cerró la puerta en silencio—. ¿Sucede lo mismo todas las noches?

—Sí —fue la trémula respuesta. La joven respiró hondo Y cerró unos momentos los ojos para recobrar el control de sus nervios—. En ocasiones creo haberme acostumbrado, y cometo el error de contemplar de nuevo lo que ahora también tú has visto. El cántico no es desagradable...

—Yo lo encuentro fantasmagórico —replicó Ariakas a la vez que se enjugaba el frío sudor que iluminaba su rostro—. De modo que Soth se sienta en su trono todas las veladas, rodeado por sus guerreros espectrales y por las tenebrosas mujeres de su séquito para arrullarse en su horrible melodía...

—Siempre entonan la misma canción —explicó Kitiara. Con aire ausente, asió la jarra de vino vacía y volvió a posarla en su bandeja—. Aunque su pasado le atormenta, no puede sustraerse a él. Suele pasar horas meditando, preguntándose qué podría haber hecho para eludir el triste destino que le obliga a deambular permanentemente por su reino sin un minuto de descanso. Las sombrías elfas, que desempeñaron un importante papel en su caída, reviven su historia con él. Cada noche se repite la escena, y yo me veo obligada a escuchar sus lamentos.

—¿Conoces la letra del cántico?

—Casi tan bien como él mismo. —Un escalofrío paralizó la sonrisa que trató de dedicar a su huésped—. Ordena que nos traigan otra jarra de vino y, si tienes tiempo, te relataré los hechos.

—Tengo tiempo —le aseguró Ariakas arrellanándose en su silla—. Aunque debo partir al amanecer si quieres que te envíe las ciudadelas.

Kit esbozó de nuevo aquella inefable sonrisa que tantos hombres juzgaban cautivadora.

—Gracias, mi señor —musitó—. No volveré a defraudarte.

—Espero que no —respondió fríamente Ariakas—, porque si lo haces su sino —inclinó la cabeza en dirección al vestíbulo, donde los lamentos se habían convertido en un sonoro y ensordecedor aullido— se te antojará benigno comparado con el tuyo.

El caballero de la rosa negra

—Como sabes —empezó Kitiara—, Soth fue un noble y leal Caballero de Solamnia. Pero también fue un hombre apasionado, carente de disciplina, y ésa fue la causa de su declive.

»Soth se enamoró de una bella doncella elfa, discípula del Príncipe de los Sacerdotes de Istar. Estaba entonces desposado, pero su mujer se desvaneció de sus pensamientos en cuanto contempló la hermosura de la muchacha. Rompiendo sus sagrados votos de esposo y caballero se abandonó por completo a su pasión para, valiéndose del engaño, seducir a su amada y traerla al alcázar de Dargaard con encendidas promesas de

matrimonio. Su cónyuge desapareció en circunstancias siniestras. Si son ciertas las estrofas de la canción, la muchacha elfa permaneció fiel al caballero incluso después de descubrir su terrible felonía. Suplicó a la diosa Mishakal que concediera a su amado la oportunidad de redimirse y, al parecer, sus oraciones tuvieron respuesta. Se concedió al caballero Soth el poder de evitar el Cataclismo, aunque al hacerlo debía sacrificar su propia vida.

»Fortalecido por el tierno afecto de la muchacha que había subyugado, Soth partió hacia Istar con la intención de detener al Príncipe de los Sacerdotes y rehabilitar su maltrecho honor.

»Pero el caballero fue interceptado en el camino por unas mujeres elfas, todas ellas discípulas del mandatario de Istar que, sabedoras de su crimen, amenazaron con arruinarle. Para debilitar los efectos del amor de su hermana de raza lo convencieron de que le había sido infiel durante su ausencia.

»Las pasiones de Soth se adueñaron por completo de él, destruyendo su cordura. Presa de unos feroces celos regresó al alcázar de Dargaard e, irrumpiendo en el vestíbulo, acusó a la muchacha inocente de haberle traicionado. En aquel momento se produjo el Cataclismo. La gran lámpara del techo se precipitó desde su soporte y consumió en incontables llamas tanto a la joven elfa como a su pequeño hijo. Antes de morir, la que fuera leal amante envolvió al caballero en una maldición por la que lo condenaba a una vida eterna y pavorosa. Soth y sus seguidores perecieron también en el incendio para renacer más tarde en la espectral forma que ahora presentan.

—Así que eso es lo que rememora —susurró Ariakas aguzando el oído.

Y en el clima de los sueños,
cuando la recuerdes, cuando se propague el universo
onírico y la luz parpadee,
cuando te acerques al confín del sol y la bondad..

Nosotras avivaremos tu memoria,
te haremos experimentar todo aquello de nuevo,
a través de la perenne negación de tu cuerpo.

Porque al principio fuiste oscuro en el seno vacío de la luz
y te extendiste como una mancha, como una úlcera.

Porque fuiste el tiburón que en el agua remansada
comienza a moverse.

Porque fuiste la escamosa testuz de un áspid,
sintiendo para siempre el calor y la forma.

Porque fuiste la muerte inexplicable en la cuna,
la traición hecha hombre.

Y aún más terrible que todo esto fuiste,
pues atravesaste un callejón de visiones
incólume, inmutable.

Cuando aullaron las mujeres desgarrando el silencio,
partiendo la puerta del mundo
para dar paso franco a indecibles monstruos...

Cuando un niño abrió sus entrañas en parábolas de fuego,
en las fronteras
de dos reinos ardientes...

El mundo se dividió, deseoso de engullirte,
deseoso de entregarlo todo
para extraviarte en la noche.

Todo lo atravesaste incólume, inmutable,
pero ahora los ves
engarzados por nuestras palabras —por tu concepción
al salir de la noche— en la lucidez de la negrura,
y sabes que el odio es la paz del filósofo,
que su castigo es imperecedero,
que te arrastra entre meteoros,
entre la transfixión del invierno,
entre rosas marchitas,
entre las aguas del tiburón,
entre la negra compresión de los océanos,
entre rocas, entre el magma...
hasta ti mismo, un absceso intangible
que reconoces como la nada,
la nada que volverá una y otra vez
bajo las mismas reglas.

Capítulo 3

La trampa

Bakaris dormía en su celda con intervalos de vela. Aunque jactancioso e insolente durante el día, torturaban sus noches sueños eróticos en los que se le aparecía Kitiara entremezclados con pesadillas donde presenciaba su ejecución a manos de los Caballeros de Solamnia... o acaso era su ejecución a manos de Kitiara. Nunca lograba determinar, cuando se despertaba chorreando sudor frío, qué había sucedido. Acostado en su calabozo en las silenciosas horas nocturnas e incapaz de vencer su insomnio, Bakaris maldecía a la mujer elfa que había sido la causante de su derrota, y una y otra vez planeaba su venganza, si aquella detestable criatura caía en su poder.

Estaba Bakaris pensando en todo esto durante su consumidor duermevela, cuando el ruido de una llave en el cerrojo de su celda le obligó a incorporarse. Casi había amanecido, y se aproximaba la hora de las ejecuciones. ¡Quizá los caballeros venían a buscarle!

—¿Quién es? —preguntó con tono abrupto.

—Silencio —le ordenó una voz—. No correrás ningún peligro si guardas silencio y haces lo que se te diga.

Bakaris se sentó atónito en su catre. Había reconocido la voz, ¿cómo no? Noche tras noche le había hablado en sus anhelantes ensoñaciones. ¡La mujer elfa! El oficial distinguió otras dos figuras en la penumbra; eran de pequeña talla, y comprendió que se trataba del enano y del kender. Siempre acompañaban a la elfa.

Se abrió la puerta y la mujer se deslizó hasta el interior. Se cubría con una holgada capa y sostenía otra en la mano.

—Apresúrate —le urgió—. Ponte esta prenda.

—No hasta saber qué pretendes —replicó Bakaris receloso, aunque su corazón danzaba de júbilo.

—Vamos a cambiarte por... otro prisionero —explicó Laurana.

El oficial frunció el ceño, no quería delatar su ansiedad.

—No te creo —declaró, volviendo a tumbarse en el catre—. Es una trampa...

—¡Poco me importa lo que creas! —lo interrumpió Laurana con impaciencia—. Vendrás con nosotros aunque tenga que dejarte antes inconsciente. No me preocupa tu estado mientras pueda exhibirte ante Ki... ante la persona que quiere verte.

¡Kitiara! De modo que era ella quien le reclamaba. ¿Qué se proponía, a qué jugaba? Bakaris vaciló, no confiaba en Kit más que ella en su propia lealtad. Era muy capaz de utilizarle para conseguir sus propósitos, sin duda era lo que estaba haciendo ahora, pero quizá él podría utilizarla a su vez. ¡Si supiera a qué se debía aquel extraño canje! El rostro pálido, rígido de Laurana disipó sus cavilaciones, pues resultaba evidente que estaba resuelta a cumplir su amenaza. No tenía otra alternativa que ceder a sus deseos.

—Me temo que no me queda más elección que obedecer —dijo.

La luna se filtraba a través de los barrotes de la ventana en la mugrienta celda, iluminando el rostro de Bakarís. Había permanecido varias semanas confinado, pero ignoraba cuántas porque había perdido el sentido del tiempo. Cuando estiró la mano para recoger la capa sus ojos se cruzaron con los de la mujer elfa, que le miraba con obstinada frialdad sólo teñida por un destello de repugnancia.

Consciente de su importante papel en aquella confabulación, Bakarís elevó la mano sana y se rascó la crecida barba.

—Su señoría sabrá disculparme —comentó sarcástico—, pero los celadores de vuestro establecimiento no han hallado oportuno proporcionarme una cuchilla con la que rasurarme. Conozco el disgusto que causa a los de vuestra raza la visión del vello facial.

Bakarís comprobó sorprendido que sus palabras herían a Laurana. El rostro de la muchacha palideció, sus labios se tornaron blancos como la nieve. Sólo un supremo esfuerzo le permitió controlarse.

—¡Muévete! —lo apremió con voz ahogada. Al oírla, el enano entró en el calabozo empuñando su hacha guerrera.

—El general no ha podido hablar más claro —declaró—, de modo que no te entretengas. No entiendo cómo nadie puede cambiar tu miserable carcasa por Tanis...

—¡Flint! —lo silenció Laurana en un tenso ademán. De pronto se hizo la luz. El plan de Kitiara tomó forma en el pensamiento del oficial.

—¡Así que vais a canjearme por Tanis! —exclamó sin cesar de observar el semblante de Laurana. No advirtió ninguna reacción, la elfa se mantuvo tan impávida como si hubiera mencionado a un extraño en lugar de al hombre que, según Kitiara, se había adueñado de sus más tiernos sentimientos. Lo intentó de nuevo, tenía que verificar su teoría—. De todos modos yo no lo definiría como un prisionero, a menos que se llame así a los cautivos del amor. Sin duda Kit se ha cansado de él, ¡pobre infeliz! Le echaré de menos, son muchas las cosas que unos unen...

Ahora sí se produjo una reacción. Vio cómo su oponente apretaba sus delicadas mandíbulas, a la vez que sus hombros temblaban bajo la capa. Sin pronunciar palabra Laurana dio media vuelta y salió de la celda.

Bakarís supo que había acertado. Aquel misterio estaba relacionado con el barbudo semielfo, aunque no logró desentrañarlo hasta el fondo. Tanis abandonó a Kit en Flotsam. ¿Acaso había vuelto a su encuentro? ¿Había regresado junto a ella? Guardó silencio, arropándose en la capa. En realidad no le importaba. Utilizaría esta información para perpetrar su venganza. Al recordar la expresión contraída de Laurana bajo la luz de la luna Bakarís dio gracias a la Reina Oscura por los favores que le prodigaba, en el momento en que el enano le sacaba a empellones de la fría celda.

El sol aún no había asomado por levante, aunque una borrosa línea rosada en el horizonte preconizaba el amanecer. Reinaba la oscuridad en la ciudad de Kalamán, callada y solitaria tras una jornada de continua algazara. Todos dormían, e incluso los centinelas bostezaban en sus puestos cuando no caían en un invencible sopor que se reconocía por sus sonoros ronquidos. Fue fácil para las cuatro embozadas figuras recorrer las calles sin ser vistas hasta alcanzar una puerta lateral de la muralla.

—Éste es el acceso a una escalera que conduce a la cúspide del muro, de allí a un pasillo que jalona las almenas y por último a otro tramo descendente en el lado exterior—susurró Tasslehoff, revolviendo una de sus bolsas en busca de sus herramientas para forzar la cerradura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Flint, también con voz queda, mientras lanzaba una nerviosa mirada a su alrededor.

—Visitaba Kalamán con frecuencia cuando era niño —explicó Tas. Una vez hubo encontrado el estrecho alambre que había de servirle en su propósito, sus pequeñas pero hábiles manos lo introdujeron en el ojo metálico. Mis padres solían traerme, y siempre entrábamos y salíamos por este conducto.

—¿Por qué no utilizabais la puerta principal? ¿Os parecía quizá demasiado sencillo? —gruñó Flint.

—¡Date prisa! —ordenó Laurana, presa de una incontenible impaciencia.

—Nos habría gustado hacerlo —dijo Tas sin cesar de manipular el alambre—. ¡Ya está! —exclamó de pronto y, retirando el fino instrumento, lo devolvió cuidadosamente al saquillo. Empujó entonces la vieja puerta, mientras continuaba—: ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Nos habría causado un gran placer poder utilizar el acceso principal, pero los kenders tenían prohibido entrar en la ciudad.

—¡Eso no os impidió visitarla! —replicó el enano, siguiendo a Tas hasta un angosto tramo de escaleras de piedra. Apenas prestaba atención al kender, pues estaba demasiado ocupado en espiar los movimientos de Bakaris. A su entender se comportaba con excesiva docilidad, y por otra parte Laurana se había encerrado en sí misma y sólo despegaba los labios para proferir desabridas órdenes.

—Verás, lo cierto es —contestó Tas mientras escalaba los empinados peldaños con su proverbial buen humor— que los habitantes de la ciudad siempre pasaron por alto ciertas irregularidades. Quiero decir que era absurdo incluir a los kenders en la misma lista que a los goblins y, sabedores de este hecho, no nos molestaban una vez en el interior. Pero mis padres juzgaban una incorrección discutir con los guardianes, que estaban obligados a detenernos, y para evitar situaciones incómodas decidieron valerse de este discreto acceso lateral. Resultaba más fácil para todos. Ya estamos arriba. Abrid esa puerta, no suelen cerrarla con llave.

—¡Cuidado! Hay un centinela, tendremos que esperar hasta que se aleje.

Acurrucándose junto a la pared, se refugiaron en las sombras mientras el soldado avanzaba a trompicones por el corredor. Se diría que iba a dormirse en plena ronda. Al

fin desapareció, y el sigiloso grupo recorrió el mismo pasillo que dejara minutos antes el centinela para atravesar una nueva puerta en el extremo opuesto, bajar a toda prisa un tramo de escalera y encontrarse al otro lado de la muralla.

Estaban solos. Flint examinó su entorno, mas no descubrió vestigios de vida en la media luz que procedía al alba. Al sentir un ligero estremecimiento se arrojó en la capa, presa de una creciente aprensión. ¿Y si Kitiara decía la verdad? No era imposible que Tanis estuviese con ella, quizá moribundo como afirmaba.

Irritado contra sí mismo, se obligó a desechar tan lóbregos pensamientos. Casi esperaba que les hubieran tendido una trampa. Aunque le resultaba difícil dejar de cavilar, le ayudó a liberarse de sus vagos temores un áspera voz que resonó en el aire, tan cercana que sustituyó su inquietud por un aterrorizado sobresalto.

—¿Eres tú, Bakaris?

—Sí. Me alegro de volver a verte, Gakhan.

Flint giró la cabeza, aún turbado, y vio surgir una oscura figura de las sombras de muro. Se cubría con una gruesa capa y con ropajes de abundantes pliegues, que le recordaron la descripción hecha por Tas del draconiano.

—¿Portan otras armas? —preguntó Gakhan dirigiendo una recelosa mirada al hacha de Flint.

—No —contestó lacónicamente Laurana.

—Regístrales —ordenó el recién llegado a Bakaris.

—Cuentas con mi palabra de honor —protestó la muchacha, más enojada a cada instante—. Soy una Princesa de Qualinesti...

El oficial dio un paso hacia ella, mientras declaraba:

—Los elfos respetan un código del honor muy particular, o al menos así lo afirmaste la noche en que traspasaste mi brazo con tu maldita flecha.

Laurana se ruborizó, mas no despegó los labios ni retrocedió ante su avance.

Plantándose frente a ella, Bakaris alzó el miembro tullido con la mano izquierda para a continuación dejarlo caer.

—Destruiste mi carrera, mi vida.

—He dicho que no estoy armada —insistió Laurana en una rígida postura donde no se adivinaba la más mínima emoción.

—Puedes registrarme a mí si lo deseas —se ofreció Tas, interponiéndose de forma accidental entre Bakaris y la joven—. ¡Mira! —Volcó el contenido de una de sus bolsas a, los pies de Bakaris.

—¡Maldito seas! —le imprecó el oficial, golpeando el kender en un lado de su cabeza.

—¡Flint! —advirtió Laurana al enano con los dientes apretados, pues había visto su rostro encendido de ira. Al oír su orden, el hombrecillo hizo un esfuerzo para contenerse y no correr en auxilio de su amigo.

—Lo lamento —dijo Tas mientras buscaba sus pertenencias, esparcidas por el suelo.

—Si tardáis mucho no necesitaremos alertar a la guardia —les recordó Laurana fríamente, resuelta a no temblar cuando sintiera el desagradable contacto de aquel individuo—. El sol brillará en el cielo y nos descubrirán de inmediato.

—La mujer elfa tiene razón, Bakaris —intervino Gakhan con su sibilante voz de reptiliano—. Quítale el hacha al enano y vayámonos cuanto antes.

Tras contemplar el ya claro horizonte y al encapuchado draconiano, Bakaris clavó en Laurana una agresiva mirada y se apresuró a arrancar el arma del brazo de Flint.

—No supone ninguna amenaza. ¿Qué podría hacernos un anciano como él? —farfulló el oficial una vez cumplido su deber.

—Muévete —apremió Gakhan a Laurana, ignorando a Bakaris—. Encamínate a esa arboleda y permanece oculta. No trates de llamar la atención de los centinelas; soy mago y mis hechizos resultan mortíferos. La Dama Oscura me dio instrucciones de respetar tu vida, general, pero nada me dijo respecto a tus amigos. Procura no olvidarlo.

Siguieron a Gakhan por la lisa explanada que circundaba la muralla en pos del bosquecillo, cobijándose en las sombras siempre que les era posible. Bakaris andaba junto a Laurana, quien mantenía la cabeza erguida con el firme propósito de no reconocer ni siquiera su presencia. Al llegar al límite de la arboleda Gakhan señaló con el dedo hacia su interior y anunció:

—Aquí están nuestras monturas.

—¡No os acompañaremos a ninguna parte! —se rebeló la Princesa elfa, mirando alarmada a las criaturas que el otro indicaba.

Al principio Flint creyó que se trataba de pequeños dragones, pero quedó sin resuello cuando se acercaron a los animales

—¡Salamandras aladas! —exclamó con un hilo de voz.

Pertenecientes a la familia de los dragones, las salamandras de Krynn eran menos corpulentas y pesadas que éstos, razón por la que los secuaces de la Reina de la Oscuridad las utilizaban a menudo para llevar mensajes como hacían los príncipes elfos con los grifos. Carentes de la inteligencia de los máximos exponentes de su raza, estos

reptiles se distinguían por su naturaleza cruel y destructiva. Las que ahora se hallaban posadas entre los árboles espiaban a los compañeros con los ojos enrojecidos y sus colas de escorpión enroscadas en actitud amenazadora. Su apéndice, terminado en una punta venenosa, podía matar a un enemigo en pocos segundos.

—¿Dónde está Tanis? —preguntó Laurana.

—Ha empeorado —respondió tajante Gakhan—. Si quieres verle, debes ir con nosotros al alcázar de Dargaard.

—No. —Laurana hizo ademán de retroceder, pero al instante sintió cómo la mano de Bakaris se cerraba firme sobre su brazo.

—No se te ocurra pedir ayuda —la amenazó—, pues si lo haces morirá uno de tus amigos. Bien, parece que vamos a realizar un corto viaje a Dargaard. Tanis es un amigo entrañable, y lamentaría mucho que no pudiera reunirse contigo como es su deseo —se volvió entonces hacia el draconiano para ordenarle—: Gakhan, regresa a Kalamán y notifícanos cuál es la reacción de sus habitantes cuando descubran que su general ha desaparecido.

Gakhan titubeó, mientras estudiaba cauteloso a Bakaris con sus ojos reptilianos. Kitiara le había advertido de que algo anormal podía suceder, y al instante comprendió lo que se proponía el oficial: perpetrar su propia venganza. Podía detenerle sin dificultad, pero existía la posibilidad de que durante el molesto forcejeo uno de los prisioneros escapase y corriese en busca de ayuda. Estaban demasiado cerca de la muralla de la ciudad para actuar libremente. ¡Maldito Bakaris! Gakhan emitió un gruñido, pues sabía que no tenía más alternativa que obedecer y esperar que Kitiara hubiera previsto esta contingencia. Encogiéndose de hombros, el draconiano se reconfortó a sí mismo con la idea de qué destino aguardaba al oficial cuando se presentase ante la Dama Oscura.

—Como quieras, comandante —susurró en actitud sumisa y, tras inclinarse en una reverencia, se desvaneció en las sombras. El grupo vio cómo su ágil figura se deslizaba entre los árboles en dirección a Kalamán. El semblante de Bakaris se tiñó de una ansiedad desconocida, a la vez que las marcadas líneas que rodeaban su barbuda boca crecían en crueldad.

—Vamos, general —instó a Laurana, empujándola hacia las salamandras aladas.

No obstante, en lugar de avanzar la muchacha elfa dio media vuelta para enfrentarse al siniestro individuo.

—Responde sólo a una pregunta —dijo a través de sus níveos labios—. ¿Es cierto que Tanis está con Kitiara? Según el mensaje fue herido en el alcázar de Vingard y ahora... agoniza.

Al ver la angustia que reflejaban sus ojos, no por su propia suerte sino por la del semielfo, Bakaris sonrió. Nunca había pensado que la venganza proporcionase tanta satisfacción.

—¿Cómo voy a saberlo? He pasado todo este tiempo confinado en tus hediondos calabozos. Pero se me hace difícil creer que le hayan herido, pues Kitiara nunca permitió que interviniera en la liza. Las únicas batallas que ha librado son las del amor...

Laurana ladeó la cabeza. El oficial se apresuró a apoyar la mano en su brazo en un gesto de fingida compasión, pero la Princesa se desembarazó indignada y dio media vuelta para mantener el rostro oculto.

—¡Mientes! —espetó Flint a Bakaris—. Tanis nunca permitiría a Kitiara que le tratase como a una simple marioneta...

—Tienes razón, enano —rectificó el oficial, comprendiendo que no debía extralimitarse en sus embustes si no quería ser descubierto—. Lo cierto es que él nada sabe de todo esto. La Dama Oscura le envió a Neraka hace varias semanas para preparar nuestra audiencia con la soberana.

—Tanis siempre había sentido un gran afecto por Kitiara —declaró Tas solemnemente dirigiéndose a Flint—. ¿Recuerdas aquella fiesta en «El Último Hogar»? Se celebraba la mayoría de edad de Tanis, que se había convertido en un adulto según las leyes de los elfos... ¡Vaya, aquélla sí que resultó una jugera divertida! Caramon recibió una jarra de cerveza en plena cabeza cuando agarró a Tika, y Raistlin por culpa del exceso de vino, conjuró mal su hechizo de fuego y quemó el mandil de Otik. Mientras Kit y Tanis permanecían abrazados en un rincón, junto al hogar...

Bakaris lanzó el kender una mirada de disgusto.

—Así estarás más segura, general—le susurró el abyecto oficial al oído—. No quiero que te caigas.

La muchacha se mordió el labio y fijó la vista en lontananza, en un denodado esfuerzo para contener las lágrimas.

—¿Siempre huelen tan mal estas criaturas? —inquirió Tas, escudriñando a la salamandra con repugnancia mientras ayudaba a montar a Flint—. Creo que deberíais persuadirlas de que se bañen...

—Cuidado con la cola —les advirtió Bakaris—. Las salamandras no suelen matar a menos que reciban una orden concreta, pero son muy picajosas y se enfurecen por tonterías.

—Co-comprendo —balbuceó Tas—. No era mi intención insultarlas. Estoy seguro de que pasado el primer efecto se acostumbra uno a sus efluvios.

Obedientes a la señal de Bakaris los animales desplegaron sus correosas alas y levantaron el vuelo, aunque despacio bajo tan inusitada carga. Flint se agarró al kender sin cesar de observar a Laurana que, junto al oficial, había tomado la delantera. El enano vio impotente cómo en diversas ocasiones aquel ser repugnante se inclinaba hacia la

Princesa y ella le rechazaba con brusquedad. Su semblante se tomó ceñudo ante tan desagradable espectáculo.

—¡Ese Bakaris proyecta alguna felonía! —farfulló el enano.

—¿Qué decías? —preguntó Tas girando la cabeza.

—¡Que debemos desconfiar de Bakaris! Estoy convencido de que actúa por cuenta propia en lugar de seguir órdenes. Al otro individuo, Gakhan, no le gustó en absoluto que le mandara alejarse.

—¿Cómo? ¡El viento me impide oírte!

—¡No importa, olvídalo!

—De pronto el enano se sintió mareado, apenas podía respirar. Tratando de desechar todo pensamiento sobre su estado contempló las copas de los árboles que, a sus pies, emergían de las sombras iluminadas por el sol naciente.

Tras una hora de vuelo en línea recta Bakaris hizo un gesto con la mano y las salamandras empezaron a trazar lentos círculos, en busca de un lugar despejado donde aterrizar sobre la boscosa ladera. El oficial atisbó al fin un lugar despejado, aunque apenas visible, entre la arboleda procedió a dar instrucciones a su animal. Una vez en el suelo, el jinete saltó de su montura.

Flint estudió el paraje presa de un vago temor. No habla vestigios de fortaleza alguna, ni tampoco de vida. Se hallaban en un pequeño claro, rodeado de altos pinos cuyas vetustas y gruesas ramas se entremezclaban en una maraña tal que impedían el paso de la luz solar. A su alrededor la espesura vibraba con los movimientos de inefables sombras, mientras que en un extremo del claro Flint distinguió la boca de una cueva cavada en la rocosa pared del risco.

—¿Dónde estamos? —preguntó Laurana con voz resuelta—. ¿Por qué nos detenemos? No nos hallamos en las inmediaciones del alcázar de Dargaard.

—Astuta observación, general —respondió Bakaris—. El alcázar se encuentra a una milla montaña arriba, pero todavía no nos esperan. La Dama Oscura desayuna tarde y sería una descortesía molestarla a una hora tan temprana, ¿no te parece? —miró entonces a Tas y Flint para ordenarles—: Vosotros dos, no desmontéis.

El kender, que se disponía a bajar a tierra, se paralizó al escuchar las instrucciones de su aprehensor.

Situándose junto a Laurana, Bakaris apoyó la mano en la testuz de la salamandra. Los ojos sin párpados del animal seguían todos sus movimientos con la misma expectación con que un perro espía el momento de recibir su comida.

—Venid, señora —dijo el oficial con una amabilidad letal mientras se inclinaba hacia la rehén, que permanecía sobre su montura observándole con actitud desdeñosa—. Tenemos tiempo para regalarnos con un... pequeño almuerzo.

Los ojos de la elfa lanzaron chispas fulgurantes, a la vez que se llevaba la mano al cinto con tanta convicción como si su espada se hallase en el lugar acostumbrado.

—¡Apártate de mí! —vociferó haciendo gala de una presencia de ánimo que hizo titubear a Bakarís si bien éste, recobrada su siniestra sonrisa, levantó el brazo y la sujetó por la muñeca.

—No, señora, no te conviene luchar. Fíjate en las salamandras y en tus amigos. Una palabra mía y sucumbirán a una muerte espantosa.

Contrayendo el rostro, la Princesa elfa contempló la cola de escorpión del reptil manteniéndose en equilibrio sobre la espalda de Flint. El animal se estremecía ante la perspectiva de aniquilar a una nueva víctima.

—¡No, Laurana...! —empezó a protestar el enano con un grito agónico, pero ella le dio a entender mediante un fulgurante destello de sus ojos que todavía era su general. Vaciada su faz de todo indicio de vida, permitió que Bakarís la ayudase a descender.

—Pensé que tendrías apetito —dijo el oficial en actitud complaciente.

—¡Deja que se vayan! —exigió Laurana—. Es a mí a quien quieres.

—Cierto —respondió él, a la vez que la rodeaba por la cintura—. Pero al parecer su presencia garantiza tu buen comportamiento.

—¡No te preocupes por nosotros, Laurana! —gruñó Flint.

—¡Cállate, enano! —le espetó furioso el oficial y, arrojando a la muchacha contra el cuerpo de la salamandra, se volvió para mirar a los compañeros. La sangre de Flint se heló en sus venas cuando descubrió la locura que albergaban los ojos de su oponente.

—C-creo que será mejor obedecerle —titubeó Tas tragando saliva—. Si no lo hacemos lastimará a Laurana.

—Tampoco hay que exagerar —replicó Bakarís con una carcajada—. Seguirá siendo útil a Kitiara para cualquier plan que haya concebido su diabólica mente. Pero no te muevas, enano, podría perder el control —amenazó al oír la iracunda aunque ahogada exclamación del hombrecillo. Se dirigió entonces a Laurana, en estos términos—: Estoy seguro de que a Kit no le importará que antes de entregarle a esta dama me divierta un poco con ella. No, no desfallezcas...

Era aquélla una ancestral táctica defensiva de los elfos. Flint la había visto practicar a menudo y se puso en tensión, presto para actuar mientras los ojos de la muchacha se desorbitaban y su cuerpo se desmoronaba.

Instintivamente, Bakarís se estiró para sostenerla.

—¡No, no te desmayes! Me gusta tratar con mujeres pletóricas de vida... ¡Ay!

Con una fuerza inusitada en una mujer, Laurana le propinó una patada en el estómago, con tal violencia que le dejó sin resuello. Retorciéndose de dolor, el oficial cayó hacia adelante en el momento en que la joven alzaba la rodilla y le daba un nuevo golpe en el mentón. Al ver a Bakaris desplomado sobre el polvo, Flint agarró al sobresaltado kender y se deslizó por el flanco de la salamandra.

—¡Corre, Flint! —lo apremió Laurana alejándose de su reptil y del individuo que gemía en el suelo—. Internaos en el bosque.

Pero Bakaris, desfigurado por la furia, extendió la mano y atrapó el tobillo de la muchacha, quien tropezó y cayó de bruces sin cesar de agitar las piernas en un intento de deshacerse de las garras de su adversario. Flint se armó con un arma arbórea y saltó sobre Bakaris cuando éste trataba de ponerse en pie pese al forcejeo de su cautiva. Sin embargo, el oficial oyó el grito de guerra del enano y, dándose la vuelta, le asestó una contundente bofetada con el dorso de su mano a la vez que, en un mismo impulso, agarraba el brazo de Laurana y la obligaba a incorporarse. Girando de nuevo el rostro lanzó una furibunda mirada a Tas, que había corrido junto a su inconsciente amigo.

—La dama y yo vamos a entrar en la cueva —declaró Bakaris con un hondo suspiro al mismo tiempo que daba un tirón al brazo de su víctima tan brutal que ésta emitió un grito de dolor—. Un sólo movimiento, kender, y le romperé ese precioso miembro. Una vez en el interior no quiero ser molestado. Llevo una daga en el cinto y pienso mantenerla atravesada sobre la garganta de la señora. ¿Has comprendido, pequeño necio?

—S-sí —tartamudeó Tasslehoff—. Nunca se me ocurriría interferirme. M-me quedaré aquí con Flint.

—No te adentres en la espesura, está guardada por patrullas de draconianos.

Mientras hablaba Bakaris empezó a arrastrar a Laurana hacia la gruta.

—N-no señor —susurró Tas, arrodillándose al lado del enano con los ojos muy abiertos.

Satisfecho, Bakaris lanzó una última e iracunda mirada al sumiso kender antes de empujar a la muchacha hacia la cueva. Cegada por las lágrimas, Laurana dio unos traspies. Como si necesitara recordarle que la tenía atrapada Bakaris retorció de nuevo su brazo, causándole un sufrimiento indescriptible. No había manera de liberarse de la inquebrantable garra de aquel individuo así que, sin dejar de maldecirse por haber caído en su trampa, Laurana trató de vencer su miedo y pensar con claridad. La experiencia que la aguardaba sería dura, la mano de su verdugo era fuerte, y su olor a humano evocaba en su memoria el de Tanis en medio de una angustia insuperable.

Adivinando sus elucubraciones, Bakaris la atrajo hacia él para frotar su hirsuta mejilla contra el suave rostro de la muchacha.

—Serás otra de las mujeres que haya compartido con el semielfo —farfulló con voz ronca... pero un instante después su voz se quebró en un balbuceo agónico.

La mano de Bakaris se cerró en torno al brazo de la joven con una presión difícil de resistir, para unos segundos más tarde aflojarse y soltar a su presa. Laurana se apresuró a escabullirse, resuelta a interponer cierta distancia y poder así encararse con él.

Brotaba la sangre entre los dedos del oficial, que habían palpado el costado en el lugar donde el pequeño cuchillo de Tasslehoff aún sobresalía de la herida. Desenvainando su propia daga, el abyecto individuo se abalanzó sobre el desafiante kender.

Algo estalló en las entrañas de Laurana, liberando una furia y un odio que ignoraba albergar. Desprovista de todo sentimiento de temor, y de la más ínfima inquietud sobre su propia suerte, sólo alimentaba una idea en su mente matar a aquel fanfarrón espécimen de la raza humana.

Con un grito salvaje se lanzó contra él, derribándolo. El agredido gruñó, antes de inmovilizarse a sus pies. Laurana luchó con denuedo para arrebatarle el arma pero pronto comprobó que su cuerpo permanecía inerte y se levantó despacio, temblando, como reacción a los tensos momentos anteriores.

Durante unos segundos no vio nada a través de la rojiza niebla que empañaba sus ojos. Cuando ésta se despejó, presenció cómo Tasslehoff giraba la carcasa de Bakaris. Estaba muerto, perdida su mirada en el cielo y con el rostro contraído en una honda expresión de dolor y sorpresa. Su mano aún aferraba la daga que había clavado en su propio vientre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó estremeciéndose de ira y repugnancia.

—Al arrojarle al suelo le has hecho caer sobre su acero —explicó Tas con calma.

—Pero antes...

—Le he traspasado con mi cuchillo —dijo el kender tras recuperar la diminuta arma—. ¡Y pensar que Caramon me aseguró que no serviría para nada a menos que me tropezase con un conejo rebelde! Estoy ansioso por contárselo. Verás, Laurana —añadió con triste acento—, todo el mundo desprecia a los miembros de mi raza. Bakaris debería haber registrado mis saquillos cuando se lo ofrecí, pero la confianza le perdió. Me ha gustado esa estratagema del desmayo.

—¿Cómo está Flint? —interrumpió la muchacha, que no quería recordar la terrible experiencia vivida. Sin saber qué hacía ni por qué, desprendió la capa de sus hombros y la extendió sobre el rostro barbudo de su enemigo—. Tenemos que salir de aquí.

—Se repondrá —la tranquilizó Tas observando al enano, que ya había empezado a gemir y agitar la cabeza—. ¿Qué pasará con las salamandras aladas? ¿Crees que nos atacarán?

—Lo ignoro —contestó Laurana. Dirigió una furtiva mirada a los animales, que espiaban su entorno atenazadas por un visible desasosiego pues no acertaban a comprender lo sucedido—. Se rumorea que no son demasiado inteligentes, y que tan sólo actúan por iniciativa ajena. Quizá si no hacemos ningún movimiento brusco

logremos escapar por el bosque antes de que adivinen la muerte de su amo. Ayuda a Flint.

—Vamos, Flint —urgió el kender mientras tiraba del brazo de su compañero—. Debemos huir cuan...

No concluyó la frase a causa del desgarrado grito que resonó en sus tímpanos, un grito tan preñado de terror que puso al kender los pelos de punta. Alzando los ojos, vio que Laurana contemplaba a una figura, al parecer, surgida de la cueva. Al advertir su presencia, azotó a Tas la más terrible sensación que había experimentado en su vida. Los pálpitos de su corazón se aceleraron, al mismo tiempo que se le helaban las manos y se formaba un nudo en su garganta, impidiéndole respirar.

—¡Flint! —consiguió exclamar a través de su estrangulamiento.

El enano, percibiendo un tono en la voz del kender que nunca había oído antes, se esforzó en incorporarse.

Tas sólo pudo extender el índice, y Flint centró su aún nublada visión en el punto que señalaba su amigo.

—¡En el nombre de Reorx! —farfulló—. ¿Qué es eso?

La figura avanzó con paso resuelto hacia Laurana quien, hechizada ante su dominio, permanecía rígida como una estatua. Pertrechaba tras una antigua armadura, la aparición se asemejaba a un Caballero de Solamnia, si bien el metal de su atavío estaba ennegrecido como si el fuego hubiera intentado quemarlo. Una luz anaranjada destellaba a través del yelmo, un yelmo que parecía sostenerse en el aire sin cobijar ningún rostro.

Cuando la figura extendió su armado brazo, Flint esbozó una exclamación de pánico. Aquel miembro no se terminaba en una mano, de tal modo que el caballero atrapó a Laurana con aire en lugar de dedos. Sin embargo, ella profirió un alarido de dolor, cayendo de rodillas frente a la fantasmal criatura. Inclino la cabeza y perdió el conocimiento a causa del gélido contacto del espectro, que se apresuró a liberar su presa para dejar que se deslizase inerte hasta el suelo. El supuesto caballero se agachó despacio, alzando a la muchacha en volandas.

Tas hizo ademán de moverse pero la criatura le envolvió en su centelleante luz y el kender se paralizó, contemplando mudo aquella llama anaranjada que reemplazaba a los ojos en su invisible rostro. Ni él ni Flint podían apartar la mirada, pese a que su terror era tan intenso que el enano temió perder la razón. Sólo la inquietud que despertaba Laurana en su ánimo le permitió conservar la compostura, mientras se repetía una y otra vez que tenía que hacer algo para salvarla. No obstante su tembloroso cuerpo rehusada obedecer a sus impulsos. La ígnea mirada del caballero había arrasado la voluntad de ambos.

—Volved a Kalamán —ordenó una voz cavernosa—, y decid a quien pueda interesarle que tengo a la mujer elfa. La Dama Oscura llegará mañana a mediodía para discutir las condiciones de la rendición de la ciudad.

El caballero dio media vuelta y, con su vibrante armadura, atravesó el cadáver de Bakaris como si ya no existiera antes de desaparecer entre las oscuras sombras de bosque con la inerte Laurana en los brazos.

En el instante en que se desvaneció el espectro se deshizo su encantamiento. Tas, débil y mareado, empezó a temblar de forma incontrolable mientras Flint intentaba ponerse en pie.

—Voy a perseguirle —susurró el enano, aunque sus manos se entrechocaban con tal violencia que apenas pudo alzarse del suelo.

—N-no —balbuceó Tasslehoff, contraído y pálido su rostro como si aún se hallara en presencia del caballero—. Sea quien fuere esa criatura no podemos enfrentarnos a ella. Un miedo invencible se ha apoderado de mí, Flint! —el kender meneó la cabeza en actitud desesperada—. Lo lamento, pero no puedo luchar contra ese... fantasma. Debemos regresar a Kalaman, quizá allí nos brinden ayuda.

Tas echó a correr hacia la espesura dejando a Flint absorto en la contemplación del lugar por donde había desaparecido Laurana, enfurecido e indeciso a un tiempo. Al fin surcaron su rostro las arrugas de la agonía y farfulló:

—Tienes razón, tampoco yo sería capaz de encararme con ese ser. Ignoro su procedencia, pero desde luego no pertenece a este mundo.

Antes de abandonar el paraje, Flint dirigió una última mirada a Bakaris, que yacía bajo la capa de Laurana. Una punzada de dolor traspasó su corazón, pero trató de desechar todo sentimiento para decir con una súbita certeza

—Mintió acerca de Tanis, al igual que Kitiara. ¡Sé que no está con ella! —el enano cerró el puño y añadió —desconozco el paradero del semielfo, pero algún día me enfrentaré a él y me veré obligado a confesarle... que... que he fallado. Me confió la custodia de la Princesa y he permitido que me la arrebaten.

La llamada de Tas le devolvió al presente. Suspirando, empezó a caminar tras el kender con la visión empañada a la vez que se frotaba el brazo izquierdo.

—¿Cómo explicárselo? —gemía en plena carrera— ¿cómo?,

Capítulo 4

Interludio de paz

—Escúchame —dijo Tanis lanzando una iracunda mirada al hombre que, impasible, se hallaba sentado frente a él—. Quiero respuestas. Nos arrojaste deliberadamente al remolino. ¿Por qué? ¿Conocías la existencia de este lugar? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sido de los otros?

Berem se hallaba delante de Tanis, acomodado en una silla de madera tallada donde se distinguían figuras de aves y otros animales con un diseño muy popular entre los elfos. A Tanis le recordaba el trono de Lorac en el predestinado reino de Silvanesti. Sin embargo, tal semejanza no calmó su enfurecido talante y, tras su máscara de indiferencia, también Berem ocultaba una vaga inquietud. Sus manos, demasiado jóvenes para el cuerpo de un hombre de mediana edad, pellizcaban sin tregua los andrajosos pantalones y sus ojos paseaban nerviosos por el singular entorno.

—¡Responde, maldita sea! —le imprecó Tanis a la vez que, abalanzándose sobre él, le agarraba por la camisa y le arrancaba de su asiento. Cuando sus firmes manos rodearon la garganta del piloto del Perechon una voz le advirtió:

—¡No, Tanis!

—Era Goldmoon, que se levantó como una exhalación y posó la mano en el brazo del semielfo. Pero este había perdido el control, su faz estaba tan desfigurada por el miedo y la ira que resultaba casi irreconocible. En un frenético esfuerzo para evitar el desastre la mujer de las Llanuras arañó los dedos que apresaban a Berem—. ¡Riverwind, deténlo!

El interpelado asió a Tanis por las muñecas y lo apartó del piloto, sujetándolo entre sus fuertes brazos.

—¡Déjalo, Tanis!

Durante unos segundos el semielfo forcejeó, mas al fin se agotaron sus energías y emitió un trémulo suspiro.

—Es mudo —le recordó Riverwind con tono firme— Aunque quisiera responderte no puede hablar.

—Sí puedo.

Los tres se paralizaron, acertando tan sólo a mirar sobresaltados al Hombre de la Joya Verde.

—Puedo hablar —insistió éste en lengua común. Con aire ausente procedió a acariciarse el cuello, donde las marcas de los dedos de Tanis se destacaban rojizas sobre su curtida piel.

—Entonces ¿por qué finges lo contrario? —inquirió Tanis respirando hondo.

—Nadie hace preguntas a un mudo —fue la escueta respuesta de Berem, que seguía frotándose la garganta con la mirada prendida del semielfo.

Tanis hizo un esfuerzo de voluntad para no perder la calma y reflexionar sobre aquel misterio. Consultó con los ojos a la pareja de las Llanuras. Mientras Riverwind fruncía el ceño y meneaba la cabeza, Goldmoon se encogía de hombros. Tras unos instantes de vacilación, acercó otra silla de madera a fin de sentarse frente a Berem pero, descubriendo que el respaldo estaba resquebrajado, procuró no apoyarse.

—Berem —el semielfo hablaba despacio en un intento de refrenar su impaciencia—, nos has confiado tu secreto. ¿Significa eso que vas a contestarnos?

El piloto escudriñó el rostro de su oponente antes de asentir en silencio.

—¿Por qué?

—Tenéis que ayudarme a salir de aquí, no puedo quedarme en este lugar —dijo Berem humedeciendo sus labios y lanzando una nueva mirada a su alrededor.

Tanis sintió un escalofrío, pese a la tibia temperatura que reinaba en la estancia.

—¿Acaso corres algún riesgo, o son nuestras vidas las que peligran? ¿Dónde nos encontramos?

—Lo ignoro. No sé dónde estamos, pero presiento que debo marcharme. ¡He de regresar! —su voz era la de una criatura indefensa.

—¿Por qué motivo? Los Señores de los Dragones te persiguen. Uno de ellos —Tanis tosió, pero venció el acceso Y continuó con cierta ronquera— uno de esos Señores me confesó que tú eras la clave de la victoria de la Reina de la Oscuridad. ¿Por qué, Berem? ¿Qué tienes para que te busquen de un modo tan desesperado?

—¡No lo sé! —exclamó el piloto cerrando el puño—. Lo único que puedo afirmar es que me acechan sin tregua. ¡He huido de ellos durante años! Nunca tuve un momento de respiro.

—¿Cuánto tiempo ha durado esa pesadilla, Berem? —siguió indagando el semielfo, ya apaciguado.

—¡Lustros, decenios, siglos! —farfulló él con voz entrecortada—. No sabría contarlos —lanzó un suspiro, y pareció volver a sumirse en su tranquila complacencia—. Tengo trescientos veintidós años... ¿o son trescientos veinticuatro? —se encogió de hombros—. A lo largo de todo ese tiempo la Reina ha tratado incesantemente de capturarme.

—¡Mas de tres siglos! —se asombro Goldmoon—. ¡Pero si eres humano! No es posible.

—Sí, pertenezco a la raza humana —asintió Berem centrando su mirada en la mujer de las Llanuras—. Sé que es imposible, y lo cierto es que he muerto... muchas veces.

—Ahora sus azules ojos se clavaron en Tanis—. Tú me viste perecer en Pax Tharkas. Te reconocí cuando subiste a bordo del Perechon para negociar con la capitana.

—Creímos que habías sucumbido en el desprendimiento de las rocas —rememoró el semielfo—. Pero volvimos a verte vivo en el banquete nupcial. Sturm y yo mismo...

—Sí, también yo me percaté de vuestra presencia. Por eso huí, temía enfrentarme a más preguntas —Berem meneó la cabeza—. ¿Cómo podía explicaros mi supervivencia cuando incluso yo ignoraba el motivo? Lo único que sé es que muero y vuelvo a renacer —hundió el rostro entre sus manos—, sin obtener nunca la paz que anhelo.

Tanis estaba completamente desconcertado. Mientras se rascaba la barba contemplaba con fijeza a aquel hombre, diciéndose que había mentido. No en la historia que acababa de relatarles sobre el continuo resurgir de sus propias cenizas, ese fenómeno lo había presenciado el semielfo, pero si la Reina Oscura había movilizad o a todas las fuerzas de las que podía prescindir en la guerra para dar con él, se antojaba inverosímil que desconociera sus motivos.

—Berem, ¿cómo se incrustó la joya verde en tu carne?

—No lo sé —respondió el interpelado con voz tan queda que apenas lo oyeron. Consciente de la singularidad de esta circunstancia, apretó la mano contra su pecho como si le oyera la gema—. Forma parte de mi cuerpo, al igual que los huesos y la sangre. Creo que es la causante de que vuelva a la vida una y otra vez.

—¿Podrías arrancártela? —preguntó Goldmoon, sentándose en un cojín junto al piloto y posando suavemente la mano en su brazo.

Berem agitó la cabeza con tal violencia que su cano cabello le cubrió los ojos.

—Lo he intentado —farfulló— en numerosas ocasiones pero sería más fácil desprender el corazón de las arterias.

Tanis se estremeció, presa de una creciente impaciencia. No les prestaba la menor ayuda. Ignoraba dónde habían ido a parar después del naufragio, y esperaba que Berem se lo revelase. De nuevo examinó su entorno. Se hallaban en una estancia de algún antiguo edificio, iluminada por una luz misteriosa que parecía provenir del musgo que cubría los muros cual un inmenso tapiz. Los muebles, tan añejos como la sala, estaban en condición ruinos a pese a que en su época debieron poseer una gran riqueza. No había ventanas, ni se oía ruido en el exterior. Ni siquiera acertaba a calcular cuánto tiempo habían permanecido en aquel lugar cerrado, pues sólo rompían la monotonía los inquietos intervalos de sueño y sus frugales comidas a base de unas extrañas plantas.

Tanis y Riverwind exploraron el edificio, mas no descubrieron salida alguna ni indicios de vida. El semielfo incluso se preguntaba si una criatura invisible les había envuelto en un hechizo para impedir su huida, pues cada vez que se aventuraban por los sombríos pasillos trazaban una elipse inexplicable que les conducía, de nuevo, al punto de partida.

Tampoco recordaban con exactitud lo ocurrido después de que la nave se zambullera en el remolino. Tanis tenía grabado en su memoria el estrépito de las planchas de madera, la visión de un mástil que se rompía mientras las velas se rasgaban a su alrededor. Había oído gritos y contemplando cómo el cuerpo de Caramon era arrastrado por una ola gigantesca junto a Tika, cuyos rojizos tirabuzones se agitaron en las aguas antes de desaparecer. Kitiara y su montura se perfilaban también en su mente, las huellas de los arañazos del dragón trazaban aún surcos en la piel de su brazo. De pronto, otra ola se abalanzó sobre ellos... el semielfo contuvo la respiración hasta creerse a punto de estallar a causa del punzante dolor de sus pulmones pensó en ese instante que la muerte sería la solución más fácil, si bien luchó para asirse a un listón de madera. Logró salir a la superficie en el embravecido mar, pero fue succionado de nuevo en el torbellino y supo que había llegado su fin...

Sin embargo, despertó en esa extraña sala, empapada su ropa de agua salada, y no tardó en comprobar que Riverwind, Goldmoon y Berem estaban a su lado. Al principio el piloto parecía sentir pánico de la presencia de los compañeros. Se agazapó en un rincón y rechazó sus intentos de aproximarsele. Con su proverbial paciencia la mujer de las Llanuras le habló y le proporcionó alimento, hasta que sus atenciones se ganaron la voluntad de aquel singular humano. Tanis comprendió que también su anhelo de salir de aquel lugar había contribuido a hacerle cambiar de actitud.

Cuando empezó a interrogar a Berem, el semielfo estaba persuadido de que éste había conducido deliberadamente la nave hacia el remolino porque conocía la existencia del edificio donde ahora se encontraban. Su expresión entre perpleja y asustada, no obstante, ponía de manifiesto que tampoco Berem tenía la menor idea de su actual paradero. El mero hecho de que hubiera accedido a hablar con ellos constituía una innegable evidencia de que sus revelaciones eran ciertas. Se hallaba sumido en la desesperación, quería huir a cualquier precio... ¿por qué?

—Berem, escucha —el semielfo rompió el silencio, a la vez que recorría la estancia y dejaba que el Hombre de la Joya Verde le siguiera con la mirada—. Si huyes de la Reina de la Oscuridad, éste parece un escondrijo idóneo.

—¡No! —protestó Berem incorporándose en su silla.

—¿Por qué razón? —Tanis se giró bruscamente—. ¿Qué te impulsa a querer salir de aquí? ¿A qué viene esa obstinación en regresar donde pueden encontrarte?

Berem se convulsionó, sentándose de nuevo.

—¡No conozco este edificio, lo juro! Pero he de regresar porque mi destino es otro. Busco algo y hasta que no lo encuentre viviré en una continua zozobra.

—¿Qué es ese algo? —su tono era ahora imperioso. Sintió la mano de Goldmoon sobre la suya y comprendió que su exasperación se hallaba cerca de la locura, pero todo aquello resultaba demasiado frustrante. ¡Tener a su alcance aquello por lo que la Reina Oscura habría dado su reino para obtenerlo e ignorar de qué se trataba!

—No puedo decírtelo —balbuceó Berem.

Tanis respiró hondo y cerró los ojos. Deseaba recobrar la calma, mas el incontenible tamborileo de su cabeza le producía la sensación de estar próxima a estallar en pedazos. Poniéndose en pie, Goldmoon posó ambas manos sobre sus hombros a la vez que le susurraba unas frases de alivio en las que sólo acertó a oír el nombre de Mishakal. Al fin cedió la tensión, aunque su lucha interna le había dejado en un estado de total agotamiento.

—De acuerdo, Berem —suspiró el semielfo—, te ruego que me disculpes. No volveré a indagar en tu secreto. Háblame de ti. ¿De dónde eres?

El piloto titubeó. Sus ojos se encogieron y su semblante sufrió una contracción que no pudo por menos que sorprender a Tanis.

—Yo nací en Solace. ¿Y tú? —insistió con aire casual, sin dejar de observarle.

—No creo que hayas oído hablar de mi pueblo natal. Está situado en las inmediaciones de... de... —tragó saliva, antes de aclararse la garganta y añadir—: Neraka.

—¿Neraka? —Tanis consultó a Riverwind con los ojos. El hombre de las Llanuras meneó la cabeza.

—Tiene razón —admitió—. Nunca oí mencionar ese paraje.

—Tampoco yo —apostilló Tanis—. Es una lástima que Tasslehoff no esté aquí. Sus mapas nos ayudarían. Berem ¿por qué... ?

—¡Tanis! —vociferó Goldmoon.

El semi elfo se sobresaltó ante tan imperiosa llamada, estirando la mano hacia su cinto en un reflejo instintivo. Sin embargo, ninguna espada pendía de él. Recordó vagamente haber luchado con ella en el agua al sentir que su peso le arrastraba sin remisión. Aunque se maldijo a sí mismo por no haber encargado a Riverwind la custodia de la puerta, no le restaba sino contemplar inerte al hombre ataviado de rojo que se erguía en el dintel.

—Hola —les saludó el desconocido en lengua común. La túnica roja avivó en su mente la imagen de Raistlin con tal fuerza que se nubló su visión. Por un momento creyó que se trataba de él, hasta que se desempañaron sus ojos y advirtió que este mago era mucho más anciano. Además, su rostro rebosaba amabilidad.

—¿Dónde estamos? —le imprecó, más que le preguntó, el semielfo—. ¿Quién eres? ¿Por qué nos han traído a este lugar?

— Kreeaquekh —dijo el hombre disgustado y, dando media vuelta, se alejó.

—¡Maldita sea! —Tanis saltó en el aire, resuelto a atrapar al desconocido y arrastrarle de nuevo al interior de la estancia. Le detuvo una firme mano en su hombro.

—Espera —le aconsejó Riverwind—. Cálmate, Tanis. Es un hechicero, no podrías luchar contra él aunque portases tu espada. Le seguiremos, averiguaremos dónde va. Si ha embrujado este lugar, quizá tenga que levantar el encantamiento para salir también él.

—Tienes razón —reconoció el semielfo suspirando—. Lo siento, no sé qué ha podido ocurrirme. Estoy tan tenso como el cuero de los tambores. Sigámoslo, Goldmoon se quedará junto a Berem.

—¡No! —replicó el Hombre de la Joya Verde, antes de abandonar su silla y aferrarse a Tanis con tal fuerza que casi le derribó en el impulso—. ¡No me dejes aquí, te lo suplico!

—Nadie va a dejarte —le tranquilizó el semielfo luchando para liberarse de su agobiante abrazo—. De todos modos, quizá sea más prudente que nos mantengamos unidos.

Se precipitaron todos al mismo tiempo por el angosto pasillo para escudriñar su umbrío y solitario trazado.

—¡Ahí está! —anunció Riverwind con el índice extendido. Bajo la tenue luz, vislumbraron el repulgo de la túnica roja detrás de un recodo. Despacio y sigilosos, iniciaron la marcha. El corredor conducía a otro de aspecto similar jalonado por varias puertas.

—Cuando reconocimos el lugar hace unas horas no vimos sino una pared sólida —se asombró Riverwind.

—O una sólida ilusión —rectificó el semielfo.

Se adentraron en el corredor y procedieron a inspeccionarlo llenos de curiosidad. Las diferentes estancias albergaban el mismo mobiliario, viejo y destartado, que hallaran en la sala del pasillo vacío. También estaban desiertas, pero iluminadas por los extraños destellos del musgo. Quizá se trataba de una posada, aunque de ser así no la habitaba ningún otro huésped ni parecía haberla pisado criatura viviente durante siglos. Atravesaron pasadizos ruinosos y vastos salones surcados por robustas columnas. No tenían tiempo para examinarlos al menos mientras rastrearan al hombre de la túnica roja, cuyo paso resultaba insospechadamente rápido y esquivo. Dos veces creyeron haberle perdido, para un instante más tarde divisar los ondeantes pliegues en una lejana escalera de caracol o en el extremo de un pasillo adyacente. Al fin se detuvieron en una intersección, desde donde observaron que dos corredores partían en direcciones opuestas. Les embargó un sentimiento de desánimo al constatar que se había desvanecido el rastro del misterioso personaje.

—Nos dividiremos, pero no iremos lejos —decidió Tanis tras unos segundos de reflexión—. Volveremos a encontrarnos en este punto. Si lo ves, Riverwind, silba una vez; yo haré lo mismo.

Asintiendo, el hombre de las Llanuras y Goldmoon se internaron en uno de los corredores mientras Tanis, con Berem a sus talones, exploraba el otro. No encontró nada. El pasillo desembocaba en una espaciosa estancia, alumbrada por los fantasmales resplandores que invadían todo el recinto. ¿Debía examinarla o retroceder? Vaciló unos instantes, mas al fin optó por asomarse al interior donde llamó su atención una gran mesa redonda. Sobre ella yacía desplegado un extraño mapa en relieve. Tanis se apresuró a acercarse, comprobando que era una maqueta lo que se exponía a sus ojos. Cuando inclinó su cuerpo hacia adelante con la esperanza de encontrar alguna clave sobre el misterioso lugar en el que se hallaban, advirtió que estaba frente a la réplica en miniatura de una ciudad. Protegida por una cúpula de cristal transparente, la reproducción parecía tan detallada que el semielfo tuvo la rara sensación de que las construcciones eran más reales que el edificio que ahora les cobijaba. ¡Cuánto le gustaría a Tas! —pensó tristemente imaginando el deleite del kender ante semejante filigrana. Las casas respondían a un antiguo modelo arquitectónico: sus delicadas torres se alzaban hacia el cristalino cielo, los techos abovedados despedían destellos de luz blanca. Las ajardinadas avenidas, por su parte, estaban flanqueadas por amplios soportales y las calles formaban una gran telaraña al confluir en una plaza central.

Berem no cesaba de tirar de la manga de Tanis para indicarle que debían abandonar cuanto antes la estancia. Aunque podía hablar resultaba obvio que se había acostumbrado al silencio, o quizá lo prefería.

—Sólo unos minutos más —rogó el semielfo, reticente a partir. No había oído la señal de Riverwind y existía la posibilidad de que aquella maqueta les mostrase la salida del extraño lugar. Aguzando la vista, descubrió en torno al centro de la urbe varios pabellones y palacios engalanados con columnatas. Las cúpulas de cristal de los invernaderos protegían a las flores de estío de las nieves invernales. Y, en medio de tanta belleza, se erguía un edificio que se le antojó familiar, pese a saber a ciencia cierta que nunca lo había visitado. ¿Cómo entonces podía reconocerlo? Rebuscó en su memoria sin cesar de estudiarlo, mas lo único que consiguió fue que se le erizase el cabello. Parecía tratarse de un templo consagrado a los dioses y exhibía la más bella estructura que cabe imaginar, más asombrosa que la revestida por las Torres del Sol y de las Estrellas en los reinos elfos. Siete agujas surcaban el espacio en pos de infinito, como si loasen a las divinidades por su creación, si bien la del centro parecía traspasar la bóveda celeste por encima de las otras con una magnificencia que no denotaba alabanza, sino rivalidad. Confusos recuerdos de sus maestros elfos invadieron la mente de Tanis reavivando antiguas historias sobre el Cataclismo, sobre el Príncipe de los Sacerdotes. El semielfo se alejó de la miniatura casi sin resuello. Berem, al ver su ahogo, le miró alarmado y lívido como la muerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz entrecortada, agarrándose a su compañero.

Tanis meneó la cabeza, incapaz de articular las palabras. Las terribles implicaciones que entrañaba hallarse en aquel lugar, los sucesos que podían derivarse, azotaban su mente como hicieran con su cuerpo las enrojecidas aguas del Mar Sangriento. Perplejo, Berem estudió el centro de la maqueta. Sus ojos se abrieron, a la vez que emitía un alarido que en nada se asemejaba a cuantos Tanis oyera en el pasado. En un impulso incontrolable el Hombre de la Joya Verde se lanzó sobre la cúpula y empezó a golpearla como si pretendiera hacerla añicos.

—¡La Ciudad Maldita! —gimió.

Tanis dio un paso al frente para tranquilizarle pero oyó el sonoro silbido de Riverwind y, asiéndolo por los hombros, le apartó del cristal.

—Lo sé —dijo—. Acompáñame, tenemos que salir de aquí.

¿Cómo lograrlo? ¿Cómo escapar de una ciudad que según los anales de la historia había sido borrada de la faz de Krynn? ¿Cómo abandonar una urbe que ahora yacía en las profundidades de Mar Sangriento? ¿Cómo..?

Cuando empujó a Berem hasta el exterior de la sala de la maqueta, Tanis elevó la vista hacia el arco de la puerta. Había unas frases grabadas en su desconchado mármol, frases que en otro tiempo describieron una de las maravillas del mundo y que ahora aparecían resquebrajadas y cubiertas de moho. Sin embargo, pudo leerlas.

Bienvenido visitante a nuestra hermosa ciudad.

Bienvenido a la ciudad elegida por los dioses.

Bienvenido, honorable huésped, a

Istar.

Capítulo 5

“Le maté una vez...”

—He visto lo que haces con él. ¡Pretendes asesinarle! —imprecó Caramon a Par-Salian.

Máximo dignatario de la Torre de la Alta Hechicería —la última de ellas que permanecía en pie y situada en el corazón del intrincado y sobrenatural bosque de Wayreth—, Par-Salian era el miembro más distinguido de la Orden arcana que por aquel entonces vivía en Krynn. Para un guerrero de veintidós años, sin embargo, aquel

anciano marchito ataviado con alba túnica era poco más que un objeto que podía romper con sus manos desnudas. El joven Caramon había soportado terribles tensiones en los dos últimos días, y se había agotado su paciencia.

—No pertenecemos a un gremio homicida —replicó Par-Salian con su melodiosa voz—. Tu hermano sabía a qué se enfrentaba cuando decidió someterse a las Pruebas, era consciente de que la muerte es el precio del fracaso.

—No es cierto —farfulló Caramon enjugándose los ojos—. y si lo sabía, no le importaba. En ocasiones su devoción por la magia le nubla el entendimiento.

—¿Devoción? No creo que sea ése el término exacto.

—Sea como fuere, no comprendía lo que ibas a hacer con él. ¡Resulta todo tan grave!

—Por supuesto —respondió el mago sin un asomo de acritud en su voz—, ¿Qué ocurriría, guerrero, si te lanzases a la batalla sin saber utilizar tu espada?

—No desvíes la conversación.

—¿Qué ocurriría? —insistió Par-Salian.

—Sin duda me matarían —admitió el fornido joven, con la paciencia que debe asumirse para dirigirse a un anciano que se comporta de un modo pueril—. Y ahora...

—No sólo morirías sino que tus compañeros, aquéllos que dependieran de ti, podrían perder también la vida a causa de tu torpeza.

—Así es.

Aunque le habría gustado pronunciar una larga parrafada, enmudeció sin poder evitarlo.

—Veo que has comprendido —intervino de nuevo el hechicero—. No exigimos que todos los magos pasen esta Prueba. Muchos de ellos poseen aptitudes pero se contentan con invocar los encantamientos elementales aprendidos en las escuelas, que bastan para solucionar sus problemas cotidianos. No se plantean alcanzar cotas más altas, y les respetamos. Sin embargo, de vez en cuando, vienen al mundo criaturas como tu hermano, que ven en su don algo más que una herramienta útil en el devenir diario. Para él, la magia es sinónimo de vida. Sus aspiraciones no conocen límites, busca una sabiduría y un poder que pueden resultar peligrosos tanto para quien los practica como para sus seres más allegados. A él y a cuantos comparten tan altos ideales les obligamos, antes de entrar en el reino del auténtico poderío, a someterse a este penoso examen, a pasar las Pruebas. De ese modo nos desembarazamos de los incompetentes...

—Pues has hecho todo lo posible para «desembarazarte» de Raistlin —le espetó Caramon—. No es un incompetente pero sí una criatura frágil, que quizá muera a causa de sus heridas.

—Tienes razón, guerrero, su capacidad ha sido constatada. Ha actuado con gran habilidad, derrotando a todos sus enemigos. Lo cierto es que se ha comportado como un

auténtico experto, quizá incluso se ha sobrepasado en sus logros —Par-Salian pareció reflexionar—. Me pregunto si alguna criatura se ha interesado suficientemente por tu hermano.

—Lo ignoro —el tono del guerrero adquirió una nueva dureza, fruto de su resolución—. Pero no me importa. Lo único que sé es que voy a terminar con esta situación de una vez por todas.

—No puedes, no te lo permitirán. Además, no va a morir.

—Ninguno de vosotros osará detenerme —declaró Caramon con frialdad—. ¡Magia! Sencillos trucos para entretener a los niños. ¡El poder! No merece la pena dejarse matar por él.

—Tu hermano opina lo contrario. ¿Quieres que te demuestre hasta qué punto cree en la hechicería? Si lo deseas, puedo hacerte ver cuál es el poder que tanto menosprecias.

Ignorando a Par-Salian Caramon dio un paso al frente, decidido a poner fin al sufrimiento de Raistlin. Aquel paso fue el último, al menos durante un tiempo. Quedó inmobilizado, paralizado como si sus pies se hubieran incrustado en el hielo. El miedo también contribuyó a atenazarle, pues era la primera vez que le sumían en un hechizo y la impotencia que le producía sentirse totalmente a merced de otro resultaba mucho más penosa que tener que enfrentarse a media docena de goblins armados con hachas.

—Observa —le ordenó Par-Salian antes de entonar un extraño cántico—. Vas a presenciar la escena de lo que podría haber ocurrido.

De pronto Caramon se vio a sí mismo entrando en la Torre de la Alta Hechicería, y el asombro le hizo parpadear. Cruzó las puertas y se introdujo en los fantasmales pasillos, en una imagen tan real que contempló alarmado su propio cuerpo temeroso de descubrir que se había desvanecido. Pero no, estaba allí como si poseyera el don de la ubicuidad y pudiera hallarse en dos lugares al mismo tiempo. ¡El poder! El guerrero empezó a sudar, a la vez que un escalofrío recorría todas sus vísceras.

Caramon, el Caramon de la Torre, buscaba a su hermano. Deambulaba por los corredores vacíos pronunciando el nombre de Raistlin, hasta que al fin le encontró.

El joven mago yacía en el frío suelo de piedra, con un fino hilillo de sangre deslizándose por las comisuras de sus labios. Junto a él se distinguía el cuerpo de un elfo oscuro, muerto a causa de un encantamiento formulado por Raistlin. El precio de tal victoria había sido elevado. El hechicero parecía próximo a exhalar su último suspiro.

El guerrero corrió en pos de su hermano y elevó su enteco cuerpo en sus brazos. Ignorando las frenéticas súplicas que le dirigía el herido de ser abandonado a su suerte, Caramon emprendió la marcha hacia el exterior de la diabólica Torre. Sacaría a Raistlin de tan ominoso lugar aunque fuera su última hazaña.

Pero, en el instante en que alcanzaban la puerta que debía conducirles a la vida, un espectro cobró forma ante ellos. Otra prueba, pero no será Raistlin el encargado de salvarla —pensó desalentado Caramon. Depositando a su hermano en el suelo, el

valeroso guerrero se aprestó a luchar contra aquel último desafío. Lo que ocurrió entonces fue un total contrasentido. El Caramon espectador no podía dar crédito a sus ojos cuando vio a su réplica formular un hechizo mágico. Dejando caer la espada, su inefable reflejo elevó extraños objetos en sus manos y pronunció frases que no acertaba a comprender. Brotaron de sus dedos unos fulminantes rayos, que causaron la inmediata desaparición de su espectral oponente.

El auténtico Caramon miró atónito a Par-Salian, pero el mago se limitó a menear la cabeza y —sin despegar los labios— señaló con el índice la imagen que oscilaba frente a ellos. Asustado y confuso, el guerrero se concentró de nuevo en la escena. Raistlin se incorporó despacio y le preguntó, mientras se apalancaba en la pared para no caer:

—¿Cómo lo has hecho?.

Desconocía la respuesta. ¿Cómo podía haber invocado un encantamiento que su hermano había necesitado años de intenso estudio para aprender? Pero el guerrero oyó a su doble farfullar una locuaz explicación, sin advertir el dolor y la angustia que se reflejaban en el rostro de su gemelo.

—¡No, Raist! —vociferó el verdadero Caramon—. ¡Ese viejo te ha tendido una trampa! Yo nunca te arrebataría tu magia, ¡nunca!

Pero aquel burdo doble del guerrero, fanfarrón y jactancioso, se acercó a su hermano resuelto a rescatarle, a salvarle de sí mismo.

Extendiendo las manos, Raistlin se dispuso a recibirle. No era la suya la actitud de quien estrecha a un ser querido en un abrazo sino la del ser humillado que planea una secreta venganza. Herido, enfermo y totalmente consumido por los celos el frágil mago empezó a entonar las frases de un hechizo, el último que le quedaban fuerzas para formular.

Unas ardientes llamas brotaron de los dedos de Raistlin, formando una hoguera en el aire que envolvió a su confiado gemelo.

Caramon contempló perplejo, horrorizado, cómo su propia imagen ardía en el poderoso fuego mientras su agotado hermano se derrumbaba de nuevo sobre el pétreo suelo.

—¡No, Raist!

Unas dulces manos acariciaron su faz. Oía voces que intercambiaban frases ininteligibles y, aunque podía entenderlas si quería, se negó a hacerlo. Tenía los ojos cerrados. Se habrían abierto de ordenarlo su voluntad, pero también se resistía a ver. Abrir los ojos, prestar oído a aquellas palabras, no harían sino agudizar su dolor.

—Necesito descansar —dijo, antes de sumirse de nuevo en las tinieblas.

Se acercaba a otra Torre, una mole diferente: la de las Estrellas en Silvanesti. Raistlin le acompañaba, ataviado con la Túnica Negra. Ahora era él quien debía ayudar a su

hermano. El corpulento guerrero estaba herido, la sangre manaba por una brecha que produjera en su costado una lanza destinada a arrancarle el brazo.

—Necesito descansar —repitió el maltrecho Caramon. Raistlin le ayudó a acomodarse con la espalda apoyada en la fría piedra de la Torre, y comenzó a alejarse lentamente.

—¡No, Raist! —suplicó el guerrero—. ¡No puedes dejarme aquí!

Al examinar su entorno el indefenso hombretón vio varias hordas de los mismos elfos espectrales que les habían atacado en Silvanesti acechando la ocasión propicia para saltar sobre él. Tan sólo les retenían los poderes mágicos de su hermano.

—¡Raist, no me abandones! —exclamó.

—¿Qué sensación te causa saberte débil y desamparado? —preguntó Raistlin en tonos apagados.

—Raist, hermano

—Le maté una vez, Tanis, y puedo hacerlo de nuevo...

—¡No, Raist, te lo ruego!

—Por favor, Caramon...

—Era otra voz la que hablaba, tan dulce como las manos que le tocaban—. ¡Despierta! Vuelve, Caramon, vuelve a mí. Te necesito.

El guerrero rechazó tan desesperada demanda, y también las acariciantes manos. No, no quiero regresar. No voy a hacerlo. Estoy agotado, herido, sólo el descanso puede ayudarme.

Pero los amorosos dedos, la voz, le impedían abandonarse. Lo apresaban como una poderosa garra para arrancarle de las profundidades en las que intentaba zambullirse.

Se estaba precipitando en una oscuridad insondable de tonalidades purpúreas. Unos dedos esqueléticos se aferraban a él mientras decenas de cabezas sin ojos se arremolinaban en torno a su cuerpo, con las bocas abiertas en alaridos silenciosos, Respiró hondo y se hundió en un mar de sangre. Luchando para no asfixiarse, logró al fin salir de nuevo a la superficie para tomar aliento. ¡Raistlin! No, había desaparecido. Sus amigos, Tanis... También él se había esfumado, le vio alejarse en pos de la nada arrastrado por una fuerza invencible. ¿La nave? Hecha añicos, desintegrada. Los marineros, despedazados como el Perechon, habían mezclado su savia vital con las aguas del Mar Sangriento.

¡Tika! Estaba a su lado, y la apretó contra sí. Apenas respiraba. Sin embargo, no pudo sostenerla. Las arremolinadas corrientes la desprendieron de su abrazo antes de enviar al guerrero hacia el fondo. Esta vez no alcanzó la superficie. Sus pulmones habían

estallado en llamas, augurando una muerte certera... el descanso definitivo... dulce, reconfortante...

Pero las manos persistían en tirar de él hacia la ominosa superficie, en obligarte a inhalar el aire ardiente. ¡No, soltadme!

De pronto otras manos se elevaron en las sanguinolentas aguas y, con pulso firme, le llevaron de nuevo al abismo. Cayó más y más en la clemente penumbra. Resonaron en sus oídos unos susurros mágicos, un bálsamo que le permitía respirar, inhalar agua... y sus ojos se cerraron en una acogedora tibieza. Volvía a ser un niño.

Pero no del todo. Le faltaba su gemelo.

¡No! Despertar era la agonía, prefería flotar para siempre en su tenebroso sueño. Era mejor que el sufrimiento agudo y corrosivo.

Las manos apremiantes entraron una vez más en acción para interrumpir su sosiego, acompañadas por una voz que repetía su nombre.

—Caramon, te necesito...

Tika.

—No soy curandero, pero creo que se recuperará. Deja que descanse un rato.

Tika se apresuró a enjugarse las lágrimas, en un intento de aparentar fuerza y control de sí misma.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con fingida serenidad, aunque sin poder contener un estremecimiento—. ¿Se lastimó cuando la nave se hundió en el remolino? Hace varios días que se halla en un triste estado, desde que nos encontraste.

—No creo que fuera ésa la causa. Si hubiera sufrido alguna herida física, los elfos marinos le habrían sanado. Su condición se debe a un tormento interior. ¿Quién es ese Raist que no cesa de mencionar?

—Su hermano gemelo —respondió Tika balbuceante.

—¿Qué le sucedió? ¿Murió en el naufragio?

—No, pero no estoy segura de su paradero. Caramon le quería mucho y... Raistlin le traicionó.

—Comprendo —asintió el hombre en actitud solemne—. Allí arriba abundan semejantes sucesos. ¿Y aún te extraña que haya elegido vivir aquí?

—Le has salvado la vida y todavía ignoro tu nombre —dijo Tika.

—Zebulah —se presentó él con una sonrisa—. Y no soy yo quien le ha salvado, sino tu amor.

Tika bajó la cabeza, dejando que sus pelirrojos bucles le ocultaran el rostro.

—Así lo espero—susurró—. ¡Le quiero tanto! Estaría dispuesta a morir si con ello pudiera sanarle.

Ahora que tenía la absoluta certeza de que Caramon recobraría la salud perdida, la muchacha centró su atención en aquel extraño. Era un humano de mediana edad, barbilampiño, con los ojos tan vivaces y francos como su sonrisa. Vestía una túnica roja, ajustada por un cinto del que pendían varios saquillos.

—Eres un mago —aventuró de pronto—. ¡Igual que Raistlin!

—Tu afirmación lo explica todo —declaró Zebulah—. Al entreverme en una nebulosa tu maltrecho amigo me ha confundido con su hermano.

—¿Qué haces aquí? —siguió inquiriendo la joven mientras observaba el extraño lugar por vez primera.

Por supuesto le había visto cuando el hombre la trajo, pero su inquietud le había impedido fijarse. Advirtió ahora que se encontraba en una cámara de un edificio desmoronado y ruinoso. La atmósfera estaba tan caldeada que resultaba asfixiante, con un aire húmedo donde proliferaban las plantas selváticas.

Se distinguían algunos muebles, tan antiguos y destantalados como la estancia en la que habían sido distribuidos sin orden ni concierto. Caramon yacía en un lecho de tres patas, sustituyendo a la que debiera ocupar la cuarta esquina una pila de libros cubiertos de moho. Finos riachuelos de agua, semejantes a lustrosas serpientes, se deslizaban por un muro de piedra que el musgo hacía refulgir de una manera hartos singular. Todo resplandecía en destellos fantasmales, como esmeraldinos reflejos de la tupida capa vegetal que inundaba la pared y se había enseñoreado hasta de los más lóbregos rincones en un profuso abanico de formas y colores. Verde en la parte inferior, dorada un poco más arriba y de un rojo coralino en lo alto, trepaba en mágicas gradaciones para reptar por el techo abovedado sin ningún obstáculo a su expansión.

—¿Qué haces en este lugar? —murmuró y, por cierto, ¿dónde estamos?

—Estamos... donde estamos —fue la misteriosa respuesta de Zebulah—. Los elfos marinos os salvaron de perecer ahogados y yo me ocupé de acomodaros en esta cámara.

—¿Elfos marinos? Hasta que tú les mencionaste, ignoraba su existencia —admitió Tika lanzando una inquisitiva mirada a su alrededor, como si esperase descubrir a uno de ellos oculto en algún rincón—. Tampoco recuerdo que tales criaturas nos rescatasen. No se grabó en mi memoria más visión que la de un pez gigantesco y afable...

—No es necesario que escudriñes tu entorno, los elfos marinos no se revelarán a tus ojos. Recelan de los kreeaquekh o seres que respiran aire, como les llaman en su lengua.

Aquel enorme pez al que acabas de aludir era uno de ellos, bajo la única forma en que se dejan ver por los kreeaquekh. Vosotros los denomináis delfines.

Caramon se agitó y gimió en su sueño. Posando la mano en su frente, Tika apartó los húmedos cabellos de su amado en un intento de aliviar su zozobra.

—Si desconfían de nuestra raza, ¿por qué nos rescataron? —indagó una vez se hubo tranquilizado el guerrero.

—¿Conoces a algún elfo terrestre? —preguntó a su vez Zebulah.

—Sí. —En aquel instante, la muchacha pensó en Laurana.

—En ese caso sabrás que para ellos la vida es un don sagrado.

—Comprendo —asintió Tika—. Y al igual que los elfos terrestres, los marinos prefieren renunciar al mundo antes que contribuir a conservarlo.

—Hacen cuanto pueden para ayudar a sus hermanos —le reprendió Zebulah con ostensible severidad—. No critiques aquello que no entiendes, muchacha.

—Lo lamento —se disculpó ella, ruborizándose, antes de cambiar de tema—. Pero tú eres humano. ¿Por qué...?

—¿Por qué estoy aquí? No tengo tiempo ni deseos de relatarte mi historia, pues queda patente por tu actitud que tampoco a mí me comprenderías. Ninguno de los otros lo ha hecho hasta ahora.

—¿Otros? —repitió Tika sobresaltada—. ¿Has visto a algunos tripulantes de nuestro barco, quizá a los amigos que nos acompañaban?

Zebulah se encogió de hombros y explicó:

—Siempre hay otros aquí abajo. Las ruinas son extensas, y en numerosos puntos albergan bolsas de aire. Instalamos a todos cuantos rescatamos en los cobijos más próximos, aunque nada puedo decirte de sus identidades. Si tus amigos navegaban en la misma embarcación lo más probable es que hayan perecido, y en ese caso los elfos marinos les habrán sepultado celebrando los ritos apropiados para liberar sus almas — Zebulah se levantó—. Me alegro de que tu amante haya sobrevivido y además no debes preocuparte por vuestro sustento, la mayoría de las plantas que ves son comestibles. Si quieres, puedes explorar las ruinas. Las hemos protegido con un hechizo para evitar que nuestros visitantes se zambullan en las aguas y mueran ahogados. Fíjate bien en esta cámara, encontrarás otras similares con idénticos muebles...

—¡Espera! —exclamó Tika al ver que se disponía a partir—. No podemos quedarnos para siempre en las profundidades, hemos de volver a la superficie. Supongo que habrá algún modo de alcanzarla.

—Todos me preguntan lo mismo —farfulló Zebulah con un atisbo de impaciencia—. Y, francamente, estoy de acuerdo: debe existir una salida. De vez en cuando alguien la

encuentra, si bien otros deciden quedarse y olvidar el mundo exterior. Ese es mi caso y el de varios amigos que viven aquí desde hace años. Te invito a que lo compruebes por ti misma. Inspecciona las ruinas a tu antojo, aunque recuerda que debes permanecer siempre en la zona que hemos acondicionado.

Concluido su discurso, se volvió hacia la puerta.

—¡Por favor, no te vayas aún! —saltando de la desvencijada silla que ocupara durante su conversación, la muchacha corrió en pos del mago de la túnica roja—. Si te tropiezas con nuestros amigos, quizá puedas decirles que...

—Lo dudo —respondió Zebulah—. Lo cierto, y te ruego que no te ofendas, es que estoy harto de nuestra insípida cháchara. Cuanto más se prolonga mi estancia en estos parajes más me irritan los kreeaquekh que, como tú, viven acosados por la prisa. Ningún lugar os satisface, no cesáis de deambular de un lado a otro sin hallar nunca la paz. Te aseguro que tu enamorado y tú seríais mucho más felices en este mundo que en el que llamáis vuestro, pero no, lucharéis hasta la muerte para hallar el camino de vuelta. ¿A qué os enfrentaréis si lográis regresar? ¡A la traición! —Lanzó una fugaz mirada al inerte Caramon

—¡Hay una guerra ahí arriba! —vociferó Tika—. Cientos de criaturas sufren. ¿Acaso no te importa?

—El sufrimiento es algo corriente en vuestro universo, nada puedo hacer para evitarlo —replicó Zebulah—. No, no me importa. ¿Dónde te ha llevado tu solidaridad? ¿Y a él? —señaló a Caramon con gesto impaciente, antes de traspasar la puerta y cerrarla de un modo tan violento que se desprendieron numerosas astillas de su ya castigada hoja.

Tika le vio partir indecisa, preguntándose si no sería mejor echar a correr tras él y agarrarle para que no escapara. Al parecer era su único nexo con la tierra firme, el único que podía ayudarles a abandonar este mundo submarino del que nada sabía.

—Tika...

—¡Caramon! —La muchacha olvidó a Zebulah y acudió junto al guerrero, que trataba penosamente de incorporarse.

—En nombre del Abismo, ¿dónde estamos? —preguntó examinando la estancia con los ojos desorbitados—. ¿Qué ha ocurrido? La nave...

—¿Te encuentras lo bastante restablecido para sentarte? —inquirió ella a su vez, ignorante de la respuesta—. Quizá sería más aconsejable que permanecieras acostado.

—Estoy bien —la espetó el guerrero pero, percatándose por el contraído semblante de la joven de su excesiva rudeza, se apresuró a estirar la mano y estrecharla entre sus brazos—. Lo siento, Tika, perdóname. Los acontecimientos me han desbordado...

—Lo comprendo —le interrumpió ella conciliadora y, apoyando la cabeza en su pecho, le habló de Zebulah y los elfos marinos. Caramon la escuchaba aturdido, aunque poco a poco logró asumir cuanto le relataba. Al fin contempló la puerta con el ceño fruncido y declaró:

—¡Ojalá no hubiera estado inconsciente! Es más que probable que ese Zebulah conozca la salida, y yo le habría obligado a mostrárnosla.

—No estoy segura —intervino Tika vacilante—. Es un mago, como... —calló al darse cuenta de su imprudencia. Advirtiéndole que el pesar empañaba los ojos de Caramon, se acurrucó en su regazo mientras le acariciaba el rostro—. Creo que en ciertos aspectos tiene razón —prosiguió—. Podríamos ser felices aquí. ¿Has pensado que ésta es la primera vez que estamos solos? Quiero decir que nunca antes habíamos gozado de una auténtica intimidad, en un lugar tranquilo y no desprovisto de belleza. La luz que dimana del musgo es suave, irreal, no penetrante y cegadora como la del sol. Escucha el murmullo de las aguas, parecen entonar un dulce cántico en nuestro honor. Tampoco me desagradan estos viejos muebles, ni tu singular cama...

Tika enmudeció al sentir el apretado abrazo del guerrero. Cuando los toscos labios rozaron sus rojizos cabellos, el amor que aquel hombre le inspiraba invadió sus entrañas, paralizándole el corazón en una mezcla de dolor y anhelo. Se colgó entonces de su robusto cuello para estrecharte contra su pecho y sentir así sus palpitos al unísono.

—¡Oh, Caramon! —susurró casi sin resuello—. ¡Seamos dichosos! Sé que antes o después tendremos que partir, que buscar a los otros para regresar juntos a nuestro mundo. Pero, por el momento, disfrutemos de esta maravillosa soledad.

—¡Tika! —El guerrero la estrujó como si quisiera fundir sus cuerpos en uno, armonioso y vibrante—. Tika, te amo —hizo una breve pausa y añadió—: ¿Recuerdas que en una ocasión te dije que no podría hacerte mía hasta ser libre de entregarme por completo? Pues bien, aún no lo soy.

—¡Te equivocas! —replicó Tika furiosa, y se apartó para mirarle a los ojos—. Raistlin se fue, Caramon. Eres dueño de tu vida.

—Raistlin forma aún parte de mí —farfulló el guerrero meneando la cabeza—. Siempre será así, del mismo modo que él me lleva en su interior aunque no quiera. ¿Lo comprendes?

No, no lo comprendía, pero asintió y dejó caer la cabeza. Sonriendo, Caramon exhaló un trémulo suspiro antes de posar la mano en la barbilla amada y levantar su rostro. Pensó que sus ojos eran hermosos, con los verdes iris salpicados de puntos castaños que refulgían a través de las lágrimas. Su tez estaba curtida por la continua exposición al aire libre, más pecosa que nunca. Aquellas pecas disgustaban a la muchacha, quien habría dado siete años de su vida para exhibir una piel limpia y tersa como la de Laurana sin embargo, Caramon se dijo mientras la contemplaba que veneraba cada una de aquellas manchas pardas, cada uno de los crespos bucles que se enredaban en sus manos.

Tika leyó el amor en sus ojos y contuvo el aliento. Ella se estrechó de nuevo contra su cuerpo, susurrando con voz más queda que los acelerados latidos de su corazón:

—Te daré lo que pueda de mí mismo, Tika, si estás dispuesta a conformarte. Desearía, por tu bien, que fuera más.

—¡Te quiero! —fue cuanto pudo decir la muchacha, a la vez que le rodeaba el cuello con sus delicadas manos.

El guerrero insistió, pues quería asegurarse de que le había entendido.

—Tika... —empezó a decir.

—Silencio, Caramon...

Capítulo 6

Apoletta

Tras una interminable persecución por las calles de una ciudad cuya desmoronada belleza se le antojó a Tanis preñada de horrores, penetraron en uno de los palacios de la plaza central. Después de atravesar un jardín agostado y un amplio vestíbulo, doblaron un recodo y se detuvieron. El hombre ataviado de rojo parecía haberse desvanecido en el aire.

—¡Una escalera! —anunció Riverwind. Acostumbrados ya sus ojos a la fantasmal luz, Tanis vio que se hallaban en la parte superior de un tramo de escaleras de mármol que descendía abruptamente, sin dejar adivinar su base. El grupo se precipitó en el rellano y, una vez más, atisbaron los ondeantes pliegues unos peldaños más abajo.

—Permaneced arrimados a la pared para que os cubran las sombras —advirtió Riverwind mientras les conducía hacia uno de los lados de aquella escalinata, tan ancha que habría admitido el paso de cincuenta hombres colocados uno al lado del otro.

Las borrosas y resquebrajadas pinturas que adornaban los muros conservaban aún tal exquisitez y realismo que a Tanis le asaltó la febril sensación de ser menos auténtico

que las criaturas en ellas representadas. Quizá alguno de aquellos personajes desconocidos se hallaba en ese mismo lugar cuando la montaña de fuego destruyó el Templo del Príncipe de los Sacerdotes... Desechando tales pensamientos, el semielfo prosiguió la marcha.

Una vez recorridos veinte escalones llegaron a un ancho rellano, decorado con estatuas de plata y oro esculpidas en tamaño natural. Los peldaños continuaban descendiendo hasta un nuevo descansillo del que partía un tercer tramo y así sucesivamente hasta que todos se sintieron exhaustos y faltos de aire. Sin embargo, la rojiza túnica revoloteaba en su avance imparable y no podían perderla de vista.

Tanis notó un repentino cambio en la atmósfera, que se tornó más húmeda e impregnada de aromas marinos. Aguzó el oído, percibiendo el suave murmullo de las aguas al bañar la roca exterior. Riverwind tocó su brazo para tirar de él hacia las sombras. Habían alcanzado el final de la escalera y el hombre de rojo se encontraba ante ellos, en la base misma, asomado a una laguna de oscura superficie que se extendía en dirección hacia una espaciosa y lóbrega caverna.

El singular personaje se arrodilló junto a la orilla. Fue en ese instante cuando Tanis descubrió otra figura, que estaba en el agua. Vio sus cabellos resplandecientes bajo la luz de las antorchas, ribeteados de un tinte verdoso, y también dos flacos brazos blancos que descansaban en el último peldaño mientras que el cuerpo permanecía sumergido. La criatura tenía la cabeza acunada entre los entecos miembros, en un estado de total relajación. El humano de la túnica roja extendió una mano y rozó con suavidad a la figura del agua, que alzó el rostro al sentir su contacto.

—Me has hecho esperar —dijo una voz femenina cargada de reproche.

Tanis tragó saliva. ¡La mujer de las aguas había hablado en lengua elfa! Ahora podía contemplar su rostro de ojos almendrados y luminosos, orejas puntiagudas y suaves rasgos.

¡Una elfa marina! Surcaron su memoria algunas leyendas que le contaran en la niñez, pero no intentó recordarlas porque deseaba escuchar la conversación del individuo ataviado de rojo y la mujer elfa, quien sonreía con afecto a su interlocutor.

—Lo lamento, querida —se disculpó él en tonos apagados. Se había sentado junto a su compañera y, por supuesto, utilizaba el idioma de los elfos—. Fui a visitar al hombre que te preocupaba. Se recuperará, aunque la muerte le ha rondado muy cerca. Tenías razón, estaba resuelto a renunciar a la vida a causa de la traición de su hermano, un hechicero que lo abandonó en un momento trascendental.

—¡Caramon! —susurró Tanis. Riverwind le lanzó una mirada inquisitiva, pues no había comprendido una sola palabra. El semielfo meneó la cabeza negativamente, porque no quería perder el hilo del diálogo

—Queaki'ichkeecx —fue el despreciativo comentario de la mujer. Tanis quedó desconcertado, aquella palabra no pertenecía a su idioma.

—Sí —dijo el hombre frunciendo el ceño—. Una vez me aseguré de que ambos estaban a salvo, ya que como sabes había una muchacha con él, fui a ver a otro grupo de supervivientes. Uno de sus miembros, un barbudo semielfo, saltó sobre mí como si pretendiera devorarme de un bocado. Los restantes que logramos salvar se encuentran bien.

—Hemos sepultado a los muertos con toda la ceremonia que merecen —explicó ella a su vez. Tanis detectó en su voz una pesadumbre secular, el dolor que siempre causara a los elfos la pérdida del sagrado don de la existencia.

—Me habría gustado preguntarles qué hacían en el Mar Sangriento de Istar —continuó el misterioso humano—. Nunca oí hablar de un capitán de navío que fuera lo bastante temerario como para aproximarse al remolino. La muchacha me contó que había estallado la guerra en su mundo, así que quizá no tuvieron otra elección.

La elfa salpicó jugueteando a su compañero.

—¡Siempre habrá guerras allí arriba! Eres demasiado curioso, querido. A veces creo que te gustaría volver a tierra. Estoy segura de que has sentido esa tentación después de hablar con los kreaquekh.

Tanis percibió un asomo de preocupación en el acento de la elfa, aunque seguía rociando a su amigo en lúdica actitud.

El personaje de la túnica roja se inclinó hacia adelante para besar el húmedo y verdoso cabello que refulgía bajo la oscilante antorcha del muro más próximo.

—No, Apoletta. Dejemos que libren sus batallas y perpetren sus traiciones entre hermanos, dejemos que alberguen en sus huestes a impetuosos semielfos y alocados capitanes. Mientras me sirva mi magia viviré bajo las olas.

—Hablando de semielfos impetuosos, permitid que me presente —interrumpió Tanis en idioma elfo, a la vez que recorría el último tramo de escaleras en pos de la pareja.

Riverwind, Goldmoon y Berem le siguieron, aunque no habían entendido ni una palabra e ignoraban, por tanto, lo que había sucedido.

El hombre volvió alarmado la cabeza, mientras la elfa se zambullía en las aguas con tal rapidez que Tanis se preguntó por un instante si no habría imaginado su existencia. Ni un simple rizo en la superficie delataba el lugar que ocupara. Al llegar al último peldaño el semielfo sujetó la mano del mago, quien se disponía a lanzarse a la laguna tras la mujer desaparecida.

—Espera, no quiero devorarte —le suplicó—. Lamento haber actuado de un modo tan inconveniente en la estancia del musgo, y sé que también despertará tus recelos el hecho de que te hayamos espiado en las sombras. ¡Pero no teníamos otra alternativa! Soy consciente de que no lograré detenerte si invocas un hechizo, que puedes hacer que me consuma en llamas, caiga dormido en un letargo invencible o me vea envuelto en una telaraña. He frecuentado a numerosos magos y conozco su poder, pero ahora te ruego que me escuches. Puedes prestarnos una gran ayuda. Te he oído mencionar a nuestros

amigos, un hombre corpulento y una muchacha. Según tus propias palabras él ha estado a punto de morir por la desesperación que le causó el comportamiento de su hermano. Pues bien, necesitamos encontrarles y te pido que nos reveles su paradero.

El asustado personaje titubeó, mientras Tanis seguía hablando con cierta incoherencia, fruto de sus esfuerzos para retener a aquel humano que quizá podría serles útil.

—He visto a la muchacha que hablaba contigo y he prestado atención a todo cuanto decía. La he identificado como una elfa marina, ¿me equivoco? También tú has acertado, soy un semielfo: pero me he criado entre los elfos y estoy familiarizado con sus leyendas. Siempre creí que no eran más que fábulas, si bien los dragones personificaban para mí un concepto igualmente nebuloso antes de que se declarase una sangrienta guerra en la tierra a consecuencia de su aparición. Tienes razón, las lizas se suceden en nuestro mundo, pero ésta que ahora se desarrolla no quedará confinada en la superficie. Si la Reina de la Oscuridad obtiene la victoria no tardará en averiguar que los elfos marinos se cobijan en estos parajes y, aunque ignoro si hay dragones en el océano...

—Los dragones marinos existen, semielfo —le interrumpió una voz en el momento en que la mujer elfa volvía a aparecer en el agua y, avanzando entre destellos argénteos y verdosos, se deslizaba por la oscura laguna hacia la pétrea escalera. Una vez hubo llegado hasta ella apoyó las manos en un peldaño y estudió a Tanis con sus esmeraldinos ojos—. Se desvanecieron hace mucho tiempo del universo acuático. Sin embargo, hemos oído rumores de que los dragones terrestres han regresado de nuevo a Krynn. Al principio no les dimos ningún crédito, pues no podíamos concebir que hubiesen despertado. ¿Quién fue el culpable de su retorno?

—¿Acaso importa? —replicó el semielfo sin un asomo de vehemencia—. Lo cierto es que han destruido Silvanesti, nuestro antiguo hogar, convirtiéndolo en una región de pesadilla. Los Qualinesti fueron expulsados de sus casas y esas bestias malditas siguen matando y arrasándolo todo. Nadie está a salvo de su Reina, la Reina de la Oscuridad, que tan sólo alimenta un propósito: dominar a toda criatura viviente. ¿Crees que estáis seguros ni siquiera aquí? Porque presumo que nos hallamos en las profundidades del mar. Corrígeme si me equivoco.

—Estás en lo cierto, semielfo —corroboró con un suspiro el hombre de la túnica roja—. Nos hallamos en el fondo del océano, en las ruinas de la ciudad de Istar. Los elfos marinos os rescataron y os trajeron a este rincón olvidado, como hacen con todos aquéllos cuyas naves se hunden en un naufragio. Sé dónde se alojan tus amigos, y accedo a llevarte junto a ellos, pero ignoro qué más puedo hacer por vosotros.

—Sacarnos de aquí —intervino Riverwind, que por primera vez había entendido la conversación pues Zebulah había hablado en común—. ¿Quién es esta mujer, Tanis? Parece elfa.

—En efecto, es una elfa marina. Se llama... —Tanis se interrumpió.

—Apoletta —concluyó ella con una sonrisa—. Disculpad que no salga a saludaros como exige la cortesía, pero nosotros no solemos cubrir nuestros cuerpos como los

kreeaquekh. En todos estos años no he logrado convencer a mi esposo de que abandone el hábito de embutirse en tan ridículos ropajes cuando emerge a tierra. Afirma que es una cuestión de pudor y yo, respetuosa con él y con vosotros, prefiero no abandonar las aguas para presentarme correctamente.

Ruborizándose, Tanis tradujo las palabras de la mujer elfa a los compañeros. Goldmoon abrió los ojos de par en par. Berem pareció no oír nada, absorto en una de sus ensoñaciones y apenas consciente de cuanto se hablaba a su alrededor. y Riverwind, por su parte, no se inmutó, como si cualquier fenómeno relativo a los elfos hubiera dejado de impresionarle.

—En cualquier caso, fueron los elfos marinos quienes nos salvaron —prosiguió Tanis—. Al igual que los otros miembros de su raza, consideran la vida como algo sagrado y ayudan a aquellos que se pierden o ahogan en el mar. Este hombre, esposo de Apoletta...

—Zebulah —dijo el interesado extendiendo la mano.

—Yo soy Tanis el Semielfo y viajo en compañía de Riverwind y Goldmoon de la tribu Que-shu, además de Berem... —balbuceó y guardó silencio, sin saber qué debía añadir.

Apoletta sonrió gentilmente, pero pronto se borró tan risueña expresión.

—Zebulah —ordenó—, ve en busca de los amigos del semielfo y tráelos aquí.

—Quizá deberíamos ir contigo —ofreció Tanis—. Si pensaste que yo iba a devorarte, te aseguro que la reacción de Caramon puede ser mucho más violenta...

—No —rehusó la mujer elfa meneando la cabeza. El agua refulgía sobre su cabello e irradiaba destellos en su tersa y verdosa tez—. Si quieres envía a los bárbaros, semielfo, pero tú quédate. Tengo que hablarte y averiguar más pormenores sobre esa guerra que podría ponernos en peligro. Me entristece saber que los dragones han despertado. Si es cierto, temo que tienes razón en tus afirmaciones y que nuestro mundo haya dejado de ser seguro.

—No tardaré, querida —anunció Zebulah. Apoletta tendió una mano a su esposo quien, elevándola, se la llevó a los labios para depositar en ella un cariñoso beso. Cuando empezaba a alejarse Tanis resumió el contenido de su conversación a Riverwind y Goldmoon, quienes de inmediato accedieron a correr en busca de Caramon.

Mientras seguían a Zebulah por las fantasmales y desiertas calles éste les relató la historia de la caída de Istar, sin cesar de mostrarles las ruinas que se encontraban en su camino como mudos testigos de lo ocurrido.

—Cuando los dioses arrojaron la montaña ígnea sobre Krynn —explicó— el derrumbamiento destruyó Istar, formándose un gigantesco cráter en la tierra. Las aguas inundaron entonces el espacio vacío, y así fue cómo se creó el que se ha dado en llamar Mar Sangriento. La mayoría de los edificios de la ciudad de Istar se desmoronaron pero algunos resistieron a la hecatombe, conservando en su seno pequeñas bolsas de aire. Poco después los elfos marinos descubrieron que éste era un lugar idóneo para albergar a los tripulantes de las naves naufragadas que lograban rescatar, y puedo aseguraros que

muchos de ellos se instalaron como en sus propios hogares El mago hablaba con un mal disimulado orgullo que divertía a Goldmoon, aunque cuidó de no demostrar tal sentimiento frente a su amable informador. Era el orgullo de la posesión, como si las ruinas pertenecieran en exclusiva a Zebulah y fuera él quien las había reorganizado para su público disfrute.

—Pero tú eres humano, no un elfo marino —declaró—. ¿Por qué te has quedado a vivir aquí?

El mago sonrió, mientras sus ojos navegaban entre los recuerdos del pasado.

—Era joven y ambicioso —confesó—, siempre atento a cualquier oportunidad de amasar fortuna. Mis artes arcanas me llevaron al fondo del océano en busca de los tesoros perdidos de Istar. Encontré múltiples riquezas, pero no de oro ni de plata.

»Una tarde vi a Apoletta que estaba nadando, La descubrí antes que ella a mí, y antes de que la muchacha atinara a cambiar de apariencia... Me enamoré al instante y tuve que batallar para ganarme su afecto. Ella no podía vivir en tierra firme y, después de permanecer tanto tiempo en medio de la paz y de la belleza que nos rodean, yo tampoco me vi con ánimos de instalarme de nuevo en un mundo que me era ya ajeno. Pero me agrada conversar con los miembros de vuestra especie, de modo que suelo deambular por las ruinas para ver a quién han traído los elfos.

Goldmoon contempló los desvencijados edificios, aprovechando que Zebulah hacía una pausa para recobrar el aliento entre unas y otras historias.

—¿Dónde está el famoso templo en honor del Príncipe de los Sacerdotes? —inquirió.

Una sombra oscureció el semblante del mago. Su expresión jubilosa se trocó en un rictus de pesar teñido de ira.

—Lo lamento —se apresuró a disculparse la mujer de las Llanuras—. No era mi intención entristecerte.

—No te preocupes —la tranquilizó Zebulah con una leve sonrisa—. A decir verdad, me conviene recordar las tinieblas que envuelven el terrible pasado. En mis paseos diarios tiendo a olvidar que ésta fue una vez una ciudad poblada por criaturas que reían, lloraban, respiraban y, en definitiva, vivían. Había niños jugando en estas mismas calles la pavorosa noche en que los dioses derribaron la montaña de fuego.

Guardó silencio unos instantes, antes de continuar con un suspiro:

—Me preguntabas dónde se yergue el templo. En ninguna parte, debo responder. En el lugar donde el Príncipe de los Sacerdotes expuso sus arrogantes demandas a los dioses hay ahora un negro pozo. Aunque está lleno de agua, nadie puede vivir en su interior; se desconoce su profundidad, pues los elfos marinos no se aventurarían a explorarlo. Me he asomado a su opaca y remansaba superficie todo el tiempo que el terror me lo ha permitido, y no creo que sus tinieblas tengan fin. Es tan insondable como las entrañas del Mal.

Zebulah se detuvo en una de las sombrías callejas y escudriñó el rostro de Goldmoon, antes de consultarle:

—Los culpables fueron castigados pero, ¿por qué los inocentes? ¿Por qué habían de sufrir los seres bondadosos? Se ciñe a tu cuello el medallón de Mishakal, diosa de la curación. ¿Conoces el motivo? ¿Te lo explicó ella?

Goldmoon titubeó, sobresaltada por la pregunta, mientras buscaba en su alma una contestación satisfactoria. Su esposo permanecía a su lado, tan grave y silencioso como siempre, ocultando sus pensamientos.

—Es una cuestión que me he planteado en numerosas ocasiones —declaró al fin la mujer de las Llanuras, a la vez que se acercaba a su amado y posaba la mano en su brazo para asegurarse de su proximidad—. Soñé una noche que se me castigaba por mis dudas, por mi falta de fe, con la pérdida de aquél a quien he entregado mi corazón. — Riverwind la rodeó con su fornido brazo y la apretó contra sí—. Pero cuando me avergüenzo por mi desconfianza, recuerdo que fueron mis preguntas las que me llevaron hasta los antiguos dioses.

Calló unos instantes. Riverwind acarició sus cabellos y ella le dirigió una tierna sonrisa.

—No —admitió frente a Zebulah—, no tengo la respuesta a tan inextricable enigma. Sigo vacilando en mis creencias, enardeciéndome cuando veo el tormento de los inocentes y las injustas recompensas de los culpables. Pero ahora sé que mi ira es como el fuego que alimenta la forja, y que el hierro deforme de mi espíritu se temple en su calor para perfilarse como la brillante vara de acero que cobija mi fe. Esa vara fortalece mi frágil carne.

Zebulah estudió en silencio a Goldmoon erguida entre los restos de Istar, con su melena de oro y plata resplandeciente como el sol que nunca bañaría los desmoronados edificios. Los efectos de las lóbregas sendas recorridas se dibujaban en su bello rostro pero, lejos de desfigurarle, los surcos del sufrimiento y la desesperación no hacían sino conferirle una hermosura aún más exquisita. Sus ojos irradiaban sabiduría, intensificada ahora por el júbilo que le producía el conocimiento de que una nueva vida palpaba en su vientre.

La mirada del mago se desvió hacia el fornido luchador que con tanto amor abrazaba a la mujer. También se observaban en su faz las huellas de un largo y tortuoso camino. Aunque se mostraba inmutable y estoico, sus oscuros ojos y su afable actitud reflejaban los hondos sentimientos que le unían a su esposa.

Quizá cometí un error cuando decidí quedarme bajo las aguas —pensó Zebulah, sintiéndose de pronto viejo y triste—. Quizá habría resultado útil si hubiera regresado a la tierra y transformado mi ira, como esta pareja, en una búsqueda inagotable de respuestas. Sin embargo, permití que la cólera corroyera mi alma hasta que me pareció más fácil ocultarme en las profundidades.

—No debemos entretenernos —apuntó abruptamente Riverwind—. Caramon no tardará en abandonar su lecho para correr a nuestro encuentro, es posible que ya lo haya hecho.